

BX 4705 .F27 B56 1926

Biograf ia del siervo de
Dios hermano Miguel de las

UNA GLORIA AMERICANA

BIOGRAFÍA

DEL

SIERVO DE DIOS

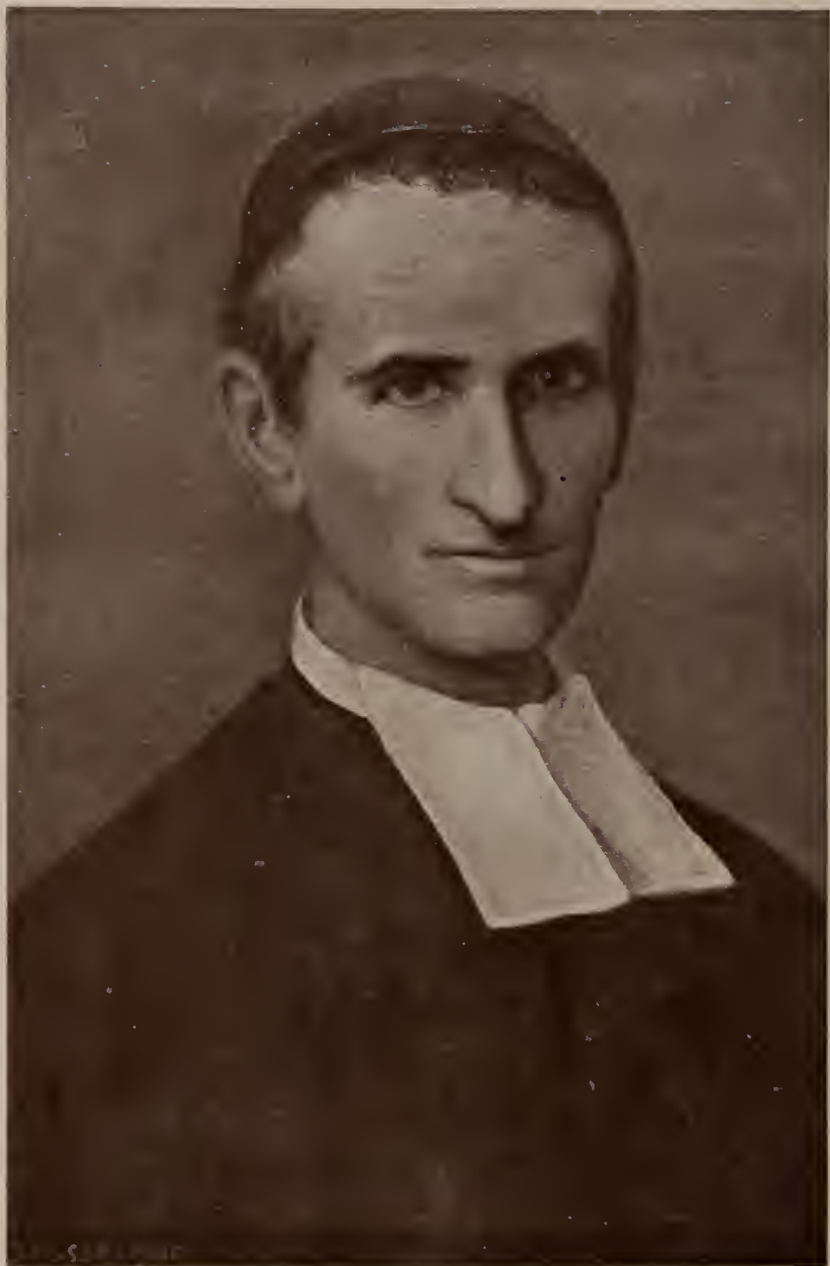
HERMANO MIGUEL

DE LAS

ESCUELAS CRISTIANAS

EDICIÓN POPULAR

BIOGRAFÍA *abreviada del Sierro de Dios* HERMANO MIGUEL. — Un volumen de unos $14 \frac{1}{2} \times 21 \frac{1}{2}$ cm., que se publica al mismo tiempo que la presente BIOGRAFÍA, a fin de divulgar en los colegios y hogares cristianos las heroicas virtudes de este santo Educador y acrecentar la confianza de los fieles en su poderosa intercesión



El Siervo de Dios Hermano Miguel
de las Escuelas Cristianas

UNA GLORIA AMERICANA

BIOGRAFÍA

DEL

SIERVO DE DIOS

HERMANO MIGUEL

DE LAS

ESCUELAS CRISTIANAS

Miembro de número de la Academia Nacional del Ecuador
y correspondiente de la Real Academia Española, etc.

1854-1910

Por un Religioso de la misma Congregación

* * *

SEGUNDA EDICIÓN, NOTABLEMENTE AMPLIADA

Con licencia del Ordinario y del Instituto

LUIS GILI, EDITOR

LIBRERÍA CATÓLICA INTERNACIONAL

CÓRCEGA, 415 - BARCELONA

1926



NIHIL OBSTAT

El Censor,
DR. LUIS HOMS GINESTA, PBRO.

Barcelona, 14 de mayo de 1926

IMPRÍMASE

JOSÉ, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Ilma.
DR. FRANCISCO M.^a ORTEGA DE LA LORENA
Canciller-Secretario

* * *

CUM PERMISSU SUPERIORUM

Hermano ALLAIS-CHARLES
Superior General del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas
Lembecq-lez-Hal (Bélgica), 6 de junio de 1926

ES PROPIEDAD
Reservados todos los derechos

AL LECTOR

Uno de los más distinguidos alumnos del Hermano Miguel, el Dr. D. Lucindo Almeida Valencia, hoy día Senador colombiano, publicaba desde Quito, en 1916, una apreciación sobre la primera biografía del meritisimo Religioso ecuatoriano. De este valioso artículo reproducimos los siguientes párrafos:

«... Ha sido honrado nuestro venerado maestro por una sabia y muy elegante pluma... La traducción de esa importante obra — para empezar por ella — está bien hecha: el traductor conoce la lengua de Castilla, y a veces la maneja con maestría hasta dejar la impresión, ¡qué mayor alabanza!, de que en esa lengua y así, como estamos leyéndolo, se concibió y llevó a cabo el libro... El tono de la obra francesa es el que pide la naturaleza del trabajo: serio, parco, alguna vez elocuente, siempre propio de la vida de un santo y de un sabio, y la traducción guarda, en general, la misma entonación...

»Ahora, viniendo a lo principal, que es la biografía, señalemos ligeramente lo que toca al literato y lo que toca al santo. Y no se admire nadie de este último calificativo, porque si algún santo hemos conocido, ése fué el Hermano Miguel, y esperamos piadosamente que ha de llegar un día en que todo el mundo le honre con él...

»Ambas fases de la vida de este hombre excepcional están bien comprendidas y bosquejadas por el biógrafo: guarda un pulso y un tino dignos de alabanza al señalar los méritos del escritor, del pedagogo, del poeta..., cuya verdadera poesía fué su vida: poesía alta como los astros, bella como su luz...

»La primera parte de esta obra, con estar muy bien expuesta, dista mucho de poder igualarse a la segunda y principal, en la que estudia la vida mística del religioso. Francamente declaramos que el autor raya a grande altura. Hay allí un fino estudio de esa alma de niño, con alas de águila, que se dispara al cielo, que no ve más que el cielo, que no habla sino del cielo, que no piensa sino en el cielo. Todas las virtudes se dan la mano en torno de esa alma que no llega a ser sino una llama ardiente que quiere desprenderse de la tierra en anhelo de Dios. ¡Y cuán dulces recuerdos y cuán puras emociones ha despertado en nosotros esa lectura, que nos lleva a la niñez y esclarece, con el análisis filosófico, lo que desde entonces sentíamos, con ese instinto que de la santidad tiene su hermana la infancia!...»

* * *

Los numerosísimos admiradores del eximio Educador esparcidos por todos los países, especialmente los hispanoamericanos, deseaban unánimemente que se publicara de nuevo su Biografía, habiéndose agotado la edición francesa de 1913, así como la castellana de 1915. Para satisfacer los anhelos de tantos devotos del Hermano Miguel damos a luz esta obra, que enriquecen nuevos grabados (1), múltiples textos origi-

(1) Expresamos nuestro agradecimiento al Sr. D. Luis Gili, a cuya generosa amistad debemos la reproducción de varias estampas de sus preciosas ediciones.—*Librería Católica Internacional, Córcega, 415, Barcelona.*

nales y el relato de escogidos favores atribuidos a su poderosa intercesión. En varios capítulos insertamos detalles inéditos, unos biográficos y otros relativos al Proceso informativo previo a la Beatificación del «insigne maestro de dos generaciones, del literato meritisimo, del pedagogo singular, del hombre justo, prez y honra de su Instituto, de Cuenca y del Ecuador».

Cuando la Sagrada Congregación de Ritos haya dictado su fallo acerca del voluminoso Proceso informativo sobre la fama de santidad, las virtudes y los milagros del Siervo de Dios, entonecs podremos espiar libremente en el Summarium de las declaraciones de distinguidos testigos y dar a conocer nuevos aspectos de la fisonomía moral, verdaderamente atractiva, del Hermano Miguel.

ADVERTENCIA

Para obedecer a los decretos del Papa Urbano VIII protestamos
no querer atribuir sino autoridad meramente humana
à los hechos, calificaciones y elogios contenidos en la
BIOGRAFÍA DEL HERMANO MIGUEL,
y nos sometemos humildemente en
todo al juicio de la Santa Iglesia
Romana

PRÓLOGO

En febrero de 1910 el Hermano Miguel, del Instituto de las Escuelas Cristianas, pasó de este valle del llanto al seno del Dios «de las virtudes». Al revés de tantos varones, más o menos ilustres, cuyo nombre, muy traído y llevado en vida, borra el ingrato polvo del olvido apenas bajan a la tumba, él sigue venerado en la memoria de sus hermanos y alumnos. Desde que voló a la eternidad han solicitado unos y otros, con harta frecuencia, que los méritos de este religioso, cuyo sello distintivo parece haber sido la humildad profunda y constante, salgan a la luz pública para la mayor gloria de Dios y la común edificación.

¿Cuáles son esos méritos? El apostolado de los hijos de San Juan Bautista de la Salle, cuya utilidad se ha dignado encomiar la Iglesia católica, es muy modesto. Su vida, oscura a los ojos del mundo, se sacrifica por lo común en el encierro de una escuela. Casi nunca intervienen en los asuntos públicos, y, a imitación del ilustre Canónigo de Reims, rehuyen alabanzas y aplausos. La función del biógrafo se limitará, pues, en el caso presente, a poner de manifiesto la eminencia de las virtudes practicadas por el Hermano Miguel y su resplandor en la esfera en que se ejerció su acción.

No deja el campo de ser vasto, por cuanto nuestro héroe fué, en la vida religiosa, un privilegiado por los dones sobrenaturales y por la manera como supo aprovecharlos. Fué el Hermano Miguel uno de aquellos dichosos mortales en quienes puso el Señor sus divinas complacencias con especial dilección, y de los que, con mayor generosidad y constancia, correspondieron a los carismas del divino Maestro. Obstáculos casi insuperables estorbaron su vocación; pero supo dominarlos sin sombra de perplejidad, a trueque de gozar, en

la obscura vida del religioso educador, de la inefable dicha de la entera donación en bien de las almas.

No abundan en esta biografía aquellos acontecimientos capaces de deslumbrar al vulgo, ni da lugar a ellos la índole de la observancia sencillísima que profesan los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Tampoco sobresalen en ella los dones extraordinarios y gratuitos, que son como la irradiación de maravillosa santidad. Todo en este ejemplar religioso es sencillo y llano. Pero ¿acaso la perfección religiosa consiste tanto en ejecutar grandes y sonadas maravillas, cuanto en desempeñar muy bien los humildes deberes de cada día, mediante la entera sumisión a la voluntad de Dios? La sencillez que envuelve nuestro relato no perjudicará, en manera alguna, al intenso provecho espiritual que ha de producir. En él hallará el lector ejemplos reconfortantes, provechosas lecciones, poderoso estímulo para la práctica de la virtud.

Horas de trabajo, horas de devoción, horas de padecimiento, señaladas aquéllas con escrupulosa regularidad, relumbrantes todas de puro júbilo, convierten los días del Hermano Miguel en grato himno entonado a la gloria de Dios. Fué su carrera relativamente corta, pues murió a los cincuenta y seis años; pero llenóla de tal manera su actividad intensa y sobrenatural, que, sin temor de llamarnos a engaño, nos maravillan los frutos por ella obtenidos.

El Hermano Miguel trabajó muchísimo. — Al honrar el Señor a alguno con la vocación religiosa no es para brindarle con una vida de holganza. Yerran aquellos que se figuran hallar en el claustro una sinecura. Los religiosos, a despecho de todos los prejuicios mundanos, son los que mejor cumplen con la ley del trabajo, que es para ellos la primera forma de penitencia, el principal instrumento de su apostolado.

Con arrestos muy superiores a su temperamento enfermizo, el Hermano Miguel fué un trabajador infatigable. Ciertamente, su lúcida inteligencia, su seguro criterio, aguzado por fe vivísima, facilitáronle el desempeño de ciertas tareas; mas a él cupo el mérito de haberlos sabido negociar, dándose al trabajo con admirable tesón y ahinco. Director de los catecismos de primera comunión, ordenador de congregaciones piadosas e inspector de un colegio de mil alumnos, profesor, autor de textos clásicos, cuya lista crecía casi cada año, consagróse toda su vida, con la plenitud de su fervor, a múltiples y santos ejercicios. Sabio estimado en materia de

lenguaje, poeta en sus ratos de ocio, llegó a ser miembro de la Academia Nacional del Ecuador y correspondiente de la Real Academia Española, etc. Estos honores, que en nada menguaban su religiosa sencillez, eran justa recompensa a los méritos del modesto religioso.

El Hermano Miguel oró mucho. — Sus triunfos de profesor, su fama de escritor y las preeminencias que ésta le mereció no nos habrían parecido suficientes para publicar su biografía, si él no hubiera sido sobre todo un hombre de intensa vida interior. Pero alimentó la santa ambición de buscar, ante todas las cosas, el reino de Dios, de permanecer constantemente unido, por la oración, con Aquel que es principio de toda fuerza y de toda santidad; y su alma recibió, en retorno, una emanación de la fuerza y santidad divinas, cuyos destellos irradiaban aun en sus acciones más sencillas.

El Hermano Miguel padeció mucho. — Si admirable es Dios por el cuidado que tiene de la florecilla del campo, lo es muchísimo más por la tierna solicitud con que dispone a sus siervos para llevarlos por el camino real de la santa cruz. Desde muy temprano el padecimiento, auxiliar austero de las obras divinas, visitó al Hermano Miguel, quien lo acogió amorosamente. A los dolores inherentes a su constitución enfermiza y a sus achaques habituales agregó los rigores de la mortificación religiosa, macerando su cuerpo con ásperas penitencias. En esa participación voluntaria en los padecimientos del divino Salvador radica, sin duda, la fecundidad de su apostolado.

El Hermano Miguel practicó, según su Regla, virtudes admirables. — Compara la Sagrada Escritura los senderos de la justicia, por donde se va elevando el siervo de Dios, con la luz, cuyo esplendor crece según se va acercando el sol al mediodía. Eso mismo observamos en los progresos constantes de nuestro religioso en las virtudes de su estado. La santa Regla, fielmente cumplida, comunica a todos sus actos la unidad armoniosa y fecunda de una vida dirigida sin cesar hacia el cielo. Siguiéndola en todos los puntos reprodujo en sí el perfecto dechado del Hermano de las Escuelas Cristianas, tal como lo presenta a sus hijos San Juan Bautista de la Salle.

Yerra el mundo cuando cree incompatible la alegría íntima con el estado religioso. La vida del Hermano Miguel, tejida toda ella de arduos trabajos, de padecimientos continuos y de rendida sujeción a una Regla severa, se nos aparece, con todo, rebosante de alegría. Y no podía ser de otro modo. Conébase muy bien que una ola de eterna inquietud y de tedio acibare los corazones alejados de Dios; porque todo el oro del Klondyke, junto con los goces de los afortunados del siglo, no bastaría para colmar el doloroso vacío que padece un alma cuando el pecado destierra de ella a Dios, fuente de toda verdadera dicha y alegría. Ahora bien, el Hermano Miguel vivía con gran pureza de corazón y en unión continua con el divino Maestro: nada podía turbar, pues, su dulce quietud. Fuera de la voluntad de Jesús érale todo indiferente. Vivir en América o en Europa, darse al apostolado en medio de la juventud o encerrarse durante largos años en una celda para componer libros: cosas eran que le importaban muy poco.

Refiérese en la vida de ciertos monjes, espejos de virtud, que sus Abades los trasladaban de un monasterio a otro para enseñanza y buen ejemplo de innumerables religiosos. En los cambios de residencia que impusieron al Hermano Miguel los Superiores no tuvieron éstos, desde luego, el mismo intento premeditado, pero idénticos fueron los efectos. Llamáronle de Quito a París, de donde muy pronto hubo de partir para Lembecq-lez-Hal, cerca de Bruselas, y, desde allí, para Premiá de Mar (Barcelona). Por doquiera veneraban *al bueno, al santo, al angélico Hermano Miguel*. Admiraban sobre todo su humildad profunda, su invariable y universal caridad, su mortificación, su obediencia, su ardiente devoción a la adorable Eucaristía. La comunidad que le perdía lo sentía sobremanera y se encomendaba en sus oraciones; la que le recibía le estimaba pronto como preciado tesoro. Tesoro inestimable era, en efecto, aquel religioso, cuya vida entera constituía para sus Hermanos un ejemplo permanente de las más sólidas virtudes.

A la luz de la fe había comprendido el Hermano Miguel que el ideal de la vida religiosa es muy elevado; que nuestros esfuerzos, ayudados de la gracia, deben acometer la empresa de realizarlo; que las dificultades, y aun los desfallecimientos transitorios, no eximen de la obligación de aspirar animosamente a él. Con todo, no consiguió subir de un solo vuelo hasta las cimas de la perfección: ocasión tendremos de hablar de los desmayos de su naturaleza, de las desganas vencidas, de las fases de la lucha en que se complacía

Dios en ver combatir a su siervo. Con alientos redoblados cada día caminó hacia una perfección que llegó a conquistar, palmo a palmo, en grado eminente.

Las virtudes del Hermano Miguel han sido, sin duda, la razón determinante de nuestro trabajo. Otra consideración nos movía, además, a emprenderlo. El Hermano Miguel es el primer religioso profeso que dió el Ecuador al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y entre sus compatriotas favorecidos con la misma vocación conserva muy honroso puesto. Por muy felices y satisfechos nos daríamos si, en este ensayo biográfico, lográramos rendir digno homenaje de respeto a los católicos ecuatorianos que apadrianan y promueven nuestras obras con generosa benevolencia.

Si en la vida del Hermano Miguel hemos tenido que conmemorar los acontecimientos políticos cuya repercusión han padecido nuestras escuelas del Ecuador, lo hacemos sin ninguna acrimonia y sin inclinarnos hacia ningún partido en los conflictos mencionados. Los religiosos educadores tienen designios mucho más altos. Mantienen los ojos fijos en Dios, que rige con sabiduría y bondad los sucesos fortuitos, y guía, por derroteros y con fines sólo por Él conocidos, a los pueblos alborotados, para enderezar cuando le place, en bien de las almas, los más aciagos acontecimientos.

Nuestros Hermanos no se han apartado nunca de esta regla de conducta en el Ecuador. Bajo las diversas Presidencias que se sucedieron desde el inmortal Presidente-Mártir, su única aspiración fué preparar a la Iglesia cristianos convencidos y al Estado ciudadanos útiles. Ése es el mejor testimonio que puede darse de su bienhechora influencia.

Fuentes de información. — Hemos solicitado los apuntes de todos aquellos que sabemos vivieron con el Hermano Miguel en el Ecuador y después en Francia, Bélgica y España. No pocos de sus colegas nos han enviado copiosos recuerdos. Sus antiguos discípulos, sus amigos, sus correspondientes y deudos se han servido también ayudarnos con abundantes datos. Resulta con lucidísima evidencia de todos esos informes, a cuyos autores quedamos muy agradecidos, que el Hermano Miguel era considerado por todos como santo religioso. Hemos sacado, por último, gran provecho de las notas espirituales de éste y de sus demás apuntes personales, donde nos describe, sin percatarse de ello, la belleza de su alma.

En la sencillez de sus apuntes refléjase también su desdén y su

horror a cualquier asomo de vanagloria. Si fija en sus cuadernos personales lo que llamamos *estados de ánimo*, lo hace con humilde franqueza. Procura en tal caso ser, no ya original, sino sincero. Con frecuencia hace memoria de sus piadosas lecturas y más a menudo aún de las instrucciones oídas. Si algún pensamiento o consideración le hieren más vivamente, anótalos al punto, sin cuidarse de darles siempre forma nueva, pues su propósito es escribir para sí solo.

Fuera de dichas citas, nada hay en la vida del Hermano Miguel que tenga visos de autobiografía (1). Respecto de su persona guardaba silencio absoluto. No hablaba de su familia, ni de su juventud, ni de sus trabajos. Hermanos hubo que tuvieron la suerte de pasar los recreos diarios en su compañía, sin alcanzar a descorrer el velo de sus interiores secretos. En la misma discreción se envolvía su modestia tocante a sus comunicaciones literarias y a los acontecimientos en que estuvo interesado.

Su correspondencia tampoco nos da de sí mayores luces acerca de su vida. Muy humilde, muy retirado en Dios, no escribe casi nada de lo que a él se refiere. Sus pensamientos íntimos no llegan nunca a los puntos de su pluma; antes bien los aleja con suma cautela. Nunca descubre la menor confidencia, y rara vez se deja llevar de algún movimiento espontáneo hasta con sus más entrañables amigos: el secreto de su vida espiritual permanece oculto para aquellos que no tienen la misión de aconsejarle.

Deber nuestro era delinear con pluma fiel la fisonomía moral de aquel a quien profesamos singular cariño. Por eso hemos andado muy precavidos para no incurrir en la exageración del panegirista, propenso siempre a atribuir toda clase de méritos a su héroe. La in-

(1) En el bien compendiado opúsculo *Un Educador ecuatoriano* — edición de 1924 publicada en Quito — dice con acierto su discreto autor:

«...Si por obediencia hubiese tenido que bosquejar el Hermano Miguel su autobiografía, habría podido trazarla sin equivocación en el cuadro siguiente:

Amar y servir a Dios, mi única preocupación.
Jesús. María y José, nombres que repito de continuo.
La oración, mi primera solicitud.
La sagrada Comunión, mi paraíso en la tierra.
Los votos religiosos, todo mi tesoro.
Las santas Reglas, mi mejor código.
San Juan Bautista de la Salle, mi égida y modelo.
Los santos, héroes que más admiro.
Salvar a la niñez, mi sueño dorado.
El pecado, mal que más detesto.
La virtud, prenda que más admiro en el hombre.»

vestigación que hemos provocado es, además, tan considerable, que sólo una virtud de acendrados matices podía salir airoosamente de ella: a dicha tenemos, pues, el haber concurrido a tamaña victoria.

¡Ojalá, cual semillas ligeras transportadas por el viento a lejanos surcos, produzcan estas modestas páginas, en muchedumbre de almas, fecundos gérmenes de virtud! ¡Dígnese la Sagrada Familia realizar nuestro vehemente deseo! Humilde y con fiadamente se lo suplicamos, por los méritos de este santo Educador que tanto se desveló por atraerle los corazones juveniles de las varias generaciones que bendicen su memoria.

CAPÍTULO PRIMERO

Ojeada por el Ecuador

Fundación de las primeras escuelas de los Hermanos



OR espacio de ocho siglos, en el palenque de su territorio invadido por la morisma, luchó la católica España contra la Media Luna con sin igual denuedo, con fe ardiente, conforme lo atestiguan su gloriosa historia, sus caballeros, sus santos, sus sabios y sus artistas. Para conquistar a Jesucristo nuevos reinos, ella sola, en medio de la Europa indiferente, patrocina y apoya los designios de Cristóbal Colón, y bien pronto ondea la bandera de Castilla sobre la inmensidad de las tierras domeñadas por los sucesores del gran Descubridor. ¡Justísima e inesperada recompensa a tantas heroicas empresas llevadas a cabo en defensa de la fe de Cristo!

Conquista del Ecuador por los españoles. — En 1524, Pizarro, Almagro y Luque, forman en Panamá una especie de triunvirato o asociación de conquista. Con algunos puñados de hombres se enseñorean de una presa de inverosímil riqueza. Los reinos de los Incas peruanos, en las regiones que habían de llamarse más tarde Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, no tardan en someterse a los reyes de España.

La ciudad de Quito. — El Ecuador, Reino de Quito entonces, cae en 1533 en manos de Francisco Pizarro. El inca Atahualpa es condenado a muerte; y su capital arruinada, tomada por Sebastián Benalcázar, viene a ser la ciudad de *San Francisco de Quito*. No podía darse mejor paraje: a dos mil ochocientos cincuenta metros de altura, en la meseta andina, a lo largo de la vertiente oriental del

volcán Pichincha. Convertida en española, la antigua metrópoli de los Shiris o reyes de Quito extendióse poco a poco al norte del arroyo de Machángara.

Forman sus límites naturales, colinas como la Chilena y San Juan al Norte, el Panecillo al Sudoeste y el Ichimbía al Este. A una altura donde en la Europa occidental la vegetación alpestre y pire-



Vista de Quito. — El Panecillo (altitud: 3.110 metros)

naica se atenúa considerablemente, hállase recostada Quito en un marco de verdura, embeleso de los ojos. Las inmensas praderas de sus alrededores están pobladas de innumerables rebaños. Libre de aquellos largos inviernos en que, en el cielo sombrío, asoma un sol tibio y tristón; protegida contra los veranos tórridos que agotan el agna de los manantiales y desecan la savia de las plantas mustias, disfruta de clima verdaderamente delicioso. Aunque situada Quito cerca de la línea equinoccial, a 0°14' de latitud sur, oscila su temperatura entre 12° y 16°. Como quiera que sus noches sean muy frescas y aun frías en ciertas épocas, gran copia de frutos no hallan allí propicia temperatura. La altura extremada y la inmediata proximidad de las montañas explican esas particularidades.

Hoy día cuenta Quito noventa mil habitantes. Con sus barrios, que se han ido agrandando paulatinamente, presenta el aspecto de verdadera capital. Deseñocidos son en aquellas altas mesetas

muchos microbios nocivos, y el lujo superfluo sería establecer en ellas un sanatorio tuberculoso. ¡Feliz ciudad! ¿Qué mucho que, arrebatados de admiración, le hayan dado los ecuatorianos los nombres de *Sultana de los Andes* y de *Vergel de las Indias*?

Conquistadores e indígenas. — Una vez afirmada la conquista del país y substituídas la desenfrenada codicia y las guerras civiles de los compañeros de Pizarro por un gobierno regular, empezó la transformación moral de los indígenas. El antiguo Reino de Quito se convirtió en Presidencia, dependiente del virreinato de Nueva Granada, cuyo asiento estaba en Santa Fe de Bogotá. Para los asuntos judiciales quedó sujeto a la Audiencia de Lima y luego a la de Nueva Granada hasta 1723, para ser de nuevo sometido a la anterior hasta la Independencia. Juntamente con los conquistadores llegaron al Ecuador los misioneros. Poco a poco, con fruto diverso, iban disipándose los errores al soplo de la caridad cristiana, entre los indígenas que habitaban la planicie y las provincias marítimas. Lentamente fueron los infieles dando de mano a las supersticiosas tradiciones, tan profundamente arraigadas en medio de aquellas poblaciones. Convirtiéndose totalmente el país al catolicismo, y de entonces acá jamás ha claudicado en la fe.

Gloria de España ha sido, en efecto, el haber querido hermanar en todas sus colonias la civilización cristiana con las costumbres locales. No consideró a los indios como una mancha en la creación, ni como parias que era preciso extirpar de la familia humana. Con todo, hemos de confesar que si no se vieron a menudo los indígenas apremiados con la esclavitud, con harta frecuencia fueron blanco de odiosas vejaciones y del abusivo rigor de amos despiadados. Para defender la causa de aquellos oprimidos, así como la de los esclavos traídos de África, los misioneros católicos dirigieron a los reyes de España eficaces requerimientos. Diez veces el dominico Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas en Méjico, cruzó el Océano para clamar contra las exacciones de que eran juguete los indios y los negros (1). Entonces fué cuando decretaron los monarcas españoles, para reprimir los desmanes de la autoridad, aquellas tan sabias e incomparables Reales Órdenes conocidas con el nombre de «Leyes de Indias», verdaderos monumentos de caridad cristiana,

(1) Bartolomé de las Casas (1474-1566) había sido nombrado por Carlos V «Protector universal de todos los indios».

y encaminadas a proteger a la raza dominada. Merced a ellas mitigáronse poco a poco las tropelías, y, sin desaparecer por entero, acabaron con no ser sino casos aislados en muchas regiones. Muy al revés de lo acontecido en otras colonias, no tuvieron los antiguos dueños del país conquistado la desgracia de desaparecer, diezmados cual animales salvajes perseguidos por los cazadores. Sin que se efectuase nunca la asimilación de las razas, respetaba el indio a España, la cual dió a los pueblos sojuzgados su lengua, su fe y algo de su alma propia.

La suerte de los indios del Ecuador fué análoga a la de las razas indígenas de las demás colonias españolas. Nadie iba a cazarlos con lazo, para domesticarlos luego como acémilas. Muchos conservaron, en las selvas de la provincia oriental, las costumbres seculares de sus tribus independientes. Los misioneros enviados por los gobiernos católicos trabajaban sin descanso en instruirlos, en moralizarlos; y si no siempre produjo la evangelización los efectos duraderos que de ella se esperaban, no fué por culpa de los apóstoles cuyo celo jamás retrocedió ante las dificultades de la empresa. El principal obstáculo provenía de la avaricia de los traficantes que medraban a costa de la ignorancia de los inofensivos indígenas, si bien nunca hubo que lamentar inveterados abusos como los que motivaron, no ha mucho, la carta de Pío X en favor de los indios (1).

Levantamiento e independencia del Ecuador. — En más de tres siglos no dió el edificio colonial de España en las Américas ninguna grave inquietud. Descansaba en bases firmes, y las leves grietas en él abiertas no bastaban para turbar la tranquilidad de la metrópoli. De pronto (1809), en el momento mismo en que el pueblo español entraba en valerosa pelea contra la invasión napoleónica, sacudió a las colonias el primer estremecimiento de emancipación. Restablecióse sin embargo, durante algunos años, la dominación española; pero pronto tomó pie la lucha definitiva por la independencia, y pedazo por pedazo fué escapándosele de las manos a España el vasto continente descubierto por ella.

No los incumbe explicar las causas de tal acontecimiento. Cualquiera que sean quédale a la madre patria la inmarcesible gloria

(1) La carta de Pío X, fechada en 7 de junio de 1912 y dirigida a los Obispos de la América latina, protesta particularmente contra las violencias y los tormentos infligidos a los infelices indios, recolectores de caucho en las regiones del Putumayo peruano.

de haber civilizado y fundado inmensos países, donde su lengua, su fe, sus edificios y mucho de su genio mismo han sobrevivido a la ruptura.

Después de haber provocado la independencia de Venezuela y la de Nueva Granada, Simón Bolívar envió a Antonio José de Sucre para soliviantar al Ecuador. Acababa Guayaquil de declararse independiente. La victoria de Pichincha (24 de mayo de 1822) entregó a Quito en manos del ejército nacional y determinó la erección de las tres provincias victoriosas (Ecuador, Nueva Granada y Venezuela) en República de la Gran Colombia. No había de ser, con todo, la unión muy duradera. A la muerte de Bolívar (1830) se constituyó la República del Ecuador, con el general Flores por Presidente, y se dividió el país en distritos: Quito se convirtió en capital del Pichincha, Guayaquil en la del Guayas y Cuenca en la del Azuay.

El general León Febres Cordero.— Entre los soldados de la Independencia habíase distinguido un joven venezolano de Maracaibo, D. León Febres Cordero. Auxiliado por patriotas ardientes, amotinó a Guayaquil, que se declaró independiente el 9 de octubre de 1820. Contaba a la sazón veintitrés años. Ofreciéronle el cargo de Jefe de la provincia, pero lo rehusó para seguir luchando por la autonomía ecuatoriana. El estremecimiento del alma nacional hizo vibrar también la suya, la exaltó, la enardeció y le encariñó para siempre con su país adoptivo. Guerreó y luchó por el Ecuador, para el que soñaba con un porvenir brillante, que parecía vislumbrar ya por entre los sagrados jirones de la novel bandera.

Ecuatoriano de corazón, señalóse en Yaguachi, Huhachi y Latacunga; en el Perú tomó parte en los combates del Callao y de Títicaca, militando a las órdenes de Sucre. Al pasar revista a las tropas de Guayaquil, y antes de dar principio a la campaña del



General León Febres Cordero

Perú, el «Gran Mariscal de Ayacucho», jefe del Estado Mayor, dijo a León Febres Cordero: «*Con soldados tan aguerridos como los de usted iría hasta Lima. — No nos engañemos*, contestó D. León: *si fuésemos vencidos, esa chusma nos cortaría la cabeza.*» Ninguna espada enemiga logró segar, empero, la cabeza de ambos interlocutores, pues en la batalla del Portete de Tarquí, donde hizo prodigios de valor el joven oficial superior, las fuerzas peruanas padecieron completo descalabro (1829).

Nombrado general, D. León Febres Cordero asistió en agosto de 1830 a la Convención de Riobamba, que elaboró y promulgó la Constitución de la República del Ecuador.

Terminada la guerra de la Independencia y asegurada la integridad territorial por el vencimiento del Perú, decidió el general León Febres Cordero regresar a Venezuela. Los ciudadanos de Maracaibo consideraron como un deber dictado a la par por el patriotismo y la gratitud el diputarle como Representante en el Congreso de la Gran Colombia.

Llegado a los umbrales de la ancianidad y cansado, tanto por las guerras como por los desengaños de la política, renunció el mando el 31 de octubre de 1863, y se retiró a Mérida, en la fragosa región de los Andes. Allí falleció el 7 de julio de 1872, a los setenta y cinco años de edad (1).

«Toda la carrera de aquel varón virtuoso y de eximio mérito — dice un historiador erudito — dejó en pos de sí, en cada uno de sus períodos, una estela brillante de valor, de modestia, de acrisolado patriotismo. El general León Febres Cordero es uno de los pocos grandes hombres que la Patria puede presentar sin condición a la admiración e imitación de sus hijos.»

Y más adelante, al mencionar el parentesco del glorioso general con nuestro biografiado, se expresa así: «Miembro de la familia del inmortal prócer fué el esclarecido hijo de Cuenca, prez de las letras y magisterio ecuatorianos, el Hermano Miguel (*Francisco Febres Cordero Muñoz*), el popular autor de obras de instrucción, académico de la lengua y, lo que es más, religioso de gran virtud y edificación, que perteneció al benemérito Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.»

(1) El bronce del general León Febres Cordero figura al pie de la hermosa *Columna 9 de Octubre* que adorna una espaciosa plaza de Guayaquil. En 1920, al celebrar el centenario de la Independencia, el gobierno del Ecuador decretó estampar en los sellos nacionales la efigie de tan insigne prócer, de quien decía un escritor español: «Era *León* en la guerra y *Cordero* en la paz.»

* * *

De 1830 a 1860, entre los Presidentes sucesivos que desempeñaron el poder supremo en el Ecuador el más famoso es el general Juan José Flores. Tres veces, en 1830, 1839 y 1843, ejerció la primera magistratura del país. Derribado en 1845 por la revolución de Guayaquil, volvió a la política conservadora, y dió, en 1860, su apoyo a García Moreno.

García Moreno entabla negociaciones con la Santa Sede. — Elegido primero Presidente interino, Gabriel García Moreno fué confirmado en sus funciones por la Convención nacional de 1861. El sentimiento católico, tan intenso en aquel gran patriota, impulsó ante todo a realizar las reformas de importancia primordial: fijar las relaciones normales y recíprocas de la Iglesia y del Estado, asegurar a la juventud maestros hábiles y abnegados que la educaran en los principios cristianos. Entabló, sin demora, negociaciones con la Santa Sede para la obtención de un Concordato, así como con las Congregaciones docentes de Francia, a fin de conseguir profesores destinados a las escuelas de la República.



Gabriel García Moreno
Inmortal Presidente del Ecuador

El establecimiento de un Concordato era elemento de primera necesidad para la Iglesia ecuatoriana, que gemía con las trabas puestas a su administración. Justo era devolverle los derechos usurpados, las libertades abolidas, y, al mismo tiempo, obtener para el Estado prerrogativas que mantuviesen la buena armonía entre ambos poderes. Muchos escollos habían de brotar quizás en el transcurso de los trámites; menester era, para salvarlos, un diplomático provisto de dotes poco comunes. El Presidente García Moreno puso los ojos, para aquella comisión difícil y

delicada, en el archidíacono de Cuenca, D. José Ignacio Ordóñez, y le nombró plenipotenciario suyo cerca de la Santa Sede.

El Sr. Ordóñez conocía a París, por haber pasado varios años en el Seminario de San Sulpicio. En dos viajes a dicha capital despachó una serie de negociaciones oficiales para conseguir Hermanas de la Caridad, Religiosas de la Congregación de los Sagrados Corazones (llamada de Picpus) y Hermanos de las Escuelas Cristianas.

El Presidente solicita Hermanos de las Escuelas Cristianas. — He aquí la carta que, en 12 de septiembre de 1861, escribía de París al M. R. Hermano Felipe:

«Reverendo Hermano Superior:

Como he tenido ya el gusto de manifestárselo, he venido de la República del Ecuador para pedir a V. R., en nombre de mi Presidente, algunos Hermanos para fundar y dirigir, en nuestro país, establecimientos de primera enseñanza. Espera nuestra República la cooperación del Instituto para colaborar en la prosperidad del Ecuador, y creo que V. R. nos favorecerá dándonos algunos Hermanos.

Espero vuestra contestación, Rdo. Hermano, para dar parte de ella a mi Gobierno.

Soy de V. R. muy atento y seguro servidor...»

En su entrevista con el venerable Superior expuso el Sr. Ordóñez el estado de la primera enseñanza en el Ecuador. Refirió la gran falta de maestros, su difícil reclutamiento, la insuficiencia de los métodos y los escasos frutos conseguidos. Insistió, sin duda, en la necesidad de un envío inmediato de Hermanos, cuando menos de tres, para empezar. El Superior General, previo dictamen de su Consejo, contestó al día siguiente al negociador, que se disponía a salir para Roma:

«Señor Vicario general:

En contestación a su muy atenta carta, mucho siento tener que manifestarle que no puedo conceder a V., desde luego, ni aun dentro de un plazo bastante largo, los Hermanos que V. solicita para la República del Ecuador. Además, no me parece oportuno enviar tan lejos sólo a tres religiosos.

Lo que sí puedo proponer a V. es reunir, lo antes posible, en el presente curso, unos diez Hermanos para que aprendan la lengua española. Cuando estén suficientemente preparados emprenderán el viaje con rumbo al Ecuador, donde podrán abrir tres casas de tres Hermanos cada una. El décimo de ellos tendrá a su cargo la visita de dichas Comunidades.

Soy de V. ...»

El digno Superior manifestaba, además, la esperanza de ver extenderse en breve plazo la obra comenzada, mediante el reclutamiento de jóvenes maestros en la misma República.

Al partir el Sr. Ordóñez quedó encargado de llevar a buen término aquel asunto Su Excelencia D. Antonio Flores, ministro plenipotenciario en París e hijo del antiguo Presidente del Ecuador. El 3 de julio de 1862 la Legación ecuatoriana anunciaba al Hermano Felipe que el Presidente García Moreno había ratificado el tratado firmado con el Instituto el 27 de marzo anterior. Nada se oponía, pues, a la salida de los Hermanos, la cual se fijó para el mes de septiembre siguiente.

En los designios de la Providencia las demoras impuestas a la ejecución de las obras emprendidas por su gloria acrisolan las intenciones de sus siervos. Entre París y Quito se originaron dificultades administrativas que retardaron cuatro meses la fecha de la salida. Venía de perlas este nuevo plazo para los misioneros, quienes lo emplearon en el estudio y la oración.

Salida y viaje de los primeros Hermanos. — El 3 de febrero de 1863 se embarcaron los viajeros en Southampton, en el barco *La Plata*. Entre sus compañeros de viaje tuvieron la suerte de saludar al Sr. Ordóñez, que había de ser su introductor en el suelo ecuatoriano. Gracias a la influencia del Presidente García Moreno, la República, cuyos destinos regía, veía establecerse las escuelas de los hijos de San Juan Bautista de la Salle, quince años antes que en las demás regiones de lengua española.

Tras una escala en Santo Tomás, *La Plata* fondea en Colón. Saltan a tierra los Hermanos, y después de atravesar el istmo entran en Panamá, donde cuarenta años más tarde han de ir sus colegas a catequizar a los niños.

El viaje de Panamá a Guayaquil es casi un paseo, comparado con el camino ya recorrido. Los impacientes deseos de los diez religiosos saludan aquella tierra donde, desde hace un año largo, habitan ya con el pensamiento.

El Sr. Ordóñez, que durante la travesía se había mostrado muy sobrio en dar pormenores acerca de la situación interior del país — cual convenía, sin duda, a un diplomático —, creyó oportuno hacer entonces a los viajeros una comunicación algo inesperada.

«No les quepa duda ninguna acerca del vivísimo afecto que les profesa el Presidente de la República ecuatoriana; mas no les

cause maravilla si está muy lejos, en este momento, de llevar a inmediata ejecución sus intenciones personales y sinceros propósitos, por cuanto se lo impiden sus muchos adversarios. Así, pues, si no hallan ustedes, a la llegada, los locales preparados cual lo quisiéramos, y aun si la acogida que les hagan corresponde débilmente a la benevolencia y a los íntimos sentimientos de los buenos, no se entristezcan ni se desanimen por ello.»

Los Hermanos protestan haber venido dispuestos a padecer cualquier contratiempo al dejar las escuelas de Francia. Toda fundación



Ilmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Ordóñez
Arzobispo de Quito

de una obra santa ha de apoyarse en la cruz; además, los dolores, los apuros de la siembra, son prenda segurísima de feliz y espléndida cosecha. No obstante esto, los Hermanos no pueden menos de preguntarse ansiosos unos a otros: «¿Qué significan las palabras del Sr. Ordóñez?...» Convencidos se hallan de que no les ha de faltar la protección de García Moreno. Pues qué, ¿no han venido acaso a petición suya? Pero, ajenos a las dificultades de la política, ignorantes del estado y costumbres del país adonde se encaminan, barruntan ya de antemano las dificultades que les esperan, ven diseñarse para ellos la cruz en el horizonte, prueba palmaria de la fecundidad de su futuro ministerio.

El 28 de febrero entran los viajeros en la amplia boca del Guayas, cuya marea revuelve sin cesar su cenagoso fondo. Terminada la navegación fluvial ponen el pie en Guayaquil. No era esta metrópoli entonces, como lo es hoy, el Rotterdam ecuatoriano, la capital comercial del país, el centro de las exportaciones de cacao, de azúcar y de café, aunquese ya grande la animación en sus muelles.

Al día siguiente del desembarque, 1.º de marzo, los Hermanos reciben la sagrada Comunión y confían su apostolado en la protección de San José. Fortalecidos con el auxilio de lo Alto están dispuestos, unos, a empezar su obra entre los guayaquileños; otros, a

salvar la última etapa de su viaje. El 2 de marzo principia la dispersión: tres Hermanos permanecen en Guayaquil; otros tres se enaminan hacia Cuenca; cuatro, por último, entre ellos el Hermano Albanus, Director y Visitador, suben a Quito.

El Sr. Ordóñez, portador del texto del Concordato, los precede. Su prudencia, su rectitud y su profundo conocimiento de las necesidades del Ecuador coronaron con dichoso remate su cometido en Roma y le granjearon el aprecio particular de Pío IX, quien, poco después, elevaba al negociador a la sede episcopal de Riobamba, que ocupó hasta su promoción al arzobispado de Quito.

En Guayaquil hacen los Hermanos sin tardanza las primeras diligencias con el fin de hallar un local a propósito para escuela; mas, de los varios planes examinados con ese intento, ninguno ha sido adoptado. Tienen que esperar los Hermanos que una parte del convento de los Agustinos esté lista para recibirlos. Pero fuerza les es pagar previo tributo al clima. En esta época especialmente, la fiebre, oculta entre los manglares del Guayas, aeeha a los europeos. Enfermos y algo aislados, háceseles muy largas a los nuevos religiosos las semanas de espera. Naen dificultades imprevistas, y a la postre se advierte que es imposible el establecimiento de una escuela cristiana en Guayaquil. Han de transeurrir siete años antes de que se abra (20 de agosto de 1870). Resignados al contratiempo, los tres maestros van a unirse, en Cuenca, con sus colegas, a quienes la población ha dispensado benévola acogida.

De Guayaquil a Quito. — Para subir de Guayaquil a Quito, en 1863, menester era soportar grandes fatigas y aun exponerse a reales peligros. No se disponía entonees del ferrocarril transandino, que en dos días conduce hoy a los viajeros a Quito por Alausi, Riobamba, Ambato y Lataeunga. Tampoco existía la carretera cómoda que, gracias a García Moreno, había de inaugurarse en abril de 1873. Era, pues, forzoso seguir el Guayas en bareo hasta Babahoyo. Allí el viajero, de poncho y polainas, con las piernas metidas en altas botas de montar, envuelto en inmenso e impermeable mantón, y eubierta la cabeza con aneho sombrero de paja, montaba a caballo, no sin antes alquilar un arriero con quien, durante siete u ocho días, había de eabalgar continuamente. ¡Y por qué caminos y a lo largo de qué precipicios, santos cielos!

Acomodados ya en sendas sillas, dan los cuatro Hermanos la señal de partida. A no haber sido aquélla la estación de las lluvias

torrenciales, habría ofrecido el viaje algún interés, sobre todo a lo largo de algunos valles de frondosa vegetación, por San Miguel y San José, hacia Guaranda. Pero llegaban en la peor época del año, por lo que raras son en su cuaderno de viaje las páginas iluminadas por un rayo de sol. Algunos años más tarde, y casi en idéntica fecha, hubo de pasar por los mismos caminos el Hermano Armín-Víctor, Provincial de América. Entresacamos algunos renglones de su doble relato.

«Henos ya sólidamente encajados en las sillas peculiares del país. Oportuna cautela contra los tropezones posibles en las rocas, los troncos de árboles y las ramas que ciegan los caminos, si es lícito al viajero europeo designar con tal nombre a estas trochas y veredas, llenas de espantosos precipicios. Con polainas de cuero, con el amplio poncho encima de los hábitos, cubierta la cabeza con un panamá, fabricado a trescientas leguas de la ciudad cuyo nombre lleva, alzamos haldas en cinta.

Tal es el barrizal, que no tenemos más remedio que ir vadeando por los arroyos, trepando por las rocas o bordeando los abismos. En medio de esta naturaleza ubérrima, nueva, extraña y salvaje no nos permite la lluvia diluviana observar con atención las bellezas del paisaje.»

Así y todo, en el intervalo de dos aguaceros detiéndense los viajeros en tierra seca y asoleada para admirar la selva virgen. ¡Y qué de bellezas se ofrecen ante sus ojos asombrados! Árboles gigantes y seculares, helechos arborescentes, bejuco y malezas enlazadas de modo inextricable, flores de formas y colores peregrinos, aves cuyo plumaje vistoso esparce vívidos resplandores en torno suyo: todos los atractivos de la selva ecuatoriana parecen haberse dado allí cita. Mas también allí están los peligros. Torrentes, barrancos, troncos de árboles esparcidos por el suelo atajan los caminos. ¿Dónde estáis, lindos arroyuelos de Francia, reducidos por el calor estival a un cintillo de plata que chispea a los rayos del sol? El Hermano Albanus, sus compañeros y su guía indio se ven obligados más de una vez a apearse del caballo, quitarse el calzado y pasar por entre grandes extensiones cenagosas, tirando de los caballos con la cuerda que les sirve de rienda.

Tras un corto descanso en Champiyacu vuelven a montar, para arrostrar de nuevo iguales fatigas:

«Hallamos otra vez nuestros intransitables caminos. Imagínense senderos cortados por tantas zanjas transversales cuantos pasos han de dar las mulas. En ellas se hunden las pobres bestias. A veces sus patas no llegan al

fondo, y los infelices animales, apoyados en el vientre, hacen esfuerzos inauditos, saltan, chapotean y vuelta a empezar. Si rueda mientras tanto el jinete por el fango, ¡haga de tripas corazón, y no pida otras gollerías al invierno de estas comarcas!...

Tras una parada en San Cristóbal continuamos trepando. Llegados ya a considerable altura envuélvenos la niebla con sus húmedos cendales y chorrea el agua por nuestros ponchos que es un primor. En una choza, donde se dignan acogernos, hallamos por todo asiento unas ramas de árbol cubiertas de hojas de helecho, y, acomodándonos en él, sacamos el estómago de mal año con un pisto de papas, de huevos y queso cocidos juntos. ¡Qué sabroso condimento es el apetito!

...Nada más pintoresco, mirado de lejos, que el mercado de Chimbo. Todos aquellos ponchos de colores diversos, aquellos vestidos tan extraños y rudimentarios para nosotros, aquellas instalaciones primitivas, pican nuestra curiosidad... A las doce emprendemos de nuevo la caminata. Aún nos queda un buen trecho por andar a lo largo de caminos polvorientos, antes de llegar a Guaranda.»



El Chimborazo (altitud : 6.310 metros)

En este pueblo un francés acoge cordialmente al Hermano Albanus y a sus compañeros. Hablan de la patria querida, olvidan las fatigas, las molestias, y se reaniman para las etapas que aún les quedan por recorrer.

Hace ya largo tiempo que caminan por las cordilleras menores.

Tócales ahora acometer la ascensión de la sierra principal para llegar a la meseta. En tanto que, cansados y melancólicos, se dejan mecer nuestros viajeros por el paso regular de sus caballos, vuelve el cielo a abrir sus cataratas. ¡Vaya un diluvio! Las bestias se escurren, dando en el lodazal con los bisoños jinetes. ¡Cuán lejos parecen hallarse de la poesía! Con todo, allí está luciendo sus espléndidas galas; rodéalos doquier magnífica, grandiosa, sublime. Apenas se despeja el cielo cuando se yerguen ante los ojos atónitos las altas cimas andinas.

La enorme mole del Chimborazo se eleva a seis mil trescientos diez metros, dominando en tres mil seiscientos la dilatada llanura de Quito. Surcan sus laderas espantosas grietas, abiertas por la erosión que las desgasta. Allá arriba reinan el frío y el eierzo, la soledad con su terrorífico silencio; en aquella región bañada de luz despliegan las águilas su vuelo triunfal.

Llegados por fin a Chuquiapoquio, hállanse los Hermanos en la alta meseta de los Andes ecuatorianos, erizados de veinte volcanes. Desde este punto ya no es tan pesado el viaje. Por Ambato y Latacunga llegan a Quito el 13 de marzo de 1863, a las nueve de la noche, después de doce días de penoso caminar.

Alojamiento en el «Beaterio». — Allí les esperaba la cruz: aceptáronla con valor. Empero, no les faltaron consuelos, máxime por parte de D. Juan José Lasso, quien, durante los cinco primeros días, alojó a los recién llegados en su propia casa. Poco después de su llegada hicieron los Hermanos algunas visitas: al Exemo. Señor Presidente de la República, al señor Gobernador de la ciudad y al Sr. Fabre, cónsul de Francia. Luego entraron en el *Beaterio*, señalado para su residencia, donde habían de trabajar durante treinta y tres años (1863-1896). Era dicho edificio el antiguo convento de Santa María del Socorro, llamado *Beaterio* por las beatas o religiosas que, durante largo tiempo, educaron en él a las jóvenes de la capital.

En aquel apostólico taller iban a formar en la ciencia y en la virtud, el Hermano Albanus y sus compañeros, a los hijos del pueblo. Gracias a la educación doméstica y a la acción del clero habíase ya dado rumbo al alma de los pequeñuclos hacia Dios: pero ahora recibían educadores idóneos, cuya constante solicitud los cimentaría en el conocimiento y amor de nuestra sacrosanta Religión.

En breve visitó la pobreza al Beaterio. Fiel compañera de los

Hermanos, desazonólos durante dos años con el aguijón de los apuros domésticos. Compadecido el Presidente García Moreno de aquella precaria situación dijo al Hermano Albanus: «Examine V. bien lo que les hace falta, y cuando haya hecho la lista mándemela.»

Algunos días después de la apertura de la escuela de Quito doscientos niños afluyeron a las clases. Eran éstas gratuitas, según las tradiciones del Instituto. Con prudencia consumada el Hermano Director lo ordenaba todo y se esforzaba por hacer compartir a sus compañeros su inalterable paciencia.

Lográbalo las más de las veces. Pero ¿hay acaso por qué admirarse de que tan largas tribulaciones anublaran, de cuando en cuando, aquellas almas, de inevitable tristeza, y hasta llegasen los tímidos a concebir algunos temores? Pruebas diera quien lo extrañase de no entender mucho de humanas flaquezas... Parece que Dios permite nuestras aprensiones, nuestros temores, nuestras cobardías, con el intento de darnos a conocer mejor con qué humilde sujeción deben depender de Él en todo sus obreros apostólicos. La comunidad de Quito triunfó de todos los contratiempos, merced a la prudencia y resignación que, sin precipitaciones ni jaectancias, aleja o suaviza los choques y resuelve serena los más enrevesados conflictos.

Por grande que fuera la buena voluntad de los nuevos maestros no estaba en su mano el hurtarse a los tanteos ni aun a las equivocaciones inherentes a todos los comienzos. Las costumbres locales, la índole de los niños, los medios disciplinarios más aptos para su gobierno presentaban desde luego vasto campo de estudio y de experiencia. Hubo, claro está, algunos errores, ineludibles al principio; lo contrario parecería poco menos que milagro.

Como la capilla del Beaterio no estaba aún preparada, iban los Hermanos cada mañana a oír misa en casa de las Carmelitas, en el Carmen Bajo. «Pedimos de limosna la sagrada Comunión, como mendigan los pobres el pedazo de pan», escribía el Hermano Albanus.

Pero los pobres se granjean las divinas bendiciones, y la escuela de Quito veía extenderse su bienhechora influencia, sin que ningún estorbo entorpeciese su medra hasta el final de la primera presidencia de García Moreno, en septiembre de 1865. El agradecimiento público acompañó en su retiro al gran político. «El Ecuador entero lamenta la salida de su primer magistrado, decía el *Correo del Ecuador*, el 4 de septiembre de 1865. Nuestro único consuelo es pensar que será V., en adelante, nuestro primer ciudadano.»

En noviembre de 1865 el nuevo Presidente, Jerónimo Carrión, hizo votar por el Congreso algunas modificaciones al tratado estipulado entre el Instituto y el Gobierno. Arreglados los litigios y disipadas las desavenencias hizose a los Hermanos donación del Beaterio, así como de cuatro haciendas o fincas que de él dependían. El Dr. D. Jorge Angulo, hijo de un ministro de García Moreno, fué nombrado capellán de la escuela, cargo que desempeñó durante diecisiete años. Con abnegación nunca desmentida consagró su tiempo, sus desvelos y su corazón a la prosperidad material y moral de la obra.

Enfermedad, muerte y funerales del Hermano Albanus, primer Visitador. — El hombre que, desde hacía cinco años, dirigía la escuela de Quito y sostenía con frecuentes visitas las de Cuenca, el Hermano Albanus, voló de este mundo para descansar en el seno de Dios el 11 de marzo de 1868.

De origen lorenés, nacido en 1816, religioso profeso de las Escuelas Cristianas en 1847, dedicóse a la enseñanza en la escuela normal de Ruán, en el Noviciado de París y en la ciudad de Mer (Loir et Cher), donde fué Director. Hombre de oración y penitencia, humilde y prudente como pocos, soportó con indomable firmeza de ánimo muchas y amargas tribulaciones.

Tuvo el consuelo de verse amparado por esclarecidos protectores que, con acrisolada lealtad, coadyuvaron siempre a la realización de sus planes. Con la adhesión profunda, ya que no demostrativa, del Presidente García Moreno, conservó la muy cariñosa del Sr. D. Pablo Herrera, ministro de Instrucción pública, quien confió a la escuela sus propios hijos. Uno de ellos, el futuro P. Virgilio Herrera, de la Compañía de Jesús, fué durante largos años confesor y amigo de los Hermanos. De todos los amigos de la comunidad de Quito, ninguno se mostró tan tiernamente adicto como el ilustre poeta D. Belisario Peña. Por espacio de cuarenta años fué el apoyo fiel y desinteresado, el intermediario eficaz y discreto entre los Hermanos y las autoridades del país. Innumerables fueron sus beneficios, y sólo el Cielo puede recompensarlos dignamente.

En febrero de 1868 acometieron al Hermano Albanus los primeros síntomas de la fiebre tifoidea. Desde el principio de su enfermedad se observó cuántos admiradores le habían conquistado en Quito sus virtudes. Cada día el Dr. D. Javier Espinosa, Presidente de la República desde 1867, y sus ministros pedían in-

formes acerca de la salud del enfermo, quien, agradecido a tantas finezas, enderezaba todos sus pensamientos al Cielo. Confortado con los auxilios espirituales de la Santa Iglesia, y después de recibir, el 8 de marzo, los últimos Sacramentos, dijo a los Hermanos congregados en torno de su lecho: «Desde que estoy en el Ecuador he comulgado siempre como si recibiese el santo viático. Ahora me siento completamente feliz. Me regocijo por el sacrificio que hice a Dios, saliendo de Francia para venir a trabajar aquí por la salvación de las almas.»

Contra la costumbre de no proceder de día al sepelio de los sucumbidos por enfermedad contagiosa, el cadáver del Hermano Albanus fué llevado al cementerio el 12 de marzo a mediodía. El 17 del mismo mes celebráronse por su alma solemnes exequias a expensas del gobierno. El Vicepresidente de la República, dos ministros, el Excmo. Sr. Tavani, Delegado Apostólico, el clero de la capital, los RR. PP. Agustinos, Mercedarios, Dominicos y Jesuítas, los cuatrocientos alumnos de la escuela y una inmensa multitud de quiteños formaban el fúnebre cortejo.

Ocho días después de las honras del humilde Hermano Visitador, un adolescente de Cuenca solicitaba ser admitido en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en el que había de llevar el nombre de Hermano Miguel.

CAPÍTULO II

Familia e infancia del Hermano Miguel



OR su abolengo era el Hermano Miguel de cepa española. El Alférez Real D. Antonio Febres Cordero (1) vino de la Península Ibérica a Venezuela a mediados del siglo XVIII, y se estableció en la provincia de Coro, donde se casó con D.^a Bernarda Pérez Padrón. Éstos son los troncos de los Febres Cordero, cuya descendencia figura en la historia de Venezuela y del Ecuador.

Los abuelos paternos del Hermano Miguel fueron el Sr. D. Joaquín Febres Cordero Oberto, nieto del fundador de la familia, y la Sra. D.^a María de Jesús Montoya. Entre tan ilustre parentela sobresalieron en el Ecuador: el Libertador de Guayaquil, General León Febres Cordero Oberto, mencionado en el capítulo anterior, y el Dr. D. Esteban Febres Cordero, quien fué el primer doctor en Derecho Civil graduado en la Universidad de Mérida y primer Ministro del General Flores, Presidente de la República, cuando en 1830 se constituyó la Nación ecuatoriana, emancipándose de la Gran Colombia.

(1) En 1924, desde la célebre ciudad de Mérida (Venezuela), el insigne Dr. D. Tulio Febres Cordero publicó en *La Información*, de Maracaibo, un valioso estudio acerca de los ascendentes y familia paterna del Hermano Miguel. Extractamos el siguiente dato: «...El apellido del Alférez Real era puramente *Febres*, corrupción del francés *Ferre* o *Lefevre*. Huérfano de tierna edad fué criado con grande afecto y estimación allá en España, por una señora de apellido *Cordero*, que era su madrina de pila, la que lo adoptó en vida y lo instituyó su heredero universal al morir. D. Antonio, movido por un noble sentimiento de gratitud hacia su abnegada bienhechora, añadió en lo sucesivo el apellido Cordero de esta dama al suyo propio Febres, quedando desde entonces unidos a perpetuidad en su descendencia. Y así ilustró el nombre de *Febres Cordero*, con la fama de sus virtudes, el Hermano Miguel, preciosa flor de santidad que surge gloriosa de los jardines de Cuenca...»

Los abuelos maternos del Hermano Miguel, D. Bernardo Muñoz y D.^a Mercedes Cárdenas y Arciniega, contaron en su hogar diecinueve hijos. Llevóse Dios para Sí once de ellos antes de la edad viril. Los demás fundaron muchas y honradas familias (1). Uno de los hijos de Bernardo Muñoz, D. Ignacio, es padre del coronel Alberto, casado con una de las hijas del Dr. D. Antonio Borrero, Presidente de la República ecuatoriana en 1875. Las hijas emparentaron con las familias Yépez, Vega, Cueva, Ordóñez y Febres Cordero. D. Salvador Ordóñez, hermano del Ilustrísimo D. Ignacio, Arzobispo de Quito, contrajo matrimonio con D.^a Mercedes Muñoz, tía del Hermano Miguel. Antonio Vega, general conservador e hijo de D.^a Victoria Muñoz, otra tía del Hermano Miguel, pereció asesinado en 1906. A esta cristianísima familia pertenecen ilustres sacerdotes y religiosos, entre los cuales sobresalen el R. P. Emilio Moscoso, de la Compañía de Jesús, asesinado en Riobamba, en odio a la fe, cuando la inaudita profanación de las Hostias divinas, el 4 de mayo de 1897...; siete religiosas de los Sagrados Corazones de Picpus (2), tres Hijas de la Caridad, dos Carmelitas y una Concepcionista. «Quisiera, escribía una de ellas al Hermano Miguel, tener, antes de morir, veinticuatro sobrinos y sobrinas en las diversas Órdenes y Congregaciones del Ecuador.»

La ciudad de Cuenca. — En Cuenca, capital del Azuay, vivían los Muñoz. Allí fué donde pasó el Hermano Miguel sus quince primeros años.

Los escritores ecuatorianos y los viajeros han rivalizado en encajear la magnífica situación de esta ciudad, fundada en 1557, a orillas del Matadero llamado también *Tomebamba*, a dos mil quinientos ochenta metros de altura. Al sudeste se extiende una dilatada

(1) Con el epígrafe *Generatio rectorum benedictur* (Ps. CXI, 2) (*La raza de los justos es bendita*), el distinguido jurisconsulto y autor de importantes trabajos históricos, Sr. Dr. D. Remigio Astudillo, de Cuenca, ha logrado formar los árboles genealógicos de la parentela paterna y materna del Hermano Miguel (*Francisco Febres Cordero Muñoz*), con interesantes datos referentes a tan digna familia. Pensamos publicarlos algún día en una edición más extensa de la vida del siervo de Dios.

(2) La *Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María y de la Asociación perpetua del Santísimo Sacramento* tuvo su cuna en Poitiers, en los días más nefastos de la Revolución francesa. Fueron sus fundadores el P. María José Coudrin y la Madre Enriqueta Aymer de la Chevalerie. Los religiosos y las religiosas de este Instituto poseen casas en Europa, en ambas Américas y en Oceanía. La congregación se llama «de Picpus», porque la Casa Matriz se estableció, a principios del siglo XIX, en la calle de Picpus, en París.

llanura, el Egido, recortada en quintas y cuadras, lugar de paseo y de solaz para los cuencanos en los días festivos. El clima, más suave que el de Quito, y el abundante riego de las tierras, por los ríos Machángara, Tarquí y Yanuncay, fomentan la ya nativa feracidad de aquel suelo privilegiado. «*En ese hermoso valle vive un pueblo que cree en Dios con fervor, ama la paz como otro ninguno, gusta del trabajo y se complace en ser hospitalario.*»

Cuenca, llamada en otro tiempo la *Atenas del Ecuador*, tiene a

honra el haber producido una falange de talentos literarios y de ilustres varones en virtud. Mientras se juntaban los testimonios referentes al Hermano Miguel, escribía D. Luis Cordero, antiguo Presidente de la República: «En la época en que vino al mundo aquel cuya historia deseamos que se publique, brillaban en su ciudad natal talentos como Fray Vicente Solano, gloria de la América española; Malo, Cueva, Borrero, Arízaga, Vázquez, Cuesta y León, modelos ilustres en quienes tenía fijos los ojos la juventud del Azuay.» El espíritu religioso, la devoción ferviente de Cuenca, le valieron a veces las burletas de ciertos librepensadores. No es ello un baldón, antes bien timbre de gloria para ella, a quien cabe la



D. Bernardo Muñoz, abuelo materno del Hermano Miguel

dicha de ser apellidada, con razón, *la ciudad del Santísimo Sacramento.*

Quiso D. Bernardo Muñoz (1) conservar a sus hijos junto a sí después de su matrimonio. En su anplia morada, que fué más tarde

(1) El 23 de noviembre de 1819 falleció de repente D. Bernardo Muñoz, abuelo materno del Hermano Miguel. Su digna y valiente esposa, D.^a Mercedes Cárdenas, llamó entonces a un Padre agustino que pasaba por delante de la casa, el cual dió condicionalmente la absolución al difunto. Pasado algún tiempo, una religiosa concepcionista de Cuenca, Sor San Joaquín Astudillo, estaba orando en el coro de su iglesia, cuando vió a D. Bernardo Muñoz, quien la suplicó que diese aviso a su viuda, de que él vivía aún cuando el Padre agustino entró para confesarle, y que la Santísima Virgen del Consuelo le había alcanzado el perdón de sus pecados. Le se-

sede de la curia episcopal, se habían dispuesto habitaciones espaciaosas, donde vivían felices varias familias; D.^a Mercedes presidía ordinariamente las reuniones de ellas. Antes de su muerte, ocurrida en 1877, pasaban de ciento sus hijos, nietos y biznietos.

Los padres del Hermano Miguel. — Hacia 1850, Francisco Febres Cordero vino de Guayaquil para regentar la cátedra de inglés y francés en el Colegio eclesiástico de Cuenca. Introducido en la familia Muñoz por el Dr. D. Agustín Cueva, que había de ser más tarde su cuñado, contrajo nupcias con una de las jóvenes, Ana, considerada por todos, con razón, como *la santa* de la casa.

Francisco Febres Cordero fué, según testimonio general, hombre recto, leal y de inagotable caridad. Por penoso que fuese el favor solicitado, nunca ponía tasa a su innata generosidad. Cariñoso siempre, descollaban en él en grado eminente las dos cualidades de sus compatriotas guayaquileños: la franqueza y la alegría. Tenía modales finos, seductores, y extensa cultura intelectual. Un arzobispo de Quito que le conoció, decía de él: «Pancho era modelo de caballeros por la elevación de las ideas, la elegancia, la hidalguía y el garbo de su persona. Hablaba cinco idiomas. Era tal su indulgencia respecto de los demás que, aun en lo más recio de las luchas políticas, nadie le oyó vituperar la conducta de sus adversarios.» Vivió pocos años en Cuenca, por cuanto le volvieron a llamar sus deberes a Guayaquil, donde fué gerente del Banco nacional y de importantes casas de comercio, hasta su establecimiento en Lima.

Durante varios años sonrió la fortuna a aquel trabajador; mas las desgracias y las complicaciones políticas en que se vió enredado no tardaron en causarle muchos disgustos. Siempre animoso, luchó contra la suerte adversa, y su casa de Guayaquil continuó siendo tan hospitalaria para los amigos y los cuencanos que iban a visitarle. Después de la muerte de Francisco Febres Cordero siguieron,

ñaló los sufragios que necesitaba para salir del Purgatorio, añadiendo, además, que en una alacena de su cuarto, debajo de una tabla, encontrarían documentos a favor de los jóvenes Monsalve Cárdenas, nietos de su suegro, cuya testamentaria había guardado como tutor de ellos. En prueba de lo que decía, la visión acercó sus manos a las de la religiosa y las dejó quemadas. La abuela del Hermano Miguel hizo ofrecer las misas, cuatro veces más de lo pedido; encontráronse los papeles conforme indicó la religiosa; y, más tarde, efectuáronse los correspondientes arreglos de familia.

Este hecho, contado varias veces durante la niñez del Hermano Miguel, contribuyó no poco a acrecentar su acendrada devoción a las benditas almas del Purgatorio.

con persistencia, los reveses de fortuna. Varias veces, en los vastos incendios que asolaron a Guayaquil, fueron destruídas la morada solariega y otras casas pertenecientes a su familia.



D.ª Ana Muñoz, madre del Hermano Miguel

cuando la ven éstos cumplir heroicamente con todos sus deberes. Ana Muñoz tuvo poderoso ascendiente en su hogar. Para entender y estimar la santidad no tenían sus hijos sino poner los ojos en aquella magnánima cristiana; para amar a los pobres y socorrerlos bastábales observarla en todos sus actos. ¡Cuán buena era para con los menesterosos! Al paso que iban acibarando su corazón las amargu-

ras de la vida, volvíase más compasiva con todos los doloridos. Vinda en 1882, la vemos consagrarse enteramente a las prácticas de la caridad cristiana, enidar a enfermos repugnantes y asistir a los ataques de enfermedades contagiosas. Tal era la madre que

La esposa de D. Francisco, D.ª Ana, era admirable dechado de todas las virtudes. En su juventud practicó austeridades nada comunes; por su paciencia, mansedumbre y humildad, y por su perfecta resignación con la divina voluntad, captóse, más tarde, la veneración de cuantos la trataban.

Nunca ejerce una madre tanta autoridad sobre sus hijos como



D. Francisco Febres Cordero, padre del Hermano Miguel

Dios había deparado a Francisco Luis Florencio Febres Cordero, el futuro Hermano Miguel.

Nacimiento y primera infancia. — Vino al mundo este hijo de bendición en Cuenca, el 7 de noviembre de 1854. Bautizado tan luego de haber nacido, lleváronle a la iglesia catedral, el 15 del mismo



Catedral de Cuenca, donde fué bautizado el Hermano Miguel

mes, para las ceremonias del bautismo solemne, celebradas por el Dr. D. Miguel León, futuro obispo de Cuenca. Apadrináronle Joaquín Febres Cordero, tío del recién nacido, y D.^a Mercedes, su abuela (1).

Mas pocas veces suelen ir las alegrías de esta vida sin alguna

(1) *Fe de bautismo del Hermano Miguel.* — «En el año del Señor mil ochocientos cincuenta y cuatro, en quince de noviembre, siendo yo el presbítero Lucas Iglesias, cura Rector de Turno en esta Santa Iglesia Catedral de Cuenca, bautizó solemnemente con mi licencia, puso óleo y crisma el Sr. Dr. Miguel León, a Francisco Luis Florencio, hijo legítimo de los Sres. Francisco Febres Cordero y Ana Muñoz; fueron Padrinos el Sr. Joaquín Febres Cordero, por poder del padre Esteban Febres Cordero, y Mercedes Cárdenas, y para que conste lo firmo.»

mezcla de congoja. Un velo de tristeza que se cernía sobre la cuna del niño enturbio pronto la dicha del joven matrimonio. Francisco se hallaba baldado y, a juzgar por las apariencias, habían de transcurrir varios años antes de que pudiese valerse de sus piernas. Su padre concibió por ello no pequeña pesadumbre, porque ocurría preguntar, en efecto, si aquel hijo no quedaría enclenque e inválido por toda la vida. Enfadosa espina era ésta que traían atravesada en el alma cuantos conocían y apreciaban al niño. Su cariñosa madre velaba por él con amorosa solicitud, acariciando la esperanza de verle pronto mejorado y robusto.

Con maravillosa prontitud, a despecho de su cuerpo enteco, se despierta la inteligencia de Panchito, nombre que familiarmente le suelen dar. En aquella atmósfera de la casa paterna, henchida, por decirlo así, de santos ejemplos, ábrese su corazón a la piedad, cual tierno capullo a los destellos del sol matinal. En la misteriosa germinación de sus afectos y de sus ideas domina el nobilísimo pensamiento de dar gusto a Dios y de no entristecer a la Virgen Santísima, Madre y Señora suya queridísima. Presiéntese ya que en esta alma privilegiada van a nacer, abundantes y lozanas, las virtudes que parecen corresponderle por derecho hereditario.

En las rodillas de la piadosa Ana Muñoz, su primer reclinatorio, aprende Francisco la sublime ciencia del trato familiar con Dios; desde ellas eleva sus primeras fervientes preces a Jesús y a María. Recibe también la austera lección del padecimiento que en toda su vida habrá de poner en práctica. «Con la educación de la cuna, solía decir Napoleón I, es como se forma el hombre.» Más exacto sería afirmar que son los primeros impulsos de la madre los que llevan a Dios al cristiano. A esta influencia debemos atribuir, por lo menos en parte, la firmeza de la fe del Hermano Miguel y las bellas cualidades y delicadezas de su alma.

Crece Francisco, amable y dócil, tierno y afectuoso, siendo la alegría de la casa, donde, junto con él, se educan sus primos. Todos le quieren por sus nacientes cualidades y le agasajan con solicitud tanto mayor cuanto le impide su dolencia participar de los bulliciosos juegos de sus compañeros. Los criados indígenas, afectos al servicio de la casa, le consideran con compasivo cariño y exclaman en tono lastimero: «¿Cuándo podrá andar por su pie esta preciosa criatura?»

Llegados a la edad madura, gustamos de echar una ojeada retrospectiva hacia nuestra primera infancia, como complacida se

suele detener la vista en fresco y ameno paisaje, donde se percibe manso rumor de hojas y suave murmurio de cristalinas fuentes. En esa lejanía en que se dibujan tantas y tan halagüeñas imágenes resaltan algunos recuerdos de los que no ha perdido nuestra memoria ningún pormenor. He aquí algunos hechos que varios testigos oculares nos relatan y que debieron, sin duda, dejar honda impresión en el alma del Hermano Miguel.

La “Señora de traje blanco y manto azul”. — Cinco años tenía Francisco cuando sentado un día frente a la alcoba materna, en



Interior de la casa natal, donde apareció la «Señora de manto azul»
La cruz + señala el aposento donde nació el Siervo de Dios

el primer piso de la galería, regalábase en contemplar el canastillo de rosas que adornaba el centro del patio. De pronto clava los ojos en un punto y adquiere su rostro expresión de felicidad indecible. Dirigiéndose entonces con admiración a una de sus tías, D.^a Asunción Muñoz, esposa del Dr. Cueva, exclama: «Ñañita, Ñañita (1),

(1) *Ñañita* (es decir, *hermanita*): así apellidaba a su buena tía el joven Francisco, a quien todos daban el cariñoso diminutivo de *Panchito*.

ven a ver una linda Señora que está aquí cerca del rosal...» Acuden todos los de casa al llamamiento, y ven al niño arrastrándose a gatas, cual si quisiera acercarse a la aparición. «Está bien, dice D.^a Asunción, muy conmovida; si hay una señora en el jardín, dile que entre. — *¡Mira qué linda es!*, prosigue Panchito fuera de sí, *viste un traje blanco y un manto azul... ¿No la ves? ¡Me llama, me quiere llevar!*» Y por vez primera pónese el pobre tullido en pie y da algunos pasos, hasta que desaparece sonriente la celeste visión.

No nos toca fallar acerca de la naturaleza de ese hecho. D.^a Asunción guardó la convicción de que la Reina de los cielos se había aparecido al niño.

«¡Quiere llevarme!» Estas palabras debieron de conmover hasta el fondo del corazón a D.^a Ana, madre del niño, testigo ella también de aquella escena. ¿Qué? ¿Tocaba ya a su término la vida del hijo de sus entrañas? Y cual lustrosa azucena, cuya corola, abierta y fresca por la mañana, se dobla al atardecer, muertita sobre el tallo, ¿va él también por ventura a caer, en la flor de sus años, bajo las garras de la muerte?

Incidentes diversos. — Con todo, nótase que el niño va mejorando paulatinamente, pues si bien continúa enfermizo, ya no le es imposible del todo el andar. Por eso, cada mañana, cuando el claro repiqueteo de las campanas esparce sus notas armoniosas por la población, anunciando la santa Misa, el niño, llevado de la mano por su madre, vase hacia la catedral de Cuenca. El espacio que hay que recorrer no es sino una cuadra (unos cien metros). De vuelta a casa deléitase Francisco en construir altarcitos, ante los cuales remeda las ceremonias que acaba de presenciar en el templo.

Uno de los amigos de Francisco, por aquella época, que fué más tarde Ministro plenipotenciario del Ecuador en Madrid, en 1910, el Dr. D. Honorato Vázquez, declara no haberse olvidado nunca de aquel niño tan afectuoso, «de blanca tez, de mejillas sonrosadas y ojos que tiernamente parecían estar en constante súplica de protección».

Pronto sobreviene un gran cambio en la vida de Francisco. Su padre y su madre dejan a Cuenca por Guayaquil, y lo confían a los desvelos de la querida tía Asunción, quien lo ha de criar como a uno de sus propios hijos.

Frisa el niño en los ocho años cuando, un día, le dicen alegremente sus primos:

— Panchito, mañana salimos para la casa de campo. ¿Te vienes con nosotros?

— Si mamita va, con mucho gusto.

— Pero si vamos con ella.

— Entonces allá voy.

Mientras los niños se divierten y retozan a todo su sabor en la pradera vense acometidos de súbito por fiero toro. Todos huyen, excepto Panchito, que yace solo frente al animal furioso. En trance tan apurado eseápase de su pecho un grito de angustia hacia la Virgen Inmaculada; luego tiéndese cuan largo es e inmóvil en el suelo. El toro lo vuelve y lo revuelve con los cuernos, y, por último, lo abandona enteramente ileso.

Al paso que crece Francisco se desenvuelven en él las cualidades del entendimiento y del corazón. Échase de ver en él una madurez precoz, favorecida sin duda por la soledad habitual en que le retiene su dolencia. Mas ninguna sombra de tristeza anubla su rostro ni altera su índole jovial. Gracioso, afable, pronto siempre a obedecer, es a la verdad, como lo significa su nombre, el tierno pinupollo cuya inocencia roba y embelesa los corazones.

Piedad y edificación. — Dar gusto a Dios e imitar a los santos, es ya su anhelo habitual.

Desde sus más tiernos años, para Panchito, la piedad y el padecimiento sabían a Jesús. Espiguemos algunos ejemplos:

Para mortificarse pone piedrecitas dentro de su calzado, a pesar de las dolencias de sus pies. Con gran modestia y devoción entra a menudo en la iglesia Catedral, donde visita y adora al Santísimo Sacramento, con un fervor que conmueve a los que le ven.

Una de sus tías le lleva a pasar algunas vacaciones a una hacienda, y los de la casa le ven caminar, a las seis de la mañana, a las doce del día y a las seis de la tarde, por un callejón que termina en una cerca donde se encuentra una pequeña gruta. Llevados de la curiosidad, sus primos le siguen y admiran cómo se queda orando en dicha cueva, frente a la iglesia de Sidcay; mas, al verse sorprendido así, pronto se levanta y cierra las puertas.

Jamás, dice una antigua criada, Panchito admite a los sirvientes ni a personas del otro sexo en sus juegos infantiles y nos rechaza con energía cuando queremos tomar parte en ellos.

Se goza en el amor de Dios y en la práctica del bien; lo que hacía

decir por un pariente suyo: «Niño en los años, Panchito era hombre en la virtud.»

En el hogar de D.^a Mercedes Cárdenas, todas las noches, después del rosario y otras devociones, se leía el Año Cristiano. Habiendo oído contar, cierto día, que un siervo de Dios se bañaba por espíritu de penitencia en agua helada, dos de los jóvenes oyentes, uno de ellos Francisco, resolvieron hacer otro tanto. Agua helada, difícil era hallarla en Cuenca; pero ya se darían ellos buena maña para inventar algún modo de mortificarse. Los dos niños descubren a poco trecho un estanque de agua muy fría, y se meten en él intrépidos; mas al poco rato desfallece uno de los penitentes. «¡Huy! ¡qué fría está!», dice tiritando, y sale a escape. Panchito no le da oídos; antes bien, pensando que los muchos pecados que le quedan por expiar merecen mayores tormentos que el que está aguantando, sigue impávido en el baño, hasta que acude corriendo una criada a sacarle. ¡Cosas de niños!, dirán algunos. Cierto, pero ese episodio ¿no nos trae acaso a la memoria la hazaña de la esforzada niña Teresa de Ávila, que sale a hurtadillas de la casa paterna, con uno de sus hermanos, para ir a tierra de moros, resuelta a morir por Cristo?

Hasta 1863 habíase instruido Francisco en el hogar paterno. No le faltaron preceptores: su padre y su madre, así como otros parientes suyos, eran muy instruidos. Tan pronto como los Hermanos de las Escuelas Cristianas fundaron escuela en Cuenca fué nuestro pequeño héroe discípulo suyo.

Francisco en la escuela de los Hermanos. — El 2 de marzo de 1863 salían de Guayaquil tres Hermanos para subir a Cuenca. Tuvieron que fletar un barco hasta Naranjal, y, desde allí, ir a caballo hasta el término de su viaje, que duró en todo cinco días.

El 4 de mayo se abrieron las clases. Sostenida por los principales caballeros de la población, la obra prosperó rápidamente. Entre los primeros protectores del establecimiento debemos señalar al Dr. D. Ignacio Ordóñez, el mismo que acompañó, desde París, a los Hermanos mandados al Ecuador, y a su hermano D. Carlos.

Francisco Febres Cordero fué uno de los primeros alumnos de la escuela cristiana de Cuenca, cuya gloria había de ser un día. Desde los primeros días dióse a notar por su cariño tierno y respetuoso para con los maestros. La abnegación, la piedad con que éstos se consagraban a sus apostólicas tareas, dejaron en el joven escolar imborrables huellas.

- **Virtudes precoces.** — El Hermano Director y sus colaboradores admiran a su vez, en aquel niño de nueve años, la acción del Espíritu Santo, que lo lleva, como de la mano, por la senda del bien, y lo levanta suave y ligero a la cumbre eminente de las virtudes.



Modesto local de la Escuela de Cuenca en 1863

Grave, meditabundo y afable al par, es Francisco vivo trasunto de aquellos santos mancebos Mauro y Plácido, criados y educados bajo la tutela de San Benito, y de quienes solía éste decir que, en la flor de los años, competían con los monjes encanecidos en la práctica de la virtud. Ajeno del todo a las veleidades propias de su edad, su conducta regular y uniforme no se desvía ni en un ápice de las prescripciones del reglamento, y forma una como vistosa cadena cuyos eslabones se enlazan y unifican en ordenada trabazón. Podemos decir, en suma, que su vida escolar, con la serie de actos e incidentes a ella anejos y ajustados a la pauta del deber, constituye armonioso coro, donde ninguna disonancia, ninguna nota discordante altera el agradable concierto. Con sus condiscípulos muéstrase cortés, servicial y comedido. En clase campea por la agudeza de su inteligencia, por su amor al trabajo y por la madurez de su juicio.

Francisco tiene puestas todas sus delicias en morar con los Hermanos. Acabada la clase, estáse quedito en la escuela, donde con-

tinúa estudiando las lecciones con infatigable tesón, concluye las tareas escritas, tiénese por muy honrado cuando puede ayudar en algo a sus profesores. A la caída de la tarde acude un criado a llevarlo consigo. En verdad, el niño vuelve gustoso al hogar paterno; pero ya considera la Comunidad como su propia casa, pues vive en ella tan al sabor de su deseo, que nunca quisiera desampararla.

Si, a veces, aquejado por sus dolores, le cuesta ir a pie hasta la escuela, dos de sus compañeros se brindan a aliviarle diciendo: «Vamos, Panchito, ya te llevaremos nosotros. ¿No es verdad que sentirías mucho quedarte rezagado?» Sentado él encima de las manos de sus compañeros, cruzadas en forma de asiento, alegres se encaminan los tres amigos a la escuela. Dechado de los alumnos por su comportamiento, lo es también Francisco por su laboriosidad y aplicación. Mantiénese casi siempre al frente de su sección, pero desearía habérselas con dos o tres rivales. En la primera clase tuvo por émulo a un amigo íntimo, y daba gusto ver con qué generosa emulación se alentaban ambos para superarse el uno al otro.

Francisco “monitor”. — La muchedumbre de los niños que concurrían a la escuela de Cuenca obligaba a los maestros a valerse de ayudantes o «monitores». Francisco desempeñaba ese oficio con escrupulosa gravedad. Era tal su ascendiente con los compañeros que, varias veces, se le confió la vigilancia de la clase, durante una ausencia momentánea del profesor. Sin acepción de personas, con imparcialidad por todos elogiada, daba luego minuciosa cuenta de lo que había observado. Bien es verdad que algunos muchachos traviosos lo hubieran preferido menos concienzudo.

Un día en que había apuntado a un delincuente, dícele éste con murria: «Está bien: cuando me toque ser vigilante, ya me lo has de pagar.» Preséntase la ocasión sin tardar. Al frente de la lista en que van inscritos los picaruelos que han aprovechado la ausencia del maestro para hacer de las suyas, léese el nombre de Francisco Febres Cordero. Extrañado, el Hermano exige explicaciones. El acusador mantiene firme su delación, y como quiera que Francisco permanece callado, recibe el consiguiente castigo.

Poco tiempo después tiene éste que presidir una clase. El compañero envidioso aprovecha la coyuntura para cometer mil diabluras. Francisco apunta a los que ha debido llamar al orden, menos a su adversario. Apenas entra el profesor, toda la clase echa en cara al culpado su indigno proceder: «Fulano ha hecho ruido adrede,

se ha burlado de Francisco.» El Hermano interroga entonces al vigilante:

— ¿No ha notado V. lo que refieren sus compañeros?

— Sí, Hermano, lo he visto todo.

— ¿Y ha olvidado V. avisármelo?

— No, querido Hermano, no lo he olvidado.

— ¿De dónde proviene, pues, esa preferencia en favor de Fulano?

— Él me había hecho castigar el otro día, y no he querido vengarme.

En la escuela de Cuenca, como en los demás establecimientos docentes, se manifiestan, sin duda, los defectos de los niños; pero, en general, los alumnos corresponden a los desvelos de los Hermanos y los colman de consuelos. El respeto, el amor sincero que profesan a sus maestros y el ahinco que muestran en los estudios, se tienen por buen contracambio de los aturdimientos inherentes a su edad. Por la mañana, después de desayunarse en un periquete, vuelven corriendo al colegio de los Hermanos. Entran con mucha compostura en clase, y silenciosos principian el estudio. Exageración sería afirmar que nunca flaquea su atención; pero hacen loables diligencias por mantenerla siempre en vela. A las once recuperan la libertad, dando rienda suelta a su espíritu y a su lengua, con explosiones de alegría. En seguida regresan a la casa paterna, desde donde muchos, sin tomar apenas el tiempo suficiente para almorzar, danse prisa a volver a la escuela, para jugar un ratito antes de la clase de la tarde. ¡Tan cierto es que los niños en todas partes son igualitos, así en Europa como en América! Con todo, justísimos y especiales encomios merecen los jóvenes cuencanos, por la religiosa atención con que escuchan el catecismo explicado por sus maestros.

En aquella escuela de Cuenca, donde todo pregona espíritu cristiano, por no decir religioso, avívase cada día más la piedad de Francisco, en cuya alma se despierta una como necesidad de orar. Su fervor comunicativo se manifiesta en los ejercicios piadosos prescritos por el reglamento. ¡Con qué atención, con cuánto gusto reza las oraciones, cuando la campana, interrumpiendo la lección a las horas y medias horas, invita a los estudiantes a levantar el corazón a Dios! Al salir del colegio regresa el piadoso niño al hogar paterno, modesto, recogido, absorto en santos pensamientos; en casa esquiva las reuniones familiares para retirarse a una habitación vecina, donde se le halla de rodillas, entregado a devotas plegarias, antes de dar principio a sus diversiones juveniles.

Esta piedad tierna, pero ya madura, le inclina a las mortificaciones corpóreas, a las cuales está ya hecho, a pesar de no contar aún doce años. Pero, por entre aquel cuerpecito enclenque, castigado con maceraciones y disciplinas, irradian precoces virtudes.

El Presidente García Moreno, a quien asuntos administrativos solían llevar a Cuenca, honró varias veces con su visita la escuela de los Hermanos. En una de ellas saludóle Francisco, en nombre de sus compañeros, con tanta gracia y modestia, ya en francés, ya en español, que el ilustre visitante quedó prendado del niño. Más tarde, siendo el Hermano Miguel joven profesor en Quito, tuvo que recurrir al Presidente en circunstancias que más adelante referiremos: García Moreno dió entonces pruebas inequívocas de no haber olvidado al adolescente de Cuenca.

Primeras señales de vocación. — Cual ocurre en todas las escuelas, los discípulos de los Hermanos, los mayores sobre todo, complacíanse en echar planes para lo porvenir: quién pensaba ser médico, quién abogado; éstos deseaban entrar en el seminario, aquéllos soñaban con la milicia. Francisco no confiaba a nadie su secreto, a pesar de haber hecho ya la elección. Pero varios condiscípulos barruntaban, con exacta clarividencia, los propósitos de aquel su caro amigo, y decíanse para sus adentros: «Panchito es muy piadoso para permanecer en el mundo; no parece sino que los Hermanos le han robado el corazón; les ha cobrado tanto cariño que no querrá separarse de ellos.» Para sondear mejor sus intenciones preguntáronle un día: «Panchito, ¿no es verdad que serás Hermano?» Una leve sonrisa fué su respuesta.

Un venerable Párroco de Cuenca, a la sazón íntimo amigo y compañero de infancia de Panchito, cuenta lo siguiente:

«...Traté de cerca al joven Francisco desde el año de 1865. Atraído por la amabilidad y cultura que le eran peculiares, estreché con él mis relaciones; busqué constantemente su compañía en los recreos de la escuela, donde edificaba a todos sus compañeros por su modestia, les daba a conocer la cristiana abnegación de sus maestros e inculcábales su tierna devoción a la Santísima Virgen. En su casa, donde estaba yo admitido, teniendo más libertad que en la escuela, Panchito se abrochaba las solapas de su levita negra, y pintando en ella, con tiza, el cuello blanco que llevan los Hermanos, presidía a sus amigos y parientes. Dotado de feliz memoria y vivaz ingenio, repetía las lecciones que habían explicado los maestros.

También practicaba entonces, a nuestra común edificación, el ejercicio de la santa presencia de Dios, como en la misma escuela, cuando el reloj de casa daba las horas. Terminada esa repetición de lecciones rogaba a sus oyentes que le ayudasen a pedir a Dios, por él, la gracia de ser Hermano de las Escuelas Cristianas.»

Refiere una de sus venerables tías, que en vez de gastar en futilidades o en golosinas el dinero con que la familia alentaba sus éxitos en la escuela, Panchito compraba velas para consumirlas ante la imagen de su amadísima *Mamita* del Cielo. Y con ardiente plegaria la suplicaba filialmente que no pusieran trabas a su determinada e irresistible vocación.

CAPÍTULO III

Vocación del Hermano Miguel al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas



ESTUDIAR la vocación es escudriñar, con diligente examen, qué género estable de vida debe uno elegir para alcanzar, con mayor seguridad, la conservación de la gracia en este mundo y la gloria eterna en el otro. El mundo no se harta de repetir que es verdadero desatino ingresar en una orden religiosa sin tener antes exacta noticia de lo que uno abandona. En concepto suyo, preferible sería ofrecer a Dios un corazón hastiado por los deleites de la vida y desengañado por sus mentidas ilusiones, antes que exponerse a tener que lamentar, más tarde, el haberse ofrecido en holocausto al Señor, y contraído sagradas obligaciones cuya extensión no se podía abarcar en un principio. Mas el mundo se equivoca de medio a medio, y van errados cuantos como él piensan. Dios merece y pide las primicias de la vida; concedido tiene el céntuplo, aun acá abajo, a aquellos que, por servirle mejor, renuncian a todo, incluso a sí mismos, y, en último término, siempre será verdad la sentencia de la Sagrada Escritura: «¡Feliz quien lleva el yugo del Señor desde su juventud!»

Desde los albores de la adolescencia anduvo solícito Francisco en inquirir su vocación. Empero no tuvo que apelar, en la resolución de tan importante problema, a los fríos cálculos de la lógica: la gracia divina, al esclarecer el alma del inocente niño con celestiales resplandores, comunicóle tan clara inteligencia de la grandeza y hermosura del patrimonio con que el Señor le brindaba, dióle conocimiento tan cabal y tan cierto de las ventajas y ganancias vinculadas a la total entrega de la criatura al Criador, que ya no vaciló, desde entonces, en ratificar de manera irrevocable su resolu-

ción. «Seré religioso, se dijo, en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.»

«Me parece, escribe una de sus parientas, que Francisco tenía cuando más unos diez años, cuando me comunicó por vez primera el deseo de ser igual que sus maestros, esto es, Hermano de las Escuelas Cristianas. Halagada yo y dichosa con esta confianza, exhortéle a que orase mucho para conocer mejor la voluntad de Dios y seguir su llamamiento. Le aconsejé al mismo tiempo que no confiase a nadie su inclinación hacia la vida religiosa.

«Puede decirse que, desde entonces, pasó los días enteros en compañía de los Hermanos. Prestábaseles todos los servicios menudos que su edad y sus fuerzas le permitían, esperando, en cambio, que Nuestro Señor lo afianzaría en su vocación y le facilitaría los medios de corresponder a ella.»

En una nota íntima declara el Hermano Miguel algunas circunstancias acerca de los principios de su vocación.

«Desde mi entrada en la escuela de los Hermanos infundióme Dios vivo deseo de revestir un día el santo hábito del Instituto. Gustábame permanecer entre los Hermanos; hacía con ellos la lectura espiritual; y con frecuencia recitaba el oficio de la Virgen Santísima y el de los Difuntos; todo lo cual desagradaba a algunas personas de mi familia...

Tuve por maestros a los Hermanos Junianus y Adelphus. Más que ningún otro ponía empeño el Hermano Director en nuestra educación e instrucción. A pesar de sus padecimientos y largas enfermedades, nunca nos abandonaba. Paralizado por los reumatismos, hacía a veces trasladar a clase en un sillón, para poder permanecer entre nosotros.

Hablábanos con frecuencia de Nuestro Señor, de María, nuestra bondadosa Madre, y de San José, y nos excitaba a tenerles gran devoción. En las lecciones de catecismo nos explicaba con fervorosa elocuencia la belleza de la virtud, el horror que han de causarnos el pecado y las malas compañías. Más valor educativo atribuía a los procedimientos bondadosos, al discreto cultivo del pundonor, que no a las disposiciones dictadas por el rigor. Una sola mirada suya bastaba para mover a lágrimas al culpado y traerle a buen camino. Creo que Dios se ha valido de él para sugerirme, con su ejemplo, grande amor a la vida religiosa.»

Oposiciones de la familia. — Sólo a fuerza de luchas y de empeños conquistó el Hermano Miguel la libertad de seguir el llamamiento divino. Como tantas otras vocaciones gloriosas, hubo de pasar la suya por el crisol de la prueba; estorbos sin cuento le atajaron los pasos; muchos y penosos contratiempos concurrieron a vigorizarla

y aquilatarla. El siguiente relato de los obstáculos que pusieron óbice a los intentos del joven ecuatoriano es fiel traslado de las cartas y notas por él conservadas. Vemos en ellas, por una parte, a padres cristianos empeñados en poner a prueba la resolución manifestada por su hijo, joven aún, de abandonar el mundo; el padre, sobre todo, se opone a ello con inesperada e irreducible tenacidad. Por otra parte, un adolescente humilde y tímido sostiene el choque sin darse por vencido; aguanta, ruega y persevera en su propósito, como roca firme entre las olas del mar, hasta que circunstancias providenciales acaban con desatar el conflicto, dejando contentos y satisfechos, a cuantos en él se hallaban interesados. Hallándose D. Francisco Febres Cordero retenido en Lima, desde hace tiempo, por asuntos comerciales, Francisco expone sus deseos a D.^a Ana, su madre, y a D.^a Mercedes Cárdenas, su abuela. Por ambas partes tropieza con imprevista oposición. Torna el chico a instar con fuertes razones, pero en vano. No dejan piedra por mover a fin de hacerle desistir de sus propósitos. Danle a entender que el Instituto de los Hermanos, de fin nobilísimo y bello sin duda, es, con todo, poco conocido todavía en el Ecuador, y nada confirma, por tanto, la estabilidad de sus Colegios. Además, la familia desea que se prepare Francisco para una carrera liberal, y llevaría muy a mal que éste, por seguir sus antojos juveniles, diese al traste con tan oportunos planes. El adolescente escucha respetuoso esas y otras razones, mas sin dejarse convencer por ninguna de ellas. «Creo, dice, humilde y conmovido, que no es ésa la voluntad de Dios respecto de mí. Hace falta una virtud mucho más robusta que la mía para ser cristiano ferviente en el mundo.»

«¿Por qué, añaden, no abrazas el sacerdocio? No te encargarán el servicio de una parroquia, pero en un colegio eclesiástico harás mucho bien. Mientras duren tus estudios tendrás asimismo todo el tiempo necesario para entrar dentro de ti y mirar despacio las cosas.» No se le oculta a Francisco que una resistencia más larga traerá perjuicio a su causa. Cede, pues, a las prolijas instancias de los suyos, pero alimenta en el corazón apego vivísimo, propensión irresistible hacia una vocación cuya magnitud y belleza le atraen con incontrastable fuerza. Mas ¿cómo llegar al logro de tan ardientes deseos? ¿Cuándo conseguirá la dicha de arribar al anhelado puerto de la vida religiosa? Comprándola a fuerza de brazos, después de andar al remo, luchando contra viento y marea: Dios, en cuya bondad confía, llevará el timón, y, dirigiendo el rumbo a la ansiada

playa, guiará la navecilla azotada por las olas y sacndida por los vientos contrarios. Pero, antes, importa que sobreleve con paciencia el atraso impuesto a la ejecución de sus designios.

Francisco en el Seminario.—El Dr. D. Miguel León, futuro obispo de Cuenca, aprueba la decisión materna. Después de consultar con



Seminario de Cuenca

el obispo de la diócesis, el Excmo. Sr. D. Remigio de Toral, admite a Francisco en el Seminario en octubre de 1867.

Dos de sus condiscípulos de entonces (uno de los cuales, el

R. P. Julio Matovelle, había de ser fundador de una Congregación de Padres Oblatos) se expresan en los siguientes términos acerca de la vida de Francisco en el seminario: «Por aquel entonces, el seminario de Cuenca era el único establecimiento de instrucción superior en la población. Había en él dos secciones: la de los internos, destinados a la carrera sacerdotal, y la de los externos, que se preparaban para las profesiones liberales. El joven Febres Cordero se hallaba entre los primeros... Descollaba entre todos por su modestia y su candor, por la gracia de su rostro, por su porte lleno de nobleza y dignidad, que le hacían grato y amable a todos... Dábase de lleno al estudio; pero hastiábase sobremanera, por cuanto su espíritu y su corazón se le iban siempre con los Hermanos, de quienes muy a su pesar le habían apartado. Admirábamos en él la inocencia reflejada en sus miradas; la sensatez patentizada en sus palabras; el sumo recato que resplandecía en toda su conducta. En su trato y amistad con los compañeros era blando, afable y obsequioso.»

El Hermano Miguel ha dejado estampadas sus impresiones del seminario en dos notas tituladas: «Historia de mi toma de hábito», y «Motivos que tengo para creer que mi vocación al Instituto de los Hermanos es verdadera».

Escuchémosle:

«Permanecí en el Seminario unos tres meses, que se me hicieron tres siglos. Allí padecí mucho moralmente, aunque todos, maestros y alumnos, me manifestasen sumo interés. No era aquél el centro donde me quería Dios; hallábame como pez fuera del agua.

Uno de mis tíos, que me quería mucho, venía a visitarme de cuando en cuando y me daba algún dinero para mis gastos particulares. Procuraba decidirme a permanecer en el Seminario; pero por inspiración de mi divina Madre, la Inmaculada Virgen María, compraba con este dinero algunos cirios que hacía arder ante su estatua. No cesaba de rogar a mi celestial Protectora que me retirase de aquel purgatorio y me allanase el camino para seguir mi vocación...»

Continuos y violentos dolores de cabeza dan que temer, en esta época, por la salud general del estudiante. Forzoso será acceder a sus deseos y poner término a la prueba. Cada día importuna Francisco al venerable Superior de la casa con apremiantes ruegos. «Le suplico dé V. a entender a mi madre que no estoy donde Dios me llama. Me muero de tedio.» Arrojándose luego a los pies del

Dr. D. Miguel León, le insta que acelere su regreso a la escuela de los Hermanos.

Intenta D.^a Ana poner obstáculo a las pretensiones de Francisco, pero al fin consiente. Amoldando al beneplácito divino su voluntad, resignase desde aquel momento a sacrificar sus afectos maternales en aras del querer de Dios y del de su hijo. «¿Y qué?, se dice ella. ¿No es hermosa por ventura la vocación a que Paquito aspira? Ser educador religioso, esto es, lugarteniente de Dios para con los niños, en especial los pobres, los predilectos del divino Salvador; verse encargado de alumbrar sus tiernos entendimientos con el conocimiento de la verdad, de apacentar sus almas y fundamentarlas en las máximas de la religión y en toda virtud: ministerio es, a la verdad, sublime, para cuyo desempeño son menester actos de abnegación y de amor; paternidad es, nobilísima y fecunda. ¡Ah, sí, la elección de Francisco es atinada y bella!»



Francisco Febres Cordero Muñoz
a los catorce años

* * *

Francisco vuelve con los Hermanos. — Vuelto a la compañía de los Hermanos, reitera sus instancias para que le admitan en el Instituto. El Hermano Director escribe a Lima, el 23 de agosto de 1867, para enterar al Sr. Febres Cordero de los deseos de su hijo, y el 13 de septiembre recibe contestación, de la que copiamos el siguiente pasaje:

«He leído con gran satisfacción su carta, en la que me propone que permita a mi hijo Francisco seguir la vocación de Hermano de las Escuelas Cristianas...

Aseguro a V. que nunca me opondré a que abrace mi hijo la carrera

a la cual crea estar llamado, pues sé que eso sería un crimen por parte mía. Estoy, pues, resuelto a dejarle del todo libre en este asunto. Mas como quiera que aún es jovencito, paréceme convendría esperar algún tiempo...»

Conforme a los deseos del padre, aplazaron para más tarde el ingreso del aspirante en el Noviciado. Entre Lima y Quito entablóse una correspondencia enderezada a deliberar con madurez sobre este negocio. D.^a Ana, madre de Francisco, pronosticaba que no tardarían en desvanecerse todas las dificultades.

En cuanto a D.^a Mercedes Cárdenas, no da todavía su brazo a torcer. Gustosa vería ingresar a su nieto en una de las grandes Órdenes que, desde hace siglos, ejercen su apostolado entre los ecuatorianos; pero no se aviene con la terquedad y pertinacia del niño, que solicita la entrada en una Congregación poco menos que desconocida. Pero ¿de qué arbitrios se valdrá, de qué tretas echará mano para avasallar aquella férrea e indomable voluntad del niño? ¿De la intimidación? ¿de la severidad? ¿o bien de las promesas y halagos? Empieza a tantear el terreno, discurriendo una ingeniosa estratagema.

Luchas y pruebas. — Panchito se muere por las frutas: melocotones y guayabas de Gualaceo, papayas, naranjas y plátanos traídos de las regiones cálidas al mercado de Cuenca, le llevan tras sí los ojos. Pero sus preferencias son para las peras. ¡Ah, las tentadoras y deliciosas peras de la abuelita! Sólo con pensar en ellas se le hace agua la boca. A veces hace con sus primos graciosas apuestas en que las peras hacen todo el dispendio. A menudo, en las comidas, recae la conversación sobre lo que llama D.^a Mercedes la obstinación de Panchito. «¿Acaso no estás bien con nosotros? Mira que tendrás mucho que padecer con los Hermanos, porque son pobres. ¿Y quién te dará frutas, si vas con ellos...? Mira, Panchito, ahora mismo te doy un saco, dos sacos de peras, si renuncias a tu propósito.» Humillado y ruboroso el niño de que lo crean capaz de poner en parangón su vocación con algunos centenares de frutas, siquiera sean las más sabrosas del mundo, rompe en amargo llanto y dice: «Ni las peras ni cosa alguna de este mundo serán bastantes para que yo mude de resolución...» Y acaba la comida entre suspiros y sollozos.

La venerable abuela quiere entrañablemente a su netezuelo; pero, luchando con su propio corazón, finge severidad, y busca nue-

vas trazas para triunfar de aquella resistencia que desbarata sus designios. Un día en que la familia, congregada en la quinta del Dr. Cueva, celebra el Santo de D.^a Mercedes, preparan los nietos, en su honor, una velada literaria. No bien han terminado su papel, van todos los actores a dar un beso a la festejada. Francisco se acerca, pero es rechazado. «Si promete no hacerse Hermano, le daré dos besos», dice la anciana. Gruesas lágrimas corren hilo a hilo por las mejillas del pobre Panchito. «*Abuela, dice, mucho siento su negativa; pero no prometeré lo que no puedo ni debo cumplir.*» San Jerónimo, al hablar de la vocación y de los obstáculos que es forzoso superar para seguirla, dice: «Cuando Dios llama, importa asirse a su bandera, que es la cruz. La verdadera piedad filial recomienda, en tales lances, mostrarse uno despiadado.» Así lo hizo Francisco, arrojando con valor ofertas y desdenes. El Dr. Cueva, testigo de la escena arriba descrita, atrevióse a decir respetuosamente a D.^a Mercedes: «Señora, no amargue V. la fiesta al pobre chico. Si Dios le llama a ese Instituto, ¿por qué quiere usted oponerse a sus designios y encaminarlo a otra parte?» D.^a Mercedes abrió entonces los brazos a Panchito, quien, arrojándose en ellos con el rostro inundado de alegría, la cubrió de besos.

Sin tener ningún conocimiento del mundo, presentía ya Francisco ser todo en él vanidad y mentira, sin eficiencia para colmar los anhelos del corazón humano. No temía, pues, molestar a su madre, rogándola sin tregua le diese, por escrito, el codiciado *fiat*, la imprescindible licencia para entrar en el Instituto. Tan luego como hubo llegado el documento a manos del Hermano Director, se decidió que recibiera Francisco el santo hábito en las primeras vísperas de la Anunciación, el 24 de marzo de 1868. No cabía en sí de gozo el afortunado aspirante al leer estos renglones:

Consentimiento de la madre. — «La infrascrita, después de haber reconocido, ante Dios y su conciencia, que su hijo Francisco Cordero es llamado al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, declara gustosa en su alma dar pleno y libre consentimiento a que dicho hijo suyo siga el divino llamamiento y vista el hábito de la susodicha Congregación, para que en ella logre su felicidad temporal y eterna.

En fe de lo cual pongo aquí mi firma.

ANA MUÑOZ DE CORDERO

Cuenca, marzo 24 de 1868.»

Satisfechos, por fin, los ardientes deseos de Francisco; bañado su corazón de intenso gozo y libre ya de temores, complaciase el adolescente en desahogar su contento, repitiendo con el Salmista: «Heme regocijado porque me han dicho: Iremos a la casa del Señor.» Va a ser religioso; ¡oh, qué dicha la suya! A trueque de leves sacrificios, hurtará el cuerpo a las falacias del mundo embaucador, y logrará realizar sus dorados ensueños de perfección, oreándose su alma al blando soplo de los consuelos divinos. Pero al dar el solemne adiós de despedida a la morada paterna, donde se deslizaron tranquilos y felices sus primeros años, llevará consigo el indeleble recuerdo de los seres queridos que allí deja, a cuyo amor cristiano y generoso deberá el inestimable favor de su ingreso en la casa de Dios. Oigamos a Francisco referirnos los últimos días de su vida de seglar.

Toma de hábito. — «El Hermano Director, aun antes de haber recibido el consentimiento de mamá, dábame a leer las Reglas del Instituto. Confiando en que Dios removería todas las dificultades, dispuso que me preparasen los hábitos religiosos, sin comunicarlo a nadie.

Llegó en esto el mes de San José, a quien nuestro Director profesaba particular devoción, y, para infundírnosla, sugirió a los Congregantes de la Virgen Santísima el hermoso pensamiento de escribir, en unas papeletas, el favor particular que cada uno de nosotros solicitaba. Yo pedí la gracia de conocer bien mi verdadera vocación y la conversión de dos personas de mi particular cariño. Las papeletas, selladas dentro de un mismo sobre, fueron depositadas a los pies de una estatua de San José...

Pensaba entrar en el Instituto el día de este gran Santo. Pero él, tan humilde en vida, cedió el puesto a la Inmaculada Virgen María. Tuve la dicha de ser recibido entre los Hermanos la víspera de la fiesta de la Anunciación. El Hermano Director fué a ver a mamá, quien accedió por fin a mis descos. Estaba yo tan contento que creí que me iba a dar una enfermedad de corazón, tantos y tan intensos eran mis estremecimientos de alegría.

Revestí el santo hábito de los Hermanos en Cuenca la tarde del 24 de marzo de 1868, en presencia de mis profesores, de mi hermano Aurelio, de mis primos Bernardo, Ignacio y Alberto Muñoz, José Yépez, Antonio Vega y de mis compañeros los Congregantes de la Santísima Virgen.

Antes de la ceremonia oímos una conferencia acerca de la vocación a la vida religiosa... Al día siguiente asistimos a misa, en la que comulgué junto con la abuelita, con mamá y con mis tías...»

Francisco Febres Cordero se llamará, pues, en adelante, *Hermano Miguel*. Su ascendiente paterno había sido general y uno

de los fundadores de la independencia ecuatoriana; él, empero, estima en más ser pobre y pequeño por amor al divino Salvador, que gozar de todas las humanas grandezas. Pero en el servicio de este soberano Capitán no ha de carecer de la gloria de las conquistas: alcanzará brillantes victorias en batalla campal con la ignorancia y el vicio; inteligencias esclarecidas con la verdad, corazones arraigados en la senda del bien, serán las insignias de su triunfo, los trofeos de su gloria.

* * *

Antes de que recibiese el joven postulante el santo hábito cabía preguntar dónde había de hacer el noviciado. El distrito ecuatoriano no tenía aún casa establecida para la probación de sus novicios, ya que sólo dos o tres postulantes se habían presentado hasta entonces. Además, como quiera que el estado enfermizo del Hermano Miguel no permitía enviarlo a un noviciado de Francia, resolvieron dejarlo en Cuenca.

Cuanto conocían al Hermano Miguel tenían la íntima convicción de que llevaba intacta al Noviciado la blanca estola de su inocencia bautismal. Animoso, dócil y alegre, empieza el joven novicio a practicar las virtudes de su nuevo estado, sobre todo aquellas que él se obligará, más tarde, con solemne compromiso, a cultivar en su alma por amor a Jesús. Pide su riqueza a la pobreza, su paz y delicias a la castidad; halla en la obediencia su fuerza y bienestar. Ejercítase solícito en el conocimiento y amor de las Santas Reglas, en cuya escrupulosa observancia cifra su ventura. Pone por obra, con infantil sumisión y atento a la mirada de su Dios, los más insignificantes deberes, pues todos los reputa sagrados y nobles; y, en premio de esta generosa correspondencia a los requerimientos divinos, perenne felicidad inunda su alma.

De las cartas que, por entonces, recibió de sus Superiores entresacamos algunas líneas:

«Muy querido Hermano Miguel: Con sumo gusto he leído algunos renglones suyos, y es mi regocijo idéntico al de una familia donde acaba de nacer un niño. Me alegro de ver en V. un recién nacido para el Instituto; bendecimos al Señor por habérselo traído, y le rogamos que otorgue a usted entre nosotros vida muy larga y fecunda.

Ha escogido V. la mejor parte, que nadie le arrebatará. Pruebe cuán

liger a es la carga del Señor. Es cierto que la vida de Hermano es harto trabajosa y de poca holganza. A honra lo debemos tener, supuesto que imitamos a los ángeles que constantemente velan por nosotros. Está V. llamado a ser el ángel guardián visible de los niños que la obediencia le confie: ¡qué hermosa vocación!

A cuantos le ponderen el bienestar, la comodidad de otras vocaciones, respóndales: «Mi alimento, mi descanso, es hacer lo que quiere Dios que haga...»

Lleva V. un hermoso nombre: Miguel. Veo gustoso que V. lo honra con sus actos... Contra las sugerencias, ya exteriores, ya interiores, con que le asalte el enemigo de su perseverancia, ármese con el reto del Príncipe de la milicia celestial: «¿Quién como Dios? ¡Nada de cuanto me ofrees puede venir a parangón y cotejo con el amor y la voluntad de mi Dios!...»

¿Tomó acaso barruntos el Hermano Miguel, con la lectura de esta carta, de las nuevas asechanzas y enredos que iban a armarse contra su vocación? Lo ignoramos; pero lo cierto es que no tardó en desencadenarse la tormenta, sacudiendo el alma del pobre novicio con dolorosos embates.

El 14 de noviembre eséríbele su padre, de Guayaquil, una carta, con manifiestos indicios de que se avecina la tempestad. Pide en ella tan sólo que vaya Francisco a pasar algunos días con su madre y sus hermanos.

El Hermano Miguel enviado a Quito. — Los superiores del Hermano Miguel no juzgan oportuno mandarlo a Guayaquil, durante el primer año de su probación, como quiera que semejante traslado es contrario a la disciplina general de los Institutos religiosos. Con suma cautela dan, pues, a conocer los motivos de la negativa al Sr. Febres Cordero, quien no parece darse por convencido ni satisfecho. Desde entonces guardan padre e hijo prolongado cuanto para ambos doloroso silencio. A principios de mayo de 1869 recibe el Hermano Miguel una obediencia para Quito, donde ha de dar principio a su apostolado. Catorce meses han pasado desde la toma de hábito; además se había iniciado ya como maestro, en su ciudad natal, en la misma escuela donde tantos buenos ejemplos dió cuando discípulo.

Este primer viaje a caballo, de Cuenca a Quito, dejó en el Hermano Miguel poéticos recuerdos. Guiados por un arriero, el Sr. Canónigo Vicente Cuesta y el joven religioso enderezaron el camino hacia Azogues. En esta pequeña población, rica hoy, merced a la

industria de sombreros de paja, llamados «jipijapas» o «panamás», ambos viajeros hallaron excelente acogida en casa de unos amigos. Anduvieron todo el primer día a campo traviesa, cruzando fértiles vegas, salpicadas de innumerables quintas y caseríos. La cabalgata del día siguiente fué algo monótona, hasta llegar, en los alrededores de Cañar, a los inmensos trigales y campos de patatas que convierten aquella región en verdadero granero de abundancia.

¡Qué ascensión la de Cañar a Achupallas! Se ha de atravesar, a cuatro mil trescientos metros de altura, el «Nudo del Azuay». Antes de internarse en fragosos vericuetos, el río Culebrilla, cuyas límpidas aguas serpean fertilizando campos de verdura, convida a tomar algún descanso en sus amenas riberas. Luego, entre paredones verticales, a lo largo de precipicios cuya sola vista causa vértigos, por angostísimas veredas erizadas de riscos, hay que trepar, durante varias horas, hasta llegar a la cima del Nudo. Jinetes y caballerías están molidos de cansancio. Desde aquel punto culminante el panorama es espléndido y sublime, pero el cierzo glacial no permite contemplarlo con holgura. Tras breve respiro bajan rápidamente hacia Achupallas, pueblecillo colgado como un nido en la ladera de los montes. Después de pasar una noche bajo el hospitalario techo del cura de aquella feligresía, nuestros «cuencanos» se encaminan hacia Riobamba, desde donde, por las provincias de Tunguragua y de León, llegan a Latacunga, región del terrible Cotopaxi, cuyo encendido cráter se empina a seis mil metros sobre el nivel del mar. Con dos días más de cabalgata, y una parada en Machachi, tocan, por fin, seguros al término de su peregrinación.

El 12 de mayo de 1869 pisa el Hermano Miguel los umbrales del Beaterio, donde ha de vivir por espacio de más de veinte años. Allí le esperan los consuelos y regalos del apostolado, pero también se le entra el dolor por las puertas para acibararle con íntimas congojas.

A los tres días de haber llegado el Hermano Miguel escribe su padre al Hermano Visitador una carta imperativa y un tanto exasperada, donde exige que entreguen el joven religioso a D. Jacinto Caamaño, diputado de la Convención nacional, quien se encargará de acompañarle. ¿Qué causas han mediado para dar semejante orden? ¿Qué ha acontecido? El dolor del padre, enconado por el alejamiento de su hijo, habrá sugerido, sin duda, tamaña resolución. Tal vez los consejos de amigos imprudentes han intervenido

para recrudescer un estado de ánimo ya de suyo harto excitado. ¡Cuál se llena de tristeza y se deshace de pena el Hermano Miguel! Al entrar en el servicio de Dios ha preparado, es verdad, según el aviso del Sabio, su alma a la tentación; pero esa prueba sobrepuja todas sus previsiones. ¿Por qué tanto conato en arrancarle de una casa donde se halla bienquisto, y feliz como en ninguna otra parte del mundo? ¿No ha seguido, por ventura, los dictámenes de la más exquisita cordura al escoger, con preferencia a cualquier otro estado, el de la perfección evangélica? Sobreponiéndose, con todo, a su dolor, tranquilo en medio de sus cuitas, ofrece a Dios sacrificios meritorios; rúégale humilde, pero esperanzado, le socorra en aquel aprieto.

Una cosa le consuela sobremanera en medio de sus angustias: la certeza de que no le han de despedir los Superiores, sin motivo, de un Instituto a cuyas puertas llama desde hace tanto tiempo.

Tentativas del padre. — El 22 de mayo escribe el Hermano Visitador la siguiente carta:

«Sr. D. Francisco Febres Cordero. — Guayaquil.

Muy señor mío: En contestación a su muy atenta del 15 del presente mes, me cabe la honra de decirle que, por lo que a mí respecta, estoy dispuesto a entregar su hijo Francisco a la persona que me designa o a otra cualquiera, siempre que él mismo tenga por bien salir del Instituto en que fué recibido hace un año, en virtud de las vivas instancias que hizo para su admisión.

Yo no podría, sin notoria injusticia, despedirle de nuestra casa; él mismo resolverá, por tanto, lo que ha de hacer, según el dictamen de su conciencia y conforme lo exija la justicia.

Nada tiene V. que agradecerarnos por el esmero con que hemos estado educando a su estimado hijo, pues tal es uno de los primeros deberes de los que tenemos el honor de pertenecer al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Me es grato aprovechar la ocasión para ofrecerme de V. afectísimo, humilde y atento S. S.»

Muy lejos estaba el Hermano Visitador de creer que mudase fácilmente de parecer el padre del Hermano Miguel, por lo que no le sorprendió recibir, el 6 de junio, una carta de D. Jacinto Caamaño que confirmaba los designios del Sr. Febres Cordero. Entonces fué cuando se resolvió el Superior a escribir al Hermano Miguel lo siguiente:

«Quito, a 6 de junio de 1869.

A mi muy querido Hermano Miguel:

Carísimo Hermano mío: Ya sabe V. que su señor padre desea sacarle del Instituto en que V. entró hace un año y meses. Yo no puedo despedir a V. sin justa causa, antes quiero que V., libre y espontáneamente, después de haberlo meditado cual conviene en tan grave asunto, me diga, dentro de tres días, si desea o no continuar perteneciendo al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Le mando en nombre de la Santa Obediencia conteste por escrito y a continuación de ésta, conforme a lo que le dicte su corazón, sin ningún respeto humano, pues deseo transmitir esta respuesta a su padre, para que él vea cuál es la determinación de V. Con afecto de sincero amor fraternal, me repito de V., querido Hermano, muy atento y S. S.»

Pasados los tres días de oración y reflexión, escribe el Hermano Miguel a su Superior:

«Quito, 9 de junio de 1869.

Reverendo Hermano Visitador: Por toda contestación a su cariñosa carta, aseguro a V., en presencia de Dios y sin respeto humano, que me considero llamado al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y que no podría salvarme ni me hallaría en mi puesto en ninguna otra parte.

Sírvase, pues, mi muy venerado Hermano Visitador, comunicar estos sentimientos a mi padre. Si él desea de veras mi felicidad, es decir, mi felicidad eterna, lo que desear debe todo padre cristiano para su hijo, no tiene más que dejarme seguir el camino que me ha señalado Dios.

Quedo, en Jesús, María y José, su muy obediente y humilde inferior q. l. b. l. m.»

Negociaciones diversas. — La responsabilidad de la decisión que se tomara incumbía sólo al Hermano Visitador, puesto que los Superiores mayores, demasiado distantes, no podían tomar cartas en el asunto. Nunca pensó aquél, por otra parte, en esquivarlas. No obstante esto, con la mira de corroborar más, si era menester, su declaración al Sr. Febres Cordero, y evidenciarle mejor la razón que le asistía, rogó al Excmo. Sr. Tavani, Delegado Apostólico, y a los Ilmos. Sres. Arzobispo de Quito y Obispo de Riobamba, así como a D. Vicente Cuesta, Canónigo de Cuenca, que tuviesen a bien dar su parecer acerca de este particular. No había por qué titubear sobre cuál sería la contestación de los ilustres consultados. Todos convinieron en que podía y debía permanecer el Hermano Miguel en la vocación que el Señor le había deparado.

Con la resolución escrita de su hijo, el Sr. Febres Cordero recibió del Hermano Visitador estas cartas que debieron de impresionarle vivamente, por cuanto, amainando velas, desistió por entonces de sus propósitos. El 16 de junio expresó, es cierto, la intención de valerse de todos los expedientes, llegando hasta el extremo de su derecho; pero no llevó a efecto su amenaza, y el Hermano Mi-



Palacio de Gobierno en Quito

guel continuó disfrutando del sosiego de las divinas dulzuras en el bendito asilo por él libremente escogido.

Rotas quedaban las relaciones con su padre. En vano espera que una carta suya llegue a poner término a situación tan penosa; en vano dan pasos los Superiores, en septiembre de 1871, para lograr la suspirada reconciliación. Durante cuatro años más el silencio absoluto del padre ha de oprimir, enal pesada losa, el alma del Hermano Miguel. No transcurre, empero, un día sin que éste proteste a Dios de su fidelidad, repitiendo con el salmista: «No he pedido más que una cosa al Señor: la de habitar en su casa todos los días de mi vida.» Cuanto más se dilata la tribulación, tanto más asido se halla a su vocación, con la que le han venido todos los bienes.

Interpónense algunos parientes para que se granjee el joven

religioso la benevolencia paterna, mas sus tentativas salen frustradas. «Cuando Dios quiere dar muestras de ser una obra del todo suya, dice Bossuet, redúcelo todo primero a merced de la desesperación y de la impotencia, para hacer luego ostentación de su poder.» Fracasadas las humanas industrias, necesario era que interviniese Dios directamente para romper con todas las trabas.

Reconciliación. — En enero de 1875, cuando se preparaba la reelección de García Moreno, a fines de su segunda Presidencia, en Guayaquil formaron contra él violenta oposición. Tras el proceso del periódico *La Era Nueva* ante el tribunal de Quito, y el indulto de los acusados, hubo algunos arrestos... Entre los prisioneros internados en la capital estaba el Dr. Arízaga, amigo íntimo del Sr. Febres Cordero. ¿De qué medio se valdrá éste para conseguir la liberación de su amigo? Las opiniones políticas del Sr. Cordero le alejan de García Moreno, pero conoce el vivo aprecio del Presidente para con los Hermanos. Escribe, pues, a su hijo por tercera persona, y le asegura que si recaba la libertad del Dr. Arízaga, olvidará todo lo pasado. El Hermano Visitador y el Hermano Miguel van a la Presidencia, y tienen la suerte de ver coronada con feliz éxito su empresa. No ignoraba García Moreno el resentimiento que había entre el joven religioso y su padre, y lo lamentaba sobremanera.

El 20 de febrero recibe el Hermano Miguel una carta de su padre:

«Mi querido hijo: El intenso gozo que experimento por el feliz resultado de tu intercesión, me obliga a echar un velo sobre nuestras pasadas frialdades, para no volver a esas andadas que tantos dolores me han causado.

Son las dos y cuarto de la tarde, y a la tres y media se despacha el correo; así es que me ciño a dirigirte estos pocos renglones para expresarte mi ternura, y agradecerte por tu intervención en la libertad de mi querido amigo. En tanto llegue el próximo correo, recibe desde aquí mi bendición, que siempre lleva algún provecho la bendición de un padre, por pecador que éste sea. Te la doy, pues, con todo el afecto de mi corazón.»

El fin de aquella desavenencia causó inmensa alegría en la familia. En adelante, entre padre e hijo las comunicaciones fueron quizá más cariñosas que nunca. El Sr. Febres Cordero procuraba borrar de la memoria de Francisco aquellos años de silencio glacial. No parecía sino que deseaba resarcirle de sus pasados desvíos, colmándole de prendas de amor y ternura.

Dos meses después de tan feliz reconciliación se ve enredado a su vez el Sr. Febres Cordero en los desórdenes políticos que agitan a Guayaquil. D.^a Ana, la madre del Hermano Miguel, escribe a su hijo para que emplee todos los medios posibles a fin de desvanecer las sospechas y hacer revocar la orden de destierro que, el 11 de mayo, arrancaba de su familia al Sr. Febres Cordero para llevarlo a Babahoyo. Gracias a Dios, los pasos dados cerca de García Moreno tuvieron dichoso remate, puesto que el 21 del mismo mes el querido prisionero, nuevamente libre, se hallaba en medio de los suyos. A día siguiente escribía al Hermano Miguel:

«Mi querido hijo: Víctima de la calumnia, fui desterrado a Babahoyo, pero ésto y de nuevo en medio de la familia, en virtud de un decreto del gobierno.

Te agradezco las diligencias que has hecho para mi libramiento. No esperaba menos de tu cariño. ¡Ojalá vayan siempre nuestras oraciones animadas de la más viva confianza, para merecer, en todo tiempo, las bendiciones del Cielo!»

El Hermano Miguel había puesto a los Hermanos de Cuenca al corriente de sus pruebas y de sus consuelos; así es que la nueva de los felices cambios sobrevenidos en las relaciones del Sr. Febres Cordero con su hijo los colmaba a todos de júbilo. El 2 de agosto de 1876 escribe uno de ellos al Hermano Miguel:

«Al leer la carta de V. paréceme verle sonriente, sereno y alegre, tal como estaba usted en el día de su toma de hábito... ¡Bendito sea Dios! Él es quien deja estallar la tormenta, Él quien la calma y hace brillar el arco iris de la bonanza.

Querido amigo, persevera fiel y animoso en su santa vocación, la cual, no cabe duda, viene de Dios... Pero habrá de pasar V. por muchas pruebas. A fuer de siervo de Jesucristo, tendrá que llevarse con frecuencia a los labios la copa de los dolores. Mas, ¡adelante! con la gracia de Dios, que nunca falta. Cuanto más amargas sean las penas y mayores los sacrificios que el Señor le depare, tanto más se robustecerá V. en la virtud. La continua prosperidad anemia y embota las almas.»

Una vez más, en 1880, acusaron al Sr. Febres Cordero de tomar parte en la oposición antigubernativa. Fué a Quito para sincerarse ante el Presidente Veintimilla, quien reconoció su inocencia.

Muerte del Sr. Febres Cordero. — La entrevista del padre con el hijo, en esta ocasión, fué cordialísima. Había de ser también la última en este mundo. El 16 de julio de 1882, festividad de la Virgen del Carmen, a la que tenía gran devoción, falleció el Sr. Febres Cordero, tras corta enfermedad, después de recibir con mucho fervor los últimos sacramentos.

«Ya somos huérfanos en este mundo, escribe el Hermano Miguel a uno de los suyos, con fecha 9 de agosto de 1882; pero nuestro padre está en el cielo, desde donde nos contempla con ternura y ruega por nosotros...

¡Cuán claramente vemos que no está en la tierra nuestra patria! Somos pobres desterrados que hemos de fijar nuestras miradas y nuestros deseos en esa verdadera patria, que nunca se ha de dejar, y donde no habrá ni dolores, ni lágrimas, ni muerte.»

En una carta fechada el 19 de agosto de 1882, en que la piadosa viuda de D. Francisco Febres Cordero busca consuelo al lado de su hijo religioso, aquélla le dice:

«Avisame el día en que has de pronunciar los votos perpetuos. Espero que al aceptar tu consagración librárá Dios del purgatorio el alma de tu padre.»

Ahora bien: el Hermano Miguel profesó el 8 de diciembre del mismo año, y a la sazón escribió a una tía suya, religiosa de los Sagrados Corazones, diciéndole que *sabía con certeza que el alma de su amadísimo padre había entrado ya en el cielo*. Se tuvo la convicción de que le fueron dadas luces sobrenaturales referentes al particular, como premio de su fidelidad a la gracia de su vocación.

CAPÍTULO IV

El Hermano Miguel en Cuenca (1869) Las Escuelas Cristianas en el Ecuador (1869-1888)



OR lo común, empieza el maestro religioso su ministerio de educador con cierta mezcla de alegría y aprensión: es profunda su dicha de trabajar por la salvación de las almas, en pro de las cuales ha hecho renuncia de todo y hasé ofrecido a sí mismo en holocausto; mas suele presentarse en las aulas con cierto recelo. Sus alumnos son «ángeles», es indiscutible; así lo han repetido cien veces sus madres, aun tratándose de los más revoltosos. Pero ¿cómo alcanzará el bisoño profesor la suficiente autoridad para gobernar a tantos graciosos benjamines, capaces de malograr la ciencia, la abnegación y la virtud del maestro más idóneo?

Sin duda alguna, experimentó el Hermano Miguel esos sobresaltos, anejos a los primeros pasos en una carrera. Con todo, por la misma causa de dar principio a sus apostólicas tareas en Cuenca, veráse libre nuestro incipiente educador de ciertas vacilaciones. Testigo, durante cinco años, de los procedimientos empleados por sus maestros, hoy sus colaboradores, no dejará de aprovecharse de sus métodos y ensayos. Entre sus condiscípulos del año anterior se ha afianzado ya de antemano la reputación de su virtud.

No se advierten en él, por tanto, la cortedad y las zozobras naturales en muchos principiantes. Pocas son sus faltas de tino: se le amonesta que habla mucho en clase, que gesticula demasiado al hablar, que ríe con frecuencia. Procura por todos los medios aprovecharse de los avisos, y poner todo su esfuerzo en moderar y vigilar sus actos. Adoptando como regla de conducta el consejo de San Pablo a Timoteo: «Cuida mucho de que nadie te menosprecie

por causa de tu juventud», pronto se acostumbra a obrar con calma, a determinarse con reflexión y madurez propias más de un varón experimentado que de un joven de su edad.

«¡Qué feliz es el Hermano Miguel!», suelen exclamar a menudo los que le conocen. Sí, el querido Miguelito, el Hermanito Miguel, como se complacen en llamarle amigos y parientes, ya no desea nada en este mundo, a no ser su adelanto constante en la virtud y la santa perseverancia en su vocación. Al revés de tantos jóvenes chasqueados, cuando no desesperados, al ver marchita la flor de sus ensueños y desvanecido el dorado porvenir considerado por ellos como el colmo de la humana ventura, él es dueño de tesoros sin cuento y disfruta de paz y bienandanza. Feliz cuanto puede serlo uno acá abajo, corre intrépido a la conquista de las almas, sin que los obstáculos venzan sus bríos ni arredren su valor.

Comienzos del Hermano Miguel en las clases de Cuenca. — Uno de los alumnos del Hermano Miguel, en aquel entonces, resume del modo siguiente sus impresiones:

«Hallábame en la segunda clase de la escuela cristiana de Cuenca, cuando el Hermano Director nos presentó al Hermano Miguel como profesor. Estuvimos muy contentos con él. Discípulo suyo fui, junto con los que habían de ser, más tarde, el Dr. D. Alberto Muñoz Vernaza, su primo hermano; el Dr. D. Luis Antonio Chacón, abogado y escritor notable, y otros muchos, destinados a la política y al sacerdocio.

Imponíase a nuestro aprecio el Hermano Miguel por su viva piedad. Con tan fervorosos acentos nos recomendaba las prácticas piadosas, que nos parecían agradables y fáciles. A las horas y medias horas, al toque de campana, veíamosle recogerse un instante con gran modestia, y recitar luego las oraciones a las que nosotros respondíamos.

Vivo y activo en todo, creo que observaba la regla en sus menores puntos. En clase ejecutábanse a la letra todas las prescripciones del Hermano Director, sin ningún esfuerzo, pues la amabilidad del profesor sabía amenizar nuestra vida de escolares.

Era sumamente manso y blando con todos los alumnos. Jamás echaba mano de los castigos un tanto severos que el natural díscolo de algunos discípulos parecía a veces exigir.

En aquel año de 1869 el Hermano Miguel preparó a varios de nosotros para la primera Comunión. Nos cautivaba la gracia y el esmero con que excitaba y sostenía nuestra curiosidad infantil durante las lecciones de catecismo...»

Fuera de las horas de clase, el joven profesor se entrega al estudio con tal ardor que ya puede decirse de él lo que más tarde han de repetir los testigos de su vida fecunda: «*Cualquiera sospecharía haber hecho el Hermano Miguel, como San Alfonso de Liguorio, el voto de no perder ni un solo instante.*»

Expuestos sus ensayos como maestro, veamos cómo iba creciendo su fervor religioso.



El Hermano Miguel, novicio

Bases de su vida espiritual. —

«Estréchate con Dios y ten paciencia, a fin de que en adelante sea más próspera tu vida», dice el Eclesiástico (II, 3). Siempre ardió el Hermano Miguel en vivas ansias de adelantar en perfección; tenía, por tanto, sumo cuidado de vivir muy unido con Dios por el recogimiento, la oración y la entera conformidad con el divino beneplácito.

Era su oración continua. Para no distraerse con las criaturas andaba siempre modestísimo. «Fuera de las horas de vigilancia, apenas se ven los ojos del Hermano Miguel, solían decir en la escuela de Cuenca. Pasa por todas partes sonriente y silencioso, pero cabizbajo, con el rosario en la mano.»

Tal se nos presenta en una fotografía de aquella época. La cabeza, de ascética delgadez, inclínase levemente hacia adelante. Los ojos, aquellos ojos cuya incansable vigilancia temían tanto los escolares, miran amorosos y plácidos. El rostro presenta todos los atractivos de la juventud, en espera de que impriman pronto en él otra belleza superior las gloriosas huellas de la mortificación. Del rosario que mantiene en la mano izquierda penden la cruz, principio fecundo del apostolado del Hermano Miguel, y una medalla de la Virgen Madre, a quien ama con entrañable ternura: el conjunto manifiesta un alma piadosa y meditabunda.

Para estribar en macizos fundamentos su edificio espiritual y ser fiel a las promesas hechas a Dios el día de su toma de hábito, el joven religioso procura avivar en sí las convicciones fundamentales de la vida cristiana y religiosa. Al veneno de las sollicitaciones que le hacen para volver al mundo, opone la triaca de la penitencia y de la oración. La meditación de las postrimerías, sobre todo, produce en su alma saludable impresión. Piensa con frecuencia en ellas y muy detenidamente.

Una colección de pensamientos manuscritos, de los cuales decía el Hermano Miguel que cada uno podía ser asunto de seria meditación, nos indica cuál es la norma de su vida religiosa, la vía por donde le lleva el Espíritu Santo.

«1. El gran asunto para nosotros los Religiosos, nuestro único negocio es el de la eternidad.

4. Sólo debo en este mundo trabajar para salir santamente de él.

6. Para vivir de veras, hay que vivir según las máximas del Evangelio.

20. Si no destruyo el pecado en mí, el pecado me destruirá.

26. Gran sabiduría es dar la nada por el todo.

27. ¡Oh locura, perder el cielo por una pulgada de tierra!

30. La cruz, y no una talega de escudos, sirve de escala para subir al cielo.

46. El verdadero secreto para tener la paz está en no desear nada precedero.

53. Ofender a Dios y no temblar, ¿no es haber perdido la razón o la fe?

56. Más vale castigarse a sí mismo que esperar los golpes de la justicia divina.

62. No hay nada seguro en este mundo sino lo que se funda en el único Ser inmutable.

63. ¿Cómo se puede llamar vida a aquella en que no se ama a Dios?

64. Haceos pequeños, tan pequeños que nadie repare en vosotros.

65. Para estar interiormente unido con el celestial Esposo, necesario es morir a todo cuanto no sea Él.

87. ¡Oh qué hermosa venganza! Colmar de bienes a los que nos llenan de males.»

Horror al mal y despego de los bienes terrenos, mansedumbre y humildad, son, pues, las sólidas bases sobre las que desea levantar el Hermano Miguel el edificio de su perfección. La roca que las sustenta es la fe sencilla, incommovible, en Dios, soberano Dueño, úl-

timo Fin, Bienhechor y Juez de los hombres. Cuando un alma se asienta animosa en tan firmes cimientos, da grandes esperanzas de sí y de su virtud.

* * *

La escuela de Quito; su expansión. — Congruente cosa parecía que dejase el Hermano Miguel su país natal. Para el religioso, separarse de su familia, de sus amigos de infancia, constituye un desprendimiento sin el que no sería fácil formar concepto cabal de la vida apostólica. Ya hemos dicho cómo, modificadas las circunstancias que motivaron su permanencia en Cuenca, fué enviado a Quito el joven Hermano. La comunidad llamada del «Beaterio», donde le reciben, existe desde hace seis años. Allí, sujeto al yugo de la obediencia, desempeñará, por espacio de largos años, funciones muy diversas; en aquel campo dará incremento a su vida intelectual y moral. Su abnegación y su cariño identificarán, por decirlo así, su vida con la de aquella casa. Con tal motivo, parécenos oportuno trazar, en este relato, un breve bosquejo de la historia del «Beaterio». Lo presentaremos primero en el período que se extiende de 1863 a 1888. En esta última fecha, el establecimiento de Quito contará ya veinticinco años de existencia, y realizará el Hermano Miguel su primer viaje a Europa.

Podemos comparar las diversas fases históricas del «Beaterio» con el desenvolvimiento de un árbol frondoso, expuesto a la violencia de las tempestades, que si bien lo maltratan a veces, no detienen su crecimiento, antes lo robustecen. De 1863 a 1868 la obra se dilata lentamente. Seis Hermanos se desvelan en dar cristiana educación a doscientos cincuenta discípulos, repartidos en cuatro clases. Estos humildes principios, con las dificultades a ellos inherentes, sirven como de espuelas para incitar a los obreros apostólicos a depositar su confianza en sólo Dios, y a esperar todo de su adorable Providencia.

Muerto en la brecha el primer Hermano Visitador, el progreso va en aumento. El presidente de la República, Dr. D. Javier Espinosa, asiste, el 3 de agosto de 1868, a una velada literaria en honor del Superior difunto. Entre los alumnos inscritos en el cartel se halla el señorito Manuel María Pólit, actual Arzobispo de Quito. En el período comprendido entre 1868 y 1875, época de la segunda presidencia de García Moreno, navega la escuela de Quito con próspero viento.

El gran reformador imprime vigoroso impulso a la instrucción pública; promueve en el pueblo ecuatoriano la afición al estudio y alienta a los padres a enviar sus hijos a las escuelas abiertas para ellos. Cuando tomó las riendas del gobierno, las doscientas escuelas primarias ecuatorianas recibían trece mil alumnos; en 1875 se contaban quinientas escuelas con treinta y dos mil niños.

García Moreno pide más Hermanos. — En el Ecuador no imperran las escuelas sin Dios, esos antros donde, mediante una alquimia criminal, se consigue alterar poco a poco el oro acendrado de las conciencias infantiles, cambiándolo en el plomo vil de la indiferencia y de la incredulidad. No obstante esto, desea García Moreno confiar gran parte de la juventud a religiosos educadores, y aumentar en la República el número de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Los conoce mejor que cuando su primera presidencia. El valor con que han sabido arrostrar tantas adversidades, sus triunfos en la educación de la infancia, han merecido su admiración y amistad. Sin extralimitarse nunca de la más estricta justicia, los sostiene y favorece, multiplicando las manifestaciones de su benevolencia y cariño. El 17 de febrero de 1869 dirige al Rdm. Hermano Felipe, Superior General, una carta autógrafa para pedirle unos treinta y cinco Hermanos.

La petición del Presidente causó al venerable Superior indecible alegría, dejándole al mismo tiempo en apurado trance. Érale imposible destinar para el Ecuador, no treinta y cinco, pero ni siquiera quince Hermanos, de los que se hallaban ocupados en sus respectivas escuelas y colegios de Francia. Mas para dar al insigne protector del Instituto un testimonio de buena voluntad, respondióle, en 31 de marzo de 1869, que no perdonaría ningún medio para enviar algunos religiosos al Ecuador.

Los Hermanos enviados en 1869 y 1870, unidos con sujetos ecuatorianos, permitieron aumentar el personal de la casa de Quito y organizar la escuela de Latacunga, a la que siguieron sucesivamente las fundaciones de Guayaquil (1870), de Loja y Jipijapa (1871), de Guaranda (1874) y la de Pasto en Colombia (1875).

Protección del Gobierno. — Afírmase entonces más que nunca el favor del Gobierno. El 30 de julio de 1869 la Convención Nacional envía a la Comunidad de Quito efusivos plácemes «por el celo y habilidad con que atienden los Hermanos a la instrucción prima-

ria en la capital». Sin poderlo conseguir aún, les pide el Gobierno que acepten la dirección de una Escuela de agricultura y de una Escuela Normal. Pero en 1871 se establecen, en la Escuela de Quito, una clase comercial y luego otra especial para los niños que no han de continuar sus estudios en los colegios. El mismo año se abre en la capital una Escuela Normal para los indígenas (1). Tras los primeros recelos de los padres, que temen ver alistados a sus hijos en el ejército ecuatoriano, acuden éstos a las aulas. Otra institución análoga a la del «Protectorado Católico» de Nueva York da principio en Quito; sus frutos, harto exiguos al principio, acaban venciendo todos los obstáculos, merced a la inquebrantable constancia de los Hermanos. En 1873 publícase el Reglamento de las Escuelas de primera enseñanza, preparado por el Hermano Visitador de las Escuelas Cristianas del Ecuador. Es una adaptación de la *Conduite des Écoles*, que acaba de traducir al castellano el joven Hermano Miguel. Introdúcela el Gobierno en todas las escuelas de primera enseñanza, providencia muy cuerda por cierto y digna de toda loa, supuesto que va encaminada a establecer los antiguos y sólidos principios de pedagogía cristiana, con exclusión de los prontuarios enciclopédicos. Los programas escolares, demasiado recargados, condenan al niño a una instrucción superficial, y acaban por desalentarle y disgustarle del estudio.

Por último, para asegurar el reclutamiento de los maestros, existe un Noviciado desde hace cuatro años en el Beaterio. En adelante coopera el Tesoro público a su mantenimiento por medio de una asignación anual (2).

En 1.º de enero de 1875, cincuenta y dos Hermanos instruyen en la República a cuatro mil alumnos, de los que más de mil están en el Beaterio. Tales son los opimos frutos conseguidos en doce años de esfuerzos; mas, ¡ay!, de improviso se hallan a punto de perecer.

A fines de julio de 1875 efectuáronse como de costumbre, durante tres días, en el Beaterio, los exámenes generales y públicos de fin de curso. Contra su deseo, no pudo asistir al acto el Presidente García Moreno, quien delegó para ello al gobernador de Quito.

(1) Los jóvenes indígenas congregados en las Escuelas normales venían principalmente de los alrededores de Loja y de Ibarra.

(2) En 1874 el Noviciado, separado del Beaterio, se estableció en el Barrio del Cebollar. Bendíjolo el Excmo. Sr. Vannutelli, Internuncio en el Ecuador, después Nuncio en Bruselas y más tarde Cardenal.

Quedóse éste admirado de la precisión de las contestaciones de los niños y de la habilidad incomparable del Hermano Miguel en interrogarlos.

El 6 de agosto siguiente ocurre la horrible tragedia de la Plaza Mayor. García Moreno es alevosamente asesinado y cae murmu-



Plaza Mayor de Quito (Plaza de la Independencia)

rando al expirar: «¡Dios no muere!» Horrorizados y amedrentados ante tan nefando crimen, se sobrecogen de espanto los ánimos, temerosos de un aciago porvenir para la patria.

Los Hermanos pagan largo tributo de oraciones y de lágrimas al insigne bienhechor, afiliado al Instituto, y permanecen fieles en su puesto cumpliendo con su deber.

El Dr. D. Antonio Borrero, sucesor de García Moreno, se muestra adicto a la obra del Beaterio, como amigo personal del Sr. Febres Cordero y protector de su hijo, el Hermano Miguel. El 13 de diciembre de 1875 visita la escuela de Quito y asegura a los Hermanos que no habrá menoscabo ni mudanza alguna en las amistosas relaciones del gobierno para con ellos. Un año más tarde estalla un movimiento revolucionario que otorga la Presidencia al general Veintimilla. Sobresaltan a los Hermanos la inquietud y el temor. «¿Nos arrojarán del Ecuador?», se preguntan ansiosos, cuando em-

pieza a cundir la noticia del cierre de algunas escuelas. «Guárdense muy bien de salir, dice entonces el Presidente al Hermano Director de Quito. ¿Quiere V. acaso acarrearne una revolución? No, no quiero que se vayan.»

Pero no son los acontecimientos políticos para dar bríos a la ya decaída confianza. Informado por los superiores locales de la gravedad de la situación, azorado también por las inquietudes de las demás Congregaciones establecidas en el Ecuador, el Rdm. Hermano Irlide toma una disposición excepcional. Manda al Ecuador al Hermano Armín Víctor, Provincial de América, con poderes extraordinarios, en previsión de los acontecimientos que pudieran sobrevenir. Por crítico que sea el estado de las cosas, sabrá el Instituto velar por la seguridad de sus religiosos y poner a salvo su vocación. Pero, gracias a Dios, las amenazas de la catástrofe, que tan revueltos y asustados traía a no pocos, no llegaron a cumplirse.

* * *

Tan pronto como recibió del Rdm. Hermano Superior General la orden y las oportunas instrucciones para encaminarse al Ecuador, el Rdo. Hermano Armín Víctor (1) partió de Montreal y tomó pasaje en un barco que se hizo a la mar con rumbo a Colón el 17 de marzo de 1877.

De Colón a Panamá, el viaje, que antes duraba varios días, se efectúa ahora en pocas horas, gracias a la vía férrea cuya construcción ha costado millares de vidas humanas, segadas por la fiebre.

El 5 de abril de 1877 llega el viajero a Guayaquil. Grande es la alegría de los Hermanos al recibirle, grande también la extrañeza del Provincial delegado al ver a todos ocupados en sus respectivas tareas y sin asomos de sobresalto, si bien por las visitas que hace a varios guayaquileños deduce ser aquella tranquilidad más aparente que real. Pronto cunde una triste noticia que aumenta sus recelos: la muerte del Excmo. Sr. Checa y Barba, Arzobispo de Quito, envenenado durante el oficio del Viernes Santo. Un diario revolucio-

(1) Nacido en 1839 en el departamento francés del Mosela, el Hermano Armín Víctor entró en el Noviciado de Thionville en 1856 e hizo su profesión en 1868. De 1857 a 1875 dirigió varias clases en los colegios de Thionville y Longuyon. Nombrado Visitador Provincial de América en 1875, volvió a Francia en 1879. Falleció en 1881, a la edad de cuarenta y dos años.

nario niega la participación de los enemigos de la Iglesia en el crimen de Quito, y echa la culpa a los religiosos extranjeros, contra quienes exige rigurosísimo castigo. A bordo de un vaporcito, el 10 de abril sale de Guayaquil el Hermano Armín Víctor, acompañado de un antiguo alumno de los Hermanos de Quito, quien ha cursado derecho durante varios años en París. Por los Hermanos de Guayaquil había sabido el Provincial los muchos obstáculos contra los que hubo de luchar el Hermano Miguel para permanecer fiel a su vocación. Fué, pues, apresuradamente a Bodegas para saludar al padre del religioso, Sr. Febres Cordero, quien le expresó el intenso gozo que sentía viendo a su hijo tan feliz y contento en su santo estado.

Con su compañero sube el Hermano Armín Víctor el Guayas hasta Babahoyo, población a la cual las casas de ciertos barrios, levantadas sobre pilotes, dan aspecto de aldea lacustre. Las inundaciones de primavera obligan a los viajeros a trasladarse en canoa hasta Cumbé, de donde salen montados en mulas en dirección a la Cordillera.

En Guaranda no hay más apeadero que una posada; la escuela de los Hermanos está cerrada desde hace un mes, por haberse negado el Gobierno a costearla. Apenas llegado el Hermano Provincial vienen los padres de familia a suplicarle les devuelva los Hermanos, empeñando la palabra de que una junta tomará a su cargo el sostenerlos. Contesta el Hermano Armín Víctor que conviene concertarlo con el Hermano Director, retirado en Quito, y con el Hermano Visitador Aulín. Dales esperanza de pronta reapertura, por lo que los niños exclaman alborozados: «¡Viva el Hermano Visitador! ¡Vivan los Hermanos!» «¡Vuelvan pronto los Hermanos, vocea una madre de familia; tanto, tanto henos importunado a Dios con nuestras plegarias que no permitirá que queden abandonados nuestros hijos!»

Pasando por Totorilla y Mocha, llegan los viajeros extenuados de cansancio a Ambato, donde toman la diligencia para Quito. En Latacunga se detiene el Hermano Provincial en casa de los Hermanos, quienes, como los de Guayaquil, siguen disfrutando de completa calma.

Algunos días de estancia en Quito le permiten vislumbrar a lo lejos un horizonte político harto sombrío. Dos veces el delegado del Superior General visita al Presidente Veintimilla, y le ruega que deje salir a los Hermanos del Ecuador. El General se niega a ello,

y amenaza con pedir ocho mil pesos de indemnización por cada religioso que abandone su puesto. «Diga usted al Superior General que cumpliremos con todas las cláusulas del contrato pactado con los Hermanos.» Por los importantes servicios prestados a la República, por el aura popular de que disfrutaban, merecían los Hermanos ser afanzados en sus desinteresadas tareas; habría sido verdadera injusticia y desacierto ordenar el cierre de sus escuelas. Los Hermanos de Guayaquil, que se disponían a salir para Santiago de Chile, desistieron del intento para continuar en su puesto.

Después de haber consolidado las comunidades del Ecuador e infundido nuevos alientos en sus miembros, el Hermano Provincial Armín Víctor y el Hermano Visitador Aulín partieron para Chile, donde obraron el mismo bien, confortando a los religiosos, enardeciéndolos en el amor de su santa vocación. Desvanecidos todos los temores, serenáronse los ánimos y reflorecieron las escuelas.

Muerte del Hermano Aulín, Visitador. — De regreso al Ecuador, el Hermano Aulín mantuvo, en lo posible, el *statu quo*. Aquel momento no era propicio para nuevas fundaciones; empero, brioso luchó en robustecer las ya instituídas, hasta que, agobiado por el cansancio, falleció en 1880. Cúpole la gloria de sostener incólumes las obras que corrían riesgo de perderse. Los hombres de más eficaz influencia no son precisamente los de más fecundas ideas, los de mayores y más sublimes concepciones, sino aquellos en quienes es más intenso el espíritu de sacrificio. Ahora bien, el Hermano Aulín era maestro consumado en la ciencia de la cruz; por eso no titubeó en arrimar el hombro a la carga que la obediencia le imponía, y despedirse de su distrito de origen para ir al Ecuador, donde sabía que le esperaba una muerte prematura. Al cabo de tres años escasos de ímproba labor llamábale el divino Juez a la eterna recompensa. Su sucesor, el Hermano Bernón María, hubo de actuar contra la repercusión violenta de las intrigas y complicaciones políticas. Después de él volvieron a cobrar las obras escolares nueva prosperidad y pujanza.

Derrocado el dictador Ignacio de Veintimilla por las tropas conservadoras, dióle por sucesor la Convención Nacional a D. Plácido Caamaño. Constante fué el afecto del nuevo Presidente para la Escuela de Quito.

Popularidad de los Hermanos. — Un incidente evidenciará cuánta influencia ejercían los Hermanos en el pueblo. El municipio de la capital agraciaba a los alumnos del Beaterio con ochocientas boletas que daban derecho a libros gratuitos. La supresión de doscientas de ellas, en octubre de 1884, da origen a una agitación tumultuaria entre los padres de los alumnos. Estalla un conato de motín, y centenares de personas invaden la Plaza Mayor, vituperando a los concejales. En vano intenta la policía restablecer el orden. Acude la tropa, y cuando más inminente parece una colisión recurren las autoridades al Hermano Director y al Subdirector del Beaterio para desenojar a la plebe. «¡Los Hermanitos!», exclama la gente al divisarlos. Penetran ambos apaciguadores en el Ayuntamiento, cuyas puertas quería derribar la multitud. Déjase a su arbitrio el número de boletas que es razón conceder; y, a poco rato, se dispersan los soliviantados, satisfechos y contentos al saber que tendrán mil boletas en vez de las ochocientas con que contaban.

Merced a la benevolencia del Presidente Caamaño y de la municipalidad, logra la escuela un grado de prosperidad nunca soñado. *En 1888 el Beaterio cuenta veinte clases, con más de mil seiscientos discípulos.* Tal es el vasto campo de acción donde coadyuva el Hermano Miguel a la obra común, con el precioso concurso de su celo, de su ciencia y de su virtud.

CAPÍTULO V

El Hermano Miguel en Quito El educador



AL llamar García Moreno a los Hermanos de las Escuelas Cristianas al Ecuador llevaba puesta la mira no tan sólo en el engrandecimiento intelectual de su país, sino, sobre todo, en allanar el camino por donde, mediante la educación moral y religiosa, pudiesen las nuevas generaciones conseguir su porvenir social y eterno. A esta luz superior, movidos por estas nobilísimas razones, se consagraron los Hermanos a su ministerio. Con el catecismo en la mano y la plegaria en los labios, fueron dignos cooperadores de la familia y del sacerdote en la buena crianza de la niñez. Pero no se dirigieron al pueblo con elocuentes discursos, atiborrados de excelentes consejos; antes bien, su vida laboriosa, sus continuos actos de sacrificio y de virtud, fueron el poderoso imán, el atractivo que les concilió las voluntades y el cariño de los hijos del pueblo.

Sus tareas y destinos. — Entre los mejores trabajadores de la obra educadora llevada a cabo en Quito, el Hermano Miguel ocupa lugar preeminente. De 1869 a 1907 dae sin tregua ni descanso a las diversas tareas de educador y escritor. El estudio y la experiencia hanle asegurado progresivamente autoridad indiscutible entre sus hermanos en religión. La confianza ingénita a la gallardía y vigor de la juventud, junto con el amor encendido de las almas, son las dos grandes espuelas que le incitan a sacrificarse en pro de ellas, instruyéndolas, componiendo y publicando libros, sin escatimar nunca sus fuerzas; pues no hay trabajo capaz de menguar sus bríos. En esos treinta y ocho años de incesante labor no experimenta

ningún descaecimiento, ni logra el cansancio quebrar las alas de su fervor. Tan sublime, tan noble conceptúa el oficio de cristianizar a los niños y a los jóvenes, que su blanco principal es poner siempre a Jesucristo por base de su enseñanza, para que sus discípulos traten de entronizarlo en el centro de su vida.



Vista parcial de Quito

Su ideal. — En los diversos empleos que desempeña el Hermano Miguel en la comunidad de Quito: Profesor, Inspector, auxiliar de los señores Sacerdotes en la preparación de los niños para la primera Comunión, Pro-Director, Director, da siempre y doquier ejemplos de incansable celo. Como educador, pone su estudio constante en levantar muy alto el corazón de los adolescentes, arraigándolos en la fe y amor de Dios. Es su primera solicitud aperebirlos para contrarrestar el torrente de las pasiones, en cuyas arrebatadas corrientes se despeñan tantos jóvenes incautos. Ora se consagra a los niños, cuya inocencia resplandece como delicada azucena; ora anime a los alumnos mayores, en ese duelo interminable de que es ya teatro un alma de quince años; ya acoja y consuele a sus antiguos condiscípulos, a quienes la vida se aparece, poco a poco, en toda su triste y amarga realidad: siempre se muestra educa-

dor el Hermano Miguel. Es el consejero, el amigo, el guía, que enseña lo mejor, que mueve a desearlo y quererlo.

En su ansia de verdad, de ternura y de virtud, los escolares desean que el maestro sea *un sabio*, el educador *un padre* y el religioso *un santo*; tal es el triple ideal realizado por el Hermano Miguel, según han dado testimonio de ello cuantos le trataron.

* * *

El profesor; preparación de sus clases.—Un maestro formal no descuida nunca la preparación de las lecciones diarias. Por muy sabida que tenga la materia, aun cuando la haya expuesto varias veces a sus discípulos, siempre hallará motivos suficientes para rumiarla, para cavilar sobre ella, a fin de adaptarla mejor a la inteligencia de aquellos. No de otra manera procedía el Hermano Miguel, según lo afirman sus colegas.

«Era, escriben, de los hombres a quienes el estudio continuo permite sacar, sin aparente esfuerzo, riquezas antiguas y tesoros nuevos de sus reservas acumuladas. Con todo, nunca se presentaba en clase sin una preparación concienzuda. Con su diminuta escritura llenaba multitud de papelitos, sobres usados o reversos de composiciones que su espíritu de pobreza sabía muy bien utilizar; y consultábalos durante la lección. Dijéronle cierto día: «Hermano Miguel, puesto que sabe V. eso desde hace veinte años, ¿por qué lo estudia con tanto afán? — Sí, lo sé, o mejor dicho, creo saberlo; pero cada año busco y hallo nuevas trazas de exponerlo mejor que hasta la fecha, y si enseñara aún otros veinte años las mismas cosas, siempre proeuraría enseñarlas mejor.»

Si verdadero placer era para el Hermano Miguel el enseñar, no lo era menos para sus discípulos el escucharle.

Su enseñanza metódica y clara, sus explicaciones sencillas y luminosas, dejaban honda impresión en los entendimientos más cerrados. Daba gusto oírle exponer una lección de lengua castellana en la primera clase. Escribía una frase larga en el pizarrón, hacía el análisis gramatical y lógico, el estudio etimológico y literario. Desmenuzado el texto de esta suerte, quedaba todo dicho y comprendido. En aquella disección colaboraban los alumnos con el maestro, que tenía el talento de hacerles hablar mucho.

¡Cuántos resúmenes analíticos y sintéticos dejó preparados! De este modo, la inteligencia de los niños hallaba suma facilidad

para penetrar los pormenores de un asunto y entender el conjunto de materias. El inteligente profesor se desvivía en ayudar y estimular a todos.

Su modo de enseñar. — Su lección era viva, amenizada con el interés que despertaban las partes todas de la exposición, animada con las copiosas preguntas dirigidas a los niños. ¡Qué fisonomías tan despiertas presentaban, en tales momentos, sus queridos quiteñelos! De cuando en cuando respondía a las risotadas de éstos la suave sonrisa del Hermano Miguel. A su vez ellos no temían interrogarle, y a trueque de amenazar un tantico el orden general, adquiría la clase el animado bullicio de una colmena en actividad.

Un antiguo Subdirector de los estudios en la provincia del Pichincha escribe del Hermano Miguel:

«Daba sus lecciones con claridad y precisión admirables; gustábale luego que le dieran cuenta de ella tres o cuatro discípulos. Éstos empleaban, como es natural, un lenguaje adecuado a su edad, construían frases en que se revelaba su juicio. El insigne pedagogo sabía sacar provecho de las contestaciones infantiles. Tomaba notas que le servían más tarde para la composición de sus obras elementales, las mejores que se han publicado en el Ecuador... Dábase, mediante este ejercicio, tan buena maña en la práctica de la enseñanza elemental, que cuantos no estaban al corriente de dicho procedimiento quedaban admirados de la sencillez y llaneza de sus explicaciones, de lo bien que sabía amoldar su enguaje al de los niños.»



El Hermano Miguel a los veinte años

El ansia de adaptar su enseñanza a la edad, o mejor dicho, a la capacidad de sus discípulos, trae en efecto al Hermano Miguel solícito y afanoso. Sus estudios sólidos y constantes no son óbice para esa comunicaci6n práctica de pensamientos. Gramático y filó-

logo, evita la tentación de cargar de erudición indigesta ni aun sus cursos más amplios. Si explica los autores clásicos, escoge los textos, deduce de ellos las reglas, y requiere luego de los alumnos la aplicación de las mismas. Habla a los niños, no como a hombres, sino como a inteligencias en ciernes.

Nada ganoso de vanagloria, sólo desea ser comprendido, sin pretender deslumbrar al auditorio con hipos de sabiduría. Por eso, merecedor es del elogio que de él hacen, calificándole de varón de «ciencia humilde», de maestro que sabe «aniñarse para ayudar a los pequeños a salir de su ignorancia».

Sus lecciones de lengua española. — El Hermano Miguel enseñó las diversas asignaturas del programa, sobre todo la lengua castellana. ¡Cuántas veces hubo de repetir hasta la saciedad, al principio del año escolar, rudimentos sin ningún interés para él, ejercicios que engendran, a la postre, fastidio y aburrimiento! Pero el incansable profesor sobrellevaba la monótona pesadez de su empleo sin dar muestras de impaciencia o de disgusto. Más aún: conforme iban pasando los años, adiestrÁbase cada vez más en el difícil arte de espolear y enderezar los esfuerzos de las inteligencias infantiles, apacentÁndolas con las únicas nociones que podían ellas asimilarse. Tenía uno que ser muy cerrado de mollera, cuando no sumamente atolondrado, para no despabilarse con las explicaciones del Hermano Miguel.

Así se expresa el escritor Belisario Peña: «El Hermano Miguel es un profesor incomparable de lengua castellana. La conoce a fondo y a mi parecer sabe como nadie enseñar paulatinamente a los escolares las riquezas de nuestro hermoso idioma. Una de las cualidades que más admiro en él es la traza que se da para enmendar en nuestros jóvenes ecuatorianos los defectos de lenguaje, la constancia que muestra en ser siempre, en su modo de hablar, un modelo de corrección, sencillez, delicadeza y distinción. Es verdaderamente un maestro.»

Cosa muy notoria es, para cuantos se dedican al magisterio, que la composición de una clase varía mucho de un curso escolar para otro. Si hay años de pingües riquezas en que casi todas las flores dan fruto, no faltan, en cambio, otros en que, desde los primeros días, parecen desvanecerse todas las esperanzas de cosecha. «No sé lo que podremos sacar de estas cabecitas, decía a veces el Hermano Miguel después de las vacaciones. Por lo menos traba-

jaremos cuanto esté de nuestra parte.» Y sucedía que, a menudo, los frutos superaban con mucho a las previsiones más optimistas. Tan prósperos sucesos eran efecto, no sólo del tino, de la pericia pedagógica de tan eximio maestro, sino también de sus hábiles industrias. «Quiero, escribía, valerme de todos los medios para hacer agradable a los niños lo que de ellos exijo.» Y conseguíalo tan bien que, a impulso suyo, convertíase el trabajo en plácido entretenimiento. ¡Con cuánta paciencia solía corregir las tareas escritas de los escolares! Los pobres tanteos de composición, con su sequedad a veces indigente, le interesaban. Subrayaba lo bueno, alababa lo mejor, modificaba las incorrecciones, y hallaba siempre modo de espigar algunos pensamientos bien expresados, o varias frases felizmente construídas.

El Hermano Miguel, examinador. — Sus benévolas disposiciones y su gran fondo intelectual habían de hacer del Hermano Miguel excelente examinador. Por eso lo deseaban no sólo en el Beaterio, sino en otras escuelas de Quito. Aunque su modestia rehuyese siempre el mostrarse en público, él era evidentemente el alma de aquellos exámenes, ya trimestrales, ya generales, ya públicos. En estos últimos, presididos por un miembro del gobierno ecuatoriano, honrados con la presencia de los directores y profesores de los diversos Colegios de la capital, se echaba de ver toda la maestría del examinador. No sabía uno qué admirar más: si el arte de agotar, por decirlo así, los asuntos, mediante innumerables preguntas, a veces inesperadas y siempre variadas; si lo feliz de la expresión, la claridad de las fórmulas, la calma en el modo de interrogar; si el deseo constante de mantenerse al nivel de los alumnos, de estimular su esfuerzo, sin acobardar a ninguno; o si la bondad del juez que, desterrando todo temor aun de los más pusilánimes, les infundía alientos para decir cuanto sabían. Acerca de este punto prestemos atención a las palabras del antiguo Inspector de la provincia del Pichincha, cuyo testimonio hemos alegado ya más arriba.

«El Hermano Miguel concurría por lo común a los exámenes públicos celebrados entre nosotros, por antiquísima costumbre. ¡Con qué habilidad ponía entonces de manifiesto todo cuanto sabían los niños, mostrando hasta dónde llegaban sus conocimientos, y hasta qué punto habían entendido las explicaciones! De todo sacaba interés y todos quedaban satisfechos: los niños, por haber contestado bien; los profesores, porque los alumnos

daban pruebas de haberse aprovechado de la enseñanza; y los padres, porque las lúcidas respuestas de sus hijos los envanecían con legítimo orgullo. He asistido a muchos exámenes, y recuerdo la satisfacción general que se pintaba especialmente en el rostro de los niños cuando el Hermano Miguel tomaba entre sus manos el índice de lecciones. Entablábanse entonces luchas interesantes, a veces muy vivas, en que siempre procuraba el examinador encaminar sus diligencias a su propia derrota y al triunfo de los niños.»

El vigilante. —La máxima: *Vale más prevenir el mal que remediarlo*, es axioma fundamental en materia de educación y explica el fin de la vigilancia.

Como profesor, el Hermano Miguel se ingenia por instruir a sus alumnos; a fuer de educador, los escuda, los ampara con su constante vigilancia, con su cariño, sus consejos y oraciones. Aguijonearlos para vencerse a sí mismos, para vivir según las máximas del Santo Evangelio, tal es el blanco supremo de todos sus esfuerzos.

El Hermano Miguel fué, según afirman, un vigilante incansable y de ojos perspicaces, si bien de apacible y paternal vigilancia. Los educadores de profesión sabrán ponderar el valor de semejante elogio. Con el título *Vigilancia* había escrito en sus notas personales lo que sigue:

«Si aparentamos una vigilancia nimiamente minuciosa y de todos los instantes, el discípulo se sentirá inducido a sustraerse a ella, a emplear la astucia, de modo que el fruto moral de esa vigilancia, tan molesta para todos, será poco menos que estéril.

La demasiada libertad engendra la licencia, pero la disciplina excesiva camina a embrutecer los ánimos.»

«En los recreos ejerzamos muy activa vigilancia en todos los grupos de alumnos; en los niños que se aíslan, y sobre todo en aquellos que intentan sustraerse a las miradas del maestro.

En la capilla avivémosles la presencia de Dios, mediante la piedad y el ejemplo con que los incitemos a orar.»

El Hermano Miguel toma muy a pecho la guarda de la inocencia de los niños, y pone todo su conato en alejar de ellos los muchos peligros que en mil distintas formas los asedian: malos ejemplos, origen de irreparables daños en las agrupaciones de adolescentes; viciosas costumbres, inveteradas y difíciles de atajar con harta frecuencia. Colegas y antiguos discípulos hablan en los siguientes términos de su solicitud en este particular:

EN CLASE. — En tiempo de clase abarcaba su vigilancia a todos

los niños. Requería de ellos actitud digna y varonil, sin flojedad ni desaliño, con las manos encima de la mesa. «Meterse las manos en los bolsillos, decía, es falta de educación.» ¡Cuántas veces tuvo que llamar la atención de los escolares acerca de este punto! «¿Tiene usted miedo al frío?, preguntaba con amable sonrisa. ¡Ea! sacúdase un poco y tenga mejor postura.» Los niños se veían siempre observados, sin que esta vigilancia los molestase lo más mínimo. ¡No parecía sino que el Hermano Miguel lo adivinaba todo, y no faltaba quien estuviese persuadido de que leía en los corazones y calaba los pensamientos!... Precavía a los alumnos con suma prudencia contra las ocasiones y lecturas peligrosas; las malas conversaciones, «que corrompen las buenas costumbres»; las compañías y diversiones en que naufraga la inocencia; la ociosidad, origen de todos los vicios. «*Su gran medio de educación consistía en recordar con frecuencia a los alumnos la santa presencia de Dios. Confiaba al más formal el cuidado de tocar la campanilla a las horas y medias horas, y eran de ver el respeto, el recogimiento con que rezaba él entonces las oraciones y reflexiones prescritas.*»

Inspector y Pro-Director, corría a veces a su cargo la vigilancia general de toda la escuela.

EN LOS PATIOS. — Era singular espectáculo verle, en los recreos, en medio de mil doscientos alumnos que esperaban la hora de volver a clase. Dotado de vista aguda, paseaba por aquel hormiguero de cabezas bullidoras su mirada tranquila y escrutadora. Si, como era inevitable, observaba alguna riña, caída, u otro trance en un punto cualquiera del patio, alzábanse los dos brazos del Hermano Miguel, y una estafeta, que esperaba sus órdenes, iba inmediatamente a informarse de la naturaleza del incidente. Sin desplegar los labios, sólo con la enérgica expresión de su fisonomía, lograba volver todo a su estado normal. Jamás consintió los juegos de pies o de manos, y cuando algo de esto ocurría estaba a punto para reprender con sus dichos agudos e ingeniosos, que era para dejar a los chicos avergonzados y corregidos.

Dice un antiguo alumno: «Recuerdo que en una ocasión, cerca de la escuela, tuve con uno de mis condiscípulos, un grave disgusto en que llegamos a las manos. Como lo hubiese notado el Hermano Miguel, nos llamó en seguida a ambos, y con suaves insinuaciones nos hizo hablar el uno y el otro, con tanta gentileza cristiana que acabamos estrechándonos, y llegó hasta hacernos obsequiar recíprocamente un poquito de rapé de la cajita que llevaba en el bol-

si'no. Así, entre estornudos y sonrisas, quedó hecha la paz por la buena táctica del Siervo de Dios.»

EN LA CAPILLA.—Daba gusto, escriben, verle en la capilla, cuando sus funciones de vigilante le convertían en excitador y aun en presidente de los rezos. «Siendo aún joven profesor, dice un Hermano, asistía yo un día, por vez primera, a misa con los alumnos. Eran éstos seguramente más de mil. Contemplábalos curioso; pero más mella hacía en mí uno de los profesores que, de hinojos, con la calma y la sonrisa pintadas en el rostro pálido y demacrado, con un libro y el rosario en la mano, parecía en medio de aquel ejército infantil el *ángel de la oración*.

»Cerca de él tenía varios devocionarios y rosarios, que repartía entre los que carecían de ellos. Indicaba en alta voz la página de las oraciones, o repetía las palabras: «Ave María» para avivar el fervor de los parvulillos, cuyo único libro era el Rosario. Cuando había que cantar daba él mismo ejemplo, arrastrando aquel nutrido coro, cuyas voces producían armonioso efecto. No se sustraían a su atención los que, perdidos entre la multitud, empezaban a distraerse o a jugar. Pronto se veían los delincuentes bajo la penetrante mirada del vigilante, quien, mostrándoles el libro o el rosario, los llamaba presto al orden.

»Al salir de misa me pregunta mi compañero: «¿Conoce V. a nuestro carísimo Hermano Miguel? — No, querido Hermano. — Es aquel que animaba tan bien a los niños a alabar a Dios y a su divina Madre. Le aseguro que es un santo de cuerpo entero.» Más tarde comprendí que no había hipérbole ninguna en aquel encomio.»

* * *

Bondad y mansedumbre para con los alumnos. — *¡El bondadoso, el santo Hermano Miguel!* En estos loables términos se hablaba de él en la escuela y en las familias. Tan extremada era su bondad que aún sigue orlando su nombre cual nimbo de gloria.

Persuadido de que el corazón de los niños peca más por flaqueza que por malicia, no le admiraban ni mucho menos le sacaban de quicio sus travesuras; antes bien acudía tranquilo y benigno a la corrección de sus yerros, amonestándolos con blandas y amorosas palabras. ¡Cuán oportuna y razonable era la indulgencia del Hermano Miguel! Porque, quien tenga algún conocimiento de la índole de los escolares, ¡llevará a mal suelten a ratos la represa

de sus naturales y exuberantes bríos en intempestivos desahogos y alegre algazara? Leemos en una de sus notas:

«No extrañemos, el observar diferentes mudanzas y vaivenes en la conducta de nuestros alumnos; porque ora los veremos aplicados, ora perezosos, ora distraídos, unas veces activos, otras flojos. Todos estos cambios son inherentes al temperamento de los niños. Importa, pues, sobre llevarlos con gran paciencia, reprimiendo las expresiones de enojo, de descontento, que pudieran escapársenos, porque es inútil y aun peligroso echar en cara a los niños con demasiada frecuencia su ligereza y su aturdimiento.»

Para inculcar en los niños los principios cristianos procedía el Hermano Miguel con mesura y calma, nunca atropelladamente. Si golpeamos con fuerza en la cabeza de un clavo, hundido en una tabla delgada, ¿qué conseguimos? La madera se raja y se rompe. Temeroso el Hermano Miguel de llegar a semejante resultado en la obra de la educación, ponía todas sus mañas e ingenio en espaciar los ánimos con mansedumbre, en convencer los entendimientos con persuasivos consejos, y en arrastrar las voluntades mediante el ejemplo de sus virtudes.

Muy escasos eran los discípulos cuyo corazón no se abriese de par en par a la suave y benéfica influencia de aquel buen maestro. Con frecuencia los atolondrados rompían en llanto, implorando perdón. El Hermano Miguel, inclinado siempre a la indulgencia, daba crédito a las menores señales de contrición, a las promesas de futura enmienda, y echábalo todo en olvido. ¿Quién iba a resistir, por otra parte, a cartas como la siguiente?:

«Mi muy querido Hermano Miguel: ¡Cómo desearía que me mandase V. a confesar! Así volvería a quedar todo en buen estado. Por amor de Dios otórgueme V. este favor, y le quedaré sumamente agradecido. Perdóneme que haya sido causa de su impaciencia. De hoy en adelante seré el más formal y aplicado de la clase.

Su humilde discípulo, que está dispuesto a obedecerle siempre.

Quito, 8 de marzo de 1878.»

Echaban en cara a veces al Hermano Miguel el ser nimiamente benigno y fácil en perdonar. «¿No ve V., le decían, lo poco que cuestan las promesas a los niños? No son las lágrimas, sino los esfuerzos los que acarrear la enmienda. ¡Vaya, es V. bueno en demasia!—¡Ah!,

replicaba, *si a su vez rechazase también Nuestro Señor nuestras promesas no cumplidas, ¿qué sería de nosotros?*» No obstante esto, hacía propósito de ir contra los impulsos de su corazón, si bien la costumbre y la natural propensión prevalecían y le ladeaban siempre hacia la clemencia.

No hallamos dificultad en reconocer que el Hermano Miguel no era un maestro cuya sola presencia ahoga en los niños toda veleidad de emancipación. Encargado él solo de copioso auditorio infantil, hubiese quizá quedado desairado; pero, desde 1880, apenas dió sino clases particulares; su autoridad, avalorada y sostenida por la virtud, jamás padeció ninguna merma.

Testimonios varios. — Su bondad era igual para con todos; justo e imparcial siempre, no hacía nunca acepción de personas. «¿Quién de nosotros era el preferido del Hermano Miguel?, pregunta un antiguo discípulo. Nadie podría decirlo, a no ser el que más pena le hubiese causado, pues aquél era de ordinario quien se veía atendido con especial cariño y solicitud. Siempre que me mostré revoltoso y testarudo, tuve ocasión de convencerme de ello.»

«Su agrado y afabilidad, escribe un joven sacerdote, atraía y aficionaba a sí los corazones de todos nosotros. Sentíamos sumo gusto en estar en su compañía, siquiera fuese durante cinco minutos, ya en los recreos, ya antes o después de las clases de la tarde. No hacía distinción entre los ricos y los pobres, entre los nobles y los plebeyos. Amábalos a todos con sobrenatural ternura aprendida en el Corazón de Jesús...

»En mis años de estudio nunca observé diferencia alguna en su manera de tratar a unos y a otros. Tenía cifrada su dieha en permanecer junto a nosotros, como era la nuestra la de vivir bajo su paternal custodia. Jamás le he visto reprender a un niño con acritud o castigarlo con aspereza. Tan santo religioso cuanto insigne pedagogo valíase de apacible blandura como de medio eficazísimo para lograr de sus alumnos cuanto deseaba.

»Tenía granjeado el afecto de todos sus discípulos, o mejor dicho, de todos los alumnos de la escuela. Saludábasele todos con respeto, en cualquier sitio donde le hallásemos, y él devolvía cariñoso el saludo, quienquiera que fuese el alumno que se descubría a su paso.»

Delicado y cortés con los niños, por respetar siempre su calidad de cristianos, el Hermano Miguel esmerábase en hacerles practicar

en la escuela la recíproca urbanidad. Apuntaba las faltas sobre este particular, y en el momento oportuno hacía las observaciones convenientes sin chanzas ni burlas:

«Conviene recordar a menudo a los niños que deben respetar a toda persona. Un tono altanero, despreciativo, no indica sólo una persona mal criada, sino un mal cristiano. Semejantes modales en un niño son intolerables.

La sátira y el sarcasmo son armas que nunca deben emplearse en la educación. Débese reprimir asimismo, en los niños, su inclinación a estos defectos. Hay que combatir en ellos el prurito de remedar, que, sin percatarse de ello, los vuelve zumbones y displicentes.»

Las solicitudes del hábil educador para con los escolares del *Beaterio* le habían ganado su estima. Se hallaban ufanos de tener un profesor a quien reputaba por *santo y sabio* toda la ciudad.

Y no eran ciertamente los chicos pobres quienes menos cariño le profesaban; antes bien correspondían amorosos a las finas atenciones de que eran objeto. Por entre aquellas facciones donde, a veces, se traslucía el padecimiento, admiraba el Hermano Miguel el candor y la hermosura de las almas cuya inocencia es un himno entonado a la gloria de Dios. «*Muchos de nuestros alumnos son pobres*, decía con exquisita ternura, *pero ¡qué fe y qué honradez la de sus nobles e ingenuos corazones, en donde no caben dobleces!*» Tenía para ellos, en las platiquillas o «reflexiones» de mañana y tarde, palabras de evangélico aliento, en que les hablaba del paraíso donde los pobres, si han sido de veras amadores de Jesús, su divino Hermano, serán agasajados por Él con suavísimos e inefables regalos por toda la eternidad.

Un antiguo discípulo del Hermano Miguel, hoy miembro del clero quiteño, declara: «Reverenciaba en cada niño al Ángel de la Guarda y a Dios, cuya imagen se refleja en aquellas almas límpidas y puras, como el sol en una fuente de aguas cristalinas. Para con los huerfanitos y escolares pobres, este mismo amor sobrenatural llevaba hermoso matiz de compasión y ternura.»

Su reserva y serenidad. — Nada era capaz de menoscabar aquella su perfecta igualdad de humor, hija del amor y respeto con que trataba a los niños. «Nunca, afirma uno de sus antiguos discípulos, pudimos sorprender en su conducta movimiento alguno que delatase perturbación cualquiera desordenada. Su constante serenidad pro-

baba, muy a las claras, la paz íntima de que gozaba, fruto de su estrecha unión con Dios, y en su apacible rostro llevaba estampado, por decirlo así, el gozo de que se hallaba henchida su alma.

«Sus órdenes, sus advertencias y aun sus mismas reprensiones, eran serenas, gratas por el tono sosegado de la voz, y la apacibilidad del gesto, que descubrían su corazón de padre.»

«Siempre he creído, escribe otro, que hace falta virtud heroica para no perder la calma en una escuela. En medio de rapazueltos más o menos casquivanos, de chiquillos tal vez harto mimados en sus casas, unos bien, otros mal criados, éstos tímidos, aquéllos despachados hasta el descaro, todos turbulentos y traviesos, conservaba el santo Hermano una apacibilidad que nunca admiraremos bastante...»

* * *

El catequista. — ¿Qué mucho que las instrucciones religiosas y las exhortaciones familiares de tan santo religioso hayan dejado huellas profundas en el alma de sus oyentes? «Bienaventurados los mansos de corazón, proclama el divino Maestro, porque ellos poseerán la tierra.» Esta tierra de cuya posesión disfrutó el Hermano Miguel fueron los corazones de los escolares en quienes caía, como en terreno abonado, la buena semilla de su palabra.

El Hermano de las Escuelas Cristianas es, por voluntad de la Santa Iglesia, ante todo catequista. Su misión es grabar en el corazón del niño los principios religiosos y morales, para que no sean desarraigados con el tiempo, arrastrados por el interés o por la pasión. Ministerio en verdad sublime, al par que delicado y consolador.

Las almas, máxime las infantiles, experimentan una como necesidad instintiva de Dios, y mucho antes de que eche en ellas sus primeros destellos la razón cábeles ya la dicha de creer y orar. Además, al presentarse los jóvenes escolares por vez primera en clase traen ya santificados sus labios con los dulcísimos nombres de Jesús y de María, a quienes se acostumbraron a invocar desde muy pequeños, en el regazo de su cristiana madre. La misión de la Escuela cristiana ha de ser ilustrar, mediante una enseñanza adecuada, esta religión casi innata, robustecer la fe naciente y las tiernas virtudes de la infancia.

En esta empresa utilizó el Hermano Miguel dones poco comunes

y rara habilidad. Juntaba en sí, de modo admirable, las cualidades todas del perfecto catequista: *el celo ardoroso y desinteresado; el amor sobrenatural de las almas; la ciencia atesorada por el incesante estudio, que permite presentar doctrina sólida y segura a los oyentes; el método, que se vale con discreción y talento de los medios tradicionales para la exposición de la verdad; el tino, que adecua toda la enseñanza a las necesidades intelectuales y a las disposiciones morales de los niños; la piedad, de la que nacen el tono convencido y la penetrante devoción que conmueven los ánimos y los corazones; la influencia moral, por último, que une a los discípulos con el maestro, admirado por ellos como ejemplar de virtud.*

Cuando, en lugar de convicciones cristianas y de principios sólidos, sólo tienen los adolescentes sentimientos religiosos, no suelen resistir al impetuoso asalto de las pasiones. Bien lo sabía el Hermano Miguel; por eso procuraba fomentar en sus alumnos fe viva y esclarecida. Hacía hincapié, según las recomendaciones de San Juan Bautista de la Salle y las prescripciones de su Regla, en las grandes verdades que dan rumbo a la vida según las normas del Santo Evangelio. «*Debéis ser, decía a los niños, francamente cristianos en la escuela y en la familia, para seguir siéndolo más tarde en la sociedad. No se ha de aceptar un poco de la doctrina de Jesucristo y mucho de la del mundo. Hemos de seguir a Jesucristo, no desde lejos, sino de cerca, haciendo gala de creer en toda su doctrina y convirtiéndola en regla de nuestra vida.*»

Tal interés despertaban las catequesis del Hermano Miguel, que no pocos estudiantes de las clases vecinas solían prestar oído atento para escuchar, por entre los tabiques, algunas de las explicaciones que daba, y como su clase estaba contigua a la capilla, ciertos Hermanos iban a veces junto a Nuestro Señor, para sacar provecho de aquella enseñanza religiosa, en que el celoso catequista daba rienda suelta a los ardores de su celo.

He aquí cómo un antiguo discípulo del Hermano Miguel nos dejó un retrato de su venerado maestro en el desempeño de este santo ministerio:

«Cuando se daba la señal para ir a esas clases del bendito Hermano ¡con cuánto júbilo y seriedad acudíamos! ¡con cuánta fruición espiritual tomábamos nuestros puestos!... Ya no es el Hermano Miguel, es un serafín del cielo que ha venido trayendo a la tierra el fuego en que debe arder. Si antes ha ocultado una parte de aquel fuego sagrado que le devora, ahora lo derrama a torrentes sobre su in-

fantil y angelical auditorio, que le contempla como en éxtasis, sin pestañear, sin bullicio, sin apoyarse acaso o haciendo una penitencia, temiendo desperdiciar una migajita del don celestial. Nos descubre entonces las cosas grandes y sencillas de Dios... ¡Con qué avidez, al comenzar una clase de catecismo, oía nuestras repeticiones de los ejemplos referidos por él el día anterior! Si alguno de nosotros se excedía a sí mismo, demostrando comprensión de las cosas de Dios, su venerable rostro iluminábase con celestial alborozo... Junto a ese inspirado catequista había que estar dispuesto a evitar todo pecado. ¿Quién, después de haberle oído, hubiera podido dejar de encenderse en el amor del bien, ya que emanaba de él una santidad y pureza radiosas?... ¡Oh! No me olvidaré jamás de esos ojos acusadores y misericordiosos, irresistibles, amorosos y prometedores: parecieronme los mismos ojos de la divina misericordia. ¡Cómo nos enseñaba a rezar! ¡Cómo a confesarnos! ¡Cómo ponía una fe tan asombrosa en un golpe de pecho! Era un especialista para enseñarnos posturas angélicas; de desear fuera que todos los niños del mundo hubiesen podido tener en él fijos los ojos...»

Las “reflexiones” del Hermano Miguel. — Mañana y tarde, según una tradición que remonta a los orígenes mismos del Instituto, los Hermanos dirigen a sus alumnos una breve exhortación acérca de un asunto piadoso. Así como el catecismo ilumina sobre todo la inteligencia, la exhortación habla al mismo tiempo al corazón para moverlo, se apodera de la voluntad para dirigirla por la senda del deber. Mediante esta alocución diaria, el religioso educador entra en comunicación íntima con sus alumnos. Insinüales la práctica del amor a Dios, el horror al pecado, la inquebrantable fidelidad a Jesucristo, y el incesante deseo de servirle hasta la muerte en la vocación o estado que a cada uno depare la divina Providencia.

No acostumbraba el Hermano Miguel desarrollar por escrito sus temas. Para cada asunto apuntaba, a lo sumo, media página de notas que meditaba en sus ratos de oración.

Al principio de cada año escolar exhorta a los adolescentes a que se armen de prevención contra cuatro enemigos cuya táctica y ardid les pone de manifiesto: el respeto humano, el escándalo, el desaliento y las ocasiones ordinarias de pecado. Escuchémosle:

«Hay niños que temen hacer ostensiblemente profesión de piedad por temor de que los traten de beatos. ¡Qué vergüenza!

Todo conspira hoy para arrebatarnos al pobre niño la inocencia de la primera Comunión. Sus compañeros le dicen: «No seas tan bobo; ¿qué falta hace llevar vida tan triste? Lo que haces está bien, pero no has de portarte siempre como perro faldero. Vamos, tómate un poco de libertad, pórtate como hombre...» Y el pobre muchacho pronto se deja acobardar, y no tarda el desgraciado en sentirse atormentado por los remordimientos de su conciencia...

No tenemos más que un solo Maestro: Jesús. El mundo, cuando viene a nosotros, no es sino un embaucador... Jesús es el Maestro de toda nuestra vida, y no sólo de una parte de ella. La infancia es suya, la adolescencia le pertenece, la edad viril tampoco puede alejarse de Él sin notoria rebelión e injusticia. Si nos quitase Jesús lo que de Él hemos recibido, ¿qué nos quedaría?...»

Enseñar a leer a los niños, instruir a los adolescentes en las bellezas literarias de una lengua, presupone como corolario, para un religioso educador, la obligación de precaverlos contra las malas lecturas. El Hermano Miguel no descuida deber tan importante. Pone en estas advertencias tal vigor y convicción que explican la inminencia y gravedad del peligro. Él mismo anda en esto con una cautela confinante con el escrúpulo, y quiere que sus alumnos tengan igual horror y ojeriza a cualquiera lectura un tanto liviana.

Halla sumo contento en considerar su clase cual regalado pensil de azucenas donde se complace Jesús como en el centro de sus entretenimientos y delicias. No cesa de estimular con vehemencia a los alumnos a que batallen con esfuerzo contra los enemigos de su alma.

«¿A quién quisierais consagrar vuestra juventud, si no es a Dios? ¿Al demonio? Pero ¡si él os deshonrara, os atormentaría en este mundo y en la eternidad! ¿Es posible que volvamos las espaldas a nuestro Padre celestial para arrojarnos entre las garras del diablo? ¡Oh, no, antes pedid a Dios con fervor, por intercesión de la Virgen Inmaculada, que os libre de todo pecado, o que, si alguna vez lo cometéis, os conceda la gracia de arrepentiros y confesaros inmediatamente!»

No revelan las «Notas» dejadas por el Hermano Miguel ningún resabio de artificio ni rebusca; mas, así y todo, a menudo le sugiere su imaginación bellas comparaciones, vivas pinturas que causan gran impresión en la juventud. Los siguientes pensamientos, sin carecer de ese brillo y colorido, resaltan más aún por su fuerte enjundia.

«Hace gala uno, en el mundo, de haber sido discípulo de algún eximio pintor, de un músico ilustre. ¡Con cuánta mayor razón debemos ufanarnos los que tenemos la dicha de ser discípulos de la Sabiduría increada!...

Perder a Jesús, ¡qué pérdida! Y ¿cómo podemos sufrir tamaño mal? Poseer a Dios es tenerlo todo. ¿Cómo podemos no contentarnos con ello? Perder a Dios es un mal infinito que sólo se comprende en el infierno.

Contra el demonio, ese terrible Goliat a quien forzoso es vencer para no ser vencido por él, se arma el niño cristiano con cinco pensamientos, como se valió David, en otro tiempo, de cinco piedras para derrocar al soberbio filisteo: 1.º «Dios me ve siempre.» — 2.º «Antes morir que pecar.» — 3.º «Jesús, María, os doy mi corazón.» — 4.º «Satanás, llegas demasiado tarde, hace tiempo que te he renunciado.» — 5.º «¡Retírate, bicho malo, vete a los infiernos!»

* * *

El Hermano Miguel, apóstol de los congregantes.—En la Escuela de Quito los congregantes eran muchísimos, puesto que el plantel contaba unos mil trescientos alumnos. Constituían dos Congregaciones: la del Sagrado Corazón, cuyos sujetos más selectos formaban una *Guardia de Honor*, y la de la Virgen Santísima, o *Hijos de María*, cuyos miembros debían, según el Reglamento, «honrar a la Reina del cielo con culto especial, esmerarse en copiar sus virtudes, excitarse a amarla y a promover su devoción por varios medios».

Por espacio de más de treinta años el Hermano Miguel estuvo al frente de la primera de estas agrupaciones, como auxiliar de los sacerdotes encargados de la dirección espiritual de la misma.

¡Con cuánto cariño se desvivía por su amada Congregación! Todas sus solicitudes, oraciones y maceraciones iban ordenadas al buen reclutamiento de la misma, a la cristiana formación de sus miembros, a su adelantamiento en la virtud. En las juntas del sábado y del domingo, en las del primer viernes de cada mes, el alma del Hermano Miguel parecía derramarse en la de sus congregantes. ¡Qué acento, qué calor el suyo, cuando encañese ante ellos las infinitas ternezas, las virtudes, las misericordias del deífico Corazón!

Y porque, según consta a todos, no vive más que por Jesús, no piensa sino en Jesús y no obra sino como Jesús, deja su palabra en los oyentes impresión profunda.

«Nuestra Congregación del Sagrado Corazón, dice, es una milicia sagrada en la que se alistan valientes soldados voluntarios. Se han presen-

tádo por sí solos para formar la Guardia de honor de Jesús y defender sus intereses sagrados. El fin de esta Congregación es la defensa de los intereses del Corazón de Jesús mediante el amor, la reparación y la imitación.»



Convento de San Francisco en Quito .

Copiamos algunas líneas de los *Estatutos de la Guardia de Honor*, escritos o modificados por el Hermano Miguel, y cuyo texto más reciente ha sido aprobado por el Exemo. Sr. Arzobispo de Quito, el 26 de noviembre de 1903:

«La *Guardia de Honor* es una milicia escogida del Sagrado Corazón. Está formada por los alumnos de las clases más adelantadas, los cuales, libre y espontáneamente, piden ser admitidos en ella para consagrarse con denuedo al servicio del Sagrado Corazón, conforme lo permitan la edad y la posición de cada cual.

El fin especial de la Congregación es asegurar la perseverancia de los niños en el bien, despertando en sus almas el celo de la gloria del divino

Corazón y el amor ardentísimo hacia Aquel que por nosotros reside día y noche en el Santísimo Sacramento del altar.

La Congregación ha de ser foco de piedad, semillero donde nazcan muchas y excelentes vocaciones eclesiásticas y religiosas... Cada Congregante ha de poner sumo empeño en no dejarse dominar por respetos humanos. Tal ha de ser, sobre todo, su carácter definitivo.»

Su celo y diferentes industrias. — Después de habérselas explicado, hacía aprender y recitar a los congregantes las promesas que, en su misericordia infinita, se ha dignado hacernos el Sagrado Corazón, por conducto de Santa Margarita Alacoque. Daba especiales consejos al Prefecto, así como a los demás dignatarios de la Congregación. Por su conducto mantenía el fervor en la pia sociedad y recordaba sus deberes a los adolescentes que se desviaban de ellos.

De acuerdo siempre con el Director espiritual de la Asociación, preparaba el Hermano Miguel a los alumnos para la comunión del *primer viernes de cada mes*. Veíasele la víspera entrar discretamente en las clases. «Mañana, decía, es primer viernes: ¡cuidado!» Todos se daban por enterados. Había varios confesores a disposición de los congregantes, que pasaban recogidos ese día tan grato para los amigos del Sagrado Corazón. Terminábase la hermosa jornada con la solemne junta de los socios, con quienes el humilde Hermano daba rienda suelta a los encendidos afectos de su alma.

Con ingenuo candor, santo alborozo y también asombro de tristeza ponía luego en parangón el Hermano Miguel el apasionamiento con que se aman, se atraen y se complacen los amigos en el mundo, con la glacial indiferencia con que correspondemos a las finezas del Amigo divino. Para caer en la cuenta de su inflamado amor al Sagrado Corazón y del ardoroso celo con que procuraba difundir tan salvadora devoción, había que oír aquella su voz vibrante, entrecortada a ratos por la emoción; había que saborear los expresivos términos de que se valía y ver cuál se iba tiñendo su rostro, pálido por lo común, de sonrosado y encendido carmín. ¿Quién iba a cerrar el oído a los fervientes acentos de su piedad y no dar asenso a sus irrefutables argumentos?

«¡Oh cuánto nos ama Jesús! No temamos que nos abandone nunca. Nada ofende tanto al Señor como nuestra desconfianza para con Él... ¡Ay! ¡todo lo amamos, y no queremos a Jesús!» Estas y otras parecidas exclamaciones salían a menudo, como ascuas, de sus caldeados labios.

Alegrábase el ánimo el pensar que se dignaba Jesús valerse de él, como de humilde escalón, para ayudar a los jóvenes a ascender hasta su divino Corazón. Huelga decir con qué fervor se acercarían los congregantes al banquete eucarístico con el Hermano Miguel. Inolvidables son para ellos aquellas comuniones reparadoras, ofrecidas en desagravio cada mes a Dios.

Para las juntas de aquellos privilegiados había compuesto las hermosas estrofas de una invitación del Sagrado Corazón. He aquí dos de las llamadas del soberano Maestro al alma adolescente:

«Si la flor de la inocencia
 Conservar queréis lozana
 De la vida en la mañana
 Y por siempre sin borrón:
 A cubierto, entre jazmines,
 Resguardadla a la frescura
 De sellada fuente pura,
 De mi dulce Corazón.

Si en el cieno habéis manchado
 La alba túnica primera
 Que vuestra alma revistiera
 En las aguas del perdón:
 Venid, hijos, sin recelo
 A lavarla en la Piscina
 Que manó sangre divina
 De mi dulce Corazón.»

Las vocaciones sacerdotales y religiosas. — Con razón conceptuaba el siervo de Dios una escuela cristiana, cuando está bien dirigida, como una agrupación de almas escogidas en que no pueden escasear las vocaciones eclesiásticas y religiosas. «Señal manifiesta es ésta, decía, de la bendición de Dios sobre nuestros trabajos y esfuerzos en conservar pura la atmósfera en que crecen nuestros discípulos.» ¡Cuántas oraciones rezaba, cuántas penitencias practicaba a fin de recabar del cielo, para los niños, la fidelidad al llamamiento divino!

A Jesús Niño pedía que suscitase, en las escuelas de Quito, muchos y buenos obreros para trabajar en la viña del Señor. Cada vez que extendía un certificado de buena conducta para los adolescentes que ingresaban en el Seminario o en algún Noviciado, encaiminábase a la capilla para dar gracias a Nuestro Señor. En la recreación siguiente echábase de ver en su rostro bañado de alegría lo muy satisfecho que se hallaba. «*Mis queridos Hermanos*, decía, *¡cuánto debemos agradecer al Niño Jesús el que tenga a bien escoger, en esta época tan revuelta, a algunos de nuestros alumnos para su santo servicio!*» (1).

(1) En enero de 1911 el Superior del Seminario Mayor de Quito escribía: «De veinticinco seminaristas de la diócesis de Quito, diez son alumnos de los Hermanos.»

«Con exquisita prudencia y raro discernimiento, escribe un hijo de San Francisco, el Hermano Miguel, mi muy amado maestro, estudiaba la índole de los niños para dirigirlos y educarlos con mayor aprovechamiento. De concierto con el Dr. D. Segundo Álvarez Arteta, capellán de una sección de la escuela, preparaba para el Seminario de Quito a algunos jóvenes, los cuales nunca echaron en olvido sus desvelos.»

«He visto, dice otro testigo, a muchos sacerdotes del clero ecuatoriano, a religiosos de diversas Órdenes, ir a visitar a menudo en Quito al Hermano Miguel, porque atribuían a los consejos y ejemplos de aquel santo religioso el haber seguido el llamamiento divino. Él se confundía siempre en humildes excusas. Entablábase entonces entre el maestro y los discípulos una contienda sobre quién sobrepujaría a quién en el mutuo respeto; pero el Hermano Miguel acababa siempre la tierna disputa obligando a sus discípulos a aceptar las muestras de su profunda reverencia...»

En 1904 escribíale un religioso dominico:

«Hace doce años, querido Hermano, era yo discípulo de V. en su clase y atendía gustoso a las palabras que, henchidas de caridad, de prudencia y de sabiduría, manaban de sus labios. ¡Bendito sea Dios, que no permitió cayera en terreno del todo árido la buena semilla de sus consejos!... ¡Vea V. si no tengo motivos de sobra para darle mil gracias por tan señalada merced!

»Si las alegrías y las glorias de los hijos redundan en beneficio de los padres, justo es participen también de las mías mis antiguos profesores. Por eso tengo hoy por dicha comunicarle una fausta noticia. El domingo 24 del corriente recibí en la catedral el orden sagrado del sacerdocio, y esta mañana he tenido, por vez primera, el inmenso gozo de contemplar en mis manos al Cordero Inmaculado.

»He orado por todos mis bienhechores, y ya puede V. creer que le he recomendado a Nuestro Señor de modo muy especial, sin olvidar a mis demás profesores.»

Una de las industrias del Hermano Miguel para suscitar buenas vocaciones a su querido Instituto era referir a sus discípulos los actos heroicos de virtud llevados a cabo por San Juan Bautista de la Salle o por algunos de sus hijos. Quería que se hablase a los niños de las obras sostenidas, en el mundo entero, por el Instituto de los Hermanos y del mucho bien que, por su conducto, hace Dios a la juventud. «*Hablemos de nuestra familia religiosa*, decía a sus Hermanos, cuando llegó a ser director de ellos; *pero sobre todo usc-*

mos de piadosas trazas para ganar prosélitos a la misma. Si somos dechados de virtud, si tomamos muy a pechos la cristiana instrucción y educación de nuestros alumnos, no cabe duda que muchos de ellos querrán engrosar nuestras filas, y tendremos el gusto de ver transformadas nuestras escuelas en fecundos planteles de donde saldrán muchas y excelentes vocaciones para nuestros Noviciados.»

Un antiguo alumno del Hermano Miguel, el piadoso Hermano Alberto María, muerto en el Cebollar, refiere cómo abrazó la misma vocación que su maestro. «Desde la infancia, dice, tuve ganas de ser religioso, pero no sabía qué Congregación escoger. Ocurrióseme entonces descubrir mis dudas al Hermano Miguel, a quien venerábamos como santo. Escribí, pues, una carta y la metí una mañana en el cajón de su pupitre. Cuando volví a clase por la tarde halléle sonriente y afectuoso. Habiéndole expuesto el gran temor que me infundían las tremendas responsabilidades del sacerdocio, hablóme del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y de su apostolado, en términos tan piadosos y humildes, que se desvanecieron, como por ensalmo, todas mis incertidumbres. «¡Seré Hermano!», dije para mí: resolución que no tardé en poner por obra, ayudado por el Hermano Miguel, quien facilitó mi ingreso en el Noviciado.»

«Soy, declara otro de sus antiguos discípulos, deudor de mi vocación al Hermano Miguel. Confiaba a ciegas en él, y cada vez que me asaltaba la tentación de volver al siglo consultábale, persuadido de que en sus palabras hallaría luz y consuelo. En vivísimo paralelo ponía ante mis ojos la felicidad del religioso ferviente, las mil apreturas, las terribles congojas de los que andan enredados en intereses y quehaceres mundanos. Después de oír tan brillante cotejo, desistía de mi intento, más determinado que nunca a permanecer fiel a Dios. El Hermano Miguel había sido mi Director de Noviciado, y siempre tuve en él absoluta confianza.»

Testimonio de un antiguo alumno. — Terminamos estas observaciones acerca de la primera parte de la carrera profesoral del Hermano Miguel, con el testimonio de uno de sus antiguos alumnos. El Dr. D. Segundo Álvarez Arteta, después de haber sido discípulo del piadoso educador, intimó con él en estrechísimos lazos de inseparable afecto, hasta el día en que, dejando la diócesis de Quito, fué preconizado Vicario general de Guayaquil. He aquí lo que dice:

«...Tuve la dicha de conocer y tratar al muy querido Hermano Miguel desde muy niño; pues fui discípulo suyo en la tercera clase cuando yo contaba sólo ocho años de edad, y seguí con él hasta la clase superior... *Quiero que seas santo como el Hermano Miguel*, me repetía sin cesar mi buena madre.

Tan pronto como recibí la ordenación sacerdotal, el año de 1885, el Hermano Miguel se empeñó con sus superiores, y éstos con el Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, y fuí nombrado Capellán de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; y, entonces, a mis títulos de discípulo y amigo vi agregarse el de confesor del que había sido mi maestro, del que me había formado para la vocación al sacerdocio, con su celo, con sus ejemplos de virtud y abnegación, y con sus sabias enseñanzas.

Durante los años que desempeñé ese honroso cargo estuve casi identificado con el muy querido Hermano Miguel; pues eran comunes nuestras labores, en la obra de los Catequismos y en el Magisterio. Fué entonces cuando pude apreciar mejor y más de cerca la virtud acrisolada, el candor y la pureza, el celo y la abnegación de esa alma consagrada a Dios y al servicio de las almas, sin sombra siquiera de egoísmo ni reserva. Nada podré decir yo sobre las virtudes (¿por qué no he de decir sobre la santidad?) de ese querido maestro y amigo, que no lo digan mucho mejor que yo sus superiores y cohermanos, sus discípulos y cuantos se honraron con su amistad y trato. Pero, sí, quiero insistir en recordar, entre todas sus prendas de santo religioso, de maestro ejemplar y educador insigne, el amor ferviente con que cultivó siempre la devoción a la Eucaristía, inculcándola sin descanso, a todas horas, en cualquiera ocasión y circunstancia en los corazones de sus discípulos y amigos. Muchas veces me sucedió estar absorbido con él en el estudio de alguna cuestión gramatical o literaria; y de repente, sin saber cómo, encontrarme hablando del amor de Nuestro Señor Jesucristo, de la Eucaristía, de la dicha que entraña el preparar a los niños para la primera Comunión, y de otros asuntos relacionados siempre con el Santísimo Sacramento; y, entonces, era de ver todo el fervor que revelaba su alma y el entusiasmo santo con que discurría, embelesado, casi fuera de sí, en términos propios únicamente de inteligencias y de corazones muy encumbrados en el conocimiento y en el amor de Nuestro Señor...»

Podríamos multiplicar los testimonios de gratitud y adhesión de los antiguos discípulos para con su preclaro maestro. Añadamos uno que, por ser colectivo, es aún más convincente si cabe. Custodiados militarmente los varios barrios de Quito con motivo de cierto motín político, los Hermanos estiman prudente acogerse en la Magdalena por algunos días. Al cruzar azorados por entre una patrulla de soldados oyen vocear: «¡Hermanos, no teman ustedes, somos discípulos del Hermano Miguel!» El reconocimiento de los alumnos en

aquel arriesgado trance ¿no era por ventura el más elocuente elogio que pudieran hacer de su antiguo maestro?

Veinte años llevaba ya el Hermano Miguel en el Beaterio, cuando el anuncio de la próxima beatificación de Juan Bautista de la Salle llenó de júbilo indecible el alma de sus hijos. ¿Diputaría la comunidad de Quito a alguno de sus miembros para que asistiese a las fiestas de Roma? Ninguno soñaba con tamaña distinción, juzgándose cada cual sin derecho a ella. Por otra parte, ¿quién había de creer que los Superiores convidasen a alguien a tan dilatada jornada, sin más objeto que una peregrinación a la Ciudad Eterna? Con todo eso, el Hermano Miguel fué agraciado con dicho privilegio. Todos aplaudieron unánimes la atención de los Superiores, por cuanto veían en ella justísima remuneración a los servicios prestados por el humilde religioso, digno homenaje a sus notorios talentos, así como cierta compensación a los trabajos y molestias que hubo de imponerse para publicar en castellano la Vida del Fundador de las Escuelas Cristianas, escrita en francés por el Sr. D. Armando Ravelet.

CAPÍTULO VI

El Hermano Miguel en Quito El catequista de la primera Comunión El Director del Noviciado



EL 14 de noviembre de 1887 el Hermano Miguel sale de la comunidad para bajar a Guayaquil y, desde allí, encaminarse hacia París y Roma. Seis o siete días de trote a caballo no son para amilanarle. Además, en aquella estación las lluvias no aumentan el cansancio de los largos viajes. No tenemos noticia de ningún incidente o contratiempo en esta primera parte del trayecto. Al cabalgar por la altiplanicie andina y bajar luego por los senderillos que surcan las faldas de la Cordillera vuela el peregrino en alas de su imaginación hacia la Ciudad Eterna, a Loreto, ciudad de María, a otros muchos santuarios benditos cuyo solo nombre le hace estremecerse de júbilo.

Viaje del Hermano Miguel a Roma. — Embárcase en Guayaquil en compañía del Sr. Dr. D. Carlos Tobar, Director de la Academia ecuatoriana. Desde luego, todo le llama la atención en este su primer viaje por mar. Su alma poética y religiosa presta atento oído al majestuoso clamor de las olas encrespadas, o se recrea con el suave murmullo de las apacibles ondas. Pero ¡cuán poco tiempo goza de los halagos de la travesía! Entre Guayaquil y Panamá la salud del pobre viajero empieza a resentirse, y la fatiga crece por grados de Colón a Saint-Nazaire. En suma: en aquellos días, transcurridos en el pesado encierro del camarote, padece molestias sin cuento. Allí está, por fortuna, el Dr. Tobar, que le alivia y agasaja con los solícitos desvelos de médico y amigo.

Tras una permanencia en París para arreglar algunos pormenores

en orden a obras que está publicando, el Hermano Miguel sale para Roma, adonde llega a principios de febrero de 1888. El 19 asiste a la *Beatificación de su muy amado Padre y Fundador*, en el vasto salón preparado encima del pórtico de San Pedro. Catorce carde-



Plaza de San Pedro (Roma)

nales y veinte obispos, el Rdmo. Hermano José con seis de sus Asistentes, representaciones de todas las Órdenes religiosas, y selecta concurrencia de diversas nacionalidades, están allí presentes para escuchar la lectura del decreto en que S. S. León XIII declara lo siguiente: «En virtud de nuestra Autoridad Apostólica, y por efecto de las presentes cartas, concedemos el derecho de dar en adelante al Venerable Siervo de Dios Juan Bautista de la Salle el título de Bienaventurado.» Según refería a su regreso el Hermano Miguel, *«cierto Hermano ecuatoriano, que nunca había soñado con una peregrinación a Roma, sintióse allí como arrebatado hasta el tercer cielo»*. Personalmente tenía muchas súplicas que dirigir al Cielo, muchas peticiones que expresar; pero sólo le permitió la emoción, en aquel momento inolvidable, decir a Nuestro Señor: *«¡Gracias por el Instituto! ¡Gracias por mí! Ya sabéis, Señor, cuáles son mis anhelos...»* Tuvo tiempo suficiente para soltar la rienda a su devoción

en las tres semanas que permaneció en la capital del orbe cristiano. ¡Qué dicha la suya en aquellos venturosos días! La Roma pagana, con la muda elocuencia de sus ruinas suntuosas, habla a su inteligencia y fantasía; pero la Roma de los mártires y de los Papas, la Roma de los Santos, le deja suspenso y deslumbrado, con los esplendores del cristianismo triunfante. Lo que más le enajena e hinche de consuelo su corazón filial es el señorío moral del Soberano Pontífice, que, sin ejércitos, sin barcos ni cañones, tiene, de hinojos a sus plantas, a un mundo cuyo dominio estriba sólo en la fortaleza de los armamentos y de las poderosas escuadras. Para todos aquellos por quienes se interesa pide el Hermano Miguel, ante la Confesión de San Pedro, fe vivísima, práctica; y, junto a las tumbas de los mártires, solicita fidelidad incontrastable a Jesucristo.

En el Colegio de los Hermanos de la Plaza de España asistió a una sesión académica en honor del Bienaventurado y estrechó, *con el venerado Hermano León de Jesús*, santa amistad, manifestada sobre todo en el trueque de oraciones y espirituales socorros (1).

En Roma se avistó asimismo por primera vez con el ilustre filólogo D. Rufino José Cuervo, con quien había trabado ya correspondencia. Desde aquella fecha las relaciones entre ambos fueron más frecuentes e íntimas. Terminada la peregrinación, y el alma regalada con el perfume de Roma, el Hermano Miguel enderezó los pasos a Loreto, desde donde regresó a Francia.

Mucho había ansiado ver a Lourdes y soltar la presa a sus fervores en la gruta de Massabielle. Experimentaba igualmente vivos deseos de implorar la curación de sus piernas en aquel célebre santuario; para la comprobación científica del anhelado milagro había el Sr. Dr. Tobar escrito una descripción médica de la enfermedad. Grande era la fe del suplicante; pero la Virgen Inmaculada quería darle a entender que no son menester buenas piernas para correr por los senderos de la perfección.

El Hermano Miguel no vió, pues, a Lourdes; pero por aquel acto de renuncia, tan costoso a su corazón, enriquecióle la divina Señora con copia de gracias espirituales, merced a las cuales anduvo con creciente presteza por el camino de los santos.

(1) El Hermano León de Jesús, Pro-Director del Colegio de San José, murió en Roma el 3 de enero de 1896, a la edad de cincuenta y tres años, dejando en cuantos le conocieron el grato recuerdo de sus eminentes virtudes.

* * *

Durante veintiséis años el Hermano Miguel prepara a los niños para la primera Comunión.—El 20 de junio de 1888 vuelve a Quito y reanuda con renovadas energías sus acostumbradas tareas. Se diría que su alma, remozada en los manantiales mismos que fecundan el apostolado católico, parece haber intensificado su vigor y lozanía. La preparación de los primeros comulgantes, de la que está encargado en el Beaterio desde 1880, va siendo cada vez más su ocupación predilecta.

Saborea los dulzores de este augusto ministerio, porque entiendo su excelsitud e importancia y halla en él cumplido regalo y entretenimiento. El corazón del niño es a manera de tabernáculo donde Jesús desea entrar para colmarlo de dones; por eso tiene el santo Hermano a suma honra y felicidad el repetir, a los que en breve han de hospedar en su pecho al Dios de la Eucaristía, las palabras de Juan Bautista: «Allanad los caminos del Señor.»

Al tender la vista por los tiempos pasados acuérdanse, sin duda, los antiguos discípulos del Hermano Miguel, de las doctas lecciones del maestro, de los preclaros talentos del escritor por todos admirado; pero lo que más hondamente tienen grabado en la memoria es el celo infatigable del abnegado apóstol que los preparó, durante largos meses, a recibir por vez primera el Pan de los ángeles, y no son pocos los íntimamente persuadidos del galardón divino reservado a este verdadero *ángel visible de la primera Comunión* para que *«fulgure cual estrella en las perpetuas eternidades»*.

Al principio del año escolar, nos dicen, procedía con esmero a la selección de los niños que habían de disponerse para la siguiente primera Comunión. En compañía del señor Capellán y del Hermano Director pasaba por las clases con el fin de apuntar los nombres de los alumnos que, por su edad y buena conducta, habían de componer «la falange de los invitados del buen Maestro», como él decía. Recogíanse doscientos o más nombres, y como para guiar y amaestrar semejante grupo no bastaba un solo Hermano, daban un auxiliar al Hermano Miguel. Éste, para establecer mayor uniformidad en la preparación de los niños, indicaba humilde y benévolo a su colega el método que convenía seguir, los procedimientos más oportunos para obtener el fruto apetecido. Una vez concertado el reglamento con el Hermano Director, el Hermano Miguel se ajustaba a él en todos los pormenores, y no consentía que nadie alterase su orden por un

antojo cualquiera. Tomaba por su cuenta un grupo de setenta a ochenta niños, en cuyo provecho se ocupaba especialmente cada día. Pocos minutos antes de dar principio al catecismo estaba ya en su puesto, amable, sonriente, enterándose de todo. Terminada la ora-



Iglesia de la Compañía (Quito)

ción y sentados los alumnos, cantábanse tres o cuatro estrofas adecuadas para disponer las almas a recibir la enseñanza religiosa. Sucediáanse luego las preguntas, recapitulativas o socráticas, siempre precisas e interesantes, interrumpidas por breves exposiciones destinadas a grabarse en las inteligencias.

Sus catecismos. — El esmero que ponía el Hermano Miguel en preparar la lección diaria de catecismo ha mercedo calurosos enco-

mios de todos sus compañeros. Aun con haber profundizado mucho en la instrucción religiosa, y tener compuesta una explicación del dogma y de la moral destinada a la impresión, dedicaba muchos ratos en la preparación de cada una de sus lecciones. Las preguntas enderezadas a la cabal inteligencia de las palabras y de las frases, los ejemplos y reflexiones, todo guardaba proporción y afinidad con el asunto tratado; todo estaba previsto, cuando no minuciosamente escrito.

Cualquiera que fuese el asunto, exponíalo el catequista con santa vehemencia. Era, desde luego, su intento directo dar luz a la inteligencia de los niños, cimentarlos en la fe; mas como quiera que llevaba un horno de fuego en el pecho, necesariamente había de echar de sí vivas llamaradas, abrasando con ellas el corazón de sus oyentes. ¡El amor de Dios! He aquí la potente llama, la fecunda centella que el Hermano Miguel nos muestra en la creación y conservación de cada uno de nosotros, en los dogmas y prescripciones morales, en la gracia y los sacramentos, así como en la vida santa, en la dolorosa pasión y muerte de Jesús y su continua residencia en el Sagrario. Huelga encarecer una enseñanza que, siendo a la vez luz y calor, se apodera de todo el ser humano y lo vivifica.

Un antiguo alumno del Hermano Miguel, actualmente sacerdote, escribe lo que sigue: «Con expresiones adecuadas a la cordedad de la inteligencia infantil nos explicaba con claridad y llaneza los misterios de Nuestro Señor, su Encarnación y Nacimiento, su Vida oculta y Vida pública, sus predicaciones y milagros, así como su sagrada pasión y muerte.

»Con vivísimos colores pintaba el cuadro del juicio final, la severidad del Juez supremo, el rigor de los castigos del infierno y las inenarrables venturas de la gloria celestial... Entraba en muy prácticas menudencias acerca de la recepción de los santos sacramentos de Penitencia y Eucaristía... Y cuando, tras una larga serie de lecciones de catecismo, había iluminado nuestras inteligencias y conmovido nuestros corazones, ansiábamos muy de veras que llegase pronto el día de la primera Comunión...»

No es esto decir que los niños escuchaban siempre dichas lecciones con indeficiente atención. En la distracción de varios de ellos hallaba el Hermano Miguel ocasión para ejercitar su paciencia y seguir «pecando por excesiva mansedumbre», según solían decirle sus colegas. Pero sus alumnos aprovechábanse generalmente de la enseñanza del maestro y bastante para que mereciesen en los exámenes este elogio: «Responden ustedes como pequeños teólogos.»

Sus breves exhortaciones.—Con las aclaraciones doctrinales juntábanse las alocuciones familiares, las cortas y sentidas exhortaciones enderezadas a corroborar las resoluciones tomadas. «Los avisos del Hermano Miguel, nos escribe un seminarista, me parecen hoy los más prácticos y elevados que he oído. Si hablaba del amor de Nuestro Señor en la Eucaristía, hacía lo en forma tan patética, con fe tan viva, tan elocuente, que nos sentíamos confundidos por las finezas del divino Maestro y por nuestra negra ingratitud para con Él.

«Cierta día explicábanos la pasión de Nuestro Señor ante un crucifijo, ponderándonos a la vez nuestros propios pecados y los acerbos padecimientos del Redentor. Al terminar hincóse de rodillas para implorar perdón, en nuestro nombre, del divino Crucificado, acto que nos conmovió hasta derramar lágrimas...»

Desvelos individuales. — Si bien se dedicaba de lleno el celoso catequista al conjunto de los niños, no por eso descuidaba la educación individual de cada uno de ellos. Solía llamar a los mejor dispuestos, animábalos, los incitaba a imponerse algunos sacrificios por amor a Nuestro Señor. «*Ha dado usted pruebas de buena voluntad, decía a uno; Dios está contento y yo también. Pero ¿no podría luchar algo más para vencer tal o cual defecto, reformar su temperamento?*» Y a otro: «*Hace ya dos meses que no se ha encolerizado; siga valiente por este camino. Con todo, ya sabe que aun tiene bastante que corregir.*» Por último, maestro y discípulo hacían promesa de orar juntos para conseguir la deseada enmienda.

Si alguno de los niños parece no darse cuenta de la magnitud del acto que debiera ocupar le, el Hermano Miguel le amonesta blandamente con palabras sentidas y graves; hácele entrar dentro de sí, despertando en su corazón vivos sentimientos de fe y de dolor; con frecuencia los atolondrados se alejan llorosos y determinados resueltamente a obrar mejor en adelante.

Cómo fomentaba la devoción a San José. — «El Hermano Miguel, nos dice otro de sus antiguos discípulos, fomentaba en sus educandos la devoción a la Inmaculada Virgen María y a San José. Con la confianza sugerida por el candor y la inocencia escribíamos, a principios del mes de marzo, nuestras peticiones a este Santo, persuadidos, con hartó fundamento, de que leía en nuestras misivas como en nuestro corazón.» He aquí un extracto de dos entre dichas cartas:

«Amado San José: Aunque indigno, me atrevo a suplicarte que me prepares a la primera Comunión; y para que la pueda hacer con las debidas disposiciones, muda, te ruego, mi corazón orgulloso, soberbio; destruye todas mis malas inclinaciones, haciéndome manso, humilde, devoto, obediente a mis padres y fervoroso en mis oraciones, a fin de que sea un niño ejemplar, consuelo y apoyo de mi familia. Consérvame la vida, y si no, santo mío, después de la primera Comunión, llévame contigo, antes de que cometa ningún pecado mortal y me exponga a perder mi alma. En segundo lugar, te pido que conviertas a mis padres y que, junto con robusta salud, les otorgues cuanto necesiten para alimentar y vestir a la familia...»

«¡Oh amantísimo San José! Te suplico me ayudes a alcanzar de Jesús y María las gracias siguientes: la de hacer bien mi primera Comunión; la de salir bien en los exámenes con mi hermanito; la de ser muy aplicado y laborioso en el colegio; la de guardarme siempre casto y puro; la de conservar sanos y fuertes a mis padres y a todos mis hermanitos. Deseo también muchísimo que mi hermano que está en Europa disfrute de salud, siga cumpliendo fielmente con todas las prácticas de la Religión, y regrese sin novedad después de lograr feliz éxito en los estudios. Sé tú, ¡oh glorioso Patriarca!, el Patrón de nuestra casa y fábrica; dame la vocación que más me convenga; infunde en los fieles todos el primitivo fervor; convierte a los pecadores e infieles; no permitas triunfen los depravados intentos de los masones y judíos en ninguna parte del mundo, pero principalmente en el Ecuador. Aumenta, por último, el número de sacerdotes y bendice sus predicaciones de Cuaresma para que produzcan en las almas abundantes frutos de salvación.»

¿Quién no ve en estas efusiones del alma infantil el eco de las enseñanzas del Hermano Miguel? Si los niños se inquietan ya por su vocación, es porque su maestro les ha dado a conocer algunos principios en orden a este punto trascendental de la vida. Y ¡cuántas ocasiones le brindan para ello muchas respuestas del catecismo y ciertos relatos evangélicos! Es de lamentar que la mayor parte de los textos elementales de instrucción religiosa nada digan de las vocaciones sacerdotales y religiosas; el piadoso catequista del «Beaterio» no dejaba de llamar la atención de los niños acerca de lo porvenir. Habíale enseñado la experiencia que, no pocas veces, suele Dios favorecer al alma pura con admirables ilustraciones, y le comunica fuerzas espirituales para entrar sin demora en el camino por donde su divina Majestad la quiere llevar. A medida que se va acercando el día del solemne acto procuran el Capellán y su auxiliar despertar en los niños, con ferventísimas pláticas, encen-

didos descos de recibir al Señor. Para uso de éstos había el Hermano Miguel mandado imprimir una hojita titulada *Tres meses antes del gran día*, donde leemos resoluciones como las siguientes:

«En unión con todos los niños del mundo católico, y a fin de alcanzar para todos la gracia de hacer bien la primera Comunión, tomo las resoluciones siguientes:

1.^a Cada mañana, al levantarme, ofreceré mi corazón a Dios y le suplicaré que me ayude a pasar el día sin cometer ni una sola falta voluntaria.

2.^a Para complacer a mi buen Jesús pensaré en Él siquiera tres veces al día, guardaré silencio en los tiempos y lugares en que esté prescrito, a lo menos durante una hora, me impondré algún pequeño sacrificio y haré la comunión espiritual...»

Tras breve oración a Jesús y a María se invita al niño a que diga:

«¡Oh! Beato Juan Bautista de la Salle, me encomiendo confiadamente a ti. Hazme bueno y dócil, a fin de que mis padres y maestros estén contentos de mí. Hazme crecer en virtud, para que el Divino Jesús venga gustoso a mí el día de mi primera Comunión. ¡Alcázame la gracia de no ofender a Dios, de trabajar más y más en conocerle, amarle y servirle, y de ir a alabarle contigo en el cielo! Amén.»

Las dos urnas.—Para estimular a los escolares al propio vencimiento recurría el Hermano Miguel a una piadosa traza, cuyo grato recuerdo no han perdido todavía sus antiguos discípulos. Varios meses antes del *gran día* colocaba en la capilla, ante la mesa de comunión, dos hermosas urnas, llena de granos de trigo la una y vacía la otra. Cada día, en la visita al Santísimo Sacramento, los niños de primera Comunión se acercaban, uno tras otro, al santuario, y después de rezar un Avemaría tomaban tantos granos de trigo cuantos actos de virtud o pequeños sacrificios habían llevado a cabo en las veinticuatro horas, y los depositaban en la urna vacía. Con aquellos granos, recogidos y molidos con esmero, se preparaban las hostias que se consagraban en la mañana de la primera Comunión.

En su apostolado incansable no perdona el santo religioso ningún afán, cual si todo dependiese de sus esfuerzos; pero ora con insistencia, como quien todo lo espera del Cielo. Oraciones, penitencias, actos públicos de humillación: todo va enderezado a pedir a

Dios se digne mirar con ojos benignos y complacidos a esta amada grey que el buen Pastor ha de apacentar en breve con su gloriosa Carne. En sus «Notas de retiro» fechadas el 8 de septiembre de 1883 leemos:

«En mis catecismos y exhortaciones propondréme como por blanco enseñar a los niños a alabar, venerar y servir a Dios. Tendré asimismo la intención de reparar las faltas que he cometido contra estos tres deberes, y de satisfacer mis deudas para con el Señor sobre este particular.

Suplicaré a Dios bendiga mis trabajos de clase y haga brotar de mi enseñanza, así como de la de mis Hermanos y de todos los obreros evangélicos, copiosos y saludables frutos...»

Recomienda sus queridos benjamines a las oraciones de la comunidad y de las religiosas de la capital. Hace eficaces instancias para que rueguen con mucho empeño por los menos dóciles, por los menos generosos, y usa de particular fineza y solicitud con éstos; los amonesta con discretas e indirectas insinuaciones, con persuasivas razones y patéticos llamamientos que acaban por triunfar del aturdimiento y de la incuria de los más reacios.

No se da por satisfecho el piadoso catequista con las instrucciones comunes; cerciórase por sí mismo, mediante un examen prolijo, de que cada niño posee los debidos conocimientos acerca de las verdades dogmáticas, de los sacramentos, en especial de lo concerniente a la confesión y comunión, de la gracia y de la oración. «Cuando el Hermano Miguel enseñaba a sus jóvenes discípulos el modo de confesarse bien, escribe un colega suyo, no omitía ningún pormenor práctico, repitiéndoselo cuantas veces fuese menester. Cierta día, al explicar a un chiquitín lo que era el pecado de golosina, valióse de palabras tan sencillas y tan claras, de ejemplos tan infantiles, que no pude menos de sonreír, si bien hube de admirar la humildad de aquel santo religioso, que no tenía a mengua el aniñarse con los pequeños, para conducirlos, puros e inocentes, a Jesucristo.»

Poquito a poco iban los niños adquiriendo clara noticia de sus deberes; acostumbrábanse a entrar en los rincones de su conciencia para discernir lo consciente y lo voluntario de lo irreflexivo y espontáneo. ¡Con qué confianza acudían al Hermano Miguel en los casos dudosos! Pero si la consulta versaba sobre algún asunto delicado, enviábalos con exquisita prudencia al médico de las almas, al confesor. En fin, obraba en todo esto con la cariñosa solicitud de una madre que guía a su parvulito cuando empieza a dar los primeros pasos.

* * *

Retiro espiritual de primera Comunión. — Tres días antes de la primera Comunión daban principio a los ejercicios del retiro preparatorio. Entonces el Hermano Miguel ya no cuidaba sólo del grupo que tenía que dirigir, sino de todos los niños que habían de acercarse a la sagrada mesa.

En aquellos días consagrados por entero a la oración, al recogimiento, a generosas prácticas de penitencia, tomaba las disposiciones necesarias para alejar del «cenáculo» donde se retiraban los niños cualquier causa de distracción. Mañana y tarde escuchaban los neófitos una instrucción del Padre predicador y una conferencia del Hermano Miguel. El rezo del rosario, lecturas piadosas, cantos, visitas al Santísimo Sacramento, reflexiones, notas recopiladas en cuadernos personales ocupaban todas las horas.

Además, para evitar en lo posible el natural cansancio y hastío echábase mano de variados ejercicios: paráfrasis de los cánticos, resumen oral de los sermones, relato de hechos edificantes, explicación de diversas fórmulas — actos antes y después de la comunión, renovación de las promesas del bautismo, consagración a María Santísima —, lectura de notas tomadas por otros niños en retiros anteriores, ensayos sobre el ceremonial del *gran día*, etc.

Merced a esta multiplicidad de actos manteníase siempre alerta la atención de los ejercitantes y acrecentábase más y más su fervor.

«Importa sobremanera, dice Mons. Dupanloup, dar caza, por decirlo así, a los íntimos afectos e inclinaciones de aquellos a quienes dirigimos, antes de inculcarles alguna verdad.» Consumado era el Hermano Miguel en el conocimiento de los niños, adquirido con la larga experiencia y el cariñoso y continuo trato con ellos. Dábase cuenta con acierto del carácter de cada uno, cuáles eran sus motivos impulsivos, la causa de sus inquietudes; hallábase muy al tanto de sus fuerzas y resistencias, de sus repentinos arrebatos y fervores, de sus temores y fáciles desmayos. Por eso, nada hay más práctico, sencillo y piadoso como sus conferencias de retiro. No pudiendo resumirlas aquí, nos ceñiremos a algunos extractos.

«¿Ven ustedes, les decía, cómo los canterones preparan las piedras para las construcciones? Pues así debemos obrar con nuestra alma, quitando todo lo feo que hay en ella, puliéndola con las virtudes, conformando nuestra vida con los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y las obligaciones del propio estado...

Tenemos que hacer como el jardinero: poda las plantas, corta las hojas secas, arranca las hierbas malas, limpia el jardín y lo riega todos los días...

Tengamos verdadera piedad, aplicándonos a rezar bien las oraciones en todas partes; a oír con fervor la santa misa, en la que se consagra el mismo Cuerpo y Sangre de Jesús, a quien hemos de recibir en la primera Comunión...

Visitemos con frecuencia a Jesús en el santísimo Sacramento, para pedirle cada día que Él mismo prepare nuestro corazón y lo haga digna morada suya...

Encomendémonos de una manera especial a María Santísima, bajo el título de *Nuestra Señora de la Primera Comunión*; a San José, a nuestro Ángel de la Guarda, a nuestro santo patrono y a San Juan Bautista de la Salle.»

«Este retiro de primera Comunión tiene dos fines principales: 1.º Excitarnos al verdadero arrepentimiento de nuestras culpas para prepararnos a recibir la primera absolución general de nuestra vida. 2.º Encender en nuestros corazones ternísimo amor a Nuestro Señor y disponernos a recibirlo sacramentalmente.

A nosotros, tan distraídos, tan olvidadizos, nos va interés en hacer bien el retiro a fin de avivar en nuestra alma el pensamiento, los ardientes deseos de recibir en un corazón muy puro al Hijo de Dios, oculto en la sagrada Hostia.

Digamos, pues, con humilde confianza: «Lo espero todo de Dios, que es infinitamente bueno; no temo nada por parte suya, pero lo temo por la mía. Temo que pase Jesús con sus gracias y no sepa yo aprovecharlas. ¡Cuán desgraciado seré si desoigo la voz del Señor y desdeño sus favores!...»

De regreso cada día a la casa paterna se dedicaban los niños a ejercicios piadosos. Dábanse de lleno a la oración y a la reflexión, rumiando lo mucho bueno que habían oído en aquel día. Con formalidad impropia de sus años escribían las «Notas de retiro», en que se pintaba el alma hondamente conmovida por los toques de la gracia.

La víspera de la primera Comunión, cada uno de los niños iba a arrodillarse ante sus padres para pedirles perdón por los disgustos ocasionados e implorar su bendición. Ese acto daba lugar, a veces, a conmovedoras escenas.

El hijo de un alto funcionario de la República, después de recibir con tan fausto motivo el perdón y la bendición de su padre, permanecía de rodillas con el rostro bañado en lágrimas.

— ¿Por qué lloras, hijo mío?

— Padre, tengo mucha pena.

— ¿Mucha pena? Pues yo no quiero que la conserves en el día de tu primera Comunión. ¿Qué quieres que haga para consolarte?

— Padre, todos los niños que han de comulgar mañana irán acompañados de sus padres al divino banquete, y yo iré solo... ¿Cómo quieres que no esté triste?

El padre abrazó a su hijo con ternura sin prometerle nada. Pero aquella misma noche fuése a confesar, lo que no había hecho hacía ya mucho tiempo; y al día siguiente tuvo el niño el gran consuelo de verle comulgar a su lado.

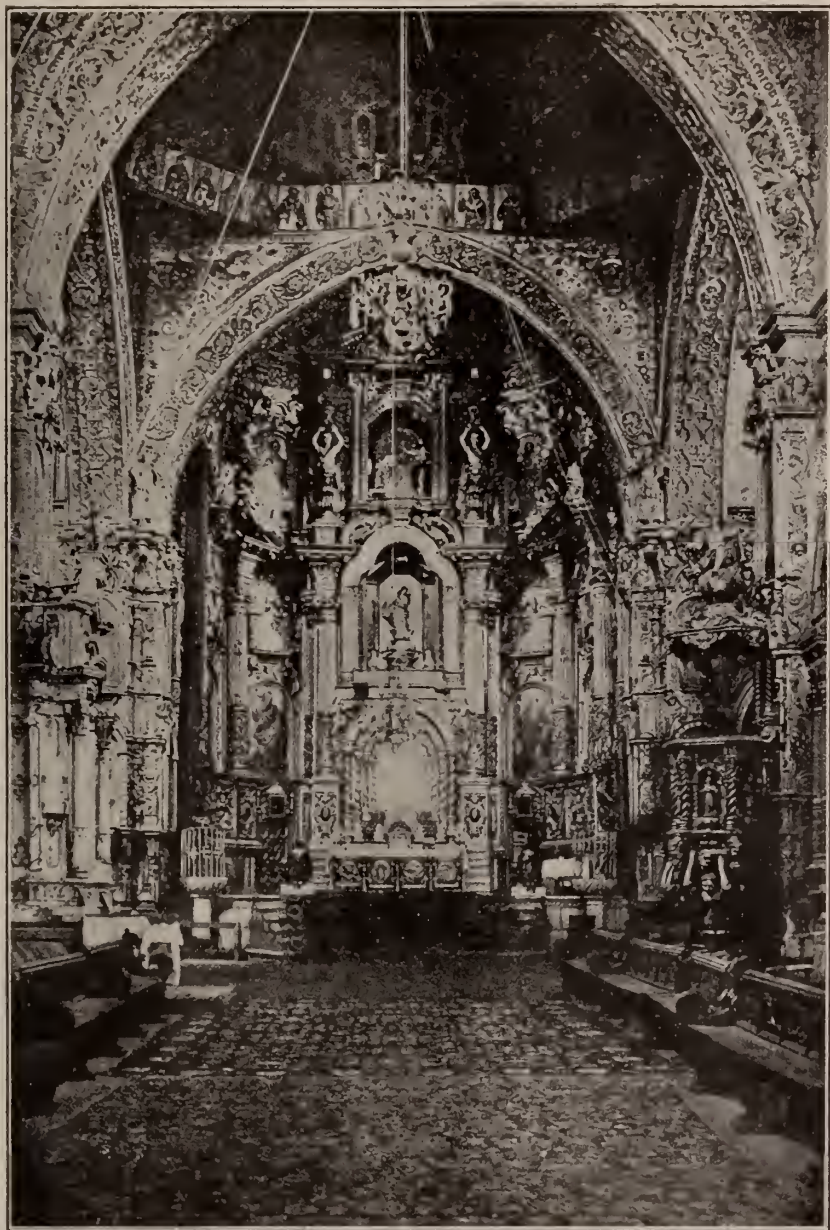
El gran día. — De la ceremonia misma de la primera Comunión no podemos decir nada que no sea conocido. Desde la madrugada del *gran día* véase al Hermano Miguel dominado por esa idea única: parecía ser todo ojos y todo manos, tanta era su solicitud a fin de que todo estuviese minuciosamente previsto. El tiempo que precedía a la misa solemne dedicábalo a exhortar, vigilar, dar las últimas recomendaciones, o escuchar con benevolencia las confidencias de esos niños. Con exquisita prudencia resolvía sus dudas o temores, o procuraba que los resolviesen los confesores, que en ese día no escaseaban, para que así comulgasen todos con la conciencia tranquila y el alma adornada con las mismas disposiciones con que hubiesen deseado ser recibidos por Jesús en el cielo.

Formados en dos largas filas encaminábanse los niños hacia la bella iglesia de San Francisco, con traje de gala: parecían desde lejos corderillos recientes guiados por vigilante pastor, o bandadas de cándidas palomas que venían ansiosas a la piscina de aguas vivas. Con ellos iba el Hermano Miguel, radiante de celestial gozo. «*Muchos niños son pobres, decía, pero hoy todos los corazones son de oro.*» Una nota suya nos da a conocer sus sentimientos al pisar en aquel día, con los primeros comulgantes, los umbrales de la iglesia:

«Recibid, oh Dios mío, estas pequeñas ofrendas que os presento. Son ínfimas según la naturaleza, pero grandes según vuestro espíritu, puesto que las habéis criado a vuestra imagen y semejanza. Haced a estos niños partícipes de vuestro amor divino; fortificadlos en vuestra gracia, para que os amen en el tiempo y os glorifiquen cantando vuestras alabanzas durante toda la eternidad.»

Desde la aurora hasta la puesta del sol bendeciré vuestro Nombre tres veces Santo, porque habéis fiado a vuestro humilde siervo la custodia de esos corazones infantiles. Confirmad, oh Dios mío, su vocación a la salvación eterna.»

Ceremonias ternísimas eran las que se desarrollaban en el «Templo seráfico», maravilla de *artes suntuarias*. Su amplio recinto, atestado de familias profundamente conmovidas por la angélica piedad de los niños, parecía entonces verdadera antesala del Paraíso.



Interior del templo de San Francisco

En tan solemnes momentos, ¡cómo pulsarían, invisibles coros, las célicas liras, y cómo subirían las castas armonías del cándido rebaño!

«¡Ven, Hostia divina!
 ¡Ven, Hostia de amor!
 ¡Ven, haz en mi pecho
 Perpetua mansión!

No soy yo quien vivo,
 Jesús vive en mí:
 Él tiene cautivo
 Mi ser todo en Sí.»

Entre los consuelos purísimos con que Dios regaló a su Siervo fidelísimo en sus horas de luchas y pruebas conviene anotar los de la primera Comunión. «Después de recibir con sus queridos discípulos al Señor Sacramentado parecía el Hermano Miguel, según nos refieren testigos oculares, como arrobado en éxtasis, bañado en lágrimas y alcanzándonos del Altísimo gracias decisivas. Allí estaba hartándose del raudal purísimo: triunfaba, cual pastor angélico e incomparable maestro, quien ha extremado los pormenores en preparar la mística tierra para que el Divino Cordero se apacentara con delicias, ses-teando entre lirios.»

.....
 «Mío eres: en Ti aliento;
 Vivo de Ti, y ansío,
 Hecho uno con el mío,
 Darte tu mismo amor.
 Llena de Ti está mi alma:
 Habla, que ya te escucho;
 Dame, que espera mucho
 Quien es tu hospedador.»

Hacia la una de la tarde los niños volvían a juntarse en la escuela, para recogerse unos ratos antes de la renovación de las promesas del bautismo; renovación que iba acompañada de una sentida plática, seguida de cánticos escogidos y de buen gusto. Se daba la bendición con la Divina Majestad, y se rezaban las fórmulas de consagración al Sacratísimo Corazón de Jesús y a la Virgen Santísima.

.....
 «Quiero, Madre, venerarte,
 De tu amor ser prisionero.
 Y a tu trono elevar quiero
 Un suavísimo cantar,

Hasta que éste se confunda
 Con la eterna melodía.
 Quiero amarte, Madre mía,
 Más y más te quiero amar.»

No se limitaba a esto el ceremonial de la fiesta divina, de esa fiesta íntima del alma, sino que se invitaba a los niños para que la renovaran al día siguiente en la capilla de la Escuela, siendo no menor el interés y vigilancia que en tales momentos desplegaba el Hermano Miguel.

Después de la misa y comunión de *acción de gracias* dirigiales un patético fervorín, exhortándoles a la perseverancia en los buenos propósitos, que con tanta vehemencia y claridad les había inculcado.

Para la sesión final eran invitados el reverendo señor Capellán con los superiores de la Comunidad, y se distribuían los *recuerdos* de primera Comunión. Esos recordatorios, como el lazo de franjas doradas y la corbata blanca, símbolos característicos y muy elocuentes, tenían su previa explicación, y el Hermano Miguel se la daba amenizándola con rasgos históricos almacenados en su privilegiada memoria.

Era de ver entonces cómo la más pura felicidad se pintaba en el semblante del celoso apóstol y en el de sus discípulos.



San José presentando a los niños a la primera Comunión

* * *

Recuerdos de retiro escritos por los niños. — Entre los apuntes del Hermano Miguel hemos hallado algunos *Recuerdos de retiro* escritos por los niños poco tiempo después del memorable día. Conservábalos con esmero; leía algunos de ellos, cada año, a los alumnos que se preparaban a tan importante acto. Tan ingenuas nos parecen algunas de estas notas, brilla en ellas tal fe y candor, que no dudamos sea provechoso meditarlas.

«Cuando pasaba Santa Teresa ante una iglesia saludaba a Nuestro Señor diciéndole: «Ya sabes, Dueño mío, que soy Teresa de Jesús.» Antes de mi primera Comunión decía yo igualmente: «Soy José de Jesús, y quiero comulgar bien.» Cuando te haya recibido te diré: «No me abandones nunca.»

Y si viene el demonio a tentarme: «¡Vete!, exclamaré, soy José de Jesús.»

«He ido a la iglesia en la mañana de mi primera Comunión con la bendición de mi madre... Después de haber recibido la sagrada Hostia he notado que estaba en mí el Niño Jesús. ¡Oh, cuántas gracias le he dado, cuánto he rezado! Antes había experimentado tristeza e inquietud; luego sólo sentí intenso gozo, acompañado de completa tranquilidad.»

«Cuando me incluyeron entre los que habían de prepararse a la Comunión era yo muy travieso, pero trabajé mucho para enmendarme, por amor a Jesús, que iba a visitarme, y por temor de verme borrado de la lista. ¡Cuán feliz soy ahora por haber hecho algunos esfuerzos! Dije a Jesús cuando le tuve en mi pecho: «Has acudido desde muy lejos para buscarme, no quiero que vayas con las manos vacías. Toma mi corazón y escógelolo por tu morada perpetua.» Jesús me respondió: «Estaré contigo mientras guardes tu alma sin mancha y conserves mi gracia.»

«Señor Jesús, no olvides que no soy más que un poquito de barro. Ahora soy feliz, estoy alegre, todo se me hace fácil y llevadero; pero apiádate de mí, porque el menor soplo de viento puede derribarme.»

«Pedro S., has tenido la dicha de recibir a tu Dios; ¿a quién prefieres? ¿a Él o a Satanás...? Señor, inscribid mi nombre en el Libro de la Vida y ¡ojalá logre yo la ventura de asistir a la comunión eterna!»

«La víspera de mi primera Comunión temía que algunos de mis pecados veniales me hiciesen desagradable a Nuestro Señor. Fui a confesarme. Apenas hube recibido a Jesucristo cuando experimenté felicidad indecible. Era para mí aquella hora como un cielo anticipado.»

«La víspera del suspirado día deseaba con vivas ansias recibir a Jesús en mi corazón. Parecíame que iba a morir aquella noche y no tendría la dicha de albergarle en mi pecho. Cuando la claridad del sol penetró en mi cuartito por la mañana de mi primera Comunión exclamé alborozado: «¡Bendito sea Dios! ¡Qué suerte la mía! ¡Nosotros, pobres pecadores, compartimos esa felicidad que constituye el embeleso de los Ángeles!...»

«Después de la Comunión gocé de un bienestar que no he vuelto a experimentar. Aquel día fué para mí delicioso, celestial. Por la tarde, al renovar las promesas del bautismo, me pareció ver a Jesús algo triste, porque algunos niños decían con la boca más que con el corazón las palabras de la fórmula.»

«Jesús, Dios mío, teniendo a Vos por Padre y a María por Madre, ¿qué puede faltarme? He recogido la herencia de esta divina Madre: el Rosario y el Escapulario; con este doble escudo no temo nada, ni siquiera las tentaciones, si le permanezco fiel.»

No olvidemos que estos apuntes los escribieron unos niños. ¡Qué poderosa influencia debía de ejercer en aquellas tiernas almas el Hermano Miguel, para infundirles sentimientos tan ajenos a la ligereza y a la imprevisión de su edad! No cupo al piadoso catequista

la satisfacción de ver siempre fieles a Dios y constantes en sus buenos propósitos a todos los niños de primera Comunión. ¿Qué apóstol puede presumir haber tenido tamaña suerte? Con todo, era tal la solicitud con que iba el siervo de Dios en busca de la oveja descarriada, que no descansaba hasta volverla al redil. A uno de estos hijos pródigos, pesadilla de su familia, ruega un día el Hermano Miguel que pase por la escuela; le echa en cara, con blandura primero y luego con vehemencia, su indigna conducta; le pone delante las resoluciones de antaño, y leyendo en el cuaderno de «Notas de Retiro» algunas de sus impresiones, le dice: *«¿Era usted sincero entonces? ¿Cree usted hoy lo que escribía en aquella época feliz? ¿Quién merece más aprecio, quién es más venturoso, el niño de hace años o el joven vicioso de hoy?»* El joven se inmuta, reflexiona, reconoce sus demasías y, sonrosado de empacho, desata su corazón por los ojos en copioso llanto. Seguido luego del Hermano Miguel, vase al oratorio, donde reza y promete muy de veras convertirse. Cumplió sus propósitos, pues desde aquella fecha fué su vida dechado de honradez y religiosidad.

Una mañana, en el locutorio, pregunta otro joven por el Hermano Miguel:

— Hermano, ¿me conoce V.?

— *No me olvidé de V., aunque tiempo ha que no le he visto. Y su alma de primer comulgante ¿cómo se halla? ¡Cuánto amaba usted entonces a Nuestro Señor Jesucristo! Pláceme suponer que no se habrá usted desviado del buen camino.*

— ¡Oh! Hermano Miguel, he olvidado sus enseñanzas o, por lo menos, he vivido como si las hubiese olvidado. Ayer, al pasar junto a la escuela, oíle hablar con tan fervorosos acentos de la Virgen Santísima, que experimenté honda impresión. Sentíme acosado por el remordimiento, anduve inquieto y turbado todo el día. Por la tarde fuíme a confesar; esta mañana he comulgado, y ahora puedo presentarme ante V., sosegado y sereno, dispuesto a comenzar vida nueva...

«Cuando el demonio me incita al mal, decía otro antiguo alumno, me figuro estar delante del Hermano Miguel, y huye la tentación al punto.»

Como justísimo apreciador de las cosas hallábase el buen Hermano Miguel cada vez más encariñado con su obra de la primera Comunión. Conocía su importancia y los muchos bienes que de ella se originan. *«Todo lo abandonaría a trueque de consagrarme a preparar taber-*

náculos vivos a Jesús Sacramentado, decía a un reverendo Padre Salesiano; porque en la vida del niño no hay acción tan importante ni de tanta trascendencia; y, por consiguiente, no hay función más hermosa ni más grata para el educador apóstol.» Palabras corroboradas por estas otras dirigidas a su sucesor, momentos antes de partir para Europa: *«Querido Hermano, le dejo a usted lo que más estimo en el mundo... ¡Procure usted que reeen por mí esos queridos niños!»*

* * *

Dos triduos. — Desde que el Hermano Miguel regresó de Roma hasta su definitiva salida del Ecuador han de transcurrir veinte años. Veinte años de no interrumpida labor, de constante edificación y entera donación de sí mismo, harán de él, en Quito, el más popular de los miembros de la comunidad. Tan identificado y adunado se halla, en cierto modo, con los intereses, los azares, la prosperidad, la vida misma de la escuela, que no se puede hablar del uno sin traer a cuento la historia de la otra. Así lo hemos hecho respecto de los acontecimientos anteriores a 1888; ahora viene a nuestro propósito dar algunos informes acerca del período siguiente.

Los días 13, 14 y 15 de agosto de 1888 celebróse en Quito un *Triduo solemne en honor del Bienaventurado Juan Bautista de la Salle.* «Roma había desplegado el más ostentoso y magnífico lucimiento, decía el Hermano Miguel; pero Quito ha dado también claros e ilustres testimonios de su amor y adhesión a nuestro Instituto.» El alborozo, las demostraciones de regocijo son generales; los señores Obispos de Ibarra, de Riobamba y de Quito celebran de pontifical; oradores elocuentes ensalzan a porfía las glorias del ínclito Héroe a quien la Iglesia acaba de enaltecer. Su Excelencia el Señor Presidente de la República ecuatoriana, varios ministros, el Gobernador y la administración de la ciudad, los dos seminarios de la capital, los alumnos de los diversos colegios, se asocian a los alumnos y amigos de los Hermanos para festejar con gran solemnidad al nuevo Beato. Las oraciones son fervientes, innumerables las comuniones, el culto del Bienaventurado Fundador cunde doquiera y adquiere mayor popularidad.

Inaugúrase la nueva capilla del Beaterio, construída merced a la munificencia del Dr. D. Plácido Caamaño. Sus amplias dimensiones de cuarenta metros por diez, con tribunas alrededor, le per-

miten dar cabida, en los días festivos, a unas dos mil personas, atraídas por el esplendor de sus ceremonias.

Varias veces, durante el triduo, suben al cielo los vibrantes



Capilla de San José, en el «Beaterio» (1888)

ecos de un himno triunfal compuesto por el Hermano Mignel. He aquí una breve estrofa en que el hijo canta las virtudes del glorioso Padre:

«A los pies hollando el oro
Y la pompa mundanal,
Sólo Dios es su tesoro,
La pobreza su caudal.
Su descanso es la vigilia,
Sus delicias padecer,
Son los pobres su familia,
La cruz sólo su placer.»

Un amigo del Hermano Mignel, el poeta D. Belisario Peña, terminaba del modo siguiente el relato de las fiestas del triduo:

«Ahora sólo nos resta dar mil plácemes a los Hermanos de las Escuelas Cristianas con toda la efusión de nuestra alma, alentándolos a que prosigan la obra santa de la educación de los pobres. Hoy, día en que su Padre y

modelo goza de la gloria de los Bienaventurados; hoy, cuando la tierra entera le levanta, no ya estatuas de héroes ni trofeos de victoria, sino altares de santo, tienen deber más imperioso de imitarle, puesto que es para ellos vivo y admirable modelo de todas las virtudes.

Obedeciendo a la voz divina que indujo al Bienaventurado a fundar tan benemérito Instituto, lleven adelante su empresa, arrollando los obstáculos, abriendo nuevos caminos por los que vayan los niños hasta el amoroso regazo de Jesús, a disfrutar de sus divinas caricias.»

Ya hemos hecho memoria del amor eucarístico del Hermano Miguel. Visitar a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, unirse con Él mediante la santa Comunión, preparar a los niños a este gran acto, conquistarle muchos fieles adoradores: tal era el pensamiento fundamental de su devoción, el principal motor de su celo. Por eso le traspasó el alma de dolor el horrible sacrilegio perpetrado en 1890 en el Beaterio.

En la noche del 2 de noviembre unos obreros se introdujeron furtivamente en la capilla, rompiendo una ventana. Robaron dos cálices, varias patenas y un copón que contenía trescientas Formas consagradas, las cuales fueron cínicamente profanadas. En seguida prescribió la autoridad eclesiástica un triduo de reparación. La Comunidad entera pasó en oración aquellos días (7 a 9 de noviembre), y el Hermano Miguel se apenó mucho, redobló sus plegarias y penitencias; se le vió, reiteradas veces, postrado en tierra con el rostro inundado de lágrimas. El folleto que publicó en esa ocasión, con el título *Triduo de desagravio*, es la expresión pública de su angustia y de su amor a Jesús Sacramentado. Las humildes súplicas y las penitencias reparatorias de los religiosos tuvieron, sin duda, favorable acogida en el divino acatamiento; con todo, plugo al Señor afligirlos con doloroso sacrificio. Pocos días después del sacrilego robo el Hermano Justasién, llamado en el Ecuador Hermano Rafael, Director de la Comunidad, enfermó gravemente y se durmió en el Señor el 26 de diciembre. ¿Fue la víctima expiatoria por Dios escogida?

En el Externado o Instituto de la Salle. — Otros dos hechos señalan con carácter inolvidable el año 1890 para el Hermano Miguel: practica el mes de ejercicios espirituales, dados por primera vez en el Ecuador, y deja las clases del Beaterio para entrar en el Externado o Instituto de la Salle, recién fundado en la misma casa. Desde hacía tiempo requerían las familias influyentes de Quito, para sus

hijos, clases distintas de aquellas a que concurrían los hijos del pueblo. Su Excelencia el Dr. D. Luis Cordero, Presidente de la República, apoyaba esas instancias. Parecía, pues, justo acceder a ellas. Obediente como siempre, pasa el Hermano Miguel del Beaterio al Instituto de La Salle, aunque no sin gran pesadumbre. Piensa en los niños pobres y pide a Nuestro Señor que no permita que los privilegiados de su Divino Corazón dejen de ser, en Quito, los preferidos de los Hermanos. Cumplidamente atendió Dios a sus ruegos: el amor a los pobres, esencial en el apostolado de San Juan Bautista de la Salle, en vez de sufrir menoscabo, fué principio fecundo de prosperidad para sus escuelas ecuatorianas.

El reparto anual de premios a los alumnos del Beaterio iba amenazado, de ordinario, con una representación dramática muy apreciada por el público. En 1891 el Hermano Miguel tuvo la feliz ocurrencia de formar, para aquella velada escolar, *una sesión literario-musical en honor del ínclito Fundador de las Escuelas Cristianas*.

Un hermoso discurso del Hermano Miguel. — Aquella solemnidad académica, ofrecida al Concejo Municipal de Quito y presidida por Su Excelencia el Dr. D. Antonio Flores, Presidente de la República, tuvo brillantísimo éxito. El Hermano Miguel habló ante el público y lo hizo con envidiable acierto. Damos aquí algunos párrafos de su hermoso discurso sobre la *humildad del Santo Fundador*:

«...No sin razón el mundo se muestra agradecido, pues si el Beato de la Salle es hijo de Francia y gloria muy grande de esa insigne nación, no es menos cierto que su Obra resplandece benéfica por toda la tierra, a semejanza del sol que, ocupando corto espacio en el firmamento, extiende los beneficios de su luz al universo que alumbra y vivifica.

La humildad de mi Padre amadísimo me pasma y me confunde: permítidme, pues, que sea ella el asunto de este breve razonamiento.

Una cosa hay sobremanera grande: el grande corazón despreciador de las cosas grandes. Y grandes son a los ojos del mundo la nobleza de la sangre, la opulencia de bienes de fortuna, la luz de inteligencia soberana y la soberbia del mando y señorío.

...De todos los bienes naturales hay uno de que es muy difícil desasirse el hombre, por cuanto se identifica con él, y se constituye como parte integrante de su ser; don admirable que por ser el más noble y excelente de todos, al mismo tiempo que el más propio y menos perdido de los bienes terrenos, es el más amado de las almas generosas y aquel en que cifran sus títulos de gloria y sus esperanzas de fama y de perdurable inmortalidad. Bien enten-

déis que hablo de la ciencia, de ese tesoro de verdad que es la riqueza del entendimiento y que levanta a quien la posee a tanta estima y admiración de sus semejantes, que casi llega a la divinización. Sin embargo, fuerza es confesar que la sabiduría humana suele ser uno de los peligros mayores en que escolla la grandeza de las almas elevadas, escollo tanto más ocasionado a los naufragios de la virtud, cuanto está más escondido con las aguas serenas de un mar inmenso...

De raza de águilas era el Beato de la Salle: su mente poderosa era para lanzarse en atrevido vuelo hacia lo infinito y apacentarse con los profundos arcanos de la no común sabiduría. Serios estudios, altas discusiones de que salió vencedor, título y lauro de doctor en una de las más famosas universidades del mundo y la propia conciencia de sus aptitudes para llegar en breve al santuario de la gloria, todo le estaba convidando a levantar vuelos de águila hacia las alturas del saber; pero de La Salle sabía muy bien que la ciencia ensoberbece, «scientia inflat»; sabía que de los labios de la Verdad divina, del Hijo de Dios, de Jesucristo Señor nuestro, había salido esta sentencia: «*Si no os volviereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*», y anheloso de inmoluciones nuevas, hizo también la de su entendimiento y la de las aspiraciones más generosas del corazón humano. Volvióse, pues, niño por amor de Jesús; pureza de niño, sencillez de niño, ingenuidad de niño, confianza de niño, desinterés de niño, y todo para ejercitarse en la más alta, en la casi inasequible sabiduría.

Esa mano que, manejando la pluma, hubiera podido asombrar a la posteridad con pasmosas obras de erudición y de elocuencia, se ocupó humilde en dirigir pacientemente la torpezosa manecita del niño para que trazara los primeros rasgos de los caracteres alfabéticos; y esa voz que habría sonado en la cátedra sagrada o en universitaria tribuna arrancando aplausos y vítores, se empleó, humillada también, en balbucir, con el infante, el ingrato silabeo y la tardía coordinación de las palabras en la laboriosa y pausada lectura del incipiente.

La soberbia no construye sino torres de Babel; la humildad es quien labra monumentos eternos.

En el orden mismo de la naturaleza, todo ensanche va precedido de una especie de apocamiento y humillación: el águila se posa en la roca nativa y se abate en ella como para empujarse a volar por los cielos; el grano de simiente se anonada para producir luego la riqueza de las ubérrimas espigas; el vapor no desata su prodigiosa fuerza si no es atormentado por la presión poderosa; y, en el hombre mismo, el corazón se contrae primero para dilatarse después a derramar la sangre de vida que nos nutre; y la mente se concentra para dar a luz sus más elevados y nobles pensamientos. Ved aquí, pues, cómo la humillación abnegada es la obrera escondida de la verdadera gloria, porque obra en que pone el hombre la humildad por cimiento, Dios se complace en levantarla con su poder y marcarla con el sello de su soberana grandeza.»

En este cuadro de tan vigorosas pinceladas, el humilde Hermano Miguel se retrata a sí mismo; pinta al vivo el fondo de su alma enamorada de la vida devota, laboriosa y escondida. Sólo a regañadientes se muestra a las miradas del público, y vuelve siempre gozoso a seguir «la escondida senda» cantada por Fr. Luis de León, única vía que a la felicidad conduce. Sábele a miel la profunda sentencia de la *Imitación*: «Si quieres sacar algún provecho de tus estudios y de tu ciencia, gusta de vivir desconocido y contado por nada entre los hombres.»

El Hermano Miguel en comunidad. — Veamos algunas de sus máximas predilectas acerca de la vida religiosa, de la que es para sus Hermanos acabado modelo:

«La palabra «Religioso» significa hombre humilde, abnegado, desprendido de la propia voluntad, muerto a sí mismo. Sin estas virtudes no tendré ni verdadera religión, ni espíritu religioso... Debemos estar dispuestos a padecer mucho, si queremos merecer el nombre de religioso.

La vida religiosa es estado de perfección y sacrificio; sólo así llega a ser un estado de apacible tranquilidad. ¡Qué favor me ha hecho Dios en darme la vocación religiosa!...

Nuestro santo hábito ha de traernos a menudo a la memoria el pensamiento de la muerte; es negro, y tal vez nos entierren con el que actualmente llevamos.

En nuestra vocación participamos copiosamente de todos los dones del Espíritu Santo, que nos mueve con fuerza y suavidad hacia las cosas de Dios con tal que vivamos conforme al espíritu de nuestro Instituto.»

Veinticinco años de residencia lleva ya el Hermano Miguel en la Congregación sin haber desempeñado ningún cargo superior. Sumiso como el que más al suave yugo de la obediencia, vive en todo sujeto a la voluntad de sus Directores. Cualesquiera que sean las órdenes de sus Superiores y el modo de transmitir las, ejecúta las con presteza y ciegamente, como quien reconoce y adora la voluntad divina en los mandatos recibidos.

No raras veces suelen ser la intimidad y llaneza inevitable tropiezo donde padece quiebra el natural ascendiente de los grandes hombres que no son al mismo tiempo santos. No así en el Hermano Miguel. Su sencillez y afable trato en nada menoscaban la veneración que le profesan sus Hermanos en religión. Según referencia de uno de ellos, «manifiéstase religioso siempre y en todo lugar. Ora

trabaje, ora converse, ora calle, procede con dignidad y calma, derramando doquiera el olor del buen ejemplo. Aun la más mínima acción, por él ejecutada, lleva el sello del espíritu interior que le anima».

Sus conversaciones, sencillísimas en la forma, enfervorizan los ánimos y llevan siempre a Dios. Como por natural pendiente, llega a juzgar de todo a la luz de la fe. Discute con sagacidad, con certero tino, y resuelve las cuestiones con serenidad y pulso. Cuando el caso lo requiere, termina la discusión con estas o parecidas fórmulas: «*Creo más acertado obrar o hablar en tal sentido.*» Y al fin todos aprueban su parecer.

Trabajador incansable, concededor del valor del tiempo, no sufre que el ocio le robe ni una partecica de tan precioso tesoro, si bien consiente de mil amores en darse todo a todos, mediante el apostolado del buen consejo. Amigo de los niños que le escuchan, de los jóvenes que le consultan, renuncia gustoso en pro de las almas a las delicias de la soledad. Con religiosa sencillez no reñida con la exquisita cortesía, ni siquiera con los modales de la más pulcra gentileza, solía acoger el Hermano Miguel a todos cuantos le visitaban. Su paciente condescendencia a nadie cerraba la puerta, ni aun a los más importunos.

«En la persona del importunó, escribe Fenelón, hay que mirar a Dios, que lo ordena todo para nuestro bien, y que no atende menos a mortificarnos con la importunidad que a conmovernos e instruirnos con buenos ejemplos. El importuno que Dios nos envía sirve para quebrantar nuestra voluntad, para encariñarnos con el silencio y el recogimiento, para humillar nuestro espíritu y auoldarlo al ajeno.» Así opinaba el Hermano Miguel. Con todo, como quiera que las visitas intempestivas le usurpasen un tiempo precioso, sugirióle su piedad ingenioso ardid para librarse de ellas: suplicaba al Ángel custodio del molestador, o bien a San Antonio de Padua, que alejase pronto a los que se eternizaban en el locutorio. «*Entonces, confesaba él ingenuamente, no tardan dichas personas en alegar diversas excusas y en despedirse. desconsoladas, dicen, de no poder continuar platicando más tiempo conmigo.*»

Por mucho que se estudiase y esmerase el Hermano Miguel en vivir oculto, no consiguió atajar los vuelos de la fama que iba pregonando su reputación de escritor, de gramático, de poeta. Llevábase la atención de los literatos, y el aprecio en que éstos le tenían echó un rayo de gloria sobre el humilde religioso: en 1892, sin que

nunca le hubiera pasado tal cosa por las mientes, fué elegido miembro de la Academia Ecuatoriana de Quito y correspondiente de la Real Academia Española.

La catástrofe de 1895 y las clases de Quito. — En aquel entonces contaban las clases del Beaterio mil trescientos alumnos, educados por treinta y cinco Hermanos. Tan sólida era la instrucción dada a los adolescentes del curso superior, que el Hermano Director les entregaba, previo riguroso examen, un diploma con derecho a una plaza de maestro. Sin el título correspondiente echábanse, pues, los cimientos de una verdadera Escuela Normal. Por último, una clase de adultos o de «artesanos» acogía, por las noches, a los jóvenes deseosos de completar su instrucción.

Desde su fundación, en 1890, el «Instituto de la Salle» se hallaba establecido en el «Beaterio». Bajo una misma dirección tenían vida propia ambas escuelas; pero desde 1892 cada una tuvo su respectivo Director; en 1894 el Instituto dejaba su cuna para fijarse junto al Noviciado, en la calle del Cebollar. Era éste, como se vió más tarde, un cambio providencial. Los locales, bendecidos por el Excmo. Sr. Arzobispo de Quito, fueron inaugurados en presencia del Dr. D. Luis Cordero, Presidente de la República.

Nunca había parecido mayor que en aquella época el favor del gobierno. ¿Podía uno dejar de esperar un feliz porvenir para una obra patrocinada por tan poderosos protectores? En la repartición de premios, al fin del año escolar de 1894, S. E. el Sr. González y Calisto daba gracias a Dios y a García Moreno «por haber traído los Hermanos al Ecuador». Con todo, pronto iba Dios a poner de manifiesto la fragilidad de los apoyos humanos, permitiendo se desencadenase la tormenta sobre aquellas escuelas cuya creciente prosperidad y opimos frutos permitían, al parecer, las mayores y más risueñas esperanzas. Desde la proclamación de la República ecuatoriana, en 1830, muchas veces perturbaron la tranquilidad pública las rencillas y ambiciones de las facciones políticas.

Entáblase en 1895 una nueva lucha entre las dos fracciones del partido conservador: los «ponsistas», partidarios del Dr. D. Luis Pons, y los progresistas, entonces en el poder con el Dr. D. Luis Cordero. En la noche del Miércoles al Jueves Santo traban la primera refriega ambos grupos contrincantes. Los radicales aprovechan la división de los católicos y la dimisión del Dr. Cordero para sacar triunfante su candidatura. El 5 de junio estalla la revolución en Guayaquil. Desde

Panamá, donde se había refugiado bajo la presidencia de D. Plácido Caamaño, el General Eloy Alfaro acude al punto para tomar por su cuenta la dirección del levantamiento, y sienta sus reales en Quito, después de la derrota de las tropas constitucionales en Gatazo el 14 de agosto.

Por ajenos que sean a la política, los Hermanos han de arrostrar sus consecuencias. Tras penosas violencias, diez de ellos se retiran al consulado de Francia, en casa del Marqués de Persan.

Los demás solicitan asilo entre los Padres Mercedarios y los hijos de San Francisco. El Hermano Miguel y un compañero suyo hallan amparo y buen acogimiento en casa de los Padres Salesianos, encargados de dirigir el Protectorado.

El martes 28 de enero notifican al Hermano Provincial Bernón-María que en adelante no recibirán las Escuelas Cristianas ninguna subvención del Gobierno.

¿Será quizá tan súbita decisión el primer soplo de la violenta tempestad que ha de echar a perder toda la obra escolar inaugurada en 1863? Así lo recela el Hermano Provincial. ¿Cómo han de subsistir las clases gratuitas, a no ser con el apoyo de personas adineradas, en cuya generosidad no osa aquél confiar mucho?

Recaba por lo menos que el gobierno dé fianzas y empeñe su palabra de no atentar a la libertad de los Hermanos, a fin de que puedan éstos volver a sus casas, cerrar las escuelas y salir del territorio ecuatoriano.

—Queda entendido, dice el General, que el gobierno no los arroja del país. Pueden ustedes continuar dando clase en sus establecimientos.

—Está muy bien, Excelencia. Pero, al negarnos toda subvención, el Gobierno rompe el contrato de 1862, nos corta la subsistencia y nos pone en el duro lance de huir o de perecer de hambre.

En consecuencia de ello cerráronse las Escuelas Cristianas de Quito. Tal vez habría valido más, es verdad, continuar en el puesto, haciendo frente a las dificultades, en espera de la próxima bonanza que muchos vaticinaban... Al día siguiente de haberse retirado los Hermanos en su casa del Instituto de la Salle acudieron los alumnos al Beaterio; pero viendo las puertas cerradas y custodiadas por los agentes de orden público dirigieronse a la Magdalena, quinta de sus maestros; mas tampoco estaban allí los Hermanos. ¿Qué desolación! ¿Qué va a ser de estas ovejas sin pastor?

No quedaron, empero, los niños desamparados del todo. Hasta

el regreso de los Hermanos, el Excmo. Sr. Arzobispo tomó muy a su cuenta el cuidado de proveer al funcionamiento de las clases primarias. Encomendó el oficio a varios jóvenes sacerdotes que, con la ayuda de celosos seglares, sostuvieron la obra. En el número de los eclesiásticos señalados por su desinteresada abnegación se contaba el Dr. D. Ulpiano Pérez Quiñones, futuro obispo de Ibarra.



Vista parcial de Quito. La cruz × indica la «Escuela de la Sagrada Familia»

Poco duró tal perturbación. En la calle del Cebollar abrieron de nuevo los Hermanos las clases en febrero de 1896. El Instituto de la Salle, colegio para los ricos, seguía cerrado; mas la Sagrada Familia, nuevo nombre de la escuela de los pobres, convertida hoy en establecimiento de enseñanza libre, proseguía su bienhechora labor, merced a los indispensables subsidios suministrados por la curia episcopal de Quito para el sostenimiento de los maestros.

Emprende, pues, el Hermano Miguel, con renovadas fuerzas, sus tareas escolares; dase, sobre todo, con singular denuedo a la preparación de los niños para la primera Comunión. Más que nunca los alumnos afluyen a la nueva escuela: mil ciento cincuenta y seis

asistían al Beaterio en 1895; mil ciento noventa y cuatro aeduen, en diciembre de 1896, a la Sagrada Familia.

Con todo, en varios puntos del Ecuador ya no quedaba rastro de las antiguas Escuelas Cristianas. Muchos Hermanos, siguiendo diverso rumbo, habían partido, quiénes para Colombia, quiénes para Chile o Franeia. Para restaurar las ruinas cumplía abrir inmediatamente un Noviciado. A fin de ahuyentar de los ánimos, un tanto decaídos, los abatimientos de la desconfianza pusieron los Superiores al frente del místico plantel a un religioso venerado por todos: al Hermano Miguel.

El Hermano Miguel, Maestro de novicios. — Nadie, a decir verdad, parecía más apto para acrecentar en los novicios el aprecio y el amor a la vocación. ¿No aeababa de dar, aeaso, durante la última tormenta, evidentes pruebas de grandísimo apego a su santo estado? En efecto, algunos adversarios de la enseñanza religiosa intentaron urdir asehanzas al Hermano Miguel, mostrándole el cebo de brillantes empleos en las escuelas ofieiales. Trataron de deslumbrarle eon vanas lisonjas, simulando que separaban su eausa de la de sus eolegas. Humillado por aquellas prefereneias, enojadísimamente de que se pensase en él para eolaborar en tan odiosa tarea, mostró el Hermano Miguel tal desdén e indignación por aquellos halagos, que cesaron en breve las insinuaciones.

Entre 1896 y 1905 permaneció el Hermano Miguel tres períodos distintos en el Noviciado de Quito, a título de Director. La larga práetiea de la perfecta obediencia le tenía habilitado para desempeñar dicho cargo con cabal satisfacción de todos. El ejericio de la autoridad y las ocupaciones a ella anejas habían de brindarle, además, la easión de vivir más reeogido y de eonsagrarse por entero al servicio de sus Hermanos.

Al reibir la obediencia de Director del Novieiado, el Hermano Miguel no dejó de alegar respetuosas objeeiones, de poner humildes reparos acerca de lo que él llamaba su total ineapacidad para eonduer a los demás. «*Aun tengo, decía, sobrada necesidad de ser dirigido yo mismo antes de cargar, sin riesgo ninguno, con la delicada misión de formar a los jóvenes religiosos.*» Errado andaba el modesto religioso al tener tan bajo concepto de sí mismo: puede uno dirigir eon aeierto obras muy importantes sin dejar de experimentar, por eso, la necesidad de un guía para la conducta personal. La humilde resistencia del Hermano Miguel eedió pronto por otra

parte, si bien no dejó por eso de conservar siempre el vivísimo sentimiento de su impericia.

«No sé, confesaba al llegar al Noviciado, cómo voy a salir de apuros. Confío en las oraciones de todos.» «Nuestras paces, escribe uno de sus colaboradores de entonces, no le faltaron, a buen seguro; pero sonreíamos al oírle hablar de su ignorancia en las cosas de Dios. ¡Ojalá multiplique el Señor entre nosotros parecidos ignorantes!»

Dirección, enseñanzas y ejemplos. — No cabía, pues, dudar del próspero éxito del Hermano Miguel en su nuevo cargo. ¿No se juntaban acaso en él todas las cualidades de buen director de novicios: conocimiento práctico de las Reglas, amor a la oración, espíritu de mortificación, prudencia, discernimiento, paciencia y fidelidad a toda prueba? Ya sabe además él que su oficio es doble: instruir y estimular. Es de su incumbencia el decidir y ayudar a los novicios a soltar las amarras del bajel de sus almas, a desplegar las velas al soplo de la gracia para bogar hacia alta mar, dejando correr la navecilla por el océano sin fondo ni riberas del amor divino. Pero, según le dicta la propia experiencia, este trabajo de entero desprendimiento, de escrupulosa fidelidad a la gracia, no es negocio de un día. Por eso aconseja y avisa con mucha longaninidad.

Respetar el bondadoso Director en sus novicios la obra de la gracia, la acción del Espíritu Santo. No se le apura la paciencia al no ver, cual fuera su deseo, inmediatas y radicales transformaciones: antes bien espera que el tiempo dé calor a la obra, y no le asombra la lentitud de los progresos. No obstante esto, sabe hermanar la indulgencia con la firmeza, máxime cuando tiene que habérselas con aspirantes faltos de vigor y de constancia. No por ir envueltas en mansedumbre dejan de tener entonces sus reconvencciones fuerza persuasiva. En caso necesario devuelve a las familias los adolescentes en quienes se manifiestan inciertas las señales de la vocación. «*El distrito del Ecuador, decía un día, ha padecido muchos quebrantos; importa, pues, prepararle religiosos denodados, estables a prueba de bomba.*»

«El Hermano Miguel, escribe uno de sus antiguos novicios, nos guiaba con tal cariño que le queríamos con amor de lujos; por contentarle habríamos redoblado nuestros esfuerzos y docilidad; mas él no se cansaba de repetirnos que obrásemos, no para darle gusto, sino para complacer a Dios.»

Dar gusto a Dios mediante el cumplimiento de su santísima voluntad, merecer su gracia con la amorosa sumisión a las Reglas, ofrecerle aun las acciones más menudas, sobrellevar por su amor las pruebas ligeras y las molestias anejas a la vida común, examinar siempre en su santa presencia, implorar sin cesar su divino socorro y honrarle con los sacrificios meritorios vinculados a la perfecta obediencia: tales son los consejos más frecuentes del Hermano Miguel a sus novicios. Explánalos mediante consideraciones muy sencillas, a las que su notoria virtud da singular eficacia.

«Instruirnos bien en las Reglas y hacérnoslas practicar, aficionarnos a la oración, adiestrarnos en la obediencia: ved ahí la continua solicitud, los grandes desvelos de aquel sabio Director. Cuando hablaba de las ventajas y dulzuras de la oración, fácil era dar en la cuenta de cuánto se deleitaba su alma en ella.»

He aquí algunos de sus pensamientos:

«En la oración el alma contempla, admira, adora las perfecciones divinas. De esta contemplación saca consecuencias prácticas para su vida espiritual.

La oración es cual potente foco de luz que nos refleja, en su verdadera naturaleza, los esplendores de la virtud, la fealdad del pecado, la vanidad de lo transitorio, el valor de las cosas eternas. Es para el alma una guía que no se debe nunca abandonar. La oración nos introduce en el arsenal de las armas espirituales, de que debe estar provista el alma para guerrear contra los enemigos interiores y exteriores.

Siéntase el alma a una opípara mesa, en que le sirven manjares suculentos.

¡Y nos cuesta trabajo acercarnos por ella a la luz! ¡Y no experimentamos vivos anhelos de probar, gracias a ella, cuán bueno y suave es el Señor!»

Sin melindres de ningún género, antes con habilidad adquirida por el trabajo, usaba el Hermano Miguel atildado lenguaje y primoroso decir. Solían a veces los novicios expresar sus impresiones a modo de apuesta diciendo: «Sigamos bien la conferencia del Hermano Miguel; seguros estamos de que no se ha de repetir en media hora. Las formas de las frases, las expresiones afluirán con tal variedad, que cualquiera creará que lleva ya todo escrito de antemano.» No tenía, a la verdad, el piadoso conferenciante ínfulas de retórico. Hacía cuenta, no de halagar los oídos o la inteligencia, sino de mover y troear los corazones. El plan siguiente acerca de la cuarta bienaventuranza es prueba fehaciente de ello.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.»

«Esta sed de la justicia ha de ser en nosotros:

1.º El ardiente deseo de hacer muy bien todas nuestras acciones para cumplir la adorable voluntad de Dios;

2.º Vivísimas ansias de adquirir toda la perfección propia de nuestro santo estado;

3.º Un sincero y vehemente anhelo de unirnos con Jesucristo en la santa Comunión.

Cada mañana, al rezar la fórmula de la oración vocal, nos disponemos al perfecto cumplimiento de la voluntad divina. Pensemos en las palabras admirables que pronuncian entonces nuestros labios.

La perfección a la que hemos de aspirar es la de nuestro estado; extravagante sería aspirar a cualquier otra. Nuestra santa vocación nos suministra los medios de llegar a una santidad consumada, mediante la exacta observancia de las Reglas y el cumplimiento de todos los deberes de nuestro empleo, ejecutados con espíritu de fe.

Tengamos hambre y sed de Jesucristo, principio y manantial de toda santidad. Comulguemos lo más frecuentemente posible, para corresponder a los designios de Jesucristo en orden a nosotros. Permanezcan habitualmente nuestro espíritu y nuestro corazón al pie del Sagrario. Cualquiera cosa que hagamos ofrezcámosla a Jesús Sacramentado.»

Esmerábase el Hermano Miguel en acostumar a los novicios a la práctica del recogimiento, obligándolos a guardar silencio y recato. ¡Cuántas veces hubo de amonestarlos acerca de estos puntos! «*Callar para oír las hablas de Dios, y hablar con Dios, privarse de cualquiera mirada curiosa para atraer las miradas benévolas de Jesús y de María, viene a ser como el A B C de la vida espiritual.*»

«En todo tiempo, escribe uno de sus discípulos, pero sobre todo durante los recreos y las lecturas en el jardín, quería nuestro Hermano Director que guardásemos mucha modestia. Si alguno se distraía mirando las montañas o cualquier otro espectáculo, pronto resonaba en sus oídos una voz: «*¡Ay ojitos, dónde estáis!*»

Las advertencias del Hermano Miguel a los novicios solían ser escasas y breves. En aquel ambiente tan propicio para la virtud los ejemplos del santo Director surtían maravilloso efecto. Mejor que ninguna conferencia acerca de la humildad, sus actos de pública humillación conmovían los corazones y mostraban cómo se ha de domar la soberbia. El viernes y la víspera de ciertas fiestas comía de rodillas en el refectorio, mendigaba un pedazo de pan, besaba los pies a sus discípulos.

Tenía puestos en verso, en forma de máximas, los principales

deberes del buen novicio. A veces los leía agregando: «*He aquí los consejos de un inválido. Hermanos carísimos, haced caso omiso de la ineptitud del instrumento de que se vale Dios para guiaros por los senderos de su santo servicio.*»

«Nunca le oímos decir algo que redundase en su propia alabanza. A veces sacábamos a colación sus libros, mas él daba con mucha maña otro rumbo a la conversación. «*¿Quiéren ustedes, acaso, que vaya al Purgatorio por mucho tiempo?*» Y el encendido carmin de sus mejillas nos revelaba a las claras que habíamos turbado su humildad.»

«Durante la oración manteníase inmóvil el Hermano Miguel, sin apoyarse en el banco o reclinatorio. Sólo entreabría los ojos para ver, según su expresión habitual, si «*no se había perdido alguno de nosotros entre las nebulosas o entre las adormideras.*»

«Cada mañana, refiere un testigo ocular, comulgaba el Hermano Miguel con gran fervor. «*¿Ha visto usted al Hermano Director cuando vuelve de la Sagrada Mesa?, me preguntó cierto día uno de mis compañeros. Mírelo usted con atención.*» Miréle al día siguiente, y quedéme maravillado del angelical aspecto que ofrecía el rostro del santo religioso. Una ojeada hacia él en semejantes ocasiones avivaba en nuestras almas el respeto, la devoción y el amor al Santísimo Sacramento. Aseguro que la actitud de nuestro Director, después de la comunión y en sus visitas a Jesús, más que el mejor libro, me convencía de la presencia real de Nuestro Señor en el Tabernáculo.»

«Cada toma de hábito era para su corazón gratisimo acontecimiento que le inundaba de alegría. Un día en que se efectuaba esta ceremonia, presidida por el Hermano Visitador, vi al Hermano Miguel clavar de hito en hito los ojos en un cuadro del Bienaventurado Juan Bautista de la Salle. ¿Qué pedía con aquellas sus ardientes miradas al santo Fundador? Sin duda alguna suplicaba la perseverancia de aquellos jóvenes.»

Los antiguos novicios del Hermano Miguel ponderan su espíritu de oración. «Oraba, dicen, por doquiera, y nos enseñaba a santificar mediante la oración todos los instantes del día.»

«Sembremos, decía, sembremos Avemarías, para que, cambiadas en rosas, adorne con ellas nuestra corona la divina Madre. Una carta escrita, una palabra leída, un paso dado en la casa, si se hacen con espíritu de oración, es decir, bajo la mirada de Dios, y sólo por su amor, nos acarrearán montones de méritos para el cielo.

Multipliquemos las jaculatorias: son como carbones encendidos que mantienen vivo en nuestra alma el amor divino, atizado ya por la sagrada Comunión.»

Aquel religioso, de apariencias tan austeras, se mostraba jovial, expansivo, en los recreos y paseos. Cuando al ligero paso de sus dieciocho abriles salían los novicios para la casa de campo de la Comunidad, el Hermano Miguel los seguía a caballo. Dábanle entonces, no un brioso corcel, ágil como el viento, sino un plácido potrito que recorría al trote los tres o cuatro kilómetros que separan el Cebollar de la Magdalena. A veces, guiados por un profesor, subían los jóvenes al Panecillo, para contemplar desde su cima a Quito, que se extiende por la llanura, y divisar a lo lejos el Cayambe, el Antisana o el Pichincha. El Hermano Miguel, al paso de su caballo, tomaba distinto camino y, rezando todo el tiempo, se iba derecho a la Magdalena. ¿Era acaso indiferente a las bellezas de la naturaleza? No, por cierto; pero prefería tratar a solas con Dios y gozar de sus divinos coloquios.

* * *

El Hermano Miguel, Director de la Sagrada Familia — El 2 de octubre de 1903 encomendaron al Hermano Miguel la dirección de la Sagrada Familia. Veintidós Hermanos y un millar de alumnos entraban bajo su dependencia. Sus trabajos, grandes ya en el Noviciado, iban a aumentar; mas no soltó por ello la lengua a ninguna queja. Cuanto más penosa sea la faena, tanto más espléndida será la recompensa.

No obstante esto, dolíale ser el primero entre sus Hermanos. En las maniobras no había regateado nunca sus esfuerzos, pero nunca se picó de juntar en sí las cualidades necesarias para manejar el timón. «*No soy más que un pobre escritor*, decía, *no sé administrar.*» Estas palabras del Hermano Miguel se explican por su humildad y por su temor de no realizar en las almas todo el bien que deseaba. Estaba naturalmente resuelto a oponerse, en caso necesario, contra cualquier irregularidad, por no hacerse cómplice, con su silencio, de los transgresores de la Regla. Pero, ¿serían bien recibidas sus advertencias? Los triunfos de escritor no aseguran en modo alguno brillante éxito en el ejercicio de la autoridad ni son ejecutoria de feliz directorado.

No eran fundados los temores del Hermano Miguel. El espíritu religioso de sus Hermanos, la veneración que profesaban a su virtud, los testimonios de confianza que en su persona daban a la escuela los antiguos alumnos y las familias, le aliviaron mucho la carga. Nada padeció detrimento durante su sabio directorado. El trabajo y la disciplina en las clases, la observancia en la comunidad, fueron objeto de su incansable solicitud. «El primer puesto, escriben, no alteró en lo más mínimo su profunda humildad. Parecía rogar más que mandar, y nunca dió órdenes desabridas ni terminantes. No había la menor sombra de duplicidad en su conducta, antes bien nos exponía con ingenua franqueza todas sus observaciones.»

«Siendo joven Hermano, en un principio creía yo que aquel Director tan instruído había de darnos muy doctas conferencias. ¡Cuánto me equivocaba y cómo me alegré de lo contrario! Sus pláticas eran sencillas, bien preparadas, sin pujos de afectación. Nos exhortaba a santificarnos mediante la observancia perfecta de las Reglas, y a cifrar todos nuestros goces y nuestra seguridad en la vida común, llevando con alegría el yugo del Señor.»

Al cabo de diez meses de una administración tan prudente como paternal tuvo a gran conveniencia suya el descargarse del ejercicio y de las inquietudes del mando, para reanudar con alegre ánimo su sosegada vida de escritor y profesor. «Entonces, como declara su sucesor, fué para todos motivo de gran edificación ver al Hermano Miguel, al más antiguo de los miembros de la comunidad, al Superior de ayer, dar respetuosamente el parabién a aquel que iba a dirigirle en nombre de Dios. Y nunca dejó de ser, en adelante, el más deferente, el más humilde, el más confiado de los inferiores.»

CAPÍTULO VII

El Hermano Miguel en Quito El escritor. — El académico



ABLANDO de la profesión de escritor, ha dicho Luis Veuillot: «Cuando no es la más imperiosa de las vocaciones, es el último de los oficios y el que pone más en peligro la salvación.» Casi toda su vida fué el Hermano Miguel un laborioso escritor. Adolescente aún, publicaba ya su primer libro, y sólo la muerte consiguió arrancarle de los dedos la incansable pluma. Hallaba en tan penoso trabajo modo de santificarse, porque lo convertía, no en oficio lucrativo, sino en apostolado impuesto por la obediencia.

Algunas obras del Hermano Miguel. — Es la lista de las obras del Hermano Miguel muy larga para exponerla aquí. Abarca varias gramáticas, una serie graduada de libros de Lectura, traducciones de textos ascéticos del Instituto de los Hermanos, cursos de Historia sagrada, un Compendio de la vida de Nuestro Señor, devocionarios, poesías, etc.

A sus publicaciones hay que añadir los trabajos que han quedado manuscritos, de los cuales es el más importante un Curso de Catecismo.

Llevar a cabo tan variadas obras, sin descuidar las clases, las inspecciones, los exámenes de fin de año y la preparación de los niños para la primera Comunión, requería del Hermano Miguel un empeño nada común por aprovechar los menores momentos. Necesitaba asimismo una ciencia vasta, firme, acrecentada con sólidos y no interrumpidos estudios, con variadas y metódicas lecturas.

Según Santo Tomás, la ciencia, para que no perjudique a los

progresos del sabio en la santidad, ha de ser humilde, para preservarle de la vana hinchazón; — sobria, es decir, mantenida en los lindes marcados por el espíritu de la vocación y del apostolado; — cierta, para no zozobrar en sus afirmaciones; — sincera, para no engendrar engaño; — sencilla, dispuesta siempre a dejarse instruir; — útil y saludable, por la edificación que cause; — liberal y desinteresada en sus comunicaciones; — eficaz, en fin, para disponer el alma a la práctica de las obras piadosas: cualidades todas que admiramos en la ciencia del Hermano Miguel.

Ninguno, entre los religiosos del Ecuador, se muestra más humilde, más ávido de obscuridad ni más dispuesto a prestar servicios. «*Me esmeraré en todo por Dios, escribe en sus notas, para no merecer las censuras de San Bernardo: Muchos buscan el brillo y la vanidad de la ciencia, pocos la santidad de la conciencia.*»

Su mérito como escritor. — Permítasenos insistir en un mérito especial del Hermano Miguel, considerado como escritor. Los trabajos en que se ocupa no son de los que apasionan a un literato, excitan su imaginación, lo arroban e inflaman; de los que se escriben con inspiración, con amor. So pena de no alcanzar su fin, el autor de manuales clásicos elementales ha de estar muy alerta en orden a su misma erudición. Para ser inteligible a los pequeñuelos ha de hacerse pequeño con ellos, evitando el abrumarlos con copia de nociones, y enunciando en forma a la par sencilla y clara las verdades asequibles a sus tiernos lectores.

En esto sobresalió de manera singular el Hermano Miguel. Verdad es que incurren sus primeros tanteos en un defecto muy común a los autores novatos, faltos de larga experiencia y poco dados, por tanto, en achaques pedagógicos, cual es el de aglomerar demasiadas materias en el mismo libro. El proceder no manifiesta desde luego en el profesor bastante conocimiento de los límites de la inteligencia infantil; pero, aleccionado poco a poco por el diario ejercicio, baja el tono, descarta las consideraciones extemporáneas, prepara mejor la transición de las dificultades, adquiere, en suma, lo que tanto hemos admirado en él: el arte difícil de hablar a los escolares.

¿Cómo se las ha habido, por ejemplo, para componer su gramática? Yendo cada día a las clases de los parvulillos, interrogando, escuchando y volviendo a preguntar. Este roce con las inteligencias en ciernes le ayuda en la elección de lo que más les conviene.

Su alejamiento de los centros donde se aplica y perfecciona la pedagogía moderna es causa de que se advierta, en más de un punto de los libros del Hermano Miguel, cierto apego nimiamente fiel a los procedimientos antiguos, si bien basta avisarle del error para que modifique sus métodos, tanto que en este aspecto la transformación es ya radical cuando viene a Europa.

La vida monótona y fatigosa de nuestro laborioso autor no carece de mérito. Pasa en la celda semanas y meses, sin más horizonte que los estantes atestados de libros. Las varias obras que siempre tiene en preparación llevan consigo, además del trabajo de la composición, las exigencias minuciosas de las pruebas.

Mas, ¿qué pretensión lleva en su trabajo incesante? ¿La de coronarse de gloria? — Pero, fuera de un círculo estrecho de educadores y amigos, su nombre ha de permanecer obscuro. ¿Anhela tal vez ganarse el miramiento de sus Hermanos? — Su humildad rehuye los elogios o el lucro de los servicios que presta. ¿Pone acaso exclusivamente su pensamiento en los goces intelectuales de la composición? — Contadísimo son éstos en trabajos casi siempre elementales, en los que el escritor ha de excluir cualquier concepto superior al nivel de los entendimientos infantiles. Podemos decir, pues, a la verdad, que el celoso Hermano Miguel se crucificó en cierto modo con su pluma.

Para facilitarle este trabajo tiene, sin duda, ingenio muy agudo, clarísimo sentido práctico, curiosidad intelectual siempre despierta. Pero esa misma facilidad le expone a un peligro: al de dispersar la actividad en obras copiosas y diversas que su celo exuberante abraza casi simultáneamente. Acepta cuantos trabajos le proponen, y abarca todo aquello que le parece útil y hacedero.

Su reputación. — No hay que maravillarse de que obras escritas con tanto esmero hayan merecido la aprobación de excelentes críticos. El poeta Belisario Peña opinaba que los tratados gramaticales de su amigo eran de los mejores publicados hasta entonces en la América latina. El primer volumen del Hermano Miguel, la *Gramática de pergamino*, así llamada mucho tiempo, por causa de su encuadernación, tuvo general aceptación de los ecuatorianos amantes de la lengua castellana.

«Creo, escribe un antiguo inspector de Enseñanza en Quito, que cualquiera de las obras del Hermano Miguel basta para dar gran idea del erudito,

del pensador sagaz, del observador perspicaz, del escritor correcto y del hábil pedagogo. Aun hoy mismo no puedo recorrer sus manuales sin admirar en ellos la difícil facilidad de que habla Horacio; desesperación de los talentos medianos que han pretendido imitar al vate venusino.»

He aquí el testimonio de un religioso acerca de nuestro incansable escritor:

«El ansia, iba a decir la obstinación del Hermano Miguel por conocer todas las riquezas de la lengua castellana, le incitaba a proveerse, dentro de los límites de la obediencia, de las mejores obras de gramática y filología. ¡Cuántas veces leyó el Diccionario de la Academia Española, las sabias publicaciones de D. Miguel Antonio Caro, las de D. Rufino Cuervo! Al lado de estos libros veíanse en su cuarto, con señales de consulta, las obras de Littré, de Webster, los vocabularios especiales de Chile, del Perú, de Venezuela y Argentina. Sus queridos libros eran su única riqueza. Los prestaba gustoso, pero no se separaba de ellos sino después de muchas recomendaciones. «Cúídelos usted mucho!», decía a los que se los pedían.

Él mismo los tomaba con precaución. Los abría con respeto, los trataba como a sus mejores amigos.»

Gusto literario del Hermano Miguel. — Rasgo característico del Hermano Miguel es su amor a los libros útiles y serios. Ésta fué su única pasión, si bien dominada en sus ímpetus por las decisiones de los Superiores. «*Una Comunidad sin libros, solía repetir, es un granero vacío.*» No de otro modo se expresaba aquel prior de la Cartuja de Basilea cuando decía: «Monasterio sin biblioteca es como cocina sin vajilla.»

En 1890 el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad central del Ecuador presentaba al Consejo general de Instrucción pública un informe acerca del *Compendio del curso teórico-práctico de Gramática castellana* publicado por el Hermano Miguel. En dicho informe, aprobado por el eitado Consejo el 31 de julio de 1890, leemos lo siguiente:

«Conocida la obra compuesta por nuestro compatriota, el inteligente, laborioso y muy experto Hermano Miguel, de las Escuelas Cristianas, no es difícil presentar el informe que se ha servido pedirme el Honorable Consejo... Claridad absoluta, adaptación al desenvolvimiento intelectual de los niños, corrección de los defectos de lenguaje propios de nuestro país, exactitud de las reglas expuestas y de la forma en que se hallan expresadas, todo se junta en este libro. La segunda parte, o sección teórica, es para los escolares una guía en el arte de hablar con reflexión.

En los últimos exámenes de las Escuelas Cristianas he tenido ocasión de oír a los Hermanos preguntar y a los alumnos contestar según el método empleado por el Hermano Miguel en la enseñanza de la lengua. He podido confirmarme de esta suerte en el juicio favorable que me había formado de él. Por esto soy de parecer que el *Curso medio de Gramática castellana* se admita como manual clásico en las escuelas de la República...»

El Dr. D. Honorato Vázquez escribe desde Madrid, donde residía en 1910 como Ministro plenipotenciario del Ecuador:

«...Niño siempre en su corazón, a los niños lo llevaba consagrado, como si guardase cual ley de vida la predilección que les tenía Nuestro Señor Jesucristo. ¡Cómo enternecía verlo amaestrarlos, jamás con ceño, siempre con ternura, y hablándoles lenguaje que se aniñaba para hacerse más atrayente e inteligible de los pequeñuelos! Y tal predilección hizo que su docta pluma no escribiese preferentemente sino para los niños. Y aquí es donde hay que admirar la labor literaria del Hermano Miguel, labor anónima, porque la humildad movióle a omitir su nombre en libros a los que ya es tiempo se lo restituya...»

Entre todo cuanto escribió nada admiro tanto como la serie de libros sobre la lengua castellana. No conozco en la literatura de España ni de América otros que puedan rivalizar con ellos en claridad, método, precisión, facilidad y un tal intento ideológico que es el propio discernir del niño. Así le guía a la investigación de la palabra y su construcción, haciendo la obra de su enseñanza, no rutinaria serie de reglas, sino camino de la idea a su expresión; y, todo ello, con la no aprendida facilidad que tiene la madre para hacer pensar y hablar al niño, arte industriosa de la cual andan lejos los adustos, descarnados e insufribles textos de la común literatura escolar, que toman al alumno como receptáculo de reglas y no como fuerza inicial de ideas.

De los cursos elementales asciende la obra del Hermano Miguel a los superiores, y con doctrina perspicaz, ilustrada, erudita, es guía segura para el estudio de la lengua...

Embebido en la lectura de los clásicos españoles, cuanto escribía llevaba sello castizo...»

* * *

Gusto cristiano. — Los clásicos españoles son, en efecto, para el Hermano Miguel objeto de asiduo y atento estudio. En aquellos admirables maestros halla abundante y sabroso manjar con que hartar su apetito literario. Aprende en ellos el respeto, el culto de

la lengua. A ellos acude siempre, no por capricho, sino por propensión reflexiva, enfrenada por la razón.

Afición moderada decimos. Es, en efecto, un religioso muy santo para arrogarse la facultad de leer indistintamente, sin previa licencia y so pretexto de perfeccionar el estilo, todas las obras tenidas por clásicas. Su delicadeza de conciencia es superior a la delicadeza de su amor estético y le veda cualquiera lectura un tanto peligrosa. Confesó a un compañero que no leía los libros de ciertos escritores sino en extractos. *«Me sé de memoria muchos fragmentos, consulto otros pasajes que me son útiles, y eso me basta.»*

Al lado de los mejores escritores profanos veíanse, en los ánaqueles de su biblioteca, los grandes místicos y ascéticos de la escuela española: Fr. Luis de León, Fr. Luis de Granada, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, La Puente y otros sin cuento. Dicho se está que las obras maestras de tan egregios ingenios eran las predilectas del piadoso autor.

Entre los literatos modernos tenía gran afecto a Donoso Cortés, por la elevación de sus pensamientos. «El natural triunfo del mal sobre el bien y el triunfo sobrenatural de Dios sobre el mal, por la acción directa, personal y soberana del Altísimo», tal era para aquel insigne publicista cristiano la filosofía de la historia. Complaciase el Hermano Miguel en notar esas afirmaciones del ilustre orador.

Era muy puesto en razón que el Hermano Miguel, llevado del intenso cariño para con su patria, asociase en su admiración los más notables escritores hispano-americanos a los clásicos de España. *«Son de casa, decía, y los admiro. Quizás algunas de sus expresiones, muchos de sus giros, extrañen a los hablistanes castellanos; pero tienen sus escritos algo placentero, un no sé qué por demás grato para nosotros, los españoles de la América latina.»*

Después de haber indicado las lecturas predilectas del Hermano Miguel, excusado es señalar qué clase de escritores no le agradaban. Es fácil adivinarlo, puesto que sólo hallaba gusto y deleite en lo bueno y excelente. Lo demás le era, cuando menos, indiferente. Su exquisito discernimiento le impedía confundir el talento con la singularidad, la armonía íntima con la vana hinchazón, la expresión viva con el insulso oropel.

Su criterio es afinado, certero, porque es cristiano. No sólo aparta de sí con desprecio y desdeña a los escritores que no respetan al lector, sino que considera como pérdida de tiempo el comercio con los que no son sino estilistas. *«Sólo los buenos autores, decía, ense-*

ñan a pensar y escribir bien. Por buenos autores hemos de entender no sólo a los de lenguaje puro, castizo, elegante, sino también y sobre todo a aquellos cuyas doctrinas son de intachable moralidad.» Fondo moral y forma literaria: esto es lo que quisiera hallar asimismo el Hermano Miguel en la conversación de todos los hombres cultos. «Si son muy poco remiradas en su habla ciertas personas instruídas, decía un día, no es tanto por ignorancia de la gramática cuanto por la ojeriza a toda traba. La finura y nobleza del sentimiento se refleja en la dignidad de la frase, así como al deseuido de la vida suele unirse a menudo el desaliño del lenguaje.»

Cómo acoge la crítica.— Se ha admirado con razón, algunas veces, cómo se daban la mano, en el Hermano Miguel, la extensión de los conocimientos y facilidad para la composición, con el deseo de acoger siempre bien las observaciones que se le hacían acerca de sus obras. No sólo las recibía gustoso, sino hasta las solicitaba. Por eso sus colegas (1) y amigos ecuatorianos le daban su dictamen con mucha libertad. Su correspondencia muestra hasta qué punto gustaba de ser avisado, informado, corregido. Buscaba, no los halagos, sino los consejos. Mayor placer le causaba una anotación o una rectificación que los más calurosos plácemes y alabanzas.

«El Hermano Miguel, declara uno de sus críticos, era tan humilde que, en seguida de hacérsele algún reparo en orden a su trabajo, admitíalo por justo, prometiendo tomarlo en cuenta. Cualquiera que fuese la forma de la crítica, su contestación, casi invariable, era: «*Muy querido Hermano, le doy muchas gracias. Voy a examinar el modo de aprovechar sus observaciones.*»

¿No es por ventura ese desprendimiento de los propios pensamientos, dirán algunos, disposición perjudicial para un escritor? No, con tal que, según entendía y practicaba el Hermano Miguel, reconozca el autor responsable la oportunidad de las modificaciones propuestas. El intercambio de pareceres entre profesionales, la recíproca

(1) Uno de estos colegas que gozaron de más aprecio, intimidad y colaboración de parte del Siervo de Dios fué el *Hermano Luis Gonzaga*, nacido, así como su santo amigo, en 1854 y conocido en las Letras colombianas con el seudónimo de *Pacífico Coral*. Durante veinte años dirigió varios colegios en el Ecuador y después sobresalió como insigne catedrático en Colombia, su patria. Era subdirector del Instituto Pedagógico Nacional de Bogotá cuando falleció, en 1916. Autor de varias obras y tratados didácticos e históricos, era además Miembro de número de la Academia Nacional de Historia. A su bien cortada pluma debemos preciosos apuntes biográficos sobre el Hermano Miguel.

comunicación de la experiencia pedagógica es, en estos casos, de suma utilidad. Agreguemos, ya que escribimos la vida de un religioso empapado en Dios, que la abnegación del propio juicio le dispone a recibir ilustraciones especiales que redundan en provecho de sus trabajos.

El Hermano Miguel, poeta. — «*No soy poeta; he compuesto, es verdad, algunos versos, pero sin estro ni hervor poético, y sabe Dios el trabajo que me han costado.*»

El humilde Hermano Miguel, al hablar de esta suerte de sí mismo, se muestra demasiado severo e injusto. No es nuestro ánimo eubrirle con las flores cuyo aroma hubiera rehusado él en vida; conveniremos en que no es de los poetas a quienes los Diccionarios de literatura distribuyen palmas después de la muerte; pero sí es algo más que «un honrado versificador» en quien el vulgo para, por algunos instantes, benévola atención, a trueque de pasar un rato divertido. No abundan además en su vida los ocios poéticos. Si compone algo, lo hace para ser útil, o para dar rienda suelta a la piedad que se desborda de su corazón.

«...Con la nostalgia del Cielo, dice el Dr. D. Honorato Vázquez, de que viven enfermos los justos, con la ternura exquisita de corazón que le velaba de lágrimas los ojos al hablar de las cosas celestiales, encarnó las ansiedades de su alma en hermosas poesías, en las que el misticismo va engarzado en la sobria y galana frase de Fr. Luis de León.»

Los *pocos versos* que él confiesa haber compuesto formarían un volumen. Cánticos, himnos, odas, elegías, de tono y ritmo variados, descubren a las claras el alma del piadoso escritor, pues no escribe nada ficticio ni convencional.

Estima el Hermano Miguel ser su numen poético flojo y laborioso. Cuantos le vieron trabajar afirman lo contrario. En las circunstancias más diversas acuden a su musa, y él se ofrece cada vez más obsequioso para componer piecitas delicadas o serias, muy apreciadas por jueces idóneos. Escribe, cuando se lo piden, cancionetas infantiles para un *Curso de Lectura de corrido*, en tres preciosos tomos.

En diciembre de 1882 dedica a su amigo D. Belisario Peña la *Oda al día de mi profesión*, cuyas estrofas, de alta inspiración, de corte clásico, ardientes, líricas, brotan de un corazón abrasado en amor divino, cual de un pebetero de donde se exhalan efluvios de suavísima fragancia.

Citemos tan sólo un corto fragmento de esta poesía, una de las escasas publicadas por el autor y que figura en la antología ecuatoriana:

«
 No te bastó llamarme
 De tus hijos ¡oh Dios! a la alta herencia
 Preciosa, y libertarme
 De la fatal demencia
 En que corre del mundo la existencia.

También con lazo fuerte
 Hoy a tu triunfal carro me has atado
 Con nudo, hasta la muerte,
 Porque esté sin cuidado,
 En asilo seguro resguardado.

Y el pecho me has herido
 Abriendo en él profunda, intensa llaga,
 Porque, a tu voz rendido,
 El sacrificio te haga
 De cuanto al mundo y a la carne halaga.

Y con triple cadena
 Doblegando la altiva cerviz mía,
 Tu diestra me refrena,
 Y andar me hace la vía
 De tus leyes divinas a porfía.

Cadena que no pesa,
 Ante quien son basura las alhajas;
 El oro, vil pavesa;
 Las honras, glorias bajas,
 Viento, sombra, humo vano, secas pajas.

Nobilísimos lazos
 De castidad, pobreza y obediencia,
 Que, atándome los brazos,
 Abrís a mi conciencia
 Camino ancho y seguro, y clara ciencia.

¡Oh! bella y candorosa
 Angélica pureza, hija del cielo,
 Tu brillo al hombre endiosa,
 Y en leve y sutil vuelo.
 Con alas de querub lo alza del suelo.

Pobreza que enriqueces
 Al que despreciar sabe lo finito,
 Y das, con largas creces,
 En cambio lo infinito
 De Jesús al amado, al favorito.

Obediencia sublime,
 Que mi juicio sometes al ajeno;
 Tu yugo nunca oprime
 Al ánimo sereno
 Desasido de todo lo terreno...

Pues me quieres por tuyo,
 A Ti me doy por siempre sin reserva;
 A Ti me restituyo,
 Y pío me conserva
 Libre de mal, de ingratitud proterva.

.⁹⁾

El Hermano Miguel ha cantado, en varias poesías, la gloria, las virtudes y el poderoso valimiento de San Juan Bautista de la Salle (1). Después de las fiestas del muy solemne triduo, celebrado en Quito en honor del nuevo Santo, 16-19 de mayo de 1901, se ofreció una velada literario-musical a los protectores de las Escuelas Cristianas, en la que se aplaudieron tres poesías del Hermano Miguel. Copiamos algunas estrofas de la Oda que principia por las palabras: *El Sucesor de Pedro... Está dedicada al Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Pedro Rafael González y Calisto, Arzobispo de Quito, insigne Bienhechor de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*. Después de enaltecer las virtudes y las conquistas del Santo, celebra el poeta su triunfo en el cielo.

“

No sólo aquesta tierra
 Ensalza y magnifica tu memoria,
 Cuantas el cielo pléyades encierra
 Celebran a la par tu excelsa gloria;

(1) Un folleto, *Corona poética en honor del Beato Juan Bautista de la Salle*, publicado en Quito en 1891, contiene poesías de Carlos R. Tobar, Joaquín Luis Febres Cordero, Juan León Mera, Quintiliano Sánchez, Hermano Ceciliano, y una larga y hermosa Oda del Hermano Miguel.

Las turbas de elegidos que has salvado
E hijos que tu Instituto
Constantes han guardado,
Sus diademas te ofrecen por tributo.

Las Vírgenes esposas
Del que entre lirios halla sus delicias,
De azucenas te ciñen y de rosas.
Objeto del Amado a las caricias.
De la fe los invictos Defensores
Tus triunfos enaltecen
Contra tantos errores
En que las almas débiles perecen.

Con Francisco y Vicente,
Con Nolasco, Agustín, Domingo, Ignacio,
En regio solio te alzas refulgente.
Por cima el éter al celeste espacio,
Entre Patriarcas de milicias santas;
Y coros mil de niños
Retozan a tus plantas,
Cual rebaño blanquísimo de armiños.

Las huestes denodadas
De Mártires te ofrendan sus laureles
Y áureas palmas en sangre purpuradas
Cual en rúbeos engastes de claveles;
Pues tu vida también martirio acerbo
Fué de atroz penitencia,
Y víctima al protervo
Rencor de envidia y pérfida infidencia.

De los divinos Vates
La tropa venerable tus virtudes
Celebra y las hazañas y combates,
Con que esforzado campeón acudes
A publicar de Dios el santo Nombre,
A enseñar sus arcanos
Y voluntad al hombre,
Y acatar sus decretos soberanos.

El colegio glorioso
De Apóstoles ve en ti copiado al vivo
Su santo ardor y celo generoso,
Cuanto más contrastado más activo.

Cerca de ellos tu silla se levanta
 De juez del universo,
 Do tu gloria abrillanta
 Lo que la carne tiene por adverso.

Himno triunfal te entonan
 Los alados Espíritus del cielo,
 Y doquiera tus méritos pregonan,
 Ángel en carne, Serafin del suelo,
 Que la misión angélica llenaste,
 Y a millares de almas
 A ganar enseñaste
 De la virtud inmarcesibles palmas.

Jesús, José y María,
 En cuyo honor pasó tu vida entera,
 Con torrentes te embriagan de alegría
 Que tus pasadas penas remunera.
 La que a su amparo encomendaste tierno
 Congregación naciente,
 A despecho el infierno,
 Bajo su égida ves muy floreciente.

.»

Habiendo el Hermano Miguel obsequiado con esta poesía a *D. Rufino José Cuervo*, a quien por el mismo correo ofrecía Belisario Peña sus «Sonetos eucarísticos», *el eminente filólogo* respondió a ambos amigos, el 25 de octubre de 1901: «He leído sus poesías con íntimo deleite literario y religioso, y he dado a Nuestro Señor infinitas gracias porque en lugar de enterrar el talento con que el cielo les ha dotado, lo hacen fructificar en sus obras para gloria del Autor de todo don perfecto. Si publican los cielos la gloria del Criador, ¿con cuánta más razón han de hacerlo las almas que desean conservarse puras, para recibir y reflejar la Bondad y la Omnipotencia divinas! Estoy cierto de que todos cuantos lean sus últimas obras las han de saborear como yo, rogando al Señor que les conserve siempre vivo y copioso ese manantial de inspiración que no es otra cosa que su santo amor.»

Sus cánticos. — Los cánticos compuestos por el Hermano Miguel son numerosos. He aquí el juicio que de ellos forma el señor canónigo *D. Miguel Costa Llobera*, el poeta de Palma de Mallorca, en carta

dirigida al autor: «Leídas atentamente sus composiciones, quedé convencido de que usted tiene felices dotes y singular aptitud para los versos *musicables*. Sus estrofas cantan por sí mismas y son notables por la precisión del ritmo, unida a la naturalidad y alejada de violencias. No sólo brilla en esos cánticos el versificador, sino también el poeta, modesto, sí, pero de lozano ingenio y de gusto depurado.»

No hubiera consentido el Hermano Miguel en cincelar, para sus cánticos, frases sonoras, o engastar en ellas caprichosos epítetos. Era su intento preparar para el músico una poesía lírica, notable por la precisión de los conceptos, la veracidad de los sentimientos, la desbordada fe y la expresión armoniosa. No cabe duda ninguna que lo consiguió a maravilla.

El título de poeta de que no se juzgaba digno el humilde religioso se lo han adjudicado los más autorizados críticos.

El Hermano Miguel, académico. Su elección. — Después del fallecimiento, en 1891, de D. Francisco Salazar, General y diplomático, miembro de la Academia ecuatoriana de Quito, concibieron algunos de los individuos de la docta corporación y amigos del Hermano Miguel el propósito de ofrecerle la silla vacante. Ni por asomo habríasele ocurrido nunca al humilde hijo de San Juan Bautista de la Salle esta ambición. ¿No era acaso, aquel blanco, demasiado elevado y honroso para sus aspiraciones humanas, y muy rastroso para el espíritu de fe, único estímulo que animaba todas sus acciones?

De haber tenido que pordiosear votos para su elección, emprendiendo, como se ha dicho agudamente, «el viaje para ir a caza de gangas a vueltas de una poltrona», nunca jamás hubiera traspasado el Hermano Miguel los umbrales de la Academia. Pero no tuvo que dar paso alguno. Contentáronse sus amigos con preguntar a los Superiores, sin que él cayera en ello, si la Regla del Instituto se oponía a que el sabio religioso aceptase un asiento en la Academia. El 18 de febrero de 1892 los Sres. Carlos R. Tobar, Juan León Mera y Miguel Egas propusieron a la elección de sus colegas a Francisco Febres Cordero, en religión Hermano Miguel. Merecedor era, sin duda, de aquella distinción, alcanzada por punta de lanza con trabajos literarios por todos apreciados; no hay, pues, por qué extrañar fuese elegido por unanimidad. En nombre de la Academia le escribió inmediatamente el Dr. D. Carlos R. Tobar:

«Quito, a 18 de febrero de 1892.

Honra verdadera es para mí poner en conocimiento de V. que la Academia ecuatoriana, correspondiente de la Real Española, tuvo por bien, a propuesta de los Sres. D. Juan León Mera, Dr. D. Miguel Egas y del que suscribe, elegir a V., en junta de hoy, para llenar la vacante dejada por el finado Sr. General D. Francisco J. Salazar.

La acertada elección unánime, que a V. participo, manifiesta la justa estima en que tienen a V. todos cuantos componen la Academia ecuatoriana, a cuyas fructíferas tareas contribuirá vigorosa y eficazmente usted, antiguo, incesante y apto cultivador de estudios que, no sólo *fijan* y *limpian* el idioma, sino también *dan esplendor* a nuestra patria.

Pongo asimismo en conocimiento de V. que la incorporación ha de efectuarse el 17 de mayo del año corriente (1); y con particular afecto me suscribo de V. seguro servidor y compañero cordialísimo,

CARLOS R. TOBAR.»

«Dos días después de aquella elección, escribe un Hermano, entré en la celda del Hermano Miguel para darle la enhorabuena.

»— *Pues sí, señor, me dijo con ingenua sencillez, quieren hacerme académico.*

»— *¿Acepta V.?*

»— *Si sólo dependiese de mí, esquivaría tamaña honra; pero mis Superiores me mandan que acepte, y obedezco.*

»— *Han hecho muy bien.*

»— *Por lo que a mí toca, haré siquiera una buena acción, siendo Académico por obediencia.*

»— *¿Y sobre qué versará su discurso de recepción?*

»— *Deje V. que antes me haya repuesto de la extrañeza.*

»— *Pero vamos, Hermano Miguel, ¿de veras le ha asombrado a usted tanto el nombramiento, como aseguran algunos?*

»— *Hermano mío, ya sabe V. que no soy más que un hombrecillo. Nada justifica la honra con que me distinguen y nunca, ni por sueños, se me habría ocurrido tal cosa. El día de mi recepción haré el elogio de mi predecesor en la silla académica, y si me otorgan facultad los Superiores trataré de la influencia del cristianismo en la moral, las ciencias y las artes. El asunto me parece que está en consonancia con los tiempos actuales, y viene a pedir de boca para nues-*

(1) La recepción del Hermano Miguel no se verificó el 17 de mayo, según lo dispuesto anteriormente, sino el 2 de agosto siguiente.

tra capital, con motivo de ciertas corrientes anticatólicas muy en auge, por desgracia, en ella.»

Tal fué, en efecto, el asunto del largo discurso, de cuarenta y una páginas en 4.º, leído por el Hermano Miguel.

Su recepción en la Academia. — El 23 de junio de 1892 el Secretario de la Academia dirigió las invitaciones para la recepción celebrada el 2 de agosto siguiente, a la una de la tarde. Aquel día los Sres. Académicos, acompañados por el Excmo. Sr. Dr. D. Luis Cordero, Presidente de la República ecuatoriana, llegaron al Beaterio. Con exquisita delicadeza habían decidido que la sesión se efectuara en casa de los Hermanos, en el gran Salón de fiestas de la escuela. «Vamos, Hermanos, dijo el Presidente a los representantes de la Comunidad que salieron para recibir a los ilustres personajes, es éste un hermoso día para ustedes. Les aseguramos que hemos venido aquí con la más viva satisfacción.»

Al entrar la comitiva en el salón de las reuniones escolares hallábase lleno de selecta concurrencia. Los señores Académicos se sentaron en el proscenio. El Presidente declaró abierta la sesión, y delegó a dos Miembros para conducir inmediatamente al nuevo recipiendario a la silla vacante.

Su discurso. — Con voz firme y sonora el nuevo Académico leyó entonces su discurso. Del elogio de su predecesor sacaremos un paralelo que fué muy aplaudido:

«...Cuando el anuncio de la honra que me estáis dispensando vino a relampaguearme en la obscuridad de mi retiro religioso, hube de considerarla, os lo confieso, como peligrosa tentación movida por la soberbia contra quien ha amparado su pequeñez en las sombras del claustro silencioso; y no me habría aventurado a aceptarla, si la voz de mi Superior no hubiera impuesto, lo diré abiertamente, ese sacrificio a mi obediencia. Consuélome, empero, considerando que, si me habéis llamado al seno de esta Academia, gloria y orgullo de las letras patrias, no ha sido para premiar en mí un mérito personal, de que estoy desposeído, sino para galardonar al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de esa asidua labor y vigilantes cuidados con que educa en casi toda la República a la niñez de nuestra Patria. Y por esto, generosos como sois, escogisteis al más pequeño de los hijos del Bienaventurado de La Salle, para ostentar en él el favor con que miráis al Instituto amigo y protector de la infancia en toda la redondez de la tierra.

Os doy, pues, gracias en nombre de la Corporación religiosa a que pertenezco, y a la que debo innumerables beneficios, incluso el que ahora mismo estoy recibiendo de vosotros, sus nobles y muy generosos amigos...

El Sr. General Dr. D. Francisco Javier Salazar era digno de hacerse con vosotros, y capaz de llenar con su mérito esta silla en que brillaban las estrellas de general y la espada de guerrero; las borlas de doctor y las condecoraciones de diplomático; la majestad de Ministro y la aureola de literato: ¡tanto es lo que con su muerte habéis perdido a trueque de lo nada que ganáis con mi persona!...

No, señores, guárdeme Dios de imitar al vulgo de las gentes que juzgan y deciden con ligereza magistral sobre el talento y mérito de los hombres, como si para apreciarlos en sus precisos quilates no fuera necesario poseer, siquiera en parte, las dotes admirables que conceden o niegan por simpatías o aversiones, por adulación o capricho.

Confieso con humildad sencilla que no soy persona idónea para hacer el panegírico del Sr. Salazar: él, General de los ejércitos, que señoreaba con imperante voz los batallones defensores de las libertades patrias; yo, pobre y desconocido maestro de escuela, conteniendo, más con caricias que con adusto ceño, las travesuras inocentes de mis batallones de niños queridos; él, negociando en las cortes europeas y en las repúblicas americanas lo conveniente para nuestra patria, a pesar de contrapuestos intereses y de intrigas ingeniosas; yo, en el retiro del Santuario, ante el trono de la misericordia, a la luz opaca de la lámpara inconsumible, rodeado de mis hermanos pacíficos, tratando con súplicas del negocio de la salvación de mi alma y de las de mis discípulos: él, Ministro de la República, agobiándose bajo el peso de su cargo, meditando, comparando, pesando antes de resolver esos negocios de que pende la paz y ventura de las naciones; yo, rodeado de pequeñuelos, incapaces de engañar, enseñándoles la sencillez de corazón y los preceptos evangélicos que han de guiarlos en los trabajosos senderos de la vida. Ya veis, pues, señores, cómo va entre los dos la diferencia de lo grande a lo pequeño y de lo excelente a lo muy mediano, diferencia que priva hoy al difunto del elogio merecido, y a mí me pone en el trance vergonzoso de publicar mi impericia, dado caso que no fuera de todos conocida...»

Después del elogio del general Salazar como literato, entra el Hermano Miguel de lleno en el asunto: la influencia del Cristianismo en la moral, las ciencias y las artes. Sólo conceptos generales y algunos nombres, los más importantes, era cuanto podía caber en las reducidas cuartillas de un discurso acerca de tan vasto asunto. A la civilización pagana — casi siempre brutal, envilecida y estéril en medio de su aparente esplendor — el orador opone la civilización cristiana, *«llecada a un obscuro rincón del mundo por un Doctor*

ignorado de las escuelas, y cuyo auditorio son los pequeños y los humildes; civilización nueva, que ha de tener por faro la verdad íntegra, por regla la virtud desinteresada, y por lazo la caridad».

Al tratar del florecimiento de las artes en la Roma de los Papas, rememora el Hermano Miguel su viaje de 1888 a la Ciudad Eterna.

«Así como la Roma pagana resumió en su vasto recinto todas las grandezas del mundo antiguo, así la Roma cristiana y la Basílica de San Pedro, que es su alta expresión, encierra monumentos de todos los pueblos y de todas las edades. Para honrar la tumba de un pescador de Galilea, el Oriente y el Occidente, las ciencias y las artes, se han convocado a singular concurso, y la ciudad de los reyes, de los cónsules y de los emperadores se ha apresurado a contribuir con los restos magníficos de su opulencia fabulosa. El templo de Salomón y otros de Grecia y del Asia ceden sus columnas; el Panteón de Agripa guarda para San Pedro los bronce de su pórtico; Júpiter Capitolino se arroja en un horno de fundición para resurgir estatua del Apóstol; el foro de Nerva dará mármol para el altar; la escultura pagana se encarga de adornar la Cátedra que ha de ser trono del orbe católico; el Egipto, personificado en el obelisco, sigue con mirada atenta la gran revolución del Vaticano desde los días del Imperio.

Ni una sola de las obras que ostentó la Roma omnipotente fué construída por la mano de la virtud ni por las inspiraciones del amor. La arquitectura romana se encoge de hombros cuando le preguntáis qué cosa es un hospital, un hospicio o una casa de maternidad. Vitruvio no da reglas para semejantes construcciones.»

Tocante a la arquitectura, pintura y escultura de la Roma cristiana, da a conocer el orador sus impresiones personales y hace sumaria relación inspirándose en una sana crítica. Pasó luego a enaltecer las glorias de la literatura influída por la fe. Vibra su corazón y suelta las velas a su alborozado fervor cuando habla de las letras españolas.

«¿Y qué diré de España, llamada por antonomasia «Nación Católica»? Favorecida con una lengua dulce, enérgica y pomposa, que se presta fácilmente a la expresión de toda clase de afectos, con justo título puede ufanarse ella de contar entre sus escritores de primer orden a una Santa Teresa de Jesús, fundadora de una escuela mística, que no le cede en ventaja a ninguna otra; a un San Juan de la Cruz, el doctor y poeta extático; a Fray Luis de León, que supo unir, con felicísima industria propia, a los arranques líricos del poeta bucólico la dulzura evangélica del poeta cristiano,

al gran poeta de la prosa, Fr. Luis de Granada; al príncipe de los escritores castellanos y regocijo de las musas, el inmortal Cervantes, y a una majestuosa falange de poetas clásicos condecorados con el sagrado carácter de ministros del Santuario, cosa rarísima en las demás naciones, que no tienen entre sus sacerdotes un fénix de los ingenios como Lope de Vega, o un divino Herrera, Castillejo, Calderón de la Barca, Céspedes, Góngora, Hojeda, Lista, Gallegos, Pérez de Montalbán, ni otros muchos que pudiera nombrar...»

Saluda luego el Hermano Miguel las glorias católicas del Ecuador; inclínase ante el ilustre García Moreno, «orgullo y prez de la Patria», digno objeto de envidia aun para las naciones europeas y de quien ha dicho con justicia un ilustre escritor:

«Que a su gran corazón y firme mano
Sobró grandeza, y les faltó un imperio.»

Antes de terminar, el piadoso Académico eleva el pensamiento hacia la Inmaculada Virgen María:

«No me parece aventurar con demasía mi juicio al asegurar que en los pueblos descendientes de la generosa y cristiana raza de Castilla, y por tanto en el Ecuador, es como distintivo providencial el que casi todos los poetas noveles, atraídos por un sentimiento innato, ensayan los primeros vuelos de la fantasía en cantar a la Madre del Amor Hermoso, cuyo nombre es por sí solo una dulcísima poesía, cual los implumes aguiluchos se elevan por los espacios etéreos y se atreven a fijar la mirada en el padre de los astros, sostenidos por las alas maternas. Con ser María, después de su Hijo santísimo, el océano más insondable de grandezas y misterios hasta para las inteligencias angélicas, se vuelve accesible al entendimiento y al corazón del más pequeño de sus hijos, así como la luna baña con su plácida luz no sólo las plateadas crestas de nuestros gigantes andinos, sino también las linfas cristalinas del humilde arroyuelo que corre por el valle. *¡Dichosos los jóvenes que escogen por primer objeto de su amor a María! ¡Dichosos los poetas que cantan las bondades y excelencias de María!*»

Habla la boca del Hermano Miguel de la abundancia de su corazón y píntase de nuevo su natural humilde y modesto en la excusa final:

«Perdonad, señores, si estoy fatigando vuestra atención más de lo debido; se ha engolfado mi pobrisimo ingenio en la inmensidad de un océano

mucho más grande que aquel al que se aventuró Colón en busca de un nuevo mundo; y como Colón, aunque sin su grandeza y su gloria, no he hecho más que pisar las playas de la orilla del riquísimo continente que, conocido sólo de Dios, os convida con sus riquezas y os cautiva con su sobrehumana hermosura» (1).



Miembros de la Academia ecuatoriana en 1892

Contestación al discurso. — El *Dr. D. Quintiliano Sánchez*, Director de la Academia, respondió elogiando al nuevo Académico y su discurso. Extendióse luego en consideraciones muy elevadas sobre el mismo asunto tratado por el *Hermano Miguel*:

«Grata solemnidad es la presente, donde con afecto de hermanos y unánime regocijo recibimos en nuestra corporación a uno de los más dignos discípulos de La Salle. Sin duda por primera vez va a ocupar asiento

(1) «En el extenso y magnífico discurso del *Hermano Miguel*, dice el *Sr. D. Roberto Espinosa*, se admira el aticismo de la lengua, la lógica inflexible, la novedad y profundidad de las ideas, expresadas por cláusulas magistrales: bien podemos calificar a aquella obra literaria como modelo en el género oratorio; pues supo dar al gusto una sensación desconocida y agradable, que es la mayor felicidad a que puede aspirar un escritor.» — Este discurso, que versó acerca de la *Influencia del Cristianismo sobre las ciencias, las artes y las letras*, fué publicado en las *Memorias de la Academia* (Quito, 1893).

en una Academia quien viste la sencilla, pero gloriosa librea del Apóstol de la niñez. Aunque joven, preséntase con la madurez de varón envejecido en las diurnas y fatigosas labores de la enseñanza, y con la pluma del profesor que ha enriquecido su Establecimiento con abundantes textos y obras llenas de nutrida doctrina, donde campean, en feliz consorcio, la sencillez y claridad, el método y la galanura del bien decir. Confieso que siempre me han placido la ingenuidad y la franqueza, y gusto de ver exaltado a quien se empeña, con sinceridad, en empequeñecerse a los ojos de los demás. Pláceme, por eso mismo, contemplar entre nosotros al Hermano Miguel, digno aun de tomar asiento entre los mismos Académicos españoles para concurrir poderosamente a limpiar, fijar y dar esplendor al habla castellana. La conoce tanto, la ha estudiado con tanto ahinco, que es verdadero maestro del idioma cuyas bellezas posee, cuyos tesoros descubre y enseña a los muchos alumnos que, cual bandada de pajarillos, le rodean bulliciosos, atraídos por el irresistible hechizo que tiene la virtud, enlazada con la inteligencia, ataviada con la sabiduría, sublimada por la modestia.

Muy acertada anduvo la Academia en la elección del nuevo socio a quien pronto daremos el abrazo fraternal, como signo de benévola acogida. Al honrar a un hijo de La Salle, hemos querido, señores, dar más lustre, si cabe, a un Instituto tan benéfico para con nosotros, a esa asociación de abnegados varones, de cuyas casas han salido aventajados discípulos, blasón hoy de la República, tanto por su piedad como por su ciencia. ¡Cuán consolador es para mí ver recompensado el mérito, máxime cuando éste se oculta en la gratísima opacidad del claustro, y está ajeno de ufanías y entonos que inquietan y enorgullecen, y se rinde sólo al mandato del superior que le ordena aceptar merecidos lauros!

Es justicia coronar la humildad y circuir con aureola de apacibles rayos la modestia. El Hermano Miguel es acreedor a la silla que se le ha designado si se traen a cuenta sus conocimientos literarios, su pericia en la lengua castellana y su envidiable erudición. Sin embargo de esto, júzgole más merecedor aún de los aplausos de este día, en atención a la modestia que oculta sus conocimientos y a la ingenua timidez con que se presenta.

Sin estrépito de palabras, hémosle oído ponderar, con donaire y naturalidad, su pequeñez, así como el gran temor que le infunden los honores, cual peligrosa tentación sugerida por la soberbia. El nuevo Académico es agradecido, porque es humilde, y es modesto, porque es sabio. La verdadera humildad es de suyo tímida y delicada; rehuye la fama y busca la vida obscura, donde el silencio favorece la meditación y el estudio; es pacífica, no presume, no se inquieta ni ansía vanos renombres; quiere aprender, no enseñar, y estima como inmerecida generosidad lo que es paga debida al merecimiento.

En vano nuestro Académico, pensando, en su retiro religioso, tan sólo en distribuir el pan de la ciencia a los pequeñuelos, y en adquirir la sabi-

duría verdadera que salva e inmortaliza las almas, se figuraba exento de honores. Allí, en la soledad, según su misma feliz expresión, ha ido a reclampaguearle la gloria. Como la luz acrece y se aviva más con nueva luz, como las aguas de un río se aumentan con nuevo caudal, para dar más vida y fecundidad a los campos, las Corporaciones sabias, cuando llaman a su gremio a varones maduros ya por el juicio, el saber y la virtud, despiden más resplandor y alcanzan creces de erudición y doctrina...»

Después de la ceremonia los miembros de la Academia se congregaron en el Salón del Beaterio, adornado con lindeza. A los plácemes que le dirigieron respondió el Hermano Miguel con amable finura. *«El último hijo del Bienaventurado de la Salle, dijo, agradece efusivamente a S. E. el Sr. Presidente de la República y a los demás ilustres Académicos la honra insigne que han hecho al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en mi humilde persona.»* Luego, con la intimidad que no pudo concederse en la sesión solemne, insistió sobre lo que llamaba *«excesiva fineza de benévolo jueces»* para con sus modestos trabajos. *«Algunos Académicos son gloria y lustre de la Sociedad que los acoge; pero acontece que otros reciben de ella mayor brillo del que ellos le dan. Yo seré uno de éstos, pues a ustedes, señores, deberé todo mi mérito.»*

Apreciaciones. — De las múltiples felicitaciones recibidas por el Hermano Miguel acerca de su discurso académico, sólo citaremos la de *D. Rufino Cuervo*. *«Después de haber leído su hermoso discurso de ingreso en la Academia ecuatoriana, le decía el eminente filólogo, me entran más deseos de dar a ella mil parabienes por la recepción de tan preclaro miembro que de congratularme con V. por el honor que ella le hizo. Estoy seguro, respetable y querido amigo, que coadyuvará V. al esplendor de esa docta Corporación con trabajos que todos estudiaremos con provecho.»*

¿En qué aprecio tuvieron sus colegas el concurso del Hermano Miguel en los trabajos de la Academia? — El *Dr. D. Quintiliano Sánchez*, Presidente de ésta en 1910, nos lo dice:

«Tengo para mí que, desde los tiempos de D. Miguel Antonio Caro, nadie se ha asimilado en nuestro país, como el Hermano Miguel, las riquezas del habla de Castilla. Conocer las muchas joyas literarias de nuestra lengua, empaparse cada vez más de sus bellezas: he aquí su estudio predilecto, la pasión, el amor inocente de su vida toda. Amábala con cariño análogo al que uno tiene a su patria o al hogar paterno, amor que confi-

naba con la veneración, con la delicadeza, con el escrúpulo. Hallaba su ventura en descubrir y enseñar las maravillas y propiedades del idioma; hechizábale la imaginación la ingeniosa variedad de sinónimos, y exponíalos con visible fruición. Nadie ha estudiado como él la filosofía del verbo y puesto en realce la armonía de los tiempos y de los modos con sus diversas combinaciones en el uso regular del lenguaje. Recuerdo que el Hermano Miguel tenía, sobre este particular, un hermoso y sólido trabajo que debe de hallarse, a buen seguro, entre el montón de otros papeles suyos.

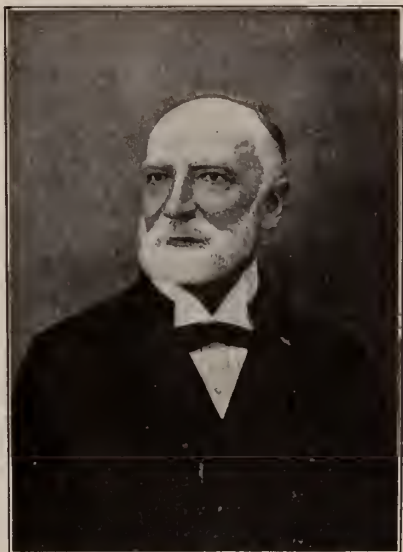
¿Qué mucho que tan aventajado gramático fuese asimismo relevante Académico? Su esclarecido juicio, su erudición y vasto saber campeaban en las juntas de la Academia, cuando tratábamos sobre algún asunto literario. Eran sus dictámenes tanto más decisivos cuanto acostumbraba expresarlos con aquella modestia, natural e ingenua siempre en sus labios. En síntesis: *mi juicio tocante al Hermano Miguel es que fué tan santo como sabio y tan sabio como santo...*

No insistiremos acerca de las relaciones del Hermano Miguel con los literatos de los ateneos ecuatoriano y colombiano, pues muchos de ellos viven todavía. Su correspondencia literaria con ellos muestra, por una parte, la deferencia cordial con que recurre el humilde Hermano a sus consejos, los consuela en sus pruebas y les habla siempre como santo religioso a cristianos fervientes, y por otra, la veneración con que le tratan sus amigos, y la sinceridad del dictamen recíproco acerca de los trabajos que mutuamente se comunican. Con los gramáticos — D. Rufino José Cuervo especialmente — ventila a fondo asuntos filológicos; con los poetas discute con liberal cortesía acerca de producciones poéticas. De todos los amigos del Hermano Miguel, ninguno, creemos, estuvo tan estrechamente asociado en sus diversos trabajos, en sus consejos, en sus aspiraciones íntimas como D. Belisario Peña. Poeta insigne de la Escuela colombiana, Belisario Peña pasó la mayor parte de su vida en el Ecuador. En los trances apurados fué para los Hermanos el sostén discreto cuya influencia alejó más de una tormenta. Siempre siguió siendo el consejero prudente a cuya protección podía acudir sin temor. Afiliado al Instituto de las Escuelas Cristianas, tenía por suyos propios los goces y las penas de la Congregación.

El Hermano Miguel, D. Belisario Peña y D. Rufino Cuervo. — Reputaba por honor suyo el Hermano Miguel llamarse discípulo de Belisario Peña, cuyos atinados consejos y alentada dirección

abrieron en él la delicada flor de la poesía. Solía decir D. Belisario: «Soy mejor poeta que el Hermano Miguel, pero él posee mejor que yo la lengua castellana.» Como quiera que su amistad tenía más de cristiana que de literaria, guardábanse mucho de incensarse uno a otro con encañecidos y empalagosos loores; antes bien, animábanse mutuamente a trabajar por Dios con la mayor perfección posible. Con igual aspiración, con vuelo semejante, dirigían sus almas el rumbo hacia el cielo, espoleadas por el ardiente amor a Nuestro Señor y por la filial devoción a la Santísima Virgen María. Algunos extractos de las cartas que se escribían ambos amigos darán a conocer la índole de su cariñoso trato.

D. Belisario Peña fué elegido, en 1896, senador en Colombia. Singular coincidencia: dos horas antes de que llegase a sus manos el telegrama que le llamaba a Bogotá expulsábale el gobierno ecuatoriano por «extranjero pernicioso», es decir, por católico militante. Llegado al término de su viaje escribe D. Belisario al Hermano Miguel, quien le responde:



D. Belisario Peña, ilustre poeta colombiano
Íntimo amigo del Hermano Miguel

«Por fin he tenido el gusto de ver letra de V... Le agradezco con todas las veras del alma los afectos tan tiernos y tan cristianos que en ella me manifiesta, y que son un eco débil de la amistad, o, mejor dicho, del amor paterno, nunca desmentido, con que V. se ha servido favorecerme desde mi infancia. Fundada nuestra amistad en el Corazón de Jesús, fuente purísima de amor infinito, confío en Dios que se acendrará más y más en esa divina Hoguera, hasta que tenga su perfección y consumación en el cielo. Por tanto, bien puede V. estar seguro que no paso día alguno sin tenerle presente en mis pobrecitas oraciones delante del Santísimo Sacramento, y varias veces por día...

Por los periódicos estará V. al tanto de lo que pasa en esta desventurada Jerusalén; ya tendrá noticia del horrible incendio de Guayaquil, que en pocas horas ha perdido más de ochenta manzanas, con un fuego atizado

por el soplo de la Justicia divina, mediante un huracán nunca visto ni sentido en dicha ciudad... Mi familia ha padecido mucho con este nuevo desastre. ¡Cúmplase en todo la voluntad santa de Dios!...»

Apenas llegó D. Belisario Peña al Senado de Colombia, cuando lo nombraron sus colegas Presidente de la Asamblea. Entonces le escribe el Hermano Miguel, con fecha 5 de diciembre de 1896:

«Nunca olvidado y siempre amigo de mi corazón; No puedo menos de darle el más caluroso parabién por tan alta designación, en mi nombre y en el de todos los Hermanos de Quito. Una vez más se ve cumplido el oráculo de la divina verdad: «El que se humilla será ensalzado...» Quedándose V. dos meses más en Bogotá alcanza la presente a llevarle también nuestros fervientes votos de feliz año nuevo, fecundo en frutos de bendición para el Cielo, que es lo único que vale, pues todo lo demás es patarata...»

Al parecer de ambos amigos son siempre harto escasas sus entrevistas. «Asistí algunas veces a aquellas conversaciones, escribe un Hermano; eran pláticas espirituales que no podían menos de elevar y admirar a quien las oía. El Sr. Peña, de vuelos más líricos, y el Hermano Miguel, más místico, más unido con Dios, a porfía se excitaban a no amar sino a su único y soberano Dueño. Inflamados por el celo de la salvación de las almas, deploraban los peligros que por todas partes las asedian, los escándalos que las pierden; unían sus intenciones en la oración y en la Sagrada Comunión para rogar por la conversión de tantos desgraciados...»

«Varias veces, dice el R. P. Matovelle, llevóme D. Belisario Peña, a quien llamaba yo *nuestro santo Hombre de Tours*, a la comunidad del Hermano Miguel. ¡Qué ratos tan deliciosos pasaba oyendo hablar a aquellos dos amigos, de la vanidad del mundo, del valor de la virtud, de la devoción al Sagrado Corazón y a la Virgen Santísima, del amor de Jesús Sacramentado para con los hombres! Aseguro que yo salía de aquellas visitas con el alma confortada e inundada de gozo...»

Si la enfermedad, el luto o los negocios detienen a D. Belisario lejos de Quito, hállase inquieto el Hermano Miguel:

«Muy respetado Sr. y ternísimo amigo mío: ¡Cuán largos se me hacen estos días en que no puedo ver a V., ni tener noticias de mi amigo tan querido y tan probado! Si no podemos estar unidos corporalmente, estése V. seguro que de continuo están nuestros corazones unidos en el Dulcísimo

de Jesús, y que no paso día sin encomendarlo al Dios de todo consuelo, única fuente de felicidad...

Bien venida sea la dulcísima y dolorosa Madre, que con Ella no pueden venir sino las gracias, consuelos y esfuerzos de que es canal inagotable. Ella también sea quien pague por mí la deuda siempre creciente que V. me hace contraer con su exquisita bondad, pues me abruma ya y me vuelve más y más insolvente... Le doy cita para el viernes, día del Sagrado Corazón, a los pies de nuestra Dolorosa Madre, en la iglesia de la Compañía...»

Al respetuoso y confiado afecto del Hermano Miguel responde D. Belisario Peña con igual intimidad. En términos delicados le recomienda un niño que asiste a las clases del Beaterio.

«...Este niño es tardo, y V. tendrá que atesorar paciencia; es perezocillo, y V. tendrá que aguijonearlo con el estímulo del pundonor caballeroso; es obstinado, y habrá V. de quebrantarle el carácter con presentarle el modelo de la dulzura de V. y de su amable gracia. Y, después de todo, si ello es arduo, no es imposible; y lo difícil es espuela de las almas alentadas, porque el triunfo es glorioso cuando la victoria se gana con trabajos. El muchacho tiene cierta repugnancia de concurrir a las clases, sin duda por ese natural rubor de quien se ve grande de cuerpo y corto de saber; pero usted ordene como sea más de su agrado...

Venza, pues, lo cerril de este niño, presentándole el vaso un poco amargo de la ciencia con el borde rodeado de esa miel hiblea que labran las abejas en el Instituto de los Hermanos.»

Cuando está triste le escribe:

«...;Cómo he podido pasar tantos siglos sin verlo, ni oírlo, ni siquiera tener noticia de V.?... No lo sé; pero es el caso que ha sido así a pesar de



La Dolorosa del Colegio de Quito (1)

(1) El viernes 20 de abril de 1906, a las ocho de la tarde, en el refectorio del Colegio de los RR. PP. Jesuitas de Quito, *esta milagrosa imagen estuvo cerrando y abriendo los ojos durante un cuarto de hora*. Tan portentoso prodigio fué presenciado por treinta y cinco colegiales, el P. Prefecto, un hermano coadjutor y tres sirvientes. Previo proceso canónico, el cuadro fué autenticado el 10 de junio del mismo año y se venera, desde entonces, en la Capilla del susodicho Colegio.

la necesidad que tengo de su trato y cariño, mayormente en los días ya expirantes de mi vida.

He venido a este gélido pueblo de Machachi, no tanto en busca de salud cuanto de sosiego y olvido: he querido huir de todo, hasta de mí mismo, que suelo ser el peor verdugo de mi paz; he buscado una especie de sepulcro en que enterrarme vivo y ocultarme de un mundo que me inspiraría odio, si no me diera compasión. Aquí estoy más cerca de Quien debo acercarme, de Quien me está llamando, de Quien me abre grande, seguro y dulcísimo asilo en el Corazón.

Y cuando llego a trasoír la voz lejana del Pastor, y tímido, confuso, bañado en lágrimas me le presento, entonces no estoy solo, entonces está usted conmigo, y le veo, y le hablo y siento que me mira V. con ojos de ternura y de compasión. ¿Qué importa entonces la lejanía de la distancia, la falta de la materia cuando las almas se compenetran en el Foco del Amor insaciable?... V. no puede dar la limosna del oro corruptible que envenena las almas, pero puede dar otra limosna de ese pan que quita el hambre del que le come y de esa agua que quien la bebe no vuelve a tener sed. ¡Deme de ese pan y de esa agua, porque tengo hambre y tengo sed!...»

A su amigo, de camino para Roma, escribe el poeta:

«...Estoy enfermo; pero hago esfuerzo por escribirle siquiera dos líneas que vayan a decirle que no sólo no lo olvido, sino que V. es una de las personas que amo más en este mundo; que deseo vivamente que su permanencia en Europa le sea grata y provechosa, y que su viaje de regreso sea tan bonancible como ninguno. Si yo fuera pagano, rogaría a la nave que ha de conducir al que es *dimidium animae meae* («la mitad de mi alma») que le sirviera como cuna al dulce sueño de un niño, y a los vientos que le arrullaran dulcemente; pero como soy cristiano, por misericordia de Dios, vuelvo los ojos a la Estrella de los mares, y le pido por V.; y pongo en Ella mi confianza segura...»

Habiendo escrito el Hermano Miguel a D. Belisario con motivo de un doloroso aniversario, recibió la siguiente contestación:

«...Indudablemente una de las innumerables misericordias divinas con que la Bondad infinita me atrae a Sí, es haberme dado, en V. y el Hermano Visitador, amigos que se identifican tanto conmigo para que me derramen en el corazón el bálsamo fragantísimo del consuelo; y, ¡qué consuelo! el que emana de las inagotables fuentes abiertas en el Cuerpo Sacratísimo de Nuestro Señor Jesucristo; de esas llagas que son la medicina eficaz y sobreabundante de todas las llagas que el dardo del dolor nos abre, no en el cuerpo, sino en el alma, para que no se cierren nunca. ¡Oh incurabilidad del dolor

que nos cura de pésimas dolencias!... A V., junto con los recuerdos de mis hijos, el amor que, incoado en la tierra de las lágrimas, ha de florecer inmortal en la patria de la bienaventuranza.

Su amigo y hermano.»

El Sr. Peña confía asimismo al Hermano Miguel sus deseos del cielo:

«Cuando empiezan las sombras a obscurecer el cielo y reina en la naturaleza religioso silencio; cuando surcan las águilas el aire con rauda torbellino, pensamos que se acerca la noche. Y cuando llena la tristeza nuestro corazón con sus sombras más opacas; cuando no podemos elevarnos al cielo con el mismo vuelo que antes, por haber declinado nuestras fuerzas y nuestro ánimo, ¿qué diremos que se acerca?... ¡Ah! ¡el día, el día verdadero, el de eterna claridad!...»

Fuerza nos es, muy a pesar nuestro, poner coto a estas citas. Con todo, no es razón dejar en silencio las hermosas palabras de D. Belisario Peña al devolver al Hermano Miguel, entonces Director del Noviciado, la *Vida de Sor Teresa del Niño Jesús*, la carmelita virginal de Lisieux:

«...Le devuelvo el precioso libro *Historia de un alma*. ¿Qué fuego habrá tan purificante como el del amor? ¿Qué habrá tan puro como ese fuego? Almas como ésta son la manifestación de una grandeza no conocida en la tierra; de tal modo que si llegáramos a dudar de la gloria del cielo, ellas serían una prueba irrecusable y palpitante de la verdad, porque no tiene el mundo nada que se le parezca...»

Quiera nuestro Santísimo y Bellísimo Jesús derramar en su alma y en las de sus novicios tantos dones como dió a su Sierva Teresa del Niño Jesús...»

Hemos hallado además, entre los escritos del Siervo de Dios, el apunte siguiente:

«Sor Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz. — París; 6, calle Cassette. — *Historia de un alma escrita por sí misma*. — Juicio del Sr. Peña sobre



Santa Teresita del Niño Jesús
(1873-1897)
Canonizada el 17 de mayo de 1925

este libro: «Es un alma *de lys*, ebria de amor. Ella no ratiocina: ama; y todo cuanto ve le sirve como de laúd para cantar su amor.»

Participaba de aquella santa amistad una tercera persona, don Rufino José Cuervo. A veces una misma carta de éste va dirigida al Hermano Miguel y al Sr. Peña.

«Queridísimos amigos míos:

No sé cómo agradecer a Vdes. su cariñosa carta del 5 de agosto. El Sagrado Corazón de Jesús, fuente de amor y centro de las almas que en Él se aman, les pagará su afectuoso recuerdo y la exquisita indulgencia con que reciben mis trabajos... Roguemos al Señor se apiade de nosotros y no nos deje entregados al «*réprobo sentido*», castigo de los que le desconocen e, ingratos, le abandonan. Correspondo con estrechísimo abrazo, en el Corazón amórosísimo de Jesús, a las bondades de Vdes. y quedo su amigo y seguro servidor.»

Al escribir D. Belisario a D. Rufino decíale un día: «*El Hermano Miguel sigue adelantando en su vida de santidad. Cada día avanza con pasos de gigante por el camino del Señor.*»

De los tres amigos, el poeta colombiano fué el primero en llegar a la cita del cielo. Falleció piadosamente el 7 de septiembre de 1906, cuatro años antes que el Hermano Miguel, a quien había de seguir en breve D. Rufino Cuervo (1).

Después de haber rezado y padecido por el eterno descanso del alma de su maestro, quiso el Hermano Miguel perpetuar su grata memoria en una larga *Elegía* en que llora la amistad y canta la fe

«

 Ya para mí no ejerces el oficio
 De padre, de mentor y de maestro,
 De tu amistad negándome el auspicio.

¿Acaso terminó el afecto nuestro,
 Tan fino en nueve lustros y acendrado,
 Tan constante en sus pruebas y tan diestro?

(1) D. Rufino José Cuervo (1844-1911), filólogo colombiano, nació en Bogotá y falleció en París. Es autor de las acreditadas *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, de las *Notas a la Gramática de Bello*, de un *Diccionario de construcción y régimen*, y de importantes estudios en la *Revue Hispanique*, en la *Romanía*, etc.

Cualquier grave pesar, cualquier nublado
Con tu sabio consejo deshacías,
La paz volviendo al pecho conturbado.

Tuyas mis penas eran y alegrías;
Ido tú, ¿dó podré encontrar contento?
¿Dó seguro andaré si no me guías?»

Indica luego las principales fuentes de inspiración poética de D. Belisario: la Iglesia, el Papa, la Virgen Inmaculada, la Patria; y termina con la siguiente súplica:

«En el inmenso Océano de bienes
Acuérdate de aquellos que tanto amas,
A que de Dios con el favor los llenes.
Acuérdate de mí, pues que aun proclamas
Ser «otro yo», y en santa unión y tierna
Juntos arder podamos a las llamas
En la de caridad Hoguera eterna.»

«*El que teme al Señor*, leemos en el libro del Eclesiastés (VI, 17), *se allegará buenos amigos, semejantes en un todo a él.*» Entre D. Belisario Peña y el Hermano Miguel había llevado a efecto el amor divino esta identificación.

CAPÍTULO VIII

El Hermano Miguel en Quito Virtudes y devociones



Los capítulos anteriores han dejado entrever hasta qué punto estaba el Hermano Miguel enamorado del ideal religioso: tócanos ahora contemplarlo más de cerca en la heroica ascensión, hacia las cimas, desde donde su Prototipo splende. Abundan los elementos que para esta parte de nuestro estudio nos han suministrado los testigos de vida tan ejemplar. Colegas, antiguos alumnos y amigos, sacerdotes seculares y regulares, y Prelados, todos han emitido unánimemente, si bien en diversa forma, esta idéntica opinión: *«En el Hermano Miguel admirábamos al educador y al escritor, y venerábamos al santo religioso. En su biografía habrá que considerarlo, sobre todo, por el perfil de su santidad y grandeza moral.»* El santo religioso, el santo, según se expresan muchos documentos, es el que quisiéramos pintar a lo vivo.

El relato de la vida del Hermano Miguel nos ha llevado hasta 1904, cuando frisaba en los cincuenta años. Al llegar a esta línea divisoria que domina las dos vertientes de las vidas más largas, ha producido cuanto de él se podía esperar. Ha fulgurado la belleza de su alma sin que nunca haya descaecido su vigor espiritual. Ha practicado siempre con escrupulosa fidelidad, así las mayores como las menores obligaciones. Cierto, no todo parecerá heroico ni deslumbrador en este relato; pero la edificación y las admirables enseñanzas que de él emanan cederán en provecho de cuantos lo lean. ¿Qué más podemos anhelar? ¿No labran, acaso, los siervos de Dios los más ricos florones de su eterna corona con la monótona multiplicidad de las obligaciones diarias y menudas, ordinaria trama de las vidas humanas?

Retrato físico del Hermano Miguel. — Refiere una leyenda de la España morisca que Averroes el Sabio consiguió, a duras penas, aprisionar un rayo de sol en un pilar de la gran mezquita de Córdoba. La luz cautiva centelleaba en la columna, y ésta, transformada en luciente cristal, iluminaba todo el edificio con vívidos destellos. Varias veces se nos ofreció a la memoria el relato del cuentista árabe, mientras tuvimos la suerte de vivir junto al Hermano Miguel; y no, ciertamente, porque nuestro querido ecuatoriano hubiese recibido del cielo la belleza plástica, que tan pronto marchitan los años. Su elevada estatura se había encorvado temprano. En su rostro, tostado y demacrado, señalaron lentamente el dolor y la mortificación precoces arrugas. Pero un indefinible reflejo de su hermosa alma, el rayo interior de la divina gracia, reverberaba en toda su persona, henchida de dulzura, hija de su índole benigna y apacible.



El Hermano Miguel
a los cuarenta y dos años

En sus labios de finísimo corte asomaba de continuo graciosa sonrisa. En sus ojos, límpidos y transparentes como los de candoroso niño, brillaban la alegría y la serenidad, efectos de la paz íntima de que habla la Sagrada Escritura y supera cuanto cabe expresar. En fin: la plácida expresión de sus facciones todas producía el efecto de un ánimo sosegado e imperturbable.

Cualidades intelectuales y morales. — Siempre fué endeble la salud del Hermano Miguel, sin haber experimentado, con todo, las grandes sacudidas que aventuran por largo tiempo el equilibrio del organismo. Enfermizo, pero resistente, este esforzado religioso se sobreponía a las molestias pasajeras y a las fatigas pertinaces. No parece sino que plugo a la divina Providencia depararle diminutos achaques, no fuera que la alegría engendrada por el vigor y bienestar físicos menguase en él la lozanía de su virtud. Para lograr cumplido

acierto en su ministerio había recibido el Hermano Miguel dotes de gran valía: en él aunábanse la inteligencia viva y penetrante, el razonamiento firme y sereno, la memoria feliz, junto con el espíritu reflexivo que le comunicaba la prudencia y madurez de un anciano.

Bien ajenas estaban su lealtad y franqueza de los hábiles y sospechosos enredos, de las trapisondas e intrigas políticas con que triunfan y medran los temperamentos astutos. Su misma discreción, envuelta en los velos de un candor en apariencia tímido, causaba, desde luego, cierta extrañeza en un hombre de su valor intelectual; pero pronto embelesaba con sus irresistibles hechizos.

La fe del Hermano Miguel. — «La fe, escribe San Agustín, es el fundamento de todos los bienes sobrenaturales, el principio de la salvación.» Justo es, por tanto, que examinemos primero si mereció el Hermano Miguel el elogio que muchísimas veces han hecho de él con esta lacónica expresión: «¡Qué hombre de fe!»

Descuella la fe como despertadora de sus actos. Se conoce que vive por la fe, y que, según la expresión de San Pablo, habita en su corazón Jesucristo por la fe. (Efes., III, 17.)

Antepone a todos los estudios el de la religión, clamando contra la aberración de que no se esmere con más ahinco un profesor religioso en la preparación del catecismo que en la de las demás lecciones. «Carísimos Hermanos, dice a los que le rodean, tomen ustedes apuntes para las diversas asignaturas del programa escolar, pero tómenlas sobre todo para la enseñanza religiosa, ciencia de las cosas divinas y perdurables.» En esto, como siempre, el santo religioso predicaba más con el ejemplo que con las palabras.

En la época en que se mostraban particularmente candentes en el Ecuador las discusiones sobre el liberalismo indignábase el Hermano Miguel, durante los recreos, contra los secuaces de aquel error, al que llamaba con Pío IX: «La más mortífera de las pestes.» «Cuántas veces y de cuántas maneras, asegura un colega, le hemos oído repetir: *«El error no tiene derecho a la difusión ni al amparo. Podemos tolerarlo para evitar algún mal mayor, pero nunca jamás concederle idéntico derecho de propaganda que a la verdad... Cuando dicen los liberales a la Iglesia: Creemos en vuestros dogmas, pero dejadnos guiar la sociedad sin vuestra dirección, prepáranse su propio castigo, por cuanto Dios no tarda en abandonarlos; caminan sin Él, y, como ciegos, van a parar al abismo.»*

Es la fe del Hermano Miguel viva, sencilla y práctica. Lógico

al modo de los santos, no deja se introduzca en su conducta el doloroso desacuerdo entre sus principios y sus actos. Vive por la fe, que es la regla viva de sus pensamientos, de sus afectos, de sus acciones, de su apostolado. Ella le hace concebir levantada idea de las perfecciones divinas, origen del recogimiento y de la modestia que por doquiera ostenta; ella le sugiere santo desprecio de los bienes caducos de este mundo, y el insaciable afán de conseguir los bienes eternos; por ella rehusa enérgicamente las varias ofertas con que algunos tratan de sacarle de la Congregación; ella, en fin, le da la fuerza de perseverar sin desmayos en la práctica constante de las virtudes religiosas.

Respeto sobrenatural a la autoridad. — A la luz de la fe ve a Dios en la autoridad de los sacerdotes, de sus confesores, de sus Superiores religiosos. «En mi trato con el Hermano Miguel, mi antiguo y venerado maestro, escribe un sacerdote, arrebatábame,† a justa admiración, el profundo respeto con que honraba mi carácter sacerdotal y confundíanme sobremanera su fe y su humildad.»

Nadie, en la comunidad de Quito, profesó mayor veneración y deferencia a los Hermanos Visitadores y Directores que allí se sucedieron; presentábase ante ellos con un respeto análogo al que su piedad manifestaba ante el Sagrario; veía y acataba a Dios en sus mandatarios.

Amor a la Sagrada Escritura. — Merced a este su gran espíritu de fe hallaba más sabor en la lectura de la Sagrada Escritura, en la del Nuevo Testamento especialmente, que en la de cualquier otro libro, por ameno que fuese. No ciertamente porque le considerase como la única fuente de inspiración, de luz interior; pero leía con el noble afán de conocer mejor cada día al divino Modelo, para asemejarse más y más, y vivir con Él en muy estrecho contacto. Menudean las citas del texto sagrado en sus planes de exhortaciones, prueba inequívoca de cuán penetrado se hallaba de la doctrina divina.

En sus *Notas de retiro* de 1885 escribe el Hermano Miguel:

«Leeré el Nuevo Testamento en los ratos libres y dirigiré frecuentes exhortaciones a los niños acerca de algunos versículos del Evangelio.»

Era ésta su práctica habitual y fecunda. En la escuela de Jesucristo se acostumbraban los adolescentes a juzgar de las cosas del tiempo por la escala de valores establecida por la Sabiduría eterna.

«Nuestra fe, escribe el Hermano Miguel, ha de manifestarse en obras; debe ser actual, hasta convertirse en espíritu que informe toda nuestra conducta. Hacer con frecuencia actos de fe es hoy tanto más necesario cuanto que nuestro siglo orgulloso cree poder prescindir de Dios, pavoneándose con sus descubrimientos e invenciones. Claro está que cuanto se entrega el hombre a las ciencias naturales con más tesón y soberbia, tanto más se materializa y desprecia la ciencia verdadera, que consiste en conocer a Dios, en amarlo y servirlo.

...Para que no sea mi fe puramente teórica y especulativa recitaré con atento espíritu y ánimo rendido el símbolo de los Apóstoles, el de Nicea y el de San Atanasio; ofreceréme a Dios para que, si le place, me conceda la gracia de morir por la defensa y propagación de la fe; renovaré estas disposiciones cuando el sacerdote se inclina al altar, ya para besarle, ya para adorar a Jesucristo.»

Agreguemos lo siguiente, que muestra con no menor evidencia la gran fe de nuestro biografiado:

«No llamaré, en lo posible, a los niños sino por su nombre de pila, para respetar en ellos el carácter sublime de cristianos e hijos de Dios...»

La esperanza del Hermano Miguel: su fundamento y firmeza. —

El objeto de la esperanza, en el alma del Hermano Miguel, no es seguramente la riqueza perecedera, el favor efímero del mundo, ni otro bien alguno deleznable. Sus deseos son mucho más elevados; tienen por blanco la gracia divina que sostiene nuestra peregrinación hacia el cielo, la misericordia del Salvador que perdona nuestras faltas diarias, la gloria eterna, recompensa prometida a los justos. Sus *Notas espirituales*, correspondientes a los Retiros de 1881 y 1900, son muy explícitas a este respecto:

«Jesús nos dice: «Si vuestras infidelidades os asustan, sabed que mis méritos tienen infinitamente más eficacia para salvaros que vuestros pecados para perderos...» ¡Ánimo! No nos faltará socorro sino cuando falte poder al Sagrado Corazón.

La vida del hombre en la tierra gira, por decirlo así, alrededor de un eje cuyo primer polo es la Justicia de Dios, el terror de sus castigos para excitarnos al santo temor, y el segundo, el de la Misericordia y la Bondad infinitas... ¡Qué dulce es confiar en esta misericordia previsora, atenta, solícita, ingeniosa y persistente!»

Su confianza en Dios. — El primer efecto de su filial confianza en Dios es la admirable posesión sobrenatural de sí mismo. Es la

confianza blanda y regalada almohada, donde plácidamente descansa el Hermano Miguel, y se duerme tranquilo al arrullo de las divinas promesas, lo mismo en medio de los trabajos, de las cuitas, del cansancio, de los padecimientos, que en las tribulaciones interiores y en los trastornos políticos. Nada le arredra ni le apura, porque cifra su dicha en cumplir siempre y en todo la santa voluntad de Dios.

«A principios de 1883, escribe un Hermano, hubo sangrientas peleas en las calles de Quito. Alrededor del Beaterio chasqueaban y menudeaban los tiros. Expuestos a las balas disparadas de los sitios más elevados de la ciudad, estábamos todos poseídos de miedo. ¿Qué digo todos? Uno había entre nosotros que permanecía tranquilo como si nada ocurriese: era el Hermano Miguel, el cual siguió trabajando como de costumbre en su despacho, contentándose con levantar de cuando en cuando los ojos al cielo y murmurar una oración.

«Cuando fallecieron sucesivamente su padre, su hermano y su madre, a quienes quería entrañablemente, eché de ver en él alguna tristeza; pero, al mismo tiempo, la serenidad de su rostro y de sus palabras era claro indicio de su perfecto acuerdo con la divina voluntad.

«Cuando, en la noche del Miércoles santo de 1895, estalló la revolución que derribó al presidente Luis Cordero, el Hermano Miguel no se sobrecogió en modo alguno. Llovían a granel las balas en el patio y encima del tejado del Colegio de La Salle; mas él continuaba impassible y sonriente.»

«Habiéndose refugiado en nuestra casa con otros Hermanos, escribe el R. P. Salesiano D. Guido Rocca, mostró la más absoluta tranquilidad. No brotó de sus labios ni una palabra de queja, de rencor, de enojo contra nadie; muy al contrario, parecía el hombre más feliz del mundo. Pude comprobar entonces de nuevo su admirable ecuanimidad... En muchas ocasiones en que hube de tratar con él quedéme edificado de su unión con Dios, y su actitud en la oración me pareció la de un ángel. Hallábase siempre igual consigo mismo, nunca más alegre ni más triste, siempre muy afable. Veíasele continuamente ocupado, con la actividad serena y regular propia del alma que obra con método, con constante y filial abandono en el divino beneplácito...»

El 12 de septiembre de 1902 escribía el Hermano Miguel:

«Me entrego enteramente a mi Rey Jesús, para que haga conmigo y con lo que me ha dado lo que le plazca. En cuanto al empleo que me confíe

la santa obediencia, los compañeros que tenga, las ocupaciones que se me presenten, cúmplase en todo la santa Voluntad de Dios en mí y por mí.»

Su gozo sobrenatural. — Tal era la disposición habitual de su corazón, y en ello radicaba su inalterable alegría.

«El Hermano Miguel, decía uno de sus cohermanos, fué uno de los hombres más santos y alegres que he conocido. Con todo, no era bullanguera su alegría, ni se exteriorizaba en estrepitosas carcajadas; antes bien, brillaba suave y mesurada en su rostro demacrado, en la sonrisa de sus labios y en la placidez de su mirada, agrado de cuantos a él se acercaban...»

Un religioso, después de haber recordado el gozo habitual del Hermano Miguel, indica las causas que lo engendraban, a saber: la santa profesión religiosa, que, mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia, le ahorra innumerables pesadumbres y aficciones a que tan expuestos se hallan los seglares; la pureza de conciencia, que libra de culpas y de remordimientos; en este caso se hallaba mi venerado Maestro, quien, según testimonio de uno de sus confesores, era un religioso que servía a Dios con toda perfección, libre siempre el corazón de toda falta voluntaria...; la unión fraternal que mantenía en la comunidad, y, por último, su confianza en el gobierno de la Divina Providencia, en cuyo amoroso regazo vivía libre de todo cuidado.

A propósito de esta santa dicha citaremos algunos pensamientos del Hermano Miguel:

«Con frecuencia me hallo disgustado conmigo mismo, pero procuro estar siempre muy contento con Dios.

El corazón es rico cuando está contento, y está siempre satisfecho cuando puede fijar sus deseos en Dios... Nada nos hace tan felices como el cumplir con amor la voluntad de Dios.

En todo lo tocante a mis reglas, a las órdenes de mis Superiores y mis ocupaciones, obraré con ánimo resuelto y jovial, pensando: «¿No he de ocuparme acaso en las cosas de mi Padre?»

Sumisión ciega del espíritu y del juicio a mis Superiores, sin manifestar nunca en mi semblante ni tristeza ni fastidio; antes bien, santa alegría en Jesús y buen humor...»

«Sea V. bueno, amable con todo el mundo, sobre todo en los recreos, le escribe un Superior: ¡Es tan provechosa y comunicativa la santa alegría! Sembrémosla en torno de nosotros.» Por lo

común derramábala el Hermano Miguel a manos llenas. «Siendo Director, mantenía las recreaciones muy regulares cuanto a los asuntos de plática, pero también muy animadas y alegres. Siempre tenía algunas interesantes anécdotas que contar, espigadas en sus variadas lecturas. Manifestábase en todas ocasiones naturalmente optimista, con el optimismo irreducible que suele ser, a veces, el generoso error de un alma hermosa.»

Obligado por la obediencia a tener trato frecuente con lo exterior, unía siempre con la más exquisita cortesía la mayor reserva. «Junto con eclesiásticos, refiere una religiosa, la Reverenda Madre Superiora de nuestro colegio invitaba al Hermano Miguel a tomar asiento en el jurado de exámenes a fines del año escolar. Era tal su amenidad que bastaba su sola presencia para disipar cualquier temor en las discípulas. Si tardaba en venir, invocaban algunas de ellas al Ángel de la Guarda, para que llegase pronto. No obstante esto, nunca concedía notas por pura benevolencia; pero, como poseía mejor que nadie el arte de interrogar bien, provocaba contestaciones satisfactorias.»

«Cuando, montado en su manso caballito, se encaminaba a la casa de campo, siempre que le saludaba algún campesino con el acostumbrado «¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!», quitábase el sombrero para contestar muy afable: «¡Por siempre jamás sea alabado!» Si se le acercaba un niño a saludarle, le devolvía el saludo y le dirigía algunas palabras edificativas.»

Su amor a Dios. — Uno de los que mejor han conocido al Hermano Miguel dice: «Sólo el intenso amor puede explicar aquella su constancia en la práctica de la virtud. ¡Amaba! ¡He aquí el secreto de su humildad, de su abnegación, de su celo!»

En espera del dichoso momento de disfrutar de la vida de amor en la visión beatífica, esmérase el Hermano Miguel por avivar en sí la habitual memoria de su amado Señor; y, a impulsos del fuego que arde en su pecho, prorrumpe a veces en vehementes suspiros.

«¡Oh Dios mío, Vos me veis! ¿Cuándo podré yo veros como Vos a mí? Estáis muy cerca de mí, dentro de mí, ¿cuándo estaré yo junto a Vos y en Vos? Estoy demasiado dentro de mí y demasiado fuera de Vos...» (1881.)

Quando cree estar solo, a ratos se le oye murmurar: «*¡Dios mío, os amo! ¡Oh Dios mío, Vos que tanto me amáis, os amo yo también!*»

¡Cuánto os amo!...» Cuanto más piensa en el amor con que Dios nos ha amado, tanto más admira, según la expresión del Apóstol, la magnitud, la eternidad, los inagotables beneficios, el poder y la sabiduría de dicho amor, y tanto más quiere corresponder a él con la generosidad de su propio amor.

El esmero en preservarse de las menores faltas es, en el Hermano Miguel, elocuente testimonio de su caridad para con Dios.

«Dios mío, escribe en sus apuntes, os amo por encima de todo. Prefiero ser difamado, caer enfermo, morir mil veces, antes que mancharme con un solo pecado venial.»

He aquí *dos protestas escritas* por nuestro santo religioso, *con su propia sangre*, en 1903 y 1904.

«Estimo en más mil veces morir amándote, dulce Jesús mío, que vivir ofendiéndote. Eres el Dios de mi corazón y mi herencia por toda la eternidad. Mil veces la muerte antes que serte infiel. Ni una fibra de mi corazón quiero, Señor, deje de ser tuya.»

Su conformidad con la divina voluntad. — El amor de un alma para con Dios se manifiesta en la perfección con que, en todas las ocasiones, acepta y cumple la voluntad del soberano Maestro. Ahora bien: todo, en el Hermano Miguel, está sometido, inmolado al querer divino. Su propia voluntad no desea ni desecha nada de cuanto Dios quiere. Por ningún pretexto se aparta de la voluntad divina. Podemos decir que esta sumisión filial y total era la gran devoción del santo religioso, el medio más seguro, el más fecundo para conseguir la más sublime santidad.

Horror al pecado. — Por consecuencia natural de su acatamiento a la voluntad de Dios y de su horror al mal, el piadoso educador tiene por fin de su apostolado entre los niños el conservarlos en la inocencia y preservarlos del pecado.

Al principio de su profesorado escribe en un cuadernó que contiene los nombres de sus discípulos:

«Jesús, María y José: Todos los niños aquí apuntados os pertenecen, por eso os ruego que los guardéis y defendáis siempre y en todas partes, que les infundáis sumo horror al pecado y el santo temor de ofenderos. ¡Ojalá os tengan gran devoción y pongan en práctica todos los consejos que les doy!

Jesús, María y José, no permitáis que os ofendan, ni tengan la desgracia de manchar sus almas tan preciosas a vuestros ojos. No soy digno de que me concedáis estas gracias; pero ya que me los habéis confiado, espero me ayudaréis en mis necesidades. Soy vuestro muy humilde y miserable siervo, *Hermano Miguel.*»

ORACIÓN AL IR A CLASE. — «Divino Corazón de Jesús, preservadme de todo pecado, y no permitáis que sea yo ocasión de escándalo para ninguno de estos niños a quienes tanto amáis... Angelitos son; no los convierta yo, con mis malos ejemplos o mis descuidos, en demonios enemigos vuestros. ¡Oh, no! ¡Mil veces morir antes, Jesús mío!»

Un día le participan la muerte de un alumno del Beaterio. «¡Qué lástima, le dicen, que haya muerto tan joven ese niño! ¡Tenía tan hermosas disposiciones!»

«*Su muerte, contesta, ha sido gracia insigne para él. Hubiera podido ofender a Dios viviendo más tiempo, y ahora está ya libre de tamaña desdicha.*»

Pureza de intención. — ¡Basta al amor no ofender a Dios? No. «Huid del mal y haced el bien», leemos en los Sagrados Libros. Obrar en todo por Dios y sólo por Dios ha de ser el afán constante de nuestra vida. Pero, ¡cuán difícil es ello! Sin duda, nuestra alma, creada para Dios, debiera dirigir constantemente su rumbo hacia Él en todas sus operaciones, sin desviarse nunca de sus divinas enseñanzas; mas, alucinada por los mentidos placeres de esta vida, vase a menudo en pos de mil falsos bienes con grave daño de su tranquilidad y pureza. Sabedor de esto el Hermano Miguel, ármase de prevención, cuidando mucho de rectificar, con la mayor frecuencia, sus intenciones, temeroso de robar al Señor la gloria que le es debida. Léanse algunas protestaciones suyas de rectitud y desinterés en el servicio divino:

«Jesús, *Amor mío*, hago esto para conoceros, para amaros y haceros amar. Señor, hágase este bien, cualquiera que sea el instrumento que os plazca emplear, pues no quiero que se me pueda atribuir a mí.

Quiero que cada letra que escribo, cada palabra que leo, sea para gloria de Dios y alivio de las almas del Purgatorio... Quiero hacer todos mis trabajos para glorificar a Dios, darle a conocer y resarcirle de las injurias que los hombres le irrogan.»

A veces le hallan escribiendo de rodillas ante su mesa de trabajo. En dicha postura humilde y molesta busca sin duda nuevas trazas

de mortificarse, a fin de no tener otra mira que Dios en sus tareas.

Para traer a rectitud la naturaleza torcida, y ayudarla a dirigir con frecuencia su pensamiento y sus intenciones hacia el celestial norte, coloca siempre el ferviente religioso ante sus ojos imágenes santas. Algunas de ellas están de asiento sobre su bufete, como las que le traen la memoria de Jesús crucificado, del Sagrado Corazón, de la Virgen Inmaculada. Otras sólo parecen allí con arreglo a los tiempos litúrgicos y recomendaciones de la Iglesia. El dorso de dichas estampas y, a veces, hasta el margen están cubiertos de oraciones, máximas y reflexiones. El estado en que hoy las hallamos atestigua cuánto se valió de ellas el Hermano Miguel y con qué seriedad hacía la ofrenda de sus acciones diarias por las múltiples intenciones que le sugería su celo. Léese también en sus Notas:

«No darme a mis quehaceres ordinarios por inclinación natural, sino sólo para cumplir la voluntad de Dios... Dejar o interrumpir con gusto, al instante, mis ocupaciones o mis estudios, para complacer a Jesús y servir a mis Superiores o a mis Hermanos, sin enojarme por esta molestia.»

Lo que implícitamente da a entender aquí el Hermano Miguel confiésole por otra parte en términos muy claros: le duele que le arranquen de los trabajos que le absorben; pero lucha para someterse a todas las disposiciones de la Voluntad divina.

La piedad del Hermano Miguel. — Es tierna y afectuosa. Sabe que *Dios es amor* y que el amor es el cumplimiento de la ley, su alfa y omega. En sus *Notas espirituales* no suele designar a Nuestro Señor y a la Virgen Inmaculada sino con las expresiones *dulce Jesús mío*, *ternísima Madre mía*. Las frecuentes jaculatorias que del corazón le suben a los labios son como otras tantas encendidas saetas y afectuosas súplicas con que llama en su auxilio a sus celestiales protectores.

Observemos también una cosa digna de loa: la piedad del Hermano Miguel estriba en convicciones serias y profundas, y nada tiene de cierta vaga religiosidad, muy afecta a estériles efusiones y afeminadas ternezas.

Por último, el sello principal por que se patentiza dicha piedad es quizá la sencillez. No se extravía en investigaciones sutiles ni en especiosas argucias. Huír del pecado, mortificarse por amor, cumplir con la voluntad divina: he aquí el fondo de esta alma que va derecho

al bien. Su espiritualidad es sencillísima, así en la doctrina como en la práctica. «¡Oh!, decía Fenelón, ¡cuán sencilla, suave, cómoda, amable, discreta y fructífera es la piedad, cuando se le da como principio fundamental la voluntad de Dios, sin consultar los antojos, ni el temperamento, ni los arrojos de un celo desmedido! Vive uno como los demás, sin afectación, sin aparente austeridad, hasta con cierta holgura, pero con sujeción perpetua a todos los deberes.»

Espíritu de oración. — «Cuando, desde su paso a mejor vida, quiero representarme al piadoso Hermano Miguel, escribe uno de sus amigos, evócalo mi imaginación, ora absorto en intensa oración o rezando el rosario por los patios, ora dejando brotar por doquiera de su alma sentidas jaculatorias, cual aromático incienso consumido en la fragua del amor humilde y abrasado. *La oración era como su vida;* en el trato continuo con Dios regalaba su espíritu y confortaba su corazón.» «Nuestro querido colega, añaden otros, oraba con fervor angélico, sin percatarse de lo que pasaba en derredor suyo. ¡Cuántas veces le oímos expresar, con los ojos en alto y el rostro casi iluminado, sus vivas ansias por unirse con el soberano Bien!»

«¡Oh Dios mío!, suspiraba. ¿Cuándo estaré unido con Vos, libre de las miserias de la tierra?»

«...La piedad y la ciencia, dijo el Dr. D. Honorato Vázquez, fueron la atmósfera de esa alma privilegiada, y aun en las treguas que para el trabajo daba a la piedad, y hasta en el trato con los hombres, era tal la mística lumbre que de él salía, que edificaba ver cómo, transparentándose por la apacibilidad de sus virginales ojos, manaba de ellos el fervor en que tenía absorta el alma.»

En su cuarto, donde la soledad le acerca a Dios; en sus idas y venidas por la casa, donde la modestia le abroquela contra las distracciones; en las calles por donde transita, ajeno al bullicioso ajetreo que le rodea, multiplica sin cesar las piadosas invocaciones. «*Son, decía, otros tantos leños que mantienen el fuego del amor sagrado, encendido en el corazón por la oración de la mañana.*» Murmura con fervor sus aspiraciones familiares: «*Mi Dios y mi todo;*» «*¿Quién es semejante a Vos, Señor?*», y una larga serie de jaculatorias indulgenciadas, a manera de preciosa letanía, que constituye su tesoro.

De una nota escrita por el Hermano Miguel podemos inferir cuán amplias eran sus intenciones habituales en la oración. Abarcan

éstas: la santa Iglesia y sus representantes, especialmente en el Ecuador; el Instituto y sus Superiores; la República ecuatoriana; los sacerdotes que desempeñan su ministerio espiritual en nuestras comunidades y colegios; el Noviciado; los Congregantes; los perseguidores de las Órdenes religiosas.

La vida religiosa es una construcción de equilibrio muy inestable si no se funda en la oración. El Hermano Miguel enseña dicha doctrina y la practica personalmente. Busea en la oración luz, fuerza y consolación; saca dulee y purísimo deleite de la contemplación de las perfecciones divinas, y procura reproducirlas en su alma. Pero durante este ejercicio, a pesar de su habitual recogimiento, no siempre hinche su vela la brisa del consuelo, ni boga su navecilla por un mar tranquilo. Vientos contrarios y encrespadas olas asaltan con frecuencia su alma atribulada; pero ni las distracciones, ni las sequedades o tentaciones son parte para retraer su voluntad de conversar con Dios. Permanece inmóvil, en postura a veces mortificante, protestando de esta suerte de su amor al Divino Maestro, que *«le castiga a pan y agua»*.

He aquí lo que dice en sus apuntes:

«Me encomendaré cada día a San José para que me enseñe a orar y me consiga del Cielo tan inestimable don.

La oración hace hombres de Dios, y sólo los hombres de Dios pueden formar hijos de Dios...»

En esta sublime escuela de comunicaciones divinas aprendió el secreto de fecundar su apostolado.

Nadie recuerda haber visto al Hermano Miguel dormir ante el Santísimo Sacramento. En cambio, varios conservan el recuerdo de la cariñosa guerra que les hacía, si alguna vez se dejaban vencer del sueño en los rezos. «Durante largo tiempo, escribe uno, estuve a su lado en la capilla. Y a veces, Dios me lo perdone, rendíame el cansancio por no violentarme bastante para resistirlo. El Hermano Miguel me daba primero suaves empujones, luego sacudidas más fuertes. En vano le miraba yo con ojos amodorrados y algún tanto ceñudos: él no cejaba en su papel de despertador hasta que, poniéndome en pie, triunfaba yo del demonio del sueño.»

El combate espiritual y su examen de conciencia. — Un celo bien ordenado empieza por luchar consigo mismo. Ahora bien, en este «combate espiritual» nadie sale victorioso si no emplea con perse-

verancia el arma de los valientes: el examen de conciencia, ya general, ya particular. Tal es la táctica en que quiere amaestrarse el Hermano Miguel. El 18 de agosto de 1878 escribe en sus resoluciones de retiro:

«Me encomendaré a mi Ángel custodio para que me ayude a hacer con mucha formalidad todos mis exámenes.»

Tres clases de apuntes nos suministran la prueba de que fué atendida su súplica: los del examen particular, de la revista semanal y de la revista mensual. Poseemos los *cuadernitos de examen particular* de que se valió el ferviente religioso, por espacio de cuarenta años, para vencerse siempre (1).

Sobrado es insistir aquí en la elocuencia de este testimonio. Manifiesta en él la franqueza consigo mismo, la vigilancia atenta, el espíritu de mortificación, la voluntad resuelta y siempre activa de llegar a la perfección: arremetía vigorosamente el experto hortelano contra las ramas y raíces del árbol maldito del defecto dominante. ¿Logró, acaso, destruirlas y arrancarlas todas de cuajo? «Dios, dice Luis Veillot, no nos manda que vencamos, sino que luchemos.» Esta frase, lanzada con motivo de la guerra contra los enemigos de la Iglesia, puede, con toda propiedad, aplicarse a la guerra del cristiano contra sus enemigos íntimos.

Amor a Jesucristo. — Es Jesucristo la Vía que conduce a la santidad. Nos encamina al Cielo por nuestra fe en Él, por sus méritos infinitos, mediante los cuales conseguimos la gracia de vivir conforme a nuestra fe, por su doctrina y por el ejemplo de sus virtudes. Conocerle, amarle e imitarle: tal es, para el Hermano Miguel, el deber máximo, la suprema beatitud. Escuchémosle:

«Divino Jesús! Vuestro Padre Eterno, la Santísima Virgen María vuestra Madre, y todos los Santos, cifran su gozo y su felicidad en contemplaros y amaros. Y yo, miserable de mí, ¿cómo he de pensar en hacer otra elección?... No permitáis incurra en semejante locura, buscando fuera de Vos lo que sólo en Vos puedo hallar.» — 1878.

(1) En el *Proceso canónico informativo* que se instruyó en Barcelona presentáronse íntegros los apuntes de este constante examen del Hermano Miguel, *durante cuarenta años*, sobre los movimientos íntimos de su corazón. Admiráronse no poco los muy Rdos. Jueces del Tribunal, al ver que ni siquiera faltaba la apuntación del último día de su vida, y quisieron agregar este documento, tan raro como precioso, a las Notas personales del Siervo de Dios, para el *Proceso super perquisitione scriptorum*.

«Los artistas, los escritores hacen alarde de haber sido formados por maestros conspicuos. Se llaman discípulos de este o aquel ilustre ingenio. Yo os tengo por Maestro y Modelo, Jesús mío; pero mal podéis preciaros de este tan mal aprovechado alumno.

Es Jesús el objeto de nuestro entendimiento. Sólo Él, Verdad suma, puede satisfacer nuestras ansias de conocer. Razón tenía, pues, el gran Apóstol San Pablo, al decir que no quería saber nada sino a Jesús Crucificado. Jesús es el único objeto de nuestro corazón, de nuestra voluntad, puesto que es la Amabilidad infinita, en quien se juntan los atractivos más puros y sutiles.

Él es también la colmada dicha para nuestros cuerpos y sentidos; Él los resucitará para glorificarlos e inmortalizarlos en la visión beatífica.

Por boca de su infalible Vicario invítanos la Iglesia a que también restauremos todo en Cristo Jesús. ¿Quién más que nosotros los religiosos ha de estar obligado a seguir la voz del Pastor supremo?... Desde lo recóndito de su Tabernáculo, Jesús, al contemplar amorosamente mi alma, me dice: «Pobre Miguel mío... en vez de ser para mí motivo de consuelo, me has olvidado... En vez de satisfacer por los pecados del pueblo y de tus discípulos, les has dado malos ejemplos... ¡Llora por lo menos algo conmigo, haz penitencia por aquellos de quienes estás encargado, si quieres recibir los efectos de mi misericordia!...»

Deseemos la santidad a fin de alcanzarla. ¿Anhelamos de veras llegar a ella? Amemos, pues, mucho a Jesús, evitemos las menores faltas, observando con suma fidelidad la Regla, vivamos íntimamente unidos con Dios mediante la continua oración.»

Devoción al Smo. Niño Jesús. — Los hechizos de Jesús niño enamoran al candoroso Hermano Miguel, y varios alumnos suyos le sorprenden llorando a lágrima viva al contemplar la imagen de Niño Dios en una Nochebuena, antes de comenzar la santa Misa. Pero no se limita a ciertas protestas su contemplación ante el portal de Belén o en la casita de Nazaret, antes bien toma siempre resoluciones prácticas.

«Querido Niño Jesús, le dice, Tú no te quejas de nada, y el Hermano Miguel se queja de todo. Calma, te ruego, los movimientos impetuosos de mi pobre corazón, para que ame lo que Tú amas e imite tu mansedumbre y paciencia.»

«Querido Jesús, Tú que corres tras la oveja descarriada, no rechaces a la que te viene buscando.»

Director del Noviciado, después de la revolución de 1895, no tuvo en un principio sino tres o cuatro novicios. Con ellos se puso a

rezar al Santísimo Niño, pidiéndole que llamase muchos nuevos obreros evangélicos que cuidasen de los niños pobres, hermanitos suyos. «En breve, escribe uno de sus discípulos de entonces, contaba el Noviciado más de veinte postulantes. Y como le dijésemos en el recreo: «¡Ya ve usted, Hermano Director, cómo aumenta su familia! ¡Obra usted milagros! — *No hay por qué maravillarse de ello*, respondía; *cuando se pide algo con fe al Niño Dios, siempre lo concede.*»

He aquí una oración compuesta probablemente por él y que le era familiar:

«Santísimo Niño Jesús, Modelo y Guía de la infancia: Tú, que me has confiado estos queridos niños, delicias de tu amantísimo Corazón, apiádate de ellos y de mí, así como de todos los que están encargados de la educación de la niñez. Concédenos a todos gracia para triunfar de las dificultades anejas al apostolado. Te suplico, con humildad y confianza, que muevas con tu divina influencia estos corazoncitos, disponiéndolos a escuchar con docilidad y buena voluntad nuestras instrucciones, consejos y exhortaciones, y que bendigas todo cuanto emprendamos por tu gloria y la salvación de las almas.»



«Yo soy la Flor de los campos
y el Lirio de los valles»

En el conocimiento, el amor y la imitación del divino Infante hállase la triaca para contrarrestar los defectos y las pasiones que amagan a la infancia. Por eso andaba solícito el Hermano Miguel en propagar entre sus discípulos la verdadera devoción a su «*divino Hermanito*». Para ellos hizo aprobar una consagración de los niños al Santísimo Niño Jesús, compuesta probablemente por D. Belisario Peña, retocada por el Hermano Miguel y enriquecida con indulgencias por el Arzobispo de Quito, el 23 de enero de 1903. He aquí un pasaje de la misma:

«Sabemos que Te gusta el agua viva de las fuentes selladas; por eso Te abrimos las de nuestra inocencia, para que nos purifiques cada vez más

con tu divino contacto. ¿Quién podrá estorbarte hacer con nosotros cuanto quieras?

Aun los hijos de los reyes buscan la compañía de otros niños, sin reparar en su pobreza ni desaliño.

Tú, que eres el Rey de los reyes y Señor de los señores, menos has de rechazarnos. ¿No es, por ventura, nuestra misma pequeñez un título para merecer tu compasión y generosidad? ¡Ea, pues, Señor, escógenos por compañeros tuyos! Firma con nosotros un pacto sagrado e inviolable de perpetua amistad. Seremos tus pajecitos y vasallos, dispuestos a cumplir tus órdenes; mansos corderitos a quienes apacentarás con tu sabrosa doctrina. Conserva siempre en nosotros, a despecho de los años, la infancia y el candor del alma, puesto que sólo a los niños y a los que se les parecieren darás entrada en el reino de los cielos.»



Jesús Crucificado abrazando a San Francisco de Asís

Cada año leía el señor Capellán de la Escuela esta consagración, en nombre de los niños congregados en la capilla. En sus piadosas «reflexiones» el Hermano Miguel solía hablar con frecuencia del Dios Infante. Atribuía-le las muchas vocaciones eclesiásticas y religiosas salidas del Beaterio y de la Sagrada Familia.

Devoción a Jesús Crucificado. — En el Hermano Miguel dirígen-se con preferencia las aspiraciones del educador a Jesús Niño, y las del religioso a Jesús crucificado, a imitación de su seráfico Patrono San Francisco de Asís, de quien era devotísimo, no menos que de su Arcangélico Protector San Miguel.

«La única resolución que tomo, escribe en 1878, es la de Uerar siempre, en euanto me fuere posible, ante los ojos del alma, en mis ejereicios espirituales y acciones todas, en mis pensamientos y tentaciones, y hasta en medio de mis contentamientos, la imagen de mi «Amor erucificado», muerto por mí.»

Podemos afirmar que esta resolución fué, para él, verdaderamente vital. Desde aquel momento el amor a Jesús crucificado irá transformando su alma enardecida con perfección creciente. Entiende

el Hermano Miguel que, para llegar a los extremos del amor, ha ido el Salvador hasta el colmo del sacrificio, de la abnegación y de los más acerbos padecimientos. Anhela, pues, devolver al divino Redentor, amor por amor, sangre por sangre, crucificándose a sí propio con recias penitencias. Leyendo sus *Notas* puede uno seguir, por decirlo así, su ascensión a las cimas del amor por la escala de la Cruz:

«Tú, ¡oh Señor, Dios mío!, te has dignado aceptar una muerte temporal y padecerla realmente por mis pecados; y yo, pecador y deudor, ¿qué he hecho y qué hago por Ti? ¿Habrás Tú de pagar todo y yo nada?» — Agosto de 1882.

«La consideración de Jesús Crucificado no sólo ha de animarme a recibir con resignación las penas y los trabajos de la vida, sino a saborearlos con íntimo gozo.» — Septiembre de 1885.

«¡Bienaventurados los que llegan a entender el precio de la cruz, que la consideran como magnífico obsequio que Dios hace a sus más caros amigos! Huímos de la cruz, porque no amamos bastante a Nuestro Señor. No hacemos nada por Él, y creemos hacer mucho.» — Julio de 1905.

«¡Viva la cruz! No podemos sacudirla de los hombros, si no es plantándola en el corazón... Un día crucificado ¿no vale por ventura un año empleado en otros ejercicios de virtud?»

Podemos asegurar que casi todos los días eran para él de crucifixión continua. Achaques habituales, cansancio, dolores morales, tentaciones, mortificaciones le comunicaban la ciencia experimental de la cruz y la confianza absoluta en Jesús Crucificado. Leemos en una de sus notas:

«He de cerrar los ojos de una vez y arrojarme en mi Dios con confianza. Parece decirme Nuestro Señor: «¿No te fías acaso de mi Sabiduría y de mi Providencia, del amor y la ternura que te tengo?»

Y agregaba con los Santos:

«Así como es temible caer entre las manos del Dios vivo, es sobremediana consolador echarse en los brazos de un Dios que muere por mí.»

.
 «Sólo tu Cruz, tus clavos
 Para mí quiero, y de tu Ley augusta,
 Ley de hijos, no de esclavos,
 Seguir la senda justa
 Do la delicia de tu amor se gusta.»

La vista de las humillaciones de Jesús en la Pasión le impulsaba a humillarse a sí mismo. «Cuando el Hermano Miguel presidía el ejercicio del Vía crucis, escriben algunos de sus compañeros, hacíalo con compunción y enternecimiento conmovedores. En cada estación besaba el suelo con piedad.» Parecíale oír al Salvador que le decía: Por ti he padecido este tormento, por ti he derramado esta gota de sangre. Y el alma del buen religioso se deshacía en amor.

Harto derecho tenía, pues, aquel amigo de Jesús Crucificado para decir a los congregantes: *«Hacemos veinte veces al día la señal de la cruz, y ¿no quisiéramos padecer nada? Una buena señal de la cruz, bien hecha, es un deseo de conformarnos con la vida de Jesús, que tanto ha padecido por nosotros.»* Alentábalos a multiplicar los pequeños sacrificios en unión con los padecimientos del Redentor.

Devoción a la Sagrada Eucaristía. — De lo expuesto acerca del amor del Hermano Miguel para con Nuestro Señor colígese que fué un alma eucarística. Tal es el testimonio que dan de él los que nos han enviado sus apuntes. «Se cae de las manos la pluma al querer describir a grandes rasgos el amor del santo Hermano para con Jesús en el Santísimo Sacramento, porque cuanto se dijere, nada sería en comparación del incendio de amor que derretía su corazón en holocausto ante las aras del santuario. Allí le notábamos que se transformaba todo su ser, y ya no parecía hombre, sino serafín en el amor divino. Sus delicias, sus recreos, sus encantos, sus amores, sus deliquios eran la Sagrada Eucaristía; y son pruebas de ello su gran celo para preparar a los niños a la primera Comunión y sus visitas frecuentes a Jesús Sacramentado.» El Tabernáculo le atraía, le enamoraba. Nada más natural. ¿No es acaso la Eucaristía el medio inventado por el Amor para asemejar la vida del hombre a la de Dios mismo? ¿No ejerce acaso Jesús, desde el Sagrario, maravillosa atracción en las almas puras y desprendidas de todo? ¿No es el Sol que las calienta e ilumina?

Fuera de los ejercicios de Comunidad, el Hermano Miguel visitaba al Santísimo Sacramento tantas veces cuantas sus ocupaciones se lo permitían. Dos veces por lo menos cada mañana, y otras tantas por la tarde, iba a saludar al Amigo divino. «Su dicha, según afirman los Hermanos, consistía en vivir el mayor tiempo posible junto al Tabernáculo.» «Si no está en su cuarto el Hermano Miguel, decía su Director, vayan a la capilla: allí es donde le hallarán.»

«¿Cuántas visitas hace usted a Nuestro Señor?», insinuábanle

algunos colegas en son de elogio. A lo que contestaba con humildad: «*No tantas como debiera. Los presos disfrutaban mucho con las visitas, y nuestro muy amado Jesús está en el Tabernáculo prisionero por nuestro amor.*»

Ante su adorable Salvador, el Hermano Miguel se mantiene inmóvil, penetrado de respeto y amor. Algunos leves suspiros, jaculatorias apenas perceptibles, larguísimos silencios: esto es, cuanto se transparente en lo exterior. «Los más hermosos frutos del alma, ha dicho alguien, maduran ante la lámpara del santuario.» No de otro modo se explican, en el alma de nuestro héroe, la inteligencia de las cosas divinas, la rectitud de los juicios prácticos en el orden sobrenatural y la magnífica cosecha de acciones meritorias que podía presentar diariamente a Dios su Ángel de la Guarda.

Sus intenciones al oír la Santa Misa. — En dos cuartillas, amarillentas y ajadas por el uso, había apuntado las intenciones por las que deseaba oír la Santa Misa cada día de la semana.

He aquí un extracto de ellas:

«El Domingo, en honor de la Santísima Trinidad. — 1.º Por la propagación de la fe y la exaltación de la Santa Iglesia, la conservación y prosperidad del Soberano Pontífice, por los Cardenales, los Pastores de almas y todos los Ministros del santuario.

2.º Para conseguir fe viva, espíritu de fe, profundo recogimiento y espíritu de oración.

3.º Para reparar las ofensas de los malos cristianos que no asisten a misa los domingos.

4.º Por las almas de mis queridos difuntos.

5.º Para pedir a María para mí, mis Hermanos y mis discípulos la gracia de imitar su pureza virginal.

— El Miércoles, en unión con San José. — 1.º Por mis padres, amigos y enemigos, por las Órdenes e Institutos religiosos.

2.º Para conseguir la humildad, la mansedumbre, la resignación, el celo por la salvación de las almas y una gran devoción a San José.

3.º Por las almas más abandonadas del Purgatorio.

4.º Para obtener del Sagrado Corazón de Jesús, por intercesión de San José, la perseverancia final en la gracia de Dios, el fervor en mi vocación y una santa muerte.

5.º Para pedir a María para mí, mis hermanos y mis discípulos el espíritu de recogimiento, de silencio y de fervor.

— El Viernes, en honor de la Pasión y del Sagrado Corazón. — 1.º Por la buena educación de la juventud y en particular por mis discípulos de los

tres grupos (1), por las almas de todos los que hoy han de morir, para que no caigan en las llamas del Purgatorio.

2.º Para conseguir para mí la contrición de mis pecados, la virtud de penitencia, la devoción a la Pasión de Jesucristo y a su divino Corazón.

3.º Por las almas del Purgatorio de quienes nadie se acuerda.

4.º Para desagrar al Sagrado Corazón de Jesús de los sacrilegios de aquellos que indignamente comulgan.

5.º Para pedir a María, para mí, mis Hermanos y mis alumnos, tierno amor a Jesús Crucificado.»

El Hermano Miguel escribía el 8 de septiembre de 1879:

«*¡Sea mi vida, perpetua preparación y acción de gracias para la Sagrada Comunión!*» ¿Y quién puede dudar que no fueran todos los días de su vida verdaderos himnos eucarísticos? Desde 1890 recibía cada mañana el Pan de los ángeles. «*La comunión, decía, es el paraíso anticipado, es el beso de perdón, el descanso en el Corazón de Jesús, la fuerza de padecer y la promesa de gozar eternamente.*»

Tan pronto como volvía de la Sagrada Mesa, el Hermano Miguel se abismaba en profunda adoración; luego manteníase inmóvil y con los ojos bajos; arreboladas las mejillas por el fuego interior que abrasaba su pecho, proseguía largo tiempo su coloquio con el divino Huésped. A veces ocultaba el rostro con las manos para encubrir la conmoción de sus santos deliquios y dar rienda suelta a las lágrimas que hilo a hilo se le desprendían de los ojos.

Tomaba, por último, el crucifijo; mirábalo con ternura, cubría amorosamente de besos sus llagas, saboreando el dulcísimo licor de delicias con que regala el Salvador a las almas crucificadas. Si no le llamaba la obediencia, seguía en la capilla, donde se le iba el tiempo sin advertirlo. Lo contemplábamos siempre con provecho y singular edificación.

Devoción al Sagrado Corazón. — La devoción a la Eucaristía y al Sagrado Corazón se hallan tan íntimamente unidas, que no podían dejar de florecer en el alma del Hermano Miguel. El Corazón de Jesús, hoguera inmensa de caridad, tesoro infinito de ternura, trono de compasión y misericordia, todo blandura y benignidad, le arrebatada con fuerza invencible. En Él adoraba el centro orgánico

(1) Los tres grupos a quienes se refiere el Hermano Miguel eran: sus alumnos de clase, los congregantes y los niños a quienes preparaba para la primera Comunión.

donde hallan suavísimo eco todos los sentimientos, armonías y encantos del Hombre-Dios, y rendía homenaje al Amor imponderable de que es emblema y foco dicho Corazón.

Hacia 1880 parece tomar mayor incremento y predominio en el Hermano Miguel la devoción al Corazón deífico. Escribe por aquel entonces:

«Oh dulce Jesús! Atraedme, cada día más, junto a vuestro Corazón, para que me absorba vuestro amor y quede yo enteramente abismado en su dulzura.

Os consagro mi corazón; colocadlo en el vuestro. En vuestro Corazón es donde quiero habitar, con Él quiero amar.

No hay verdadera devoción al Sagrado Corazón cuando se conserva algún apego o cariño desordenado en la tierra. Si quiero, pues, ser verdaderamente devoto del Corazón de Jesús, y adelantar en su santo amor, he de desprender mi corazón de todo afecto natural para unirlo, pobre y miserable como es, al que solo puede y debe llenarlo, al Corazón de mi bondadoso y amable Salvador.»



Cristo, Rey de las naciones
y de los hogares cristianos (1)

El 26 de noviembre pronuncia el Hermano Miguel la consagración especial, el *pacto irrevocable*, del que sacamos algunas líneas:

«Yo, el más miserable de todos los hombres, atraído por el amor infinito que me profesáis y por el íntimo convencimiento de mi impotencia, me atrevo a hacer con Vos un pacto solemne, entregándome del todo a la bondad y al poder de vuestro divino Corazón, con todo cuanto tengo: mis intereses de esta vida y los de la eternidad, con los de todas las personas de mi cariño, así como mis penas y dolores, éxitos y fracasos, mis dolores, inquietudes y dificultades; en una palabra: todas mis miserias y flaquezas, mis esperanzas y angustias. Vos, Señor, disponed de todo conforme a

(1) Este cuadro, pintado en Roma por orden del Presidente-Mártir García Moreno, fué el que sirvió para la Consagración de la República ecuatoriana al Sagrado Corazón de Jesús, en 1873. Salvado dos veces de las manos sacrílegas de los asesinos del *Gran Americano*, dicho lienzo se conserva hoy día en la Secretaría internacional de la Obra de entronización del Sagrado Corazón de Jesús. (*Valparaiso, Chile.*)

vuestra santísima voluntad, para mayor gloria vuestra y bien de mi alma. Me descargo, pues, en Vos de todo, sin reservarme nada.

Por mi parte dispuesto estoy, ayudado de vuestra santa gracia, a trabajar con todas mis fuerzas a fin de que os conozcan, amen y sirvan mis alumnos de los tres grupos; a procurar que eviten el pecado, en cuanto de mí dependiere; a hacer penitencia por mis culpas y por las ajenas...

Señor, ya sabéis que no soy sino un granillo de polvo. Conservadme en el secreto de vuestro santuario, y no me dejéis salir de él nunca jamás. Miradme con ojos benignos, a pesar de mi miseria e insignificancia; apiadaos, Señor, de tanta ruindad.

Hecho en Quito, el 26 de noviembre de 1884. Hermano Miguel.»

Era, según nos afirman, muy difícil hablar diez minutos con el Hermano Miguel sin que encaminase hábilmente la conversación hacia las cosas de Dios. Expresábase entonces el recuerdo del Sagrado Corazón, habitual en él, por alguna palabra de apóstol, por expresiones ardientes (1). Hubiera querido comunicar a todos el fuego divino en que ardía su pecho. «Derramaré copiosas bendiciones sobre todas sus empresas»: tal es una de las promesas del Sagrado Corazón a sus verdaderos devotos. ¿Y quién no ve, en esta devoción, el principio del gran bien realizado por nuestro ferviente religioso en su tan fecunda labor? A tan divina influencia podemos también atribuir el ánimo esforzado con que practicó el Siervo de Dios las demás virtudes, de las cuales vamos a tratar.

(1) El devotísimo Hermano Miguel no escribía ni una hoja, ni un billete sin las iniciales de la Santísima Trinidad a la izquierda, y en el centro, las tres letras J. M. J. debajo de un *Corazoncito coronado de una cruz*. Y sabemos que no era esto una mera formalidad rutinaria, sino una de las múltiples manifestaciones de los admirables e íntimos sentimientos de fe y amor de que estaba llena su alma tan piadosa, como ilustrada y convencida.

CAPÍTULO IX

El Hermano Miguel en Quito Virtudes y devociones

(Continuación)



CUANDO formó Dios el corazón del hombre, dice Bossuet, dotóle primero de bondad, como de sello propio de la naturaleza divina, como huella de la mano benéfica de donde salimos. Había de ser la bondad como el fondo, la médula de nuestro ser, al propio tiempo que nuestro más poderoso señuelo para conquistar el corazón de los demás hombres. Mas ¡ay! ¿qué ha sido del plan divino? El egoísmo agosta multitud de almas, arruinando su fuerza atractiva; amargando, con el mal-estar y la tristeza, tantísimas vidas, donde sólo debieran florecer la paz y la alegría. Pero entre sus triunfos cuenta la divina gracia el de restaurar la bondad en las almas generosas; de hermosearlas con purísimos resplandores, singularmente en las de los santos, en quienes brilla con tal ternura, valor y constancia, que atraen y subyugan los corazones más acerbos y empedernidos.

Su benignidad y afabilidad. — Según unánime testimonio, tal se mostró siempre el Hermano Miguel, en quien campeaba la bondad como virtud dominante. No parece sino que labraba su propia ventura esparciendo a manos llenas, en torno suyo, effuvios de santa alegría.

Eran amables sus modales, afectuosas sus palabras; hasta en sus labios sellados sonreía su alma cándida. No sólo le causaban pena y horror las ofensas a la reputación ajena, sino que hubiera querido fuese siempre, en su presencia, la alabanza juiciosa y espontánea. «*Alabar debería ser nuestro primer movimiento*», decía con

frecuencia. Conocía, como nadie, el arte de la alabanza sincera. No había asomos de restricción ni reticencia en sus elogios, ni menos se valía de ciertas sonrisas malignas que, a menudo, desmienten y destruyen el efecto de las palabras laudatorias. Alababa con franqueza, porque amaba cordial y sinceramente. Si algo se le hubiera podido echar en cara, era el defecto de exagerar bondadosamente los méritos de aquellos de quienes hablaba. Colegas, discípulos y amigos: a todos tenía conquistados el atractivo de su caridad. Para todos fué y sigue siendo: *el bueno, el candoroso Hermano Miguel*.

Tan afable era su trato, que cuantos comunicaban con él quedaban prendados de su persona. A una fiesta de Corpus, cuya procesión era tan solemne y suntuosa, concurrió todo el personal del «Beaterio», menos el Hermano Miguel, por impedírsele sus lisiados pies. Aprovechándose de la ocasión, se introdujeron en la escuela seis individuos que proyectaban hacer su agosto en casa ajena. Para lograr su intento habían, días antes, sustraído el manajo de llaves del Hermano Procurador. Notando el Hermano Miguel, desde su cuarto, cierto ruido extraño, y queriendo cerciorarse de lo que aquello podía ser, recorrió la casa y topó con aquellos visitantes importunos. Los trató con su acostumbrada afabilidad; y, sin preguntarles siquiera cómo ni para qué habían entrado, les hizo recorrer todo el establecimiento; luego se despidieron agradecidos. Su amigo íntimo, conocedor del hecho, lo consideró como cosa milagrosa, y quedó convencido de que la impresión de santidad que se desprendía del Siervo de Dios le había preservado en esta circunstancia y librado la casa de un asalto premeditado.

Mostrarse siempre bueno, oficioso, insinuante, en la vida común, no es mérito vulgar, que digamos. No basta para ello ser de buena condición, ni menos aún tener el deseo egoísta de evitar cuanto turbe la tranquilidad personal. Sólo las almas fuertes, tiernas y desprendidas lo consiguen, si bien casi nunca sin lucha ni aflicción. El Hermano Miguel cifraba su dicha en la caridad que informaba sus comunicaciones con Hermanos y discípulos; y ésta constituía también una prueba para su virtud. La exquisita sensibilidad de su natural nervioso le predisponía a padecer mucho con los choques y rozamientos inevitables; pero su corazón benévolo triunfaba de todas las humanas flaquezas.

Colmar a todos amablemente de favores, en los límites de lo posible, parecía ser una necesidad para él. Y no le faltaron, por cierto, ocasiones de ejercer este apostolado de la afabilidad. Bastaba que

alguno le pidiese un informe, un trabajo, o cualquier otro servicio, para que, dejando sus más apremiantes tareas, atendiese en seguida a las peticiones de sus hermanos.

Si, como ocurría a menudo, le interrumpían veinte veces en medio del trabajo, otras tantas acogía al solicitante con afable sonrisa. «*Siéntese, Hermano mío, decíale cariñoso, ¿qué se le ofrece?, me tiene usted a su disposición.*» «Cierta día, refiere uno, presentéme ante el Hermano Miguel momentos antes de la apertura del retiro anual. Rodeado de sus copistas, estaba rematando un trabajo, antes de que llamasen para principiar los ejercicios. Expúsele el motivo de mi visita: necesitaba unos informes y deseaba saber dónde hallarlos. ¿Creen ustedes que me despidió por lo intempestivo de la demanda? Muy al contrario. En el ligero, casi imperceptible fruncimiento de sus labios pude, sí, dar en la cuenta de lo mucho que entonces le molestaba; mas, dueño siempre de sí mismo, despachó tranquilo a sus auxiliares, me escuchó, compulsó sus libros, y, dejando sus propios trabajos para la semana siguiente, satisfizo cumplidamente mis deseos.» Por sus Notas íntimas venimos en conocimiento de cuánto le costaba, a veces, ser tan servicial; hubo de sostener largas luchas para vencer del todo la resistencia interior, para mirar al provecho y servicio de todos con perfecta ecuanimidad. Acerca de este particular escribe:

«Por muy ocupado que esté, acogeré amable y graciosamente a cuantos acudan a mí: Superiores, Hermanos, personas de fuera, etc., como si fuesen Nuestro Señor mismo o su Santísima Madre.»

Su insistencia en esta y otras resoluciones análogas es prueba palmaria de que en él esa constante y obsequiosa deferencia tenía el mérito de la victoria; tal vez no hayan caído en la cuenta de ello muchos de sus amigos. Tan completo fué su triunfo en este punto, que hasta hubo quienes juzgaban, a veces, excesiva la bondad del Hermano Miguel. «Es usted demasiado bueno, le decían. Como nunca tiene usted cara para decir un *no* rotundo, muchos abusan de su generosidad.» Gran verdad había en ello, y no solían ser los más importunos quienes más agradecidos se mostraban; mas por eso se agotaban las finezas del caritativo religioso.

Su condescendencia y caridad. — Su grata condescendencia para con los Hermanos rayaba en abnegación la más absoluta. Su tiempo

todo era de ellos; de ellos eran también sus conocimientos, sus libros, sus trabajos y la influencia granjeada con su fama. No regateaba molestias ni fatigas, siempre que podía ayudarlos en algo. «En 1905, escribe un profesor de la Sagrada Familia, murieron tres religiosos y cayeron otros gravemente enfermos: el Hermano Miguel se ofreció para dirigir una sexta clase, en la que se apiñaban más de cien niños; lisiado como estaba, tenía que mantenerse en pie gran parte del día, y la turbulencia de los rapazuelos, que no sentían la mano enérgica de su maestro ordinario, llegó a apurar su paciencia; mas por nada parecía querelloso y descontento. Siendo él Director de la comunidad hubo de ausentarse un profesor de francés; a sus ya onerosas ocupaciones añadió el Hermano Miguel las clases que aquél desempeñaba. Otros muchos, sin duda, habrían ofrecido sus servicios; pero muy pocos se hubieran sacrificado de tan buena gana y procedido con igual solicitud, sencillez y modestia.»

Para con los Hermanos afligidos por cualquier dolor era su bondad compasiva, tierna e ingeniosa. «¡Cuántas veces, escribe uno, siendo él Director de novicios, iba yo a comunicarle mis disgustillos, mis pesares, mis desalientos! Escuchábame cada vez cariñoso y atento, para consolarme luego con palabras henchidas de fe y de ternura.» «Cuando me hallaba desazonado, dice otro Hermano, procuraba hacerme encontradizo con el Hermano Miguel. Su sola presencia, un saludo con su gracioso *¡Viva Jesús en nuestros corazones!*, dilataban mi alma oprimida. Algunas palabras suyas, la sola promesa de orar por mí, me devolvían pronto el sosiego.»

Con grandes ansias suspiraban los enfermos por las visitas del Hermano Miguel. Aquí cabe referir el hecho siguiente, al parecer extraordinario. El Hermano Daniel Taraise, residente en el Ecuador desde muchos años, manifiesta su singular curación en estos términos: «...Siendo miembro de la Comunidad de la Sagrada Familia, me vi acometido, en febrero de 1903, de agudísimos dolores de *apendicitis* que me redujeron a la inacción. Recibí entonces, en mi lecho de dolor, la visita del Hermano Miguel, a quien supliqué me encomendara a Dios en tan penoso trance. Ofrecíomelo de grado, y acto continuo empezó a rezar por aquella intención mía, mientras descendía las gradas del dormitorio para volver a su celda. ¡Cosa admirable! Aun no bien hubo entrado en su aposento el Siervo de Dios, cuando desaparecieron como por ensalmo mis padecimientos y me sentí completamente curado.»

¿Qué mucho se captase con tales procedimientos las voluntades de todos, y que, en la comunidad, se tuviesen por muy beneficiados sus Hermanos cuando podían complacerle en algo? «Con frecuencia, escriben, le ofrecíamos el brazo para ayudarle a subir una escalera o salir a la calle, servicio que él aceptaba con agrado...» «Teme ya injerto en un buen árbol, díjole un día su compañero; espero me comunicará V. siquiera una partecica de sus virtudes. —*Amigo mío, el brazo con que me ha sostenido V. brillará con particular resplandor en el Paraíso...*» Y todos anhelábamos participar de tamaño galardón.»

Su dulcedumbre para con los alumnos. — En el capítulo V de esta Biografía hemos intentado ya poner de manifiesto la bondad, el celo, la abnegación y el cariño del Hermano Miguel para con los niños; no haremos, pues, hincapié en ello. Si alguna vez necesitaba castigar, lo cual rara vez sucedía, al punto trataba de paliar lo agrio de la advertencia con la dulzura de paternales atenciones. De la misma lenidad usaba aun con los más díscolos.

En sus comunicaciones con los antiguos alumnos, con los padres de éstos y con los amigos del Instituto, tantos y tan preclaros en Quito, ostentaba el Hermano Miguel idéntica delicadeza, la misma prudente cautela. Empero, rara vez trababa intimidad con ellos: mostrábase sumamente atento y cordial con sus amigos, pero su corazón sólo por Dios latía. Además, los dimes y diretes, las noticias, las habladurías le interesaban poquísimo, y oía con pena censurar a los ausentes. No bien principiaba un chismoso algún relato picante, cuando el Hermano Miguel le daba a entender, con su silencio y severo semblante, cuán poco le agradaban aquellas murmuraciones. Si le comunicaban alguna desavenencia, sabía apreciar las culpas recíprocas con espíritu pacífico, es decir, con prudencia y caridad que allanan las dificultades. Dejábalos a todos, en tales ocasiones, si no contentos consigo mismos, cuando menos prendados de su discreción.

Su caridad para con las Ánimas. — No sólo en provecho de los vivos redundaba la caridad del Hermano Miguel; también a las almas del Purgatorio les cabía no pequeña parte. Multiplicaba en su alivio las oraciones durante la santa Misa y después de la Comunión; esforzábase en aplicarles copiosas indulgencias. Varias veces al día, utilizando algunos ratos libres, abría la *Raccolta*, o colección

de oraciones indulgenciadas, «*para enviar, según su gráfica expresión, una monedita espiritual a la Virgen María por el rescate de sus hijos, cautivos en las llamas de expiación*».

Siendo aún joven religioso cumplió el acto llamado heroico, ofreciendo a la *Reina del Purgatorio*, por las benditas Ánimas, todo el valor satisfactorio de las obras buenas que, Dios mediante, hiciere durante su vida, junto con el de los piadosos sufragios que se le aplicasen después de su muerte.

* * *

En Quito tuvo el Hermano Miguel el gran mérito de conservar, durante más de treinta años, amistosas y pacíficas relaciones con todos sus colegas. Los hubo cuya índole o modales le hicieron, tal vez involuntariamente, padecer bastante; mas nunca saltaban a la vista los esfuerzos que había de hacer para no dejar traslucir, con ademanes o palabras, sus sentimientos. Afable y suave, parecía insensible a las molestias de la vida común, a los disgustos, ligeros o graves, anejos a la misma.

Su heroica ecuanimidad y paciencia. — Empeñado en adquirir esa bondad que «*todo lo soporta, todo lo cree y todo lo sobrelleva*», el Siervo de Dios hubo de luchar sin tregua ni descanso. Bajo apariencias muy tranquilas, vióse su alma agitada con frecuencia como mar de fondo. Dificultad en someterse con prontitud, impresiones penosas, repugnancia invencible a las órdenes recibidas, sentimientos de aversión o, mejor dicho, de poca simpatía para con algunos colegas, variaciones de humor respecto de unos u otros: todo eso y más lo experimentaba y le dolía. Claro está que conocía la diferencia entre sentir y consentir; pero se quejaba a Dios, durante la borrasca, pidiéndole con humildes súplicas el espíritu de mansedumbre.

¿Será menester añadir que la constante dulzura, la paciencia inalterable tienen especial mérito en un escritor? — En tanto permanece el manuscrito entre sus manos, mientras él solo entiende en la elaboración de la obra, libre de estampar en ella rasgos característicos de su peculiar criterio, legítimos goces acompañan a las fatigas del trabajo. Empiezan sus desazones cuando salen las amadas cuartillas de la mesa en que, acaso largo tiempo, pudo el autor volverlas y revolverlas a su sabor. Entonces es cuando prin-

cipia el purgatorio del pobre escritor, con los revisores, que vacilan en adoptar las doctrinas del autor, estimando en más las propias; con los impresores, que multiplican los atrasos, más aún que las promesas; con los correctores, cuyas críticas a porrillo son a veces inconciliables entre sí; con los tipógrafos distraídos, que vuelven a sembrar de disparates un texto corregido ya diez veces; con los lectores malintencionados, que se regodean cuando pueden dar caza a cualquier faltilla o lapsus. ¿Qué diremos, pues, del Hermano Miguel, que arrostó risueño y tranquilo, durante veinte años, tanto contratiempo?

¿Cuáles fueron su calma, su paciencia en medio de los niños? Hemos oído de eminentes religiosos, predicadores o contemplativos, la siguiente afirmación: «La mayor mortificación, a nuestro parecer, no es el ayuno que extenua el cuerpo, ni la disciplina o el cilicio que lo atormentan; más meritoria es la paciencia de un Hermano a quien molestan de continuo sesenta o cien niños, juguetones y parlanchines, mareándole con su ligereza y poca atención. Conservar la serenidad, a despecho de tantas ocasiones de sulfurarse, no dar libre desahogo a los ímpetus de la ira o del enfado, indicio es de gran virtud.» El Hermano Miguel poseía en grado eminente esa cualidad, y su mansedumbre ganaba el corazón de sus discípulos.

Sus compañeros más antiguos en el profesorado nos dicen que aquella posesión de sí mismo *era fruto de la lucha tenaz sostenida contra su temperamento*. No consiguió de buenas a primeras el completo dominio de sí mismo. En las primeras fases de la pelea respingaba la naturaleza, despuntaba la impaciencia con tal o cual palabra o en algún gesto, muy pronto lamentados. Pero de esto apenas se citan algunos ejemplos en veinticinco años. Agregaremos, como circunstancia atenuante, que solía tener bajo su vigilancia a centenares de escolares, esperando, en el patio del Beaterio, la señal de salir de la escuela para regresar a la casa paterna.

Si señalamos los esfuerzos de aquel a quien llamaban en Quito «*el santo de la Comunidad*», es con el intento de dar mayor lustre a su mérito, de sacar de él un retrato halagüeño, sí, pero fiel aun en los menores matices, hasta en las sombras transparentes que ponen más de manifiesto las luces del cuadro.

* * *

Su ardor apostólico. — No hace falta insistir mucho para demostrar que el celo, auténtica manifestación de la caridad para con el

prójimo, fué una de las virtudes relevantes del Hermano Miguel. Ardía en su corazón «el fuego de la caridad bajo el rescoldo de la humildad», según se expresa San Vicente de Paúl.

El celo de las almas fué uno de los motivos determinantes de su entrada en religión. Durante veinticinco años desvivióse en preparar la morada que el Dios de la Eucaristía anhela habitar, esto es, el alma pura de los niños. El celo fué, por último, junto con la obediencia, el que puso en sus manos una pluma fecunda, cuyos productos iban enderezados a la educación cristiana de la juventud.

Citaremos, a este propósito, algunas palabras de nuestro incansable trabajador:

«Da verdadera lástima el actual tristísimo estado del mundo. No parece sino que se ha desencadenado el demonio con el intento, nada menos, de derribar la Iglesia, como si ello fuera posible... ¡Ay, Dios mío! Yo no puedo nada; pero, ayudado de tu divina gracia, te prometo emplear todas mis fuerzas en conservar y dirigir por las sendas del bien a los niños, tan caros a tu amante Corazón y al de tu divina Madre.

En el angustioso estado de la sociedad moderna, mi divino Salvador me llama a la conquista de las almas, sin tener ninguna necesidad de mí y a pesar de mi absoluta incapacidad para todo lo bueno. ¿Seré sordo a su voz? ¿Huiré del dolor cuando Él me promete estar conmigo? ¿Tendré atrevimiento para negarle esta muestra de amor y agradecimiento?...

He de ocuparme en todos los trabajos de que estoy encargado, con espíritu de amor, de gratitud a la divina bondad, que tiene a bien emplearme en su gloria y en la salvación de las almas.»

Sabemos ya cuánto escribió el Hermano Miguel. En ello arruinó su salud. Lo que llevaba publicado no le parecía sino prólogo de lo que deseaba publicar aún. Entre otras cosas ansiaba preparar una *Vida de los Santos*, un *Mes de María* y una colección de libros para premios.

* * *

Observancia de los santos votos.—Pobreza.—Tan pronto como se halló en las condiciones estipuladas por la regla de su Instituto comprometióse el Hermano Miguel a servir a su Divino Maestro mediante los votos de religión: votos anuales de 1872 a 1879, votos trienales de 1879 a 1882, profesión perpetua el 8 de diciembre de 1882. Veamos cómo cumplió sus solemnes promesas.

Sabía que el espíritu de pobreza es como protectora muralla a cuyo abrigo produce la vida religiosa las más bellas flores y los más sazonados frutos. Por ningún pretexto consentía abrir brecha en ella, temeroso de dar entrada a las fieras que asuelan y manchan los espirituales pensiles.

No poscer ni guardar nada para su uso, sino en los límites de la Regla o de la obediencia; quedar satisfecho con lo suministrado a los demás miembros de la comunidad, sin solicitar ningún privilegio; desear y buscar lo peor, en las cosas dejadas a la libre elección de cada uno; no disponer del objeto más mínimo sin permiso: tal fué la constante conducta del Hermano Miguel.

Campeaba la pobreza en su celda, donde nada había inútil o superfluo. Libros, imágenes piadosas y varios instrumentos de penitencia, esas verdaderas «joyas del religioso», en expresión de Santa Teresa, constituían toda su riqueza.

Igual pobreza resplandecía en el traje del Hermano Miguel, sin que dejaran por eso de estar siempre muy limpios. «Durante los dieciocho años que viví con él, escribe un Hermano, no le vi más que tres sotanas nuevas. Era para nosotros un acontecimiento verle tan endomingado; y si le dábamos parabién por el luciente vestido, respondía sonriente: *«¿Qué hemos de hacer? Me han dado esta tan guapa sotana con la condición de que la lleve.»* Tal orden tenía su fundamento, pues todas las prendas nuevas del modesto religioso solían ir a enriquecer el vestuario del Noviciado.

Brillaba su espíritu de pobreza siempre y en todas partes. «Cuando le pedíamos algún informe, si nos lo daba por escrito, valíase de pedacitos de lápiz abandonados por los demás miembros de la Comunidad, de sobres de cartas ya utilizados, de retazos de papel escritos ya por un lado. Encargado de la biblioteca escogía para sí los volúmenes más estropeados. Si daba con un botón, un alfiler o cualquier otro objeto utilizable, recogíalos diciendo: *«Los pobres no debemos dejar perderse nada. No hemos hecho voto de pobreza para vivir como ricachones burgueses.»*

Aquel verdadero pobre de Jesucristo consideraba como particular favor del cielo, como facilidad especial para la práctica perfecta del voto de pobreza, el haber pasado casi toda su vida en una comunidad pobre y en medio de niños pobres.

Ya hemos tenido ocasión de encarecer su ternura para con los escolares menos favorecidos por las comodidades de la vida. Aquéllos eran sus privilegiados; hallaba en su resignación ejemplos de

valor y abnegación que le conmovían; además, la admirable semejanza que veía en sus padecimientos con el divino Pobre le inclinaba hacia ellos.

* * *

Castidad. — La gloria del religioso casto consiste en realizar, en los breves días de esta vida terrenal, una imagen de la bienaventurada eternidad, en la que, según enseña Jesucristo, serán los hombres semejantes a los Ángeles. El Hermano Miguel participó de esta gloria envidiable. Resplandecía en toda su conducta la celestial pureza; destilábase, por decirlo así, de sus ojos límpidos y candorosos; le envolvía como plácida aureola, que infundía respeto y veneración en torno suyo. Esto explica los frutos admirables conseguidos en su ministerio con los niños y los jóvenes: privilegio es de las almas muy puras el llevar a Dios a cuantos las tratan de cerca. La ciencia, la fama, el crédito no son por sí solos capaces de tamaño apostolado, al paso que las palabras salidas de labios angélicos llevan consigo fuerza y dulzura avasalladoras. En muchas notas escritas acerca de nuestro Hermano leemos expresiones como las siguientes: «*el angélico, el purísimo Hermano Miguel*». Muchos testigos expresan la convicción de que siempre conservó intacta su inocencia bautismal.

Para permanecer puro, el Hermano Miguel no tuvo que desprenderse de la liga de los afectos malsanos, a los que nunca dió albergue, ni del apego a las delectaciones sensuales, que no cesó de combatir; mas no por eso dejaba de macerar su cuerpo con los santos rigores de la penitencia y de andar siempre con sumo recato y modestia. Véase cómo se regula sobre el particular:

«Modestia estricta de los ojos en las calles, en el refectorio y al hablar a otras personas. En el patio y en la clase no fijar nunca los ojos en ningún niño por mera complacencia.» — 8 de septiembre de 1883.

Recato y modestia. — Cumplió esta resolución con generosidad constante, cual lo atestiguan los que vivieron con él. Escuchémoslos:

«Con motivo de su cargo respecto de los niños de la primera Comunión, así como por su larga permanencia en Quito, llamaban con frecuencia al locutorio al Hermano Miguel. Cuando el portero le daba aviso de alguna visita, el santo religioso hacía de rodillas un acto de adoración, según dispone la Regla, formaba con

piEDAD angélica una crucecita sobre su corazón y, con el rosario en la mano, íbase, como decía, a *cumplir la voluntad de Dios*. Si le llamaba algún antiguo alumno, o un amigo de la comunidad, mostrábase afable y cariñoso en sumo grado; mas si se hallaba en presencia de la madre de algún escolar guardaba sumo recato, no exento, empero, de afabilidad; conservaba el rosario en la mano, hablaba poco, y tan pronto como podía terminaba la plática. Si la conversaci6n se alargaba, se valía de jaculatorias para conseguir verse pronto libre, según nos confesaba después en los recreos. A menudo, la persona que le detenía alegaba alguna cita a la que debía acudir, y pediale licencia para retirarse.»

«Apenas levantaba el Hermano Miguel los ojos en las calles sino para conducirse. No le distraía cuanto pasaba en derredor suyo, absorto como estaba en rezar el rosario, con el corazón elevado a Dios. Devolvía atento y cortés todos los saludos que le hacían; pero su cautela tocaba en severidad, si acaso le detenía una señora. Nadie llevaba a mal aquella su frialdad voluntaria; antes bien, estimábanle todos como a santo.»

Luchas íntimas. — Siendo, como es, tan sublime la corona de la perfecta castidad, no es maravilla se halle expuesta a muchos y terribles asaltos. El Hermano Miguel conoció esas acometidas y le atormentaron con una obstinaci6n y pertinacia que no hay por qué extrañar. Pues qué, ¿no le convienen acaso a la virtud esos humillantes latigazos para acicalarla y robustecerla más y más? Esas recias baterías, esas bofetadas de que se quejaba el mismo gran Apóstol San Pablo, ¿no son por ventura la piedra de toque que descubre los quilates del alma y de donde ésta sale afinada y limpia de la escoria de las pasiones? Era, pues, muy natural que el alma de nuestro Hermano fluctuase, a veces, cual navecilla perdida en medio del océano embravecido, combatida por las olas y cercada de tempestades. En medio de la sorda refriega recurría sin inmutarse a la celestial Estrella de los mares, humillábase y permanecía alegre, sereno y confiado.

* * *

Obediencia. — Al inmolar la voluntad propia, el voto y la virtud de obediencia forman el tercer clavo que fija al religioso en la cruz de Jesús. «Necesario es, decía Nuestro Señor a Santa Catalina de

Sena, que se conforme de tal suerte tu voluntad con la mía que nunca quieras, no sólo el mal, sino aun el bien que yo no quiera.» El perfecto obediente no tiene más que una voluntad: la de Jesús, manifestada por la Regla y las decisiones de los Superiores.

Para estar seguro de no discrepar, en cosa alguna, de la divina voluntad, el Hermano Miguel solicitaba a cada instante las licencias que creía necesarias u oportunas. No sólo las pedía para los actos que no presuponen permiso tácito, tales como salir del colegio, emprender un trabajo determinado, efectuar una compra, por mínima que fuese, sino que la requería para cosas que van implícitamente comprendidas en los permisos generales otorgados a un religioso profeso. Como el más dependiente de los novicios, sólo con venia del Superior iba al locutorio, tomaba algún libro de la biblioteca, escribía o abría una carta, daba o recibía una estampa. Tanto la obediencia como la pobreza eran, para él, objeto de loables escrúpulos. Tenía sed de obedecer, de desasirse, de ofrecerse como holocausto en aras de la más estricta sujeción. Mediante esos actos de sumisión, cuya continuidad mortifica no poco el amor propio, se preparaba para los actos más importantes de obediencia religiosa ya referidos en páginas anteriores, o que daremos a conocer en los capítulos siguientes.

No se aplicaba sólo el Hermano Miguel a la obediencia de acción, sino a la obediencia del juicio y de la voluntad, mucho más difícil y meritoria. «*Obediencia pronta y alegre: sumisión absoluta del corazón y del juicio*», escribe en sus *Notas espirituales*. Insiste en ello con frecuencia, porque en este particular se le hace harto penosa la virtud. De las confidencias estampadas en sus cuadernos de retiro, claramente se colige haber pasado el Siervo de Dios por períodos de lucha íntima, antes de llegar al perfecto señorío de su voluntad, al tranquilo y completo amoldamiento a las órdenes de los Superiores. Mas, a la postre, ¡qué hermoso triunfo consiguió la gracia sobre la naturaleza!

Aprecio a su santa vocación. — Hemos hablado ya del apego del Hermano Miguel a su santo estado, de los asaltos y artimañas de que triunfó para perseverar en él hasta el fin de su vida. Como lo amaba y estimaba con toda su alma, esforzábese en desempeñar con la mayor perfección todos sus deberes, no contentándose con ser un religioso cualquiera, atascado en lastimosa medianía. Su humildad le sugiere estos pensamientos:

«Cosa maravillosa es que me haya llamado Dios a esta santa vocación, y más maravillosa aún que no busque yo en ella sino mis comodidades e intereses, en vez de la gloria de Dios.

Cuanto más me olvide de mí mismo, poniéndome del todo en manos de Dios, sin buscar mi comodidad ni mi interés, tanto más proveerá Dios por mí y obrará infinitamente mejor que yo.

La mayor merced que puede hacer Dios a un religioso es concederle la perseverancia final en su santa vocación y hacerle morir revestido del santo hábito. Así lo pedimos en el *Avemaría*, donde tantas veces repetimos: *Ora pro nobis; nunc et in hora mortis nostrae*; pero desgraciadamente no lo pedimos siempre con gran atención y vehementes deseos a la Virgen Santísima.»

Observancia regular. — En la observancia constante, vivificada por la fe, halla el Hermano Miguel la felicidad y la paz, al mismo tiempo que las mortificaciones más molestas para su naturaleza, más santificantes y menos expuestas a engaño. No ordena, empero, su vida con regularidad mecánica, cual si el movimiento de un reloj de imposible péndola le sirviese de motor; antes bien, el amor de Dios es el que le mantiene cautivo bajo el bendito yugo regular. Su fidelidad es reflexiva, voluntaria, amada. Oigámosle:

«No molesta la Regla sino para enderezar, ni hiere sino para curar. La Regla es el rodrión que sostiene el arbusto, el freno que dirige y modera el trote del corcel, la fuerza que violenta el arco para dar a la flecha más pujanza y rapidez.

Me aplicaré al cumplimiento de las santas Reglas, para alcanzar la unión con Dios y la gracia de evitar las menores faltas.»

Cupo al Hermano Miguel el mérito, nada común, de ejecutar siempre con fervor y sencillez las menores prescripciones de la Regla. Sus muchas ocupaciones, sus habituales achaques no eran parte ni excusa para dispensarle de ninguna práctica ni ejercicio. Pensaba que valerse de tales pretextos para rendirse a la flaqueza humana no es otra cosa sino obsequiar al diablo.

Un colega suyo declara: «*Jamás he podido sorprender en el Hermano Miguel el menor quebranto de la regularidad, de la pobreza y obediencia, asimismo de las demás virtudes religiosas.*»

«Para poner de manifiesto su perfecta observancia, escriben sus cohermanos, sería menester, después de citar todos los artículos de la Regla, uno tras otro, añadir este comentario: He aquí lo que este Siervo de Dios se ha extremado en poner por obra. Desde que se

levanta por la mañana al primer toque de campana, hasta que se retira a descansar por la noche, es fidelísimo esclavo de la Regla; ella le guía en clase, en comunidad y en todas partes.» Hacer con piedad un acto de devoción al entrar en un cuarto, por breve que haya de ser la estancia en el mismo; descubrirse al pasar ante los Superiores y colegas, no obstante la molestia especial que le causa su penoso andar; dejar el trabajo, interrumpir cualquiera conversación en el instante mismo en que tañe la campana, llamando para un ejercicio común; arrodillarse en medio de la capilla y besar humildemente el suelo si, a pesar de su diligencia, llega algo tarde; concertar el silencio y las palabras conforme a las prescripciones regulares; no ausentarse de ningún ejercicio sin previo permiso del Hermano Director, o, en ausencia suya, después de haber avisado al más antiguo de los Hermanos presentes, aun cuando sea un simple novicio: tales son, entre otros muchos actos de observancia, los que colman de méritos la vida del Hermano Miguel.

No despertaban la atención esos ejemplos, porque eran frecuentes y porque iban velados con la mayor sencillez. En ciertas ocasiones, no obstante, cautivaban la admiración de sus Hermanos. Cuando el Académico español D. Ramón Menéndez Pidal fué a Quito, como Enviado extraordinario de Su Majestad Católica, invitó a los Miembros de la Academia ecuatoriana a un banquete oficial. El Hermano Miguel visitó al ilustre letrado, y con humildes excusas le suplicó no insistiese en retenerle más tiempo: la fidelidad del observante religioso a un punto de la Regla del que fácilmente hubiera podido eximirse en aquella circunstancia, causó en todos no poca edificación. «He oído a varios Hermanos de su venerable Instituto, escribe el R. P. Julio Matovelle, afirmar que nunca observaron en la conducta del Hermano Miguel una falta positiva contra la regularidad. Hasta tal punto parecíanos intachable su conducta, que le decíamos a veces bromeando: «¿De qué pecados se acusa V. en confesión, puesto que no comete ninguno?» Y el ejemplar religioso, sonrojado, se deshacía en humildes razones, en tanto le seguíamos admirando. ¿Qué mucho que un hombre tan regular en su conducta personal recomendase y exigiese, como Director, la puntual observancia de la Regla? Insistía en ello con el empeño que recomienda San Pablo a San Timoteo: «Insta con tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta, con mucha paciencia, instruyendo sin cesar.» (2.^a epístola, IV, 2.)

Exigía de sus novicios voluntad resuelta y alegre en el cumpli-

miento de toda la Regla. Una infracción, por ligera que fuese, si degeneraba en costumbre, se convertía a su ojos en indicio desfavorable, y la combatía con paternal vigor. «*La irregularidad, decía, es para el religioso una especie de pecado capital. Guardemos la Regla y ella nos guardará; pero ¡ay de nosotros si la violamos habitualmente y a sabiendas!... Debemos vivir de la fe, y el medio más seguro de conseguirlo consiste en vivir según la Regla.*»

Siendo Director o Pro-Director de la «Sagrada Familia», el Hermano Miguel solía tomar por asunto de sus conferencias las prescripciones del Instituto y la Regla. Entraba, entonces, en pormenores prácticos, muy apreciados por la Comunidad.

Amor al Instituto. — Una de las señales del gran apego a su vocación era el culto filial que profesaba al Instituto, cuyos métodos, obras y tradiciones hallaban en él ardiente defensor. Poseía en grado muy elevado el espíritu de familia. Por ser el francés la lengua oficial de su Congregación, estudiábalo con esmero, y aun se valía de él con frecuencia para sus apuntes personales. Tributaba a Francia misma un sincero cariño, en atención al Santo Fundador, francés de nación. «...El año de 1870, refiere un sacerdote, éramos niños de ocho a diez años, sus discípulos de la tercera clase, y a esa edad, y a través de los mares, en ese rincón ecuatorial, perdido casi en el universo, llorábamos como propias las desdichas de Francia, rezábamos por sus triunfos y por la restauración de sus antiguas glorias. Ecuatoriano de nacimiento como yo, el muy querido Hermano Miguel fué, toda su vida, francés de corazón...»

No toleraba que nadie, en su presencia, fuera osado a pronunciar alguna palabra que arguyese poca estimación para tal o cual costumbre del Instituto, ni permitía la más leve censura, por indirecta que fuese, contra los diversos modos de proceder observados en él. «*La Congregación, decía, es nuestra Madre; ha de ser, por tanto, para nosotros, la más grata, la más estimada de todas las sociedades religiosas. Mirémosla siempre con amor y cariño de hijos.*»

Amor al Instituto, aprecio práctico de las Reglas, devoción al Santo Fundador: he aquí tres disposiciones que van unidas siempre en estrecho vínculo en un religioso fervoroso.

Devoción a San Juan Bautista de la Salle. — El culto del Hermano Miguel a San Juan Bautista de la Salle se revelaba en su asidua aplicación en leer y meditar la vida y los escritos de este

su muy amado Padre. Solía decir a menudo a los novicios: «*Un Hermano de las Escuelas Cristianas adelantará seguramente en la perfección mediante la fiel observancia de las Reglas y el continuo y atento estudio de las obras de nuestro Santo Fundador.*» «...Recuerdo,



San Juan Bautista de la Salle
Fundador de los Hermanos de las Escuelas
Cristianas

dice el R. Dr. D. Rosendo Dávila, que mi amado maestro tenía siempre a la vista la imagen de su Santo Fundador sobre su escritorio, en la Comunidad. Y, también, manifiesto con vivo agradecimiento y para la mayor gloria de Dios, que en una muy larga enfermedad de los ojos, que padecía yo cuando niño, se lo comuniqué al muy querido Hermano Miguel; y él, con licencia del Hermano Director, me entregó una reliquia del Santo Apóstol de la infancia para que le hiciera una novena, y yo así la practiqué. Al acabarla fuí milagrosa y repentinamente curado de la vista...»

Para dar a conocer a ese héroe en santidad, el Hermano Miguel vertió al castellano su *Vida*, escrita en francés por el Sr. D. Armando Ravelet; además diversos opúsculos, tales como: *La deroción a San Juan Bautista de la Salle propuesta a la juventud* y la *Vida ilustrada de San Juan Bautista de la Salle*, para las escuelas. Compuso en su loa varios *himnos, odas y cánticos*. Hemos citado ya algunos extractos de los mismos. Copiaremos otro fragmento del himno que compuso para la canonización.

«En abismos de ignorancia
Tenebrosos mil y mil,
Condenada ve a la infancia,
Y del vicio al yugo vil.
Conmovido Juan Bautista
E inflamado en santo ardor,
De esas almas la conquista
Emprendió para el Señor.

El candor del alma lirio
En los niños conservar
Fué su pasión, el delirio
De su férvido anhelar.
Y la gloria de Dios solo,
De su vida al clarecer.
Fué su luz, su norte y polo
Hasta su hálito postrer.

Padre al huérfano y hermano
Cariñoso aquí le da,
Que cual Ángel por la mano
Hacia el bien le guiará.
Luz da al ciego, esplendorosa,
En la antorcha de la fe;
De los niños la alma endiosa
Porque a Dios en ellos ve.»

Si, en un recreo, versaba la conversación sobre la influencia social y religiosa de San Juan Bautista de la Salle, enardeciase con evidentes muestras de alborozo. Él, por lo común tan sencillo en su lenguaje, exponía entonces conceptos elevadísimos acerca de la irradiación providencial de la obra del Fundador por el mundo. Admirábale que el siglo XIX, que tanto mármol y bronce ha derrochado en honor de personajes políticos y literarios, funestísimos muchos de ellos, no haya levantado, en las plazas de todas las grandes capitales, la estatua de este esclarecido varón, insigne bienhechor de la infancia y de la Sociedad en tantas Naciones.

La devoción del Hermano Miguel para con su Padre y Fundador no se limitaba a los homenajes y alabanzas, antes propendía a la imitación de las virtudes del Santo, reconocidas de manera tan solemne y oficial por la Iglesia. El año de la canonización (1900) fué de verdadera renovación espiritual para nuestro ferviente religioso, como lo había sido el de 1888, año de la beatificación. Escribíale por entonces uno de sus Superiores:

«Aprovechemos la canonización de nuestro Santo Fundador para dar de mano a nuestros apocamientos y cobardías, para renovarnos y entregarnos por entero a Nuestro Señor.

Todo lo demás es mera vanidad. Nuestra santidad, esto es, el grado de nuestro amor a Jesús y de nuestra unión habitual con Él, es la medida de nuestra acción apostólica. ¡Ojalá el pensamiento de nuestras queridas obras de perseverancia y del gran bien que podemos hacer con ellas a la juventud nos excite a ofrecernos a Nuestro Señor total y definitivamente!...»

En este mismo año de 1900 el Hermano Miguel formó de esos consejos la norma de su vida espiritual: en la comunidad y fuera de ella viósele más ferviente, más desprendido que nunca; y cuando, en las fiestas del triduo, se paseó triunfalmente por las calles de Quito una reliquia de San Juan Bautista de la Salle, se decían los fieles, señalando con el dedo al Hermano Miguel: «*Aquí va el otro santo.*»

CAPÍTULO X

El Hermano Miguel en Quito Virtudes y devociones

(Continuación)



Si hubiésemos preguntado a cuantos trataron de cerca al Hermano Miguel qué señas de evidente santidad creían descubrir en él, hubieran dado probablemente idénticas respuestas, habrían alegado su bondad, su pureza y su humildad. Ya hemos intentado poner de manifiesto hasta qué punto fué bueno y puro; tócanos probar ahora cuán humilde fué este preclaro varón.

Expresiones de humildad en sus Notas íntimas. — Sus apuntes espirituales mencionados anteriormente exhalan, sin duda, el perfume de la violeta. Infiérese de ellos cuán convencido se hallaba de su flaqueza, de sus miserias, de su nada. Hojeémoslos de nuevo para admirar la insistencia, la sinceridad de tales disposiciones.

«Hacer lo posible por tener bajísimo concepto de mí mismo; no preferirme nunca a ninguno de mis Hermanos, considerándome como el mayor pecador, no sólo de la comunidad, sino del mundo entero.

Pedir siempre el amor, la sed de humillaciones, tales como 'plazca a Dios enviármelas, para asemejarme más y más a su divino Hijo y satisfacer por mis pecados.

Desprecio y desconfianza de mí mismo, pobre pecador, ignorante, que nada puede y que tanto ha ofendido a Dios.

Cuando me alaben, reconoceré mi miseria; cuando no logre buen éxito en clase, me conformaré con la voluntad de Dios; cuando se me prefiera un colega o tenga éste más acierto, me alegraré; cuando experimente desganas, arideces en la oración, recurriré a Dios para confesarle mi miseria.

Complácese Nuestro Señor en contemplar a los Hermanos piadosos y observantes, y da plácemes por ello al Beato de La Salle, diciéndole que son dignos de su Padre. Pero, cuando llega mi turno, clava Nuestro Señor en mí su mirada escudriñadora, y al ver mi vida tan indigna, mis cobardías y tibiezas en su santo servicio, se dirige al Bienaventurado y le dice: «¿Qué hace este perezoso aquí? ¿Por qué ocupa este puesto? ¿No sería mejor pedirle?»

Hacerlo todo por Jesús, atribuir a Él solo las alabanzas, aprobaciones y aplausos, creyéndome impotente e inútil para todo lo bueno... En el trato con mis inferiores o con los niños, considerarme como indignísimo de tan sagrado ministerio, incapaz de hacer nada bueno por mí mismo, ni por el alma de ellos, ni por su instrucción, y confiar únicamente en Dios.»

Anhelos de ser guiado y advertido. — No es maravilla, sino más bien consecuencia lógica, que un religioso tan convencido de su ineptitud tratase de buscar, en la dirección de sus Superiores, la salvaguardia de su alma. Era el Hermano Miguel, en efecto, cual blanda cera que se dejaba amoldar y manejar por los encargados de dirigirle. Uno de ellos, Visitador, decía de él: «Se dejaba guiar como un niño.»

No sólo se complacía en ser aconsejado, avisado, reprendido, sino que quedaba muy agradecido a quienes le prestaban tan señalado favor. Siendo Director, no quiso carecer de tal ayuda, y, a petición suya, uno de sus Hermanos hubo de señalarle sus yerros. Consultaba no tanto para oír el consejo deseado, cuanto para conformarse con el que recibiera.

Su desprecio de las alabanzas. — Tanto apreciaba el Hermano Miguel los consejos, cuanto le eran enojosas y desabridas las lisonjas. «*Aun las más burdas, decía, son peligrosas: con harta facilidad se hace nuestro amor propio cómplice de los aduladores.*»

De sí mismo nunca hablaba, ni en bien ni en mal; en bien, porque no lo pensaba; en mal, porque temía atraerse con ello protestas de elogio. Pero si se veía en la precisión de contestar a una pregunta personal, hacíalo con humilde sencillez. «Cierta día, escribe un Hermano, decía yo al Hermano Miguel: Mi asunto predilecto de meditación es el cielo, porque, a pesar de todas mis miserias, confío siempre en la divina misericordia. — *El mío, me respondió, es la parábola del hijo pródigo, porque siempre me conviene y me conmueve.*»

Ya hemos manifestado cuán modestamente conceptuábase a sí mismo al juzgarse su propia labor literaria. Ni los piropos con que trataron a veces de encandilarle, ni los merecidos encomios de sus más finos amigos, lograron alterar nunca la modesta opinión que tenía acerca de sus obras, de su saber y talento, «*Gasto mucha tinta y mucho papel, decía un día; mas no por eso soy escritor.*»

En cierta ocasión fué a visitar al Hermano Miguel un Padre Dominicano para rogarle compusiese algunos versos sobre los quince misterios del Rosario. El humilde religioso se excusó diciendo: «*Si fuese poeta haríalo con mil amores para glorificar a María; pero carezco de inspiración. Lo poco que he producido me ha costado muchos sudores, y aun ese poquito lo he compuesto sólo por obediencia.*» El Rdo. Padre trató de convencerle de lo contrario, citándole varias de aquellas mismas composiciones de las cuales se mostraba tan severo censor. «*Pues bien, repuso por fin el Hermano Miguel; acudiré a la obediencia: haré lo que el Hermano Director diga.*»

Cuando le elogiaban, muy sencillamente atajaba y rebatía por lo común las palabras de su interlocutor, aun antes de dejarle acabar la frase. «Una sola vez, quizás, declara un colega, no contradijo. Como le dijéramos que un día llegaría a ser santo, respondió: «*Con la gracia de Dios así lo deseo. ¿Para qué estamos en la tierra, sino para santificarnos? ¡Ojalá lleguemos todos a ser grandes santos!*»

«Un jueves, yendo a caballo el Hermano Miguel y yo hacia la casa de campo, hallamos por el centro de la población un grupo de hombres que empezaron a clamar a mi compañero: «¡Viva el Hermano Miguel! ¡Es V. verdadera gloria de su Instituto y de la Patria!» Lleno de confusión y temeroso de aquellos halagos del demonio de la vanagloria, dió de espuelas al caballo hasta salir a toda brida a las afueras de la ciudad, mientras murmuraba entre dientes: «*Non nobis, Domine; sed nomini tuo da gloriam.*»

Su paz inalterable en las humillaciones. — «De las humillaciones nace la humildad, dice San Bernardo. así como la paz procede de la paciencia, y la ciencia, de la lectura.» Queriendo, pues, hacerse humilde a toda costa, a imitación de Jesús, cuya vida toda es ejemplo sublime que invita a la voluntaria abyección, aceptaba y buscaba el Hermano Miguel las humillaciones.

Más de una vez se echaba a los pies de los que le habían causado alguna pesadumbre. Hermanos jóvenes, que mantuvieron una opinión contraria a la suya, después de viva discusión, le vieron

a menudo, con no poco asombro y edificación, hincarse de rodillas ante ellos para besarles los pies.

Los ejercicios públicos de humillación, practicados en las comunidades fervientes, éranle muy familiares. ¿Quién no le vió ejecutar con frecuencia ciertos actos de humildad: orar con los brazos en cruz, en medio de la capilla; solicitar del Hermano Director algún castigo en reparación de una irregularidad involuntaria, que nadie había notado; comer de rodillas en medio del refectorio, o ponerse de hinojos a los pies de sus Hermanos? ¿Quién no admiró sobre todo su esmero en no desaprobar ni censurar a nadie, en huír de toda discusión, en ofrecerse de buena gana a los deseos y consejos del último de sus Hermanos? Dios, que es honrado y glorificado en la humildad de sus siervos, le miraría con ojos amorosísimos y complacidos.

Humildad en el ejercicio de la autoridad. — Una de las libreas o señales que permiten distinguir a las almas humildes consiste en la inalterable sencillez y modestia que en ellas resplandee, aun en medio de los honores y en el ejercicio del mando. Varias veces hubo de aceptar el Hermano Miguel el cargo de Director; hízolo siempre con profundo convencimiento de su indignidad. ¡Con qué humildad y llaneza desempeñaba sus funciones! Si ocupaba el primer puesto, era sólo para seguir los dictámenes de la obediencia; cuando ordenaba, parecía más bien suplicar que mandar; cuando amonestaba, se adivinaba que padecía más que el delincuente; si consolaba, llena estaba su alma de compasión y ternura. Sacrificarse, convertirse en siervo de todos era su dicha. Sin asomos de disgusto ni dificultad, antes bien con ercidísimo gozo, volvía al puesto de inferior, y nadie tributaba mejor que él al nuevo superior los testimonios públicos de religioso respeto.

En 1900 el Cónsul general de Francia en el Ecuador entregó al Hermano Miguel las insignias de Oficial de Academia, de parte del Gobierno francés. Recibiólas galante el Hermano Miguel, pero confesando paladinamente que los servicios por él prestados no le hacían digno acreedor a semejante distinción.

«Sólo una vez vimos lucir la condecoración en su pecho, escribe un Hermano, para nunca más volver a sacarla del estuche, a pesar de las atentas insinuaciones del Sr. Cónsul» (1).

(1) El diploma de Oficial de Academia lleva fecha del 26 de mayo de 1900, y está expedido a nombre del «Sr. Francisco Febres Cordero, en religión Her-

Algunos años más tarde (1906), la Academia Nacional de Venezuela le nombró Miembro correspondiente; mas ninguno se enteró de ello en la comunidad: el diploma apareció después de su muerte, y lo leyeron entonces por vez primera los Hermanos, sumamente edificadas (1). Recibía a veces libros con halagüeñas dedicatorias; pero no se gloriaba por ello, ocultábalos en un armario donde parecía olvidarlos su modestia.

Su religiosa sencillez. — En el Hermano Miguel juntábase esa modestia con una sencillez y un candor atractivos. ¿No es por ventura cosa digna de ponderación que un hombre de cincuenta años, de tan notable cultura intelectual, conservara esa virtud infantil? Es el candor, en efecto, cual ciertos objetos, preciosos y frágiles, que el menor choque quiebra y cuya fractura queda irreparable.

Muy lejos estaba el Hermano Miguel de concebir ruines sospechas de nadie, ni de echar las cosas a la peor parte. Tenía fe en la sinceridad de los que le hablaban. En sus íntimas comunicaciones con Dios, en el trato con Superiores, Hermanos y cuantos a sus servicios apelaban era cándido, sencillo «como un niño», afirmaba un Hermano Visitador. Las diversas notas recibidas acerca de este particular celebran su «sencillez ingenua», su «candor sin doblez», que constituían verdadero deleite para cuantos le trataban.

Tal vez diga alguien que en este mundo, donde abundan tanto los fulleros y trampistas, destrísimos en tender redes en los viveros de la humana credulidad, ese estado de alma habría constituido un verdadero peligro. No lo creemos así. La sensatez y la discreción del Hermano Miguel eran tales que nunca lograban embaucarle con almibarados discursos; además, su delicadeza de conciencia le tenía muy aperebido contra cualquier peligro.

Esa sencillez exterior, por todos admirada, tenía su principio fecundo en Dios, centro adonde convergían los pensamientos y afectos todos del ferviente Religioso. Como quiera que sólo veía, buscaba y amaba a Dios, todo lo demás lo reputaba por nonada. No le ofendían opiniones ni pareceres contrarios a los suyos; antes bien, acomodábase a ellos de buena gana, con miras de agradar a Dios.

mano Miguel, Miembro de la Academia del Ecuador en Quito, Miembro correspondiente de la Academia de Letras de Madrid. Va firmado por G. Leygues, ministro de Instrucción Pública y de Bellas Artes.

(1) El diploma de la Academia Venezolana está fechado el 31 de mayo de 1906, a nombre del Dr. D. Francisco Febres Cordero.

* * *

Espíritu de mortificación. — Aumenta la fuerza moral del hombre la entereza con que da de mano a los goces sensibles, sean o no lícitos. La austeridad de la vida, aun considerada a la simple luz de la razón, acrecienta a maravilla nuestro poderío espiritual. Es la podadera que da al árbol mayor vigor y crecimiento. Pero ¿qué diremos de la fecundidad de la mortificación cristiana, cuando no lleva otro blanco que el de la mayor gloria de Dios, el amor y la imitación de Jesucristo? Ella es la que une al discípulo con la cruz del divino Maestro, y sólo de este Árbol de la Vida es de donde nos vienen la fuerza y la salvación.

Pero esa cruz santificante no ha de consistir en mortificación pasajera, practicada en momentos de consuelo, de fervores efímeros y floridos; sino en la cruz del Salvador, crucificante, desnuda, que abraza y purifica cuerpo y alma, sentidos y potencias. En este estado de total renuncia, de mortificación omnimoda, despojase el hombre de sí mismo para llenarse de Dios. Sus obras de apostolado se vuelven entonces fecundas, porque Dios es quien obra por él en las almas.

El Hermano Miguel entendía bien esta doctrina y cumplíala con perseverante denuedo. Leemos en sus Notas:

«Para imitar a mi Jesús crucificado, humillado y paciente, procuraré padecer algo por su amor. Si no tengo valor bastante para ir en busca de dolores y humillaciones, pediré al Señor que me otorgue, cuando menos, la gracia de aceptar con paciencia, resignación y gozo cuantos padecimientos le plazca enviarme, ya para el alma o el cuerpo, ya interior o exteriormente.

Pondré singular empeño para no conducirme en cuanto haga, por gusto o inclinación natural, ni por atractivos ni aversiones; antes bien, sólo por el divino beneplácito.»

¿Cuál fué la mortificación exterior e interior del Hermano Miguel? Sin necesidad de buscarlas, hallaba en sí mismo no pocas ocasiones de padecer. Cansábale mucho el caminar; experimentaba grandes dolores cuando se veía obligado a mantenerse en pie largo rato, mas nunca se quejaba de ello. «*Nuestro Señor*, decía un día, *sabe que soy cobarde para imponerme padecimientos; hízome, pues, la merced de suministrármelos.*» Cual punzante corona de espinas,

las frecuentes jaquecas ejercitaban su paciencia, sin lograr, no obstante, menguar su asiduidad y fervor en el trabajo. Sobreponiase, con rara valentía, a todas sus dolencias crónicas, para darse con bríos juveniles a un trabajo monótono, incesante, abrumador.

En el refectorio era el Hermano Miguel sumamente sobrio; comía con gran moderación, sin manifestar gusto ni desgana por lo que le servían. «Cierta día, refiere un Hermano, el cocinero echó por equivocación demasiada sal en los manjares. La mayor parte de los comensales hubieron de morderse la lengua para no manifestar su disgusto. El Hermano Miguel comió su porción sin advertirlo, pues dijo: *«Si no me lo hubiesen ustedes avisado no habría caído en la cuenta.»* Era para él regla de conducta el consejo de los autores ascéticos que recomiendan no tomar ninguna comida sin mortificarse en algo. Dejaba siempre parte de los manjares más apetitosos, y gustosísimo se habría contentado con no tomar, en cada comida, sino lo más insípido y frugal.»

Así como sus demás virtudes, la mortificación del Hermano Miguel suele ir encubierta con tanta sencillez que sólo una mirada atenta puede aquilatarla con exactitud. Observar sin flojedad todas las prescripciones de la Regla; guardar severa modestia; vivir en continuo recogimiento y silencio; sobrellevar con mansedumbre los defectos ajenos; arrostrar con ánimo risueño los rigores de la pobreza o los trabajos inherentes a su empleo; cohibirse para no soltar la rienda a la curiosidad, siquiera sea inocente y legítima; esmerarse por no desperdiciar, durante el día, ninguna de las crucecitas que nos presenta Jesús, en los disgustos previstos o fortuitos: esto es lo que nos señalan como cosa habitual en la vida de nuestro héroe. Cierta, el amor propio y el natural afán de goce pugnaban con un régimen de vida tan molesto; pero nunca conseguían vencer su virtud. Añadirémos que, con licencia de sus Superiores, echaba mano con frecuencia de disciplinas, cilicios, brazaletes y cadenillas de hierro. Aquel enamorado de la cruz sabía poner en práctica la recomendación de San Francisco de Sales: *«Hay que empezar a vivir en la tierra como si tuviéramos ya el cuerpo en el sepulcro y el alma en el cielo.»*

* * *

Dos formas de la mortificación del Siervo de Dios. — Permitase-nos insistir en dos formas de la mortificación del Hermano Miguel: *el espíritu de recogimiento y la constancia en el trabajo.*

«Dijoseme, en cierta ocasión, una palabra recóndita, y mi oído, así como a hurtadillas, percibió algo de aquel blando zumbido», decía a Job su amigo Elifaz (Job, IV, 12).

No es otro el modo como se deja oír, de ordinario, la voz de las divinas inspiraciones. Es suavísimo murmullo que sólo puede distinguir el alma recogida. Para oír esa voz, procuraba el Hermano Miguel disfrutar del *recogimiento del espíritu*, de la soledad del corazón. En la comunidad veíasele siempre modesto, silencioso, con el rosario en la mano. Si la necesidad le obligaba a hablar, hacía lo con voz queda y pocas palabras, siempre con afable semblante. Si la conversación versaba sobre asuntos inútiles, sonreía y se retiraba en seguida. Su vida interior era más intensa aún que su vida intelectual. En sus Notas de retiro del año 1906 leemos lo siguiente:

«Al decirnos: «Andad en mi presencia y seréis perfectos», Dios nos quiere dar a entender que no debemos pensar en Él sólo cuando nos hallamos delante del Santísimo Sacramento, sino que debemos tenerle presente en todas partes. No parece sino que algunos andan como si estuviese Dios muy lejos de ellos, tan ramplona y vulgar es la vida que llevan. Otros le consideran más cerca y se esfuerzan en complacerle en algo, pensando en Él de cuando en cuando. Los perfectos andan siempre delante del Señor, bajo su divina mirada. Venle siempre con los ojos de la fe, y merecen disfrutar de su regalada presencia como premio de la pureza de su corazón.»

El Hermano Miguel era uno de esos varones perfectos que procuran vivir cual si contemplasen la divina Majestad, apartando la vista de las criaturas para no pensar sino en el Creador. En ese ejercicio de la divina presencia, su alma hallaba una fuerza y una alegría inefables.

Pero tal vez aleguen algunos que, en la índole misma de sus ocupaciones, tenía este religioso singular facilidad para vivir recogido. Convenimos en ello; con todo, bueno será advertir de paso que vida solitaria y vida recogida son cosas distintas. No escasean, a buen seguro, los que trabajan aislados de todo humano comercio; pero, ¿por ventura son muchos los que viven recogidos en ese aislamiento? Desvirtúase para muchos la vida solitaria, y ni en ella encuentran calma, porque, en vez de cerrar las puertas del alma, déjanla invadir y dominar por el tropel de mil extraños pensamientos, por el torbellino de inmoderados deseos y afanes, por los quiméricos devaneos de una loca fantasía. El Hermano Miguel pasaba, es cierto, varias horas diarias en su celda; pero vivía también mucho

tiempo en íntimo contacto con sus Hermanos, sus alumnos y las muchas personas que a él acudían de continuo. En esas diversas circunstancias, sólo en virtud de una gran mortificación del espíritu y de los sentidos podía mantenerse recogido.

Con rara facilidad pasaba de la vida solitaria a la vida activa, de su apostolado con los niños a la tranquila labor de su celda. No es la vida solitaria el estado normal de los Hermanos; pero, ¡cuán grato es darse a ella cuando la santa obediencia así lo dispone! Una celda bien guardada, pronto llega a ser una celda amada y antesala del Paraíso. Con inefable intimidad habla Dios en la soledad al alma, la ilumina, reprende y consuela; infúndele el espíritu de oración, de súplica, de fervor y celo evangélico. «¿Se fastidia usted alguna vez?», preguntaban al Hermano Miguel varios amigos. «*¿Fastidiarme? ¡Nunca! Es imposible. ¡Tan buena es la compañía que tengo!*»

Pero así y todo, necesario es que el espíritu de mortificación aparte al alma del roce con las criaturas, haciéndola idónea para disfrutar de esa divina compañía en el apartamiento y el silencio.

Otro mérito digno de encomio echamos de ver en el Hermano Miguel; con ser tan grande su amor a la soledad, no contrajo ninguna manía, por ligera y poco desagradable que fuese. Circunstancia, por cierto, muy digna de ser anotada.

Con más razón que un simple cristiano, debe el religioso darse con afán al trabajo. Hace profesión de imitar a Jesucristo, Verbo eterno, que dejó la Mansión de delicias para sujetarse, en la tierra, a una vida activa y penosa. Además, se ha constituido el religioso como penitente oficial de la Iglesia. Ahora bien; dice el abad de Rancé: «Cuando uno trabaja por espíritu de penitencia no se da punto de reposo, antes halla siempre la fuerza necesaria para proseguir la tarea que le incumbe. Los campesinos hacen ardua penitencia con su trabajo diario: ¿cómo vamos a pretender nosotros holgar a cada instante?»

Conoce el Hermano Miguel el valor sobrenatural del tiempo, el cual, según el uso que de él hacemos, multiplica nuestros méritos o agrava nuestras responsabilidades. *Toda su vida dió ejemplo de intensa actividad*, moderada por la prudencia, regulada por la obediencia y animada siempre del celo apostólico. Ya hemos referido cuáles fueron sus trabajos y ocupaciones. Estuviere o no rendido de cansancio, ágil o indispuerto, ponía las manos en los cotidianos quehaceres, ya que no siempre con igual denüedo y vigor, cuando

menos con fervor y aplicación constante. En lugar de malbaratar lastimosamente los mal llamados «ratos de ocio», utilizábalos con más esmero que el avaro sus moneditas. Durante esos ratos perdidos se perfeccionaba en el conocimiento del francés, dábase con ahínco al estudio del inglés, del italiano y del alemán. Aun cuando sólo dispusiese de un minuto empleábalos en estudiar algunos versos clásicos, y cuando no, en rezar, pensar en Dios o ganar una indulgencia. De todo se valía para instruirse. En el refectorio prestaba suma atención a la lectura pública. «*¡Cuántas cosas, solía exclamar, he aprendido merced a ella!*» De paseo, llevaba siempre consigo algún trabajo. Después de corto solaz en la casa de campo retirábase a un repuesto rincón, y, previa licencia, abría los libros para saborearse en su lectura.

De buena gana y por varios motivos se alejaba cuanto podía del locutorio. Referimos ya las piadosas trazas de que se valía para esquivarse a los curiosos e importunos. He aquí otro caso de distinto género. Un amigo de la comunidad solía ir, todos los domingos, al Beaterio, a pasar sus ratos libres. El Hermano Miguel le acompañaba a menudo por condescendencia; pero, en cierta ocasión, dió con el huésped llevando un librote en la mano y otro debajo del brazo.

— ¡Vaya, Hermano Miguel! ¡siempre con los libros a cuestas! ¿Tan atareado se halla V.?

— *Ya lo creo. No sé a la verdad por qué trabajo empezar, pues me asedian por todas partes.*

— En este caso no quiero molestarle de ninguna manera, y, con su permiso, voy a saludar a los demás Hermanos.

Apenas se aleja el forastero, escurrírese alegre nuestro escritor en su celda, pensando para su capote: «*¡Heme salvado en una tabla! ¡En ocasiones parecidas echaré mano de la misma!...*»

Las discusiones políticas le llamaban muy poco la atención. Creía favorecer mucho más los intereses de la patria mediante una comunión o un rosario, que con la lectura de los periódicos. «*Le- yendo un periódico sin necesidad, solía decir, se pierde tiempo, y aun se expone uno a otras pérdidas más sensibles.*» Su alma cándida, muy noble y enemiga, por temperamento y por convicción, de embustes y artificios, dolíase viendo cómo, en política, las invectivas substituyen con frecuencia a los argumentos, las afirmaciones gratuitas contradicen los principios verdaderos, y se toman las hipótesis por realidades.

«El Hermano Miguel, opinaban muchos, no se acusará de perder tiempo.» No obstante esto, deploraba él no emplearlo bastante bien. Tan cierto es que los Santos nunca suelen estar satisfechos consigo mismos.

* * *

Su amor filial a María Inmaculada. — Uno de los caracteres más notables de la fisonomía espiritual de este siervo de Dios es su devoción tierna, filial, intensa para con la Virgen Santísima. Siéntese atraído hacia Ella por la fe en su poder sin límites, la confianza en su bondad y los indecibles encantos de su virtud. *«Todo lo espero, dice, de mi dulce Madre María. Por eso le pido, sin vacilaciones, las gracias divinas de que es tesorera, los efectos de la misericordia que se desbordan de su corazón virginal y los favores temporales que sabe Ella derramar a manos llenas sobre sus hijos.»*



Inmaculada de Murillo

Repite con frecuencia a los Hermanos, cuando dirige la comunidad, y a los alumnos de la Congregación de que está encargado, las palabras de San Bernardo: «Todo nos viene por conducto de María.» El poder inmenso, la bondad inefable de la Inmaculada es uno de los temas que trata con más piedad y fruición. Sus lecturas le han aleccionado, sin duda, a este respecto; su acendrado amor le hace concebir aún mucho más. Huélgase de ver cómo María, cooperadora en la obra de la Redención, lo es también en la aplicación individual que nos hace de los méritos del divino Redentor. Muéstranosla interviniendo con su divino Hijo en todas las gracias que alimentan y perfeccionan nuestra vida espiritual, para que se amplíe, se complete y termine en nuestras almas ese misterioso crecimiento de Cristo Jesús, del que nos habla San Pablo.

El nombre de María brotaba espontáneo del corazón filial del Hermano Miguel, como se exhala del abrasado incensario gratísimo perfume. «Con frecuencia, declaran sus colegas, le oíamos invocar a su Madre celestial con expresiones de infantil ternura:

«¡Mamita, qué hermosa sois! ¡Mamita mía, cuánto os quiero!» Cada día rezaba con fervor el santo rosario. En su escritorio, junto a las imágenes del Niño Jesús, del Sagrado Corazón y de algunos santos Protectores, hállase expuesta la de la Madre de Dios, con algunas oraciones y propósitos escritos en el dorso; y según las épocas y las fiestas, renueva lo que podríamos llamar «su piadosa exposición».

Notas y fechas marianas. — Había compuesto un resumen sintético de las fechas marianas de su vida, en el cual, con ingeniosa porfía y puntualidad, hijas de su esclarecida piedad, ponía de manifiesto las menores coincidencias.

«Tengo gusto en reconocer ante Dios que, después de Él, a mi muy amable Madre María debo la gracia de la vocación religiosa e infinidad de otros favores desde mi nacimiento. Considero igualmente como señal de la protección de María el haber nacido en el mismo año de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Tomé el santo hábito el 25 de marzo de 1868, en la fiesta de la Anunciación... Salí de Cuenca, para sustraerme a los asaltos contra mi vocación, el 4 de mayo de 1869, durante el mes de María. Pronuncié los primeros votos el 8 de diciembre de 1872, los votos trienales el 8 de septiembre de 1879 y la santa Profesión el 8 de diciembre de 1882. Soy, pues, aunque muy indigno, hijo de María, y no quiero serle infiel. Espero que su maternal ternura llevará a buen término su obra de misericordia para conmigo y continuará siendo siempre dulcísima Abogada y Madre mía.»

Aludiendo a las repetidas muestras de su devoción a María decía el Hermano Miguel lo que algunos Santos: «*De ellas no puede haber ni sobra, ni siquiera la cabal medida.*» Podrían espigarse en sus escritos hermosos pensamientos, oraciones, resoluciones y poesías, para formar con ellos lindo ramillete en honor de la Inmaculada Virgen. No podemos resistir al deseo de presentar aquí algunas de estas flores místicas.

«Con actos de virtud y sacrificios, me esforzaré en honrar e imitar: el *domingo*, la pureza virginal de María; — el *lunes*, su amor a Dios; — el *martes*, su incomparable caridad para con el prójimo; — el *miércoles*, su recogimiento y silencio; — el *jueves*, su desprendimiento de las cosas terrenales; — el *viernes*, su amor a Jesús crucificado; — el *sábado*, su profunda humildad.»

Leemos en sus *Notas de retiro* de 1889:

«La santísima Virgen María, mi dulcísima Madre, ha tomado por su cuenta mi salvación. No quiere abandonarme y dejarme perecer, aun cuando yo la haya abandonado tantas veces y le haya causado tanta pena con mis innumerables ingratitudes.

¡Oh tierna y bondadosa Madre mía! Prosigue tu empresa y lleva al cabo tu obra de caridad y misericordia. Presérvame del infierno y sobre todo del pecado, que es peor que el infierno. Haz que muera antes de ofender de nuevo a mi amable Salvador, tu divino Hijo. Si me proteges, seguro estoy de salvarme e ir al cielo a cantar las misericordias de mi amoroso Redentor y las finezas maternas de tu compasivo corazón. Amén.»

Consagraciones. — Copiosas son las consagraciones a María compuestas por el Hermano Miguel, en diversas épocas de su vida. Todas son realmente conmovedoras por la cándida expresión de su amor filial y absoluta confianza. Citaremos fragmentos de tres de ellas, con sus respectivas fechas.

Del 31 de mayo de 1875:

«Querida Mamita mía, bien sabes que soy un pobrecito y que nada tengo en mí que sea digno de ser presentado ante tu divino altar: fáltanme las virtudes representadas por la cándida azucena, la humilde violeta y la graciosísima rosa; no me queda sino un pobre corazón marchito y ajado por infinidad de pecados y pasiones tiranas. Correspondiendo, pues, la ofrenda, no con la dignidad de la persona a quien se hace, sino con la miseria del que la presenta, te doy mi corazón entero y sin reserva, para que lo purifiques y guardes en el tuyo como en segurísimo estuche, a fin de que no se atreva a pretenderlo el enemigo capital de las almas...»

Del 24 de mayo de 1878:

«Como Madre la más compasiva no desprecias mi ruindad y vileza; ya que no te puedo dar lo que quisiera, te ofrezco mi pobre alma, tan miserable, tan inclinada al mal. Si quieres que sea más hermosa, a Ti, Señora mía, toca embellecerla y enriquecerla con tus gracias y virtudes, a fin de que sea digna de Ti.

Te ofrezco mis queridos discípulos para que ablandes su corazón y sean fieles a las inspiraciones de la gracia... Inspírame, soberana Consejera mía, lo que he de decirles... Sé Tú misma la Maestra de mi clase...»

En marzo de 1899 formula otro acto de consagración a María, cuya conclusión es como sigue:

«Te ruego asimismo cuides con singular, con maternal cariño, de mi salvación, de todo cuanto me concierne, en todos los instantes de mi vida y más aún en el trance de mi muerte.

¡Oh clementísima Madre mía! No me abandones, no, en aquella hora suprema; alcánzame completa victoria contra todos mis enemigos, y recibe mi alma en tu maternal regazo, para que, después de un favorable juicio en el tribunal de tu divino Hijo, vaya a cantar tus alabanzas en el reino de los cielos.

Hecho, sin que nunca pueda revocarlo, el día 25 de marzo del año de gracia de 1899, y firmado *Hermano Miguel.*»

Poesías. — Para cantar a la Reina de los cielos bastaba al Hermano Miguel, poeta, dejar que vibrara su alma. Himnos, cánticos, odas, todas las formas, todos los ritmos cuadraban a su piedad, cuando celebraba las virtudes, las glorias, el poder de *«la benignísima y amantísima Reina de los cielos»*. Contentémonos con citar aquí tres estrofas de otra «Consagración a la Inmaculada»:

«Te quisiera traer, Madre mía,
 Las ofrendas que sólo son dignas
 De tocar a tus plantas benignas:
 Humildad, inocencia y amor.
 Dime, ¿cómo podré, gran Señora,
 Presentártelas siendo tan pobre,
 A no ser que por Ti yo recobre
 Lo que el vicio robó con furor?

 Pero, Madre, como eres tan buena,
 Nunca miras si vale el presente,
 Mas atiendes del pecho doliente
 El profundo suspiro y clamor.
 Y los brazos abriendo amorosos,
 Al asilo le llamas seguro
 De tu seno santísimo y puro,
 Manantial de perenne dulzor.

 Cuando el mundo perverso intentare,
 Codicioso robar mi presente,
 No lo dejes, ¡oh Madre potente!,
 De tus brazos jamás arrancar;
 Antes dile, bellísima Virgen,
 Que ya el ser, corazón y alma mía,
 Sólo a Ti los he dado, oh María,
 Que Tú sola los quieres guardar.»

Manifestaciones de su candorosa devoción a San José. — Nos ha sido dable salvar del olvido cuatro de las encantadoras misivas dirigidas al gloriosísimo San José por el Hermano Miguel, ora en los fervorosos días de su juventud estudiantil, ora durante el ejercicio



«Ite ad Joseph»

de su apostólico magisterio. ¡Cuán grato sería el reproducirlas aquí en su integridad y frescor! Mas, forzoso es limitarse a unos breves párrafos que traducimos del francés, idioma del santo Fundador, en el que fueron escritas ingenuamente, y que cultivó siempre con predilección y acierto:

«Del Valle de las miserias. — Marzo 18 de 1875.

A mi muy querido Padre San José en el cielo, cerquita del trono de la buena Madre María su Esposa y del Niño Jesús, frente al granero del Padre Celestial, del cual es Superintendente. — Muy amado Padre: Tened a bien acordaros de que jamás me habéis negado nada de

cuanto os he pedido; también que, siete años ha hoy por hoy, tuvisteis la bondad de contestar a la cartita que os mandé, y siete días después tuve la dicha de revestir las santas libreas de vuestros hijos predilectos, los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Es un secreto entre Vos y yo: por vuestra poderosa protección vencí todos los obstáculos que se oponían a mi vocación; y si he perseverado en ella hasta el presente, a Vos lo debo... Me tomo la dulce libertad de replicaros humildemente que me alcancéis del Niño Jesús y de mi querida Mamá María... (*con gracia infantil expone aquí diez peticiones dignas de un Gerardo Mayela*). Estas gracias todas, gran San José, son de primer orden y estoy persuadido de que os dignaréis prestar oídos atentos otorgándomelo todo sin exceptuar nada. — El más indigno de vuestros siervos, *Hermano Miguel*. — Quito.»

«Quito, Marzo 18 de 1876. — A mi muy santo Patrono el glorioso José, quien manda soberanamente en el cielo. — Mi muy querido Padre: Debéis acordaros de que jamás he pedido cosa alguna al pie de vuestro altar sin verme plenamente atendido; por lo cual vengo en este día vuestro a daros las gracias de una manera muy especial y humillarme ante Vos reconociéndome indigno de vuestro Patrocinio... Tengo, pues, la firme e inquebrantable confianza de que me concederéis todo cuanto voy a solicitaros, conforme al beneplácito de Dios... (*siguen catorce demandas, en las que a nadie olvida,*

desde Su Santidad el Papa hasta el más mísero de los pecadores; así termina la décimacuarta): En fin, gran Patriarca, no dejaré de pediroslo todo... pero principalmente una buena muerte para todos, especialmente para éste que desea entregar su alma entre los brazos de Jesús, de María y en los vuestros. Padre querido. — *Hermano Miguel.*»

En la del 18 de marzo de 1877, después de solicitar once favores para sí mismo, ocho para su Instituto, cinco para su familia, otros tantos para sus alumnos y siete para la Santa Iglesia, concluye así:

«Espero, santo Patrono mío, que recompensaréis mi confianza consiguiéndome cuanto os he pedido. — Vuestro Siervo indigno. *Hermano Miguel.*»

En la del 18 de marzo de 1878, entre otras expresiones de inefable sencillez, dice:

«...Habéis aprendido la compasión para con los desgraciados y la misericordia para con los pecadores, en la misma Escuela del divino Amor, esto es, en el dulcísimo y suavísimo Corazón de Jesús... Después de tantos beneficios, ¿qué os ofreceré? ¿Virtudes? No tengo. ¿Mi corazón? ¡Es demasiado maculado! Oh, bien sé lo que más os place: es el Corazón del Niñito Jesús; su amor es lo que deseáis; también la mirada tan dulce de María, una sonrisa de sus labios. Pues bien: os ofrezco... (*enumera estos divinales encantos*). En fin, quisiera tener el amor de todos los Ángeles, Santos y Justos para depositarlo al pie de vuestro augusto trono... ¿Os contentaréis, verdad, con mi buena voluntad?... ¡Ay! Todo confuso y avergonzado os presento mi corazón tan marchito... para que lo purifiquéis en el vuestro y lo depongáis después en el del hermoso Jesucito; y si queréis que os ofrezca virtudes, otorgadme todas las que hermosearon vuestra alma purísima, principalmente... (*repítense aquí, más o menos variadas, sus múltiples súplicas clasificadas, incluyendo algunas para su amadísima Patria; y concluye*): Mucho os pido porque mucho podéis... no ensordezcáis vuestros oídos a la oración del más indigno de vuestros siervos, *Hermano Miguel.*

Al tratar de la preparación de los niños a la primera Comunión vimos con qué exquisita maestría nuestro santo educador iniciaba a sus discípulos en el arte de implorar, en epístolas infantiles, el gran poder del glorioso San José. No obstante, no queremos omitir la siguiente declaración de un venerable religioso mercedario:

«...La devoción característica del Hermano Miguel era la de San José, de cuyo culto era celoso propagador. La fe que el Hermanito tenía en este

prodigioso Santo era tal, que de él alcanzaba cuanto quería. Yo mismo llegué a experimentar el prodigioso poder de este glorioso Patriarca, porque recibí una gracia que considero como un verdadero milagro; y lo atribuyo en gran parte a la fe del Hermano Miguel en el santo Esposo de María.

Acercábase la fiesta del glorioso San José. El Hermano nos anticipó que habíamos de solemnizar tan grande festividad, principalmente confesándonos y comulgando; nos dijo, además, que desde algunos días antes habíamos de escribirle cada cual «una cartita con dirección al cielo», para implorar del milagroso Santo gracias especiales. Hicimoslo así, y cuando estuvieron escritas las encerró todas en un solo sobre y se las puso a los pies del Santo. Yo, por supuesto, entre otras cosas que le pedí como niño, fué... una cosa grande, una cosa de mayores, pues me alcé muy a los mayores...: nada menos que hacerme entrar en la Orden de Nuestra Señora de la Merced. Sellé mi carta y la entregué al Hermanito. «Tened confianza, nos decía, y veréis lo que hace San José.» Llegó el 19 de marzo... Después de la distribución de la tarde se quemaron las cartas, en presencia de la imagen del Santo; y en medio de las nubes del incienso subió al Cielo el correo de nuestras peticiones...

Mas yo, a fuer de niño en quien todo es inestable, presto me olvidé de mi amable corresponsal del cielo y torné los sentidos a las preocupaciones de la tierra... Pasáronse los días, pasáronse los meses, terminó el año escolar, y salí de la Escuela a la palestra del mundo, no ya con ideas de hacerme fraile, sino con mil ensueños de esperanzas, haciendo mil castillos de felicidad, a la manera como los fabrica el mundo...

Mas he aquí que un día viene a mí un buen señor y me dice: «Yo soy muy amigo de los Padres de la Merced, acompáñeme a hacerles una visita...» Al fin entramos, hablamos con aquellos Padres de hábito blanco y comenzaron a son de risa que me hiciese del hábito de María. Yo le dije a mi padrino que sí lo quería, pero... al mismo tiempo deseaba que los Padres me dijeran que no. Con todo, no fué menester más, porque aquel mi padrino y amigo, en dos por tres hizo todas las diligencias y yo quedé hecho... un hijo de María, de los de cándido hábito. Una misma cosa fué vestir el hábito de la celestial Fundadora y sentirme del todo cambiado. Se me cayeron, como a otro Tobías, las cataratas de los ojos: pude ver con vista clara la vanidad de lo terrenal y el riesgo que había corrido al quedarme en el siglo, con tan funestas propensiones a los desvaríos del mundo. Vi que me había librado de un gran naufragio y que me hallaba en el puerto de la Religión, en el castillo de la Virgen de la Merced. Entonces allí conocí que se había verificado al pie de la letra la petición de mi cartita a San José, apoyada en el valimiento y fe del Hermano Miguel.»

* * *

Fama de santidad en Quito. — Pocos, entre los que conocieron al Hermano Miguel, lograron penetrar en su intimidad; pero era tal el resplandor de sus virtudes que, aun los no acostumbrados a parar mientes en los fenómenos del mundo sobrenatural, no podían menos de exclamar hablando de él: «¡Qué santo varón!»

Dos o tres conversaciones con el piadoso educador de Quito bastaban para apreciarle debidamente. Si la palabra humana suele ser cual eco del alma, no es de maravillar que tuvieran las palabras del Hermano Miguel una como resonancia de la eternidad. Antiguos discípulos, que le reconocían el derecho de decirles útiles verdades; amigos, atraídos primero por sus consejos y retenidos luego por el hechizo de su trato; cohermanos y superiores, cuya mirada más penetrante ahondaba más en el conocimiento de su vida; sacerdotes o religiosos que, por motivos diversos, tuvieron que tratar con él: todos lo estimaban como a religioso de preclara virtud. Era, en suma, un hombre de Dios.

Citaremos algunos testimonios de tan unánime veneración:

«Un día, al regresar de paseo, escribe un Hermano, topamos con un soldado montado en un caballo de la comunidad. Apremiado por la ejecución de una orden urgente, había tomado en el prado el animal, pensando volverlo pronto al mismo sitio. Le advertimos que aquel caballo pertenecía al Hermano Miguel, quien caminaba difícilmente a pie. A lo que repuso el jinete: «Si el caballo es del santo Hermano Miguel, que se lo devuelvan en seguida.» Presentando luego excusas, encargó a un indio volviere el animal a casa.»

«Más de una vez, al ir con mi piadoso compañero por la ciudad, oí a algunos quiteños decirse unos a otros por lo bajo: «Ése es el santo Hermano Miguel; miren qué tal lleva pintada en su rostro la santidad.» El humilde Hermano bajaba entonces la cabeza, hacía una señal de la cruz en el pecho y seguía adelante, avergonzado de tales elogios.»

«En esta misma ocasión, un caballero movido por la curiosidad, siguió atentamente con la vista al Hermano Miguel hasta que hubo éste penetrado en una calle transversal. Con acento de profunda convicción exclamó entonces: «Acabo de ver a un santo.»

Recordaremos aquí la frase oída en la procesión solemne con que coronó Quito las fiestas de la canonización de San Juan Bau-

tista de la Salle. Como caminase el Hermano Miguel a poca distancia de las reliquias del Fundador, dijeron algunos fieles, designando al humilde religioso: «Ahí está el otro santo.»

«Había salido yo, con el piadoso Hermano, para ir a devolver una visita, dice un testigo; equívocase de dirección y entra en casa de una señora desconocida. Excúsase el visitante y quiere retirarse; pero la señora le disuade, diciendo: «Suplico a usted, Hermano Miguel, que no se vaya. Dios ha querido santificar mi morada con su presencia; sea usted servido subir a la sala.» Al cabo de algunos instantes de conversación nos despedimos de aquella amable señora, quien, dirigiéndose al Hermano Miguel, exclamó: «¡Ojalá se renueve a menudo semejante equivocación!» A lo que contestó éste muy bajito: «*¡Dios me preserve de semejantes zalamerías!*»

«Dos personas de las más distinguidas familias de Quito, escribe un Hermano, me refirieron los hechos siguientes: Una de ellas, que conocía mucho al carísimo Hermano Miguel, venía sufriendo desde mucho tiempo grandes penas morales. Un día resolvió ir a visitar al virtuoso Hermano con el fin de encomendarse a sus oraciones. Después de breves preámbulos de respetuosa cortesía acabó por darle a conocer el objeto especial de su visita. Entones, muy humildemente se excusó el Siervo de Dios, afirmando que sus oraciones tenían muy poco mérito y que, no obstante, no dejaría de rezar por ella. Ahora bien; transeurridos algunos días, tuvo la con sabida persona la gran dicha de ver su confianza celestialmente premiada, pues quedóse del todo libre de sus angustias: luego aseguraba que debía esta gracia insigne a la intervenció del buen Hermano. La otra desconsolada señora lamentábase de la desunión completa de su familia; ocurriósele acudir al mismo remedio que la anterior; y al cabo de dos o tres días vió restablecida la paz más perfecta entre todos los miembros del hogar: favor que atribuyó también a las valiosas preeces del Hermano Miguel.»

En el Beaterio y en la Sagrada Familia tenía el Hermano Miguel fama de religioso de eminente virtud. Escuchemos a los que, habiendo vivido más tiempo con él, están más calificados para juzgarle: «En 1870, cuando llegué a Quito, todos consideraban ya a Miguelito como a un santo, como al tesoro de la comunidad. Desde entonces no ha variado nuestra opinión acerca de él.» «Desde su llegada al Beaterio, dice un Hermano Visitador, le granjearon sus virtudes el aprecio general; pronto adquirió fama de santo. Le he conocido durante más de dieciséis años, y siempre he formado de él igual concepto.»

Un religioso, que profesó durante cuarenta años en las escuelas de Quito, escribe: «Los alumnos, los padres y nuestros amigos exclamaban a porfía: «El Hermano Miguel es un santo.» Por mi parte, declaro no haber visto nunca un Hermano tan piadoso, tan observante y recogido... Cuanto se diga en loor de su virtud, incluso los mayores elogios, no serán exagerados.»

No de otra manera juzgaron al Hermano Miguel, cuando le envió la obediencia a Europa.

Para terminar este capítulo y corroborar estas manifestaciones de la general confianza inspirada por el virtuoso Hermano transcribimos dos interesantes relaciones de notables favores, comunicadas, poco antes del Proceso informativo, por la distinguida prima política del Hermano Miguel:

«...A media noche del 29 de septiembre del año 1900, mi esposo, el Sargento Mayor Martínez Febres Cordero, fué traído en andas, estando de suma gravedad, a consecuencia de mortal herida que recibió en una de las campañas del citado año. La junta médica vió el caso como perdido, y no pensé sino en buscarle la salud del alma, ya que para el cuerpo no había remedio.

El Ilmo. Sr. Arzobispo González Calisto acudió al momento y quiso visitar diariamente al enfermo, a quien dispensaba especial cariño. Mas, ¡cuál era mi angustia al ver que nadie había que se atreviera a decirle su estado, ni menos poderle insinuar que se confesara!, pues me había afirmado que no consentiría entrara ningún fraile ni que le hablasen de confesión; para lo cual había colocado su espada a la cabecera de la cama con ánimo de descartar al primero que se atreviese a importunarle. Había ordenado rotundamente que si le llegara la hora de morir, lo dejaran tranquilo hasta el fin. Sabedor de esto, el Sr. Arzobispo, en sus visitas, se guardó de hablarle de confesión ni de nada que pudiera infundirle sospechas; limitábase a ofrecerle sus servicios y, como amigo, a acudir a su llamada en caso de necesidad...

El Sr. Arzobispo hubo de interrumpir sus visitas y recomendó al Sr. Vicario General, Dr. Pérez Quiñones, viera al enfermo, sin que nada se lograra; más bien se tuvo que lamentar un vejamen...

El peligro crecía y según el parecer de uno de los médicos era un milagro el que resistiera tanto; cada noche anunciaba que no amanecería; y el moribundo daba, en cada momento e instante, muestras de empedernimiento en sus ideas completamente diabólicas y anticatólicas, debidas a que desde muy niño perdió a su buena madre, y no había siquiera hecho su primera Comunión...

Como es de suponer, nadie penetraba en su habitación, excepto el señor

Arzobispo, el Hermano Miguel, por ser su primo hermano, y la Rda. Madre Luisa Moscoso, parienta política a quien consideraba y respetaba con cariño filial. Esta buena Madre fué quien tuvo valor para manifestarle que debía llamar a un Sacerdote: fué tan mal recibida... que no volvió a ver más al enfermo. Sabedor de esto, el Hermano Miguel hizo sus visitas más frecuentes y más prolongadas; y con su dulce y suave lenguaje empezó como a catequizarle. Escuchábale el enfermo; pero no le daba la menor esperanza: ante él ocultaba, sí, su obstinación y enfado. El Rdo. Hermano Alfonso Jébert, que acompañaba al Hermano Miguel, llegó a decirle que era un caso casi sin remedio. Encargué entonces esta causa a Nuestra Señora del Sagrado Corazón como a Madre de los desesperados; coloqué su Imagen en el cuarto del enfermo. (Es de saber que tiempo antes había mandado destruir un altar de su habitación, careciendo él de fuerzas para ello; y mientras se ejecutara la orden, corría las cortinas de la cama para no verlo.) Pues bien, en este mismo altar puse a la nueva Mensajera, sin decir una sola palabra. Al tomar una medicina habíasele ido la vista al altar y se dió cuenta de esta inesperada visita; advertí que algo nuevo había en su semblante; me apresuré a comunicarlo al Hermano Miguel y rogué al Superior que le permitiese visitar otra vez al pariente.

Acudió el religioso y con más ánimo volvió a sus pláticas tres días seguidos, sin conseguir nada. El último día, viendo que nada movía al enfermo, oí al Hermano que, pareciendo salir de su acostumbrada mansedumbre, le dijo con voz fuerte: «Dejas a un niño huérfano y ¿quieres dejarle la herencia de tu reprobación? ¿Y no te avergüenzas de manchar, con el sello de la maldición, a tu familia, que, desde sus antepasados, siempre se ha distinguido por su fe?» Parece que fué una como saeta que, por el poder de Dios, le hirió en lo más íntimo del corazón con la palabra santa del Hermano; por fin iluminóse su alma y reconoció el abismo en que yacía. Después de enmudecer y temblar un momento, reaccionó y le preguntó: «¿Cómo podré confesarme y recibir el Viático, puesto que ni la primera Comunió he hecho? — No importa, le contestó el Hermano; deseo te confieses y recibas por primera y última vez la Sagrada Comunió; Dios quiere tu corazón y que creas y esperes en ÉL.» Contestó el moribundo: «Bien, yo me confesaré por darte gusto; pero prométeme tener cuidado de mi hijo, que ni aún está bautizado, ya que no podré hacer nada por él; tú harás mis veces y a tu cargo correrá su educación.» Le tomó la palabra, y, a su vez, se la dió de confesarse. Esto acontecía el 26 de octubre; al día siguiente empezó la confesión y terminó el sábado, queriéndosele dar en seguida el santo Viático, porque se temía no amaneciera; pero como se reanimó algo, el Sr. Párroco aplazó el acto hasta el día siguiente, a las 8 de la mañana. A la hora señalada recibió el santo Viático, de manos del actual Sr. Canónigo Francisco Jijón Bello, a la sazón cura del Sagrario. Manifestó gran compunción y humildad y aceptó la muerte lleno de santa conformidad. Le acompañó en tan solemne ceremonia el Rdo. Hermano Miguel; le preparó

y le hizo dar gracias. A los pocos momentos empezó la agonía; mientras tanto el Hermano permaneció arrodillado al pie del lecho, desde las 8 de la mañana hasta las 6 de la tarde, inmóvil y sin probar cosa alguna. Retiróse entonces a su Comunidad por no disponer de licencia para pasar la noche; y al amanecer, el enfermo entregó a Dios su alma reconciliada...

Por lo expuesto salta a la vista que la vida de la gracia la obtuvo mi esposo por las oraciones y súplicas de su santo pariente el Hermano Miguel.»

«El segundo favor se refiere a mi hijo Francisco. A los catorce o quince meses de edad se puso enfermo de muerte; arrojaba todo alimento y nada podía conservar en el estómago. Además, se le presentó en el cuello un tumor o quiste que el facultativo opinó debía operársele al instante; acompañábale una fiebre de 40°S': tanto y en tan tierna edad era para alarmar. Yo no podía consentir en tomar ninguna resolución antes de informar al Hermano Miguel. Acudí presuroso en compañía del Hermano Alfonso para ver al enfermito. Como el niño ya semejaba un cadáver, se llenó de angustia y le dijo a su Superior que no quisiera muriera este niño; a lo que contestó con presteza el Hermano Alfonso: «En]V. está, Hermano; haga, pues, un milagro.» Ruborizóse el Hermano Miguel; y con su peculiar humildad se dirigió a mi mamá, diciéndole que no dejaran ver más al niño por ningún médico y que él mandaría a un hombre de edad que cura a todos los Hermanos con sólo una bebida que cuesta 3 pesos la botella. Y añadió: «Para este niño será sólo la media botella; la pagaré yo y harán lo que el ancianito les diga.» Así fué: a la hora convenida se presentó el viejecito, de apellido Zúñiga, trayendo la bebida anunciada; se la dieron al niño como él lo indicó; y después de tres días, sin tomar otro remedio, quedó el niño completamente sano y se crió bien robusto.

Como se ve, fué un verdadero favor del Hermano Miguel, y el remedio no fué sino un pretexto para encubrir su humildad.

Los favores que creo recibir, por medio del piadosísimo Hermano Miguel, son innumerables...

Del primer favor puede atestiguar el Sr. Canónigo Dr. Francisco Jijón Bello; y del segundo, mi madre, la Sra. Genoveva Egas de Cabrera, y la que suscribe...

Dolores Cabrera, viuda de Martínez Febres Cordero.

Quito, octubre 28 de 1922.»

CAPÍTULO XI

El Hermano Miguel en Europa París y Lembecq-lez-Hal (abril de 1907-julio de 1908)



EL año 1900 parecía despuntar cual aurora de paz en las luchas religiosas de Francia. Pero aquella «tregua de la Exposición Universal» no era sino aparente. Las congregaciones docentes seguían condenadas ya en las logias de sus adversarios. Los pomposos elogios, las recompensas otorgadas por los jurados, no desvanecían los nubarrones precursores de muy cercana tormenta. Aprobadas o no, las Congregaciones iban a ser, en breve, blanco de recia embestida. Los hombres que, merced a su anticlericalismo militante, habían logrado salir de las sombras para brillar entre los astros del cielo político, habían recibido y aceptado, para tan inicua empresa, mandato imperativo.

La persecución religiosa en 1904. — En 1901 sucumbieron las Congregaciones no toleradas. Después de tomar tres años de deseanso, el pelotón de ejecución prosiguió con infernal saña la odiosa tarea, y, en 1904, cayeron a su vez los Institutos aprobados. Timidos y violentos, habíanse conchabado los satélites de las logias, para acabar de una vez con aquellas beneméritas asociaciones, que no habían cometido otro delito que el amar a Dios y a su patria. Muchísimos religiosos hubieron de salir de Francia para mendigar hospitalidad en Bélgica, Italia, España, Turquía, Egipto, la India, el Canadá, los Estados Unidos y las Repúblicas de la América latina.

Puesto que los establecimientos escolares iban a multiplicarse mucho en ésta, el Instituto quería completar enanto antes su colección de manuales clásicos en lengua castellana. Desde 1905 habían

notificado al Hermano Miguel la contingencia de una orden próxima que lo llamara a Europa para colaborar en dicha colección. El 17 de abril de 1905 respondió desde Quito a su Superior:

«Mi muy Rdo. Hermano Asistente... Como tuvo V. a bien decirme, en dos ocasiones, que pensaba llamarme a Europa, me tiene V. por entero a sus órdenes... *Me pongo del todo en manos de Dios, para que disponga de mí como guste, por la voz de la santa obediencia, sin pedir ni rehusar nada.*»

El Hermano Miguel sale del Ecuador. — En Quito, durante dos años, tuvieron aún los niños de la primera Comunión la dicha de conservar entre ellos a su celoso catequista. En marzo de 1907 el muy Rdo. Hermano Viventien-Aimé, encargado de las Escuelas ecuatorianas, hacía la visita de éstas y dijo entonces al Hermano Miguel:

«¿Quiere V. venir conmigo a Lembecq-lez-Hal? Allí pasará cuatro o cinco años, al cabo de los cuales volverá V. al Ecuador.»

El dócil religioso se contentó con responder: «*Quiero todo cuanto usted me mandare. Lo mismo me da salir que quedarme... V. disponga: estoy a sus órdenes para cumplir con la santa voluntad de Dios.*

— ¡Pues bien! Me acompañará cuando regrese a Europa.

— *Estoy dispuesto a ello.*»

Grande fué la conmoción de los Hermanos de Quito y la de los amigos de la comunidad apenas se difundió la noticia.

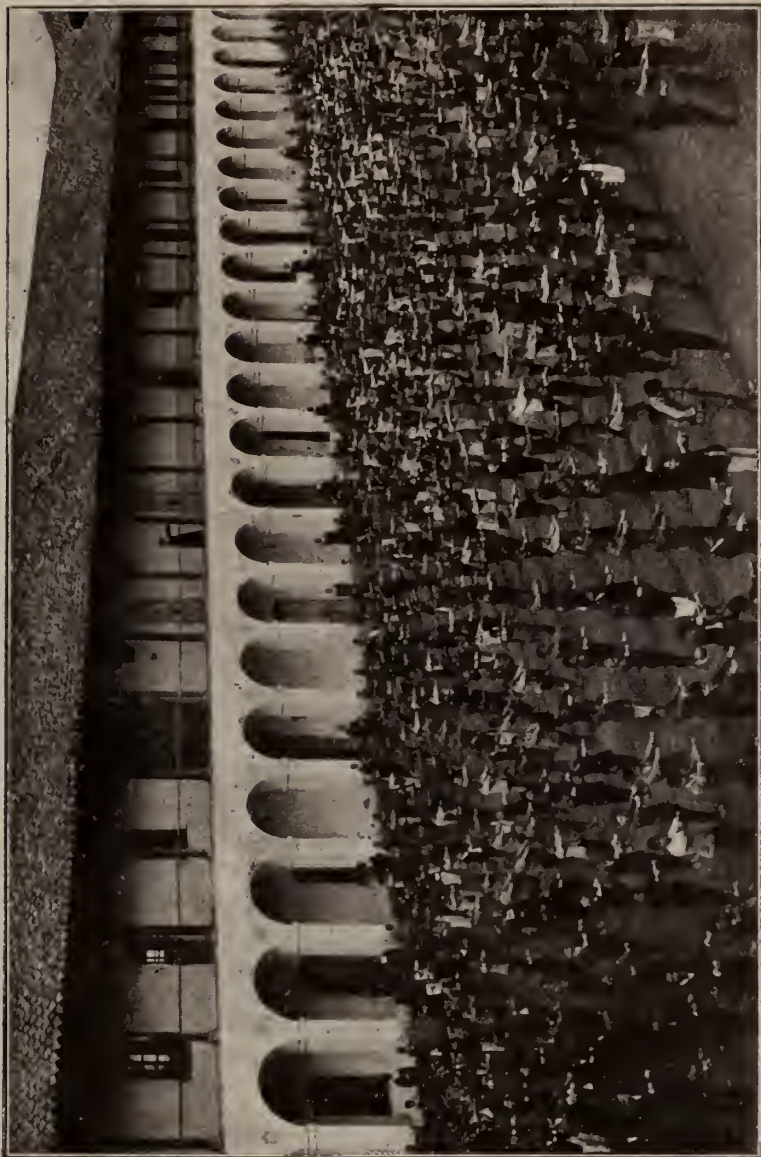
«¡El Hermano Miguel se nos va!», exclamaban con tristeza. A todos hubo de sosegar el Hermano Asistente, repitiendo varias veces: «El Hermano Miguel se ausenta por cuatro o cinco años, pero luego volverá.»

Las demostraciones de cariño, los sentimientos de vivísimo afecto, las mal contenidas lágrimas de sus amigos no turbaron la serenidad del Siervo de Dios, que sólo obedecer pensaba en aquellos momentos. Más de veinte veces aseguró el venerable Superior que el Hermano Miguel no se ausentaba definitivamente del Ecuador, sino que volvería luego de desempeñado su cometido en Europa.

Fué la salida un tanto apresurada, pues el Capítulo general del Instituto había de abrirse en Lembecq-lez-Hal el 25 de abril de 1907, y los viajeros salieron de Quito el 10 de marzo. «En Latacunga, según nos escriben, todos los miembros de la comunidad deseaban a porfía algún recuerdo del piadoso Hermano Miguel. Quizás no habían de volverle a ver nunca; mas el viajero contestaba muy hu-



La Escuela de la «Sagrada Familia», que contaba entonces 1.275 alumnos. Presidido por el muy Edo. Hermano Viventien-Ainé, Asistente del Rdo. Hermano Superior General, este grupo fue fotografiado el 9 de marzo de 1907, víspera de la salida del Hermano Miguel (*) para Europa.



«Escuela de San José» en Cuenca, ciudad natal del Hermano Miguel. Este importante centro docente cuenta más de mil escolares

milde a los pedigüeños: «¿Qué quieren Vdes. que les dé un pobre-cillo como yo? ¿Qué interés pueden hallar en lo que yo poseo? Dios, que es riquísimo, les dará cuanto descan. Ya se lo pediré en mis oraciones.» Pero tanto y tanto insistieron que, previo permiso, repartió entre ellos las pocas estampas que llevaba en su devocionario. «¡Gracias a Dios, ya tenemos una reliquia del Hermano Miguel!», pensábamos todos entonces.»

Un Hermano que le acompañó hasta Riobamba escribe: «Detenidos en la fonda de Ambato por enojoso e imprevisto contratiempo, se nos apuraba ya a todos la paciencia; sólo el Hermano Miguel se mantuvo sereno. Con el rosario en la mano y la sonrisa en los labios, parecía no inmutarse por nada. Habiéndole preguntado si se iba con gusto a Europa, contestóme: «Siento dejar a Quito, a mis Hermanos y a mis discípulos; me alejo, sin embargo, muy contento, porque así cumplo la voluntad de Dios.»

Una carta del Hermano Miguel, fechada en Guayaquil el 16 de marzo de 1907, nos da algunos pormenores acerca de su salida del Ecuador:

«Gracias a S. E. el Sr. Ministro de Chile, que había encargado un tren especial para él, esperamos dos días en Ambato. Por fin, en la tarde del jueves 14 de marzo tomamos el tren que nos había de llevar a Riobamba. Al día siguiente, por la mañana, salimos para Guayaquil...

Después del atraso forzoso que tuvimos en Ambato, no hubo más contratiempo que un descarrilamiento al pasar por un puente de madera ya carcomida. Sucedió esto antes de llegar a la «Nariz del Diablo». Mas el Señor, que protege a los suyos, no permitió que nos ocurriese ningún accidente. Merced a la velocidad de la locomotora, todos los vagones pasaron por el puente, rompiendo unas treinta traviesas de madera, sin que cayese ninguno. Perdimos dos horas en aquel lugar, hasta que volvieron a enderezarse los coches.»

En la activa ciudad de Guayaquil, donde en otro tiempo había residido sus padres, dejaba el Hermano Miguel las venerables tumbas de su padre, de su madre y de su hermano Aurelio. Acerca de la sentidísima pérdida de seres tan queridos escribía un día:

«Entre las muchas gracias que se ha dignado conceder el Señor a mi familia, una de ellas, por la que bendigo, agradezco y adoro su divina Providencia, es sin duda la muerte de mi hermano, ocurrida el 18 de diciembre

de 1897, pues fué preservado de esta suerte de los muchos peligros que el mundo ofrece en estos tiempos de apostasia, de universal desorden; así como la de mi buena y santa madre, fallecida el 18 de noviembre de 1898, y a quien quiso Dios recompensar todas sus virtudes, después de haberla probado en vida con tantos padecimientos y angustias.»

Vivían todavía algunos parientes del Hermano Miguel en la capital del Guayas y, entre ellos, su muy amada hermana Anita. El Hermano Asistente lo ignoraba, porque su compañero de viaje nunca le había hablado de los miembros de su familia. Pero el Superior de los Lazaristas, con quien iba, cada mañana, a visitar los atacados de fiebre amarilla en un hospital, los conocía, y le preguntó si iría a saludar a dicha hermana suya, antes de embarcarse. «*Mi carísimo Superior no me lo ha dicho*», contestó sencillamente el Hermano Miguel. Enterado del hecho por el caritativo sacerdote, el Hermano Asistente le dió inmediatamente orden para que visitara a los suyos, no sin dejar de ser hondamente impresionado por este heroico ejemplo de renuncia, de obediencia y de espíritu de sacrificio.

«...Cuando pasó por Guayaquil el Hermano Miguel, para irse a Europa, escribe su íntimo amigo el Dr. D. Segundo Álvarez Arteta, hallábame yo de Vicario general en esa diócesis; pude, pues, verle y hablarle detenidamente, antes de despedirme de él; y entonces no me ocultó, que si realizaba, tranquilo y muy gustoso, ese viaje impuesto por la obediencia, tenía marcados presentimientos de que no volvería jamás a su país...» ¿Qué impresión le movía a hablar en esos términos? ¿Tal vez ciertos inexplicables barruntos de que se acercaba el fin de su peregrinación en la tierra? ¿Quizá la íntima convicción de que había de serle perjudicial y funesto aquel cambio de clima? Como quiera que ello fuese, no manifestó ni dejó traslucir ninguno de esos recelos al recibir la orden de marcharse del Ecuador. Cual adalid fervorosísimo de Cristo, encaminábase, con ánimo resuelto y alegre, a arrostrar nuevos riesgos, a reñir desconocidos combates, si bien aceptados de antemano con amor.

Hacia París. — El jueves 21 de marzo el muy digno Superior y el Hermano Miguel se embarcaron con rumbo a Panamá, adonde llegaron el 25. Tras una noche de cuarentena y una visita harto breve a los Hermanos de dicha capital, salieron para Colón y, desde allí, inmediatamente para Nueva York. Con gran sentimiento del

Hermano Miguel, cuya férvida piedad hallaba sabroso pasto en los oficios litúrgicos, hubieron de pasar en el barco toda la Semana Santa, pues sólo llegaron el martes de Pascua, 2 de abril.

No citaremos las cartas en que el viajero manifiesta su asombro al ver, después de diecinueve años, la ciudad de Panamá completamente transformada y capaz de rivalizar en breve, por su belleza y condiciones higiénicas, con las populosas poblaciones de los Estados Unidos.

En 1887 el viaje de Panamá a Colón le había parecido casi una travesía por vastas y mustias soledades. «*Hoy en día, dice, se hallan a todo lo largo del trayecto bonitos e innumerables edificios que enlazan ambas ciudades.*» Refiere asimismo la deshecha tempestad ocurrida en el Océano y la exquisita fineza de los empleados americanos en ayudarle a subir las escaleras del buque, o sostenerle de los brazos cuando, por la violencia del cabeceo o el vaivén del barea, zozobraba su cuerpo. En Nueva York, a la que visita por vez primera, todo cautiva su atención: la extraordinaria animación de las calles; los *elevated*, que circulan a la altura del primer piso; los *rascacielos*, que parecen escalar las nubes, y, más que todo, «*la piedad de los católicos, el esmero y la generosidad con que sostienen sus escuelas.*»

Relata en su correspondencia la siguiente prueba de la gran benevolencia del Excmo. Sr. Arzobispo de Nueva York para con el Instituto de San Juan Bautista de la Salle. Un día se celebraban los funerales de un Hermano; salvo su abnegación y celo, nada extraordinario juntaba en sí para granjearse las miradas del público: he aquí que se presenta S. E. en la iglesia, sin previo anuncio, y preside el responso. A cuantos le manifestaban extrañeza y gratitud por tamaña delicadeza, respondió el Prelado: «Otro tanto haría por el último de los Hermanos, porque todos ellos son preciosos auxiliares para el clero de mi diócesis.»

Dos días escasos permaneció el Hermano Miguel en los Estados Unidos. Pero bastó ese tiempo para que su finura y devoción, su humildad y recogimiento edificasen a todos, hasta inspirar al Hermano Visitador este encomiástico concepto: «¿Qué santo religioso es ese Hermano!» El 3 de abril los viajeros se embarcaron en el *Lorena*, con rumbo al Havre, y el 11 de abril llegaron a París, treinta días después de su salida de Quito.

Llegada a París. — Una fuerte calentura, traída sin duda de Guayaquil, obliga al Hermano Miguel a guardar cama; pronto, em-

pero, ceja el mal con una medicación enérgica. El Hermano enfermero que le cuidó habla de él en los siguientes términos:

«La primera vez que vi a ese buen Hermano me causó la impresión de un santo. Al día siguiente de su llegada a la calle de Sèvres, el 12 de abril de 1907, le sobrevino un violento acceso de calentura. Durante los días que permaneció en cama se confirmó mi impresión primera acerca de él. Parece que no se puede aceptar la enfermedad con mayor alegría sobrenatural, ni profesar más religiosa sumisión al enfermero. Me pedía los menores permisos, y cumplía integralmente todos sus ejercicios de piedad.

«Una noche, durante su convalecencia, le había aconsejado que se acostase temprano. Obedecióme al punto. No tenía yo motivo alguno para ir a visitarle, después de la oración de la noche; pero, como impulsado por una secreta inspiración, entré en su cuarto: dormía en una atmósfera cargada de gas de alumbrado. Por equivocación había abierto el mechero, creyendo cerrarlo. Llegaba yo justito para salvar de una muerte casi cierta al querido Ecuatoriano. Despertóse al ruido de la ventana y de la puerta que se abrían, y al enterarse de lo ocurrido abrazóme con efusión, elevando fervientes acciones de gracias a Dios por haberle preservado de aquel peligro.»

Restablecido del todo poco después, dedica nuestro viajero dos o tres días a piadosas peregrinaciones que anhelaba efectuar en Montmartre y en Nuestra Señora de las Victorias; y después de algunas visitas imprescindibles vuelve en seguida al trabajo.

Estancia en la casa de la calle de Sèvres. — Durante tres meses el esforzado escritor lleva una vida oculta, silenciosa, recogida. Encerrado en el número 78 de la calle de Sèvres, donde reside, halla, según expresión suya, *«una celda, unos libros y la capilla cerquita, es decir, la felicidad al alcance de la mano»*.

Conocedores ya de su valor intelectual y moral, los Hermanos parisienses le consideraban como religioso esclarecido; por eso quedaron, no sólo admirados, sino santamente edificadas, al verle tan sencillo, afable y modesto. Desde los primeros días entabló relaciones con algunos Hermanos que no estaban conformes con todos sus conceptos pedagógicos; pero su espíritu flexible, al par que magnánimo, se avenía fácilmente con el parecer ajeno, agradeciendo muy humilde las observaciones que se le hacían. Era muy amable con todos, si bien sus más respetuosas deferencias eran para los

ancianos, cuya frente circundan venerables canas y cuyo corazón siente ya la nostalgia del cielo.

La siguiente nota resume a maravilla la impresión edificativa producida por sus virtudes en la comunidad de la calle de Sèvres:

«La estancia del Hermano Miguel entre nosotros pudiera caracterizarse con estos tres rasgos: ardor incomparable en el trabajo, maravilloso espíritu de observación, piedad angélica.

»Cumplido que hubo con algunas visitas de cortesía dióse a una vida verdaderamente claustral. Sólo la orden del Rdo. Hermano Asistente, un tanto inquieto por aquella excesiva aplicación, le determinó a dar algunos paseos. Parecía no ocupar sino dos puestos en la casa: la mesa de trabajo en su aposento y su reclinatorio en la capilla.

»Apenas salía de la capilla íbase derecho el Hermano Miguel a su celda, donde reanudaba los trabajos interrumpidos. Los manuscritos que preparaba para la impresión eran, por su claridad, un como regalo para los tipógrafos. Imponíase, en caso necesario, la enojosa labor de copiarlos hasta varias veces para disminuir el número de correcciones en las pruebas, con lo que patentizaba su amor al orden y su espíritu de pobreza.

»Este ardor en el trabajo carecía del solaz intelectual que los autores, aun los más activos, suelen otorgarse. El Hermano Miguel no se permitía ninguna lectura puramente amena; apenas hojeaba las obras que le remitían sus colegas de la Academia ecuatoriana.

»Ni siquiera se le iban los ojos tras ciertos trabajos de lingüística a los que tenía especial afición, antes bien consagrábase por entero, con absoluta indiferencia, a lo prescrito por la obediencia, sin negarse a los importunos que siempre le hallaban afable, risueño y caritativo.

»Con mucho tino eludía algunas discusiones que, con facilidad, rematan en acerbos diatribas. Cierta día, un religioso a quien dos o tres años escasos de apostolado en la América del Sur habrían debido hacer más cauto en asuntos de lengua castellana, empezó sin ningún miramiento, antes con sobrada ligereza, a criticar delante del Hermano Miguel tales o cuales opiniones asentadas por éste en una de sus Gramáticas. Creía yo que el autor, que la víspera había tenido a bien exponerme aquellas mismas reglas con luminosa exactitud, rebatiría con presteza los argumentos del nuevo Aristarco; mas cuál no fué mi asombro al verle forcer el curso de la conversación, y llevarla con destreza y calma a materias menos candentes. Tan luego como se hubo retirado el indiscreto censor

manifestó al Hermano Miguel mi extrañeza de que no hubiese rebatido, cual se merecían, observaciones tan infundadas. «*No soy partidario, respondiéndome humilde, de esta especie de debates, en que cada contrincante se aferra a sus ideas, y sale la verdad muy maltrecha.*»

»Muy distinto era el dictamen de D. Rufino José Cuervo acerca de las obras de nuestro cohermano, a quien tuve el gusto de acompañar a casa del eminente filólogo. Encargado el Hermano Miguel por la familia de D. Belisario Peña de presentar las obras inéditas de este excelente poeta al Sr. Cuervo, en vista de una próxima edición, fué recibido por el ilustre colombiano con los testimonios de la más profunda estima. Los ealurosos elogios a los libros publicados por el modesto religioso, los alientos con que le animó a dar pronto a la estampa otros nuevos, demostraban a las claras, no sólo el afecto, sino la sincera admiración de D. Rufino para con su humilde amigo.

»Desde los primeros días de su estancia entre nosotros, edificónos el Hermano Miguel por su piedad expansiva. Veámosle orar doquiera: en la capilla, donde parecía absorto en Dios; en los corredores, por donde transitaba embebido siempre en la divina presencia; en su celda, donde muchas veces le hallábamos orando de rodillas.»

En la vida interior cifraba su dicha. Dilatábase en ella su corazón con aquella alegría que es patrimonio de las almas puras, desprendidas de todo terrenal afecto.

El Hermano Miguel pone al Director de la Escuela de Quito al corriente de sus contadas salidas por la capital. Lo que más le interesa, a fuer de educador celoso, son las obras de perseverancia cristiana establecidas por los Hermanos de París. Después de examinar la admirable constitución de la «Sociedad de San Benito Labre», escribe el 22 de julio de 1907:

«El domingo 1.º de julio cúpome la dicha de asistir, en la basílica del Sagrado Corazón de Montmartre, a una reunión general de las «Obras de perseverancia». Cerca de mil jóvenes se aglomeraban bajo aquellas severas cúpulas, y la mayor parte de ellos comulgaron.

Pocos días después, a saber, el 14 de julio, fiesta nacional, y el 15, día feriado, más de cien jóvenes se fueron a Athis para darse a los ejercicios del retiro espiritual, mientras sus camaradas gozaban de pasatiempo y se lozaneaban con su libertad. ¡Espectáculo hermoso de verdad!»

Los amigos del Hermano Miguel le habían repetido varias veces: «Un ecuatoriano que ha residido dos o tres meses en París no debe

salir de ella sin visitar el Arca de Noé. Aquí, en el «Bois de Boulogne» y en el «Jardin des Plantes», se conservan la muchedumbre de animales salvados por Dios del diluvio. Venga V. a verlos.» Después de la visita escribe a Quito:

«Para tomar huelgo y divertir el cerebro cansado, estos buenos Hermanos me obligan a echar de cuando en cuando una cana al aire, para enseñarme lo más notable de esta suntuosa capital. He estado en el «Jardin des Plantes», verdadera Arca de Noé, donde viven las especies más variadas y diversas de animales, aves y reptiles. Sin temor de exagerar y sin valerme de ninguna figura de retórica, puedo afirmar que todas las playas del mundo, todas las montañas del globo, todos los mares y climas han traído su contingente a estas vastas jaulas, a estos caprichosos estanques, a estas peregrinas pajарeras, donde los parisienses, y más aún los extranjeros, vienen a contemplar el universo en un rincón de la gran Babilonia moderna. Al lado de los leones, de los tigres, de las cebras de África, se ven los elefantes, las panteras, los camellos de Asia. Frente a ellos se halla el humilde lama de nuestro Ecuador... Más allá, las águilas y el cóndor de nuestros Andes americanos.»

Con frecuencia, mientras trabaja el Hermano Miguel en la calle de Sèvres, vuela su pensamiento hacia Quito. Guarda cariñoso recuerdo de los Hermanos, de los niños de la primera Comunión, de los congregantes, de todos aquellos por quienes se ha desvelado; pero su modestia es tal que ni siquiera le pasa por las mientes el pensamiento de que, con su ausencia, corran el menor riesgo las obras apostólicas allá dejadas, aunque sí le interesan sobremanera su mayor auge y prosperidad. Le conduelen las enfermedades que paralizan la actividad de celosos obreros, sucesores suyos, a quienes envía el testimonio de su fraternal adhesión:

«Su carta, querido Hermano Director, me ha causado gran pesar, pues me participa la enfermedad del Hermano F... y el apuro en que se hallan ustedes. ¡Ojalá siga Dios dándoles fuerza y valor para santificar sus amarguras y cambiarlas en rocío fecundante!...

No he perdido de vista, ni un día, a nuestros queridos niños de la primera Comunión. Los he recomendado al divino Niño Jesús y a la Virgen Santísima, tanto ellos como los Hermanos encargados de su preparación. Mi corazón ha estado con ellos sobre todo el día feliz en que tuvieron la dicha de acercarse al divino banquete...» (16 de mayo de 1907.)

«...Estoy seguro de que el fruto de la primera Comunión y del Retiro no es sino el cumplimiento de la palabra de nuestros Sagrados Libros: «Los

que sembraren con lágrimas cosecharán con alegría.» Dios no podía dejar de bendecir a Vdes., precisamente por haber sido éste un año de pruebas...» (28 de junio de 1907.)

A su antiguo colaborador, abatido por la enfermedad, escribe el Hermano Miguel:

«Siento que el excesivo trabajo le haya puesto enfermo. ¡Mucho hubiera querido yo ayudarle y aliviarle! Pero ¿qué ayuda y alivio mejor puede haber que los del divino Jesús y de su Santísima Madre, por quienes se sacrifica usted?... Adelante, pues, carísimo Hermano. ¡Qué buen pagador es Dios Nuestro Señor! Mi corazón y mi pensamiento no se apartan nunca de todos ustedes. Varias veces he soltado la rienda a los suspiros y lágrimas de que sólo Dios es testigo. Se lo digo porque no crea que la separación y la distancia han borrado de mi memoria el recuerdo de mis amigos de ésa...» (29 de junio de 1907.)

Esas lágrimas secretas de que habla el piadoso ecuatoriano provocábalas el cariño agradecido, no el pesar ni el tedio. No cabe duda que echaba de menos la presencia de seres amados, de amigos carísimos; como es natural, ansiaba saber el incesante incremento de las obras a que, durante tantos años, había dedicado su celo y aficionado su corazón. Pero no por ello andaba alicaído y tristón; al contrario, su amable y discreta sonrisa daba a entender que, en todas partes, se daba por bien hallado; porque doquiera poseía a Dios y cumplía con su adorable voluntad. La íntima satisfacción de que disfrutaba en París le acompañó a Bélgica, adonde le llamaron los Superiores.

* * *

El Hermano Miguel en Lembecq-lez-Hal (Bélgica). — El 15 de julio de 1907 llegó el Hermano Miguel a la Casa de Lembecq-lez-Hal, agradable finca, sita a dieciséis kilómetros de Bruselas, donde habían trasladado los principales servicios de la Casa Matriz de París, en 1904. El aire campestre, algunos paseos por el parque, vigorizarían, sin duda, la salud del querido escritor; así lo esperaban los Superiores. Además, la presencia de los novicios menores y de los estudiantes llamados «escolásticos» en la Congregación le traería a la memoria su vida activa, sus tareas apostólicas de Quito. Por otra parte, no le faltarían ocasiones, ya de dar cursos de cas-

tellano, ya de colaborar en ciertas ocupaciones propias para dar a su género de vida una amena variedad.

En el centro de esta gran finca, donde ha de residir el Hermano Miguel cerca de un año, álzase un edificio construído en 1618. En torno suyo se han establecido sucesivamente la capilla, el Noviciado Menor, el Segundo Noviciado, la Secretaría, la Enfermería y de-



Casa generalicia de «San José» en Lembeq-lez-Hal (Bélgica)

más dependencias. Ni en el conjunto ni en los pormenores hay lujo ninguno; pero la bien combinada disposición de los servicios facilita su funcionamiento.

En el piso bajo del edificio principal hállase alojado el Hermano Miguel en un cuarto cómodo, cerca de la capilla y casi al nivel de los jardines. Para cerrar el paso a los rigores del clima y ahorrar al nuevo huésped toda molestia se han tomado las prevenciones adecuadas. A su llegada a la Casa de San José presenta ésta el aspecto de una deliciosa mansión. El parque se muestra lozano y florido, reviven los árboles, riense los prados y los jardines: la tierra toda se halla tapizada con mullida y verde alfombra, recamada de gayas flores. ¡Cómo se complace uno en pasearse por aquellas frondosas avenidas, a la vera de los empinados álamos de susurrante follaje, de los olmos seculares que se reflejan en las aguas del Senne,

junto a los avellanos, donde triscan bulliciosas y glotonas las vivarachas ardillas! A mediodía, cuando mayor es el bochorno, vase allá el Hermano Miguel en demanda de frescor; allá vuelve al declinar el día, cuando, con raudo vuelo y agudos píos, hienden las golondrinas el espacio, y el coro de mil lindos pajarillos forma deleitosa cháchara antes de adormecerse en sus blandos nidos.

Inmejorable fué la salud del nuevo huésped de Lembecq en los primeros meses; pero, con el otoño, reaparecieron los accesos de fiebre palúdica que, según una de sus graciosas expresiones, debió de «meter por descuido en la maleta, al salir de Guayaquil».

No es esto decir que el invierno sea muy crudo en Lembecq. El mes de octubre suele ser bastante asoleado, y el de noviembre no carece de algunas pálidas sonrisas, que alegran la naturaleza. No obstante esto, cual planta exótica padece el Hermano Miguel de las menores intemperies. Espesas y húmedas neblinas, cual tupido y ceniciento velo, roban los alegres rayos del sol; vientos desatados gimen con estridentes silbidos en las ramas escuálidas de los árboles; rachas de agua y nevisea azotan implacables las vidrieras de puertas y ventanas, y se filtran por entre las rendijas; en una palabra: hielo y celliscas, lluvia y cierzos, nubes plomizas, cielo brumoso... Mas, ¿cuál es el país septentrional donde no sea conocido ese triste cortejo del invierno?

Esas molestias desazonaban bastante al Hermano Miguel, quien todo lo soportaba sin la menor queja, haciendo, como suele decirse, a mal tiempo buena cara. «El cielo no tiene sino lágrimas!», decíaa veces sonriendo; luego añadía: «Hace seis meses que no he podido salir, y, en tan corto espacio, ocho veces me ha visitado la fiebre.»

Edificación dada en la Casa Matriz. — En todo tiempo se hallaba a gusto en Lembecq, porque podía a sus anchas gozar de la soledad, vivir en silencio, visitar a Nuestro Señor en el Tabernáculo, y sobre todo cumplir la voluntad de Dios. Léase lo que dice a este propósito:

«Puesto que Dios me ha querido tanto y me ama con amor infinito, a pesar de mis continuas ingratitudes, justo es me aplique en corresponder a sus divinas finezas, no amando sino a Él, no amando sino por Él aquello que debe amarse en este mundo. Por consiguiente, recibiré como venido de su mano paternal todo cuanto me envíe o permita que me suceda, ya interior o exteriormente, ya por las decisiones de mis superiores.»

Más que nunca, conviértese la amorosa sumisión a la voluntad de Dios en la norma constante de su vida espiritual. A los que, al salir de Guayaquil, le decían: «Vuelva pronto sano y fuerte; ¡no naufrague!», habíales respondido: «*¡Como quiera Dios! Si quiere que muera en el mar o en Europa, también yo lo quiero; desde todas partes se va al cielo.*» Cuando le hablan de morar en Lembeeq o de buscar refugio en tierras más propicias para su salud, da siempre la misma respuesta: «*¡Como quiera Dios!*»

Mas, pasado el huracán y aterido invierno, y después de las últimas escarchas de marzo, asoma risueño y festivo el primoroso abril. Un sol tibio calienta el ambiente, y, al influjo de sus purísimos raudales, brota doquiera el césped de lustrosa esmeralda, franjeado de violetas; engalánanse los prados de primulas y junquillos; los árboles echan pimpollos; ábreanse las yemas en flores; en suma: todo nace, todo florece, todo se renueva. Hecho a la perpetua primavera de Quito, el Hermano Miguel nunca había presenciado tan súbito despertar de la naturaleza, tras el prolongado sopor del invierno. Por eso comunica sus impresiones con visible alborozo, en carta de 8 de junio de 1908:

«Cuán grande es Dios en todas sus obras! ¡Oh, qué bellos paisajes se ofrecían aquí a la vista durante el invierno, cuando los campos, los árboles, los tejados se hallaban vestidos de aquel blanquísimo ropaje de nieve!

Pasmado estoy ahora ante la resurrección de la naturaleza. El fresco verdor de los campos, las majestuosas copas de los árboles, las varias y suaves melodías del ejército de alados cantores, todo me arrebató y hechizó. Necesario es ver y oír todo esto para formar concepto cabal de los esplendores de la primavera. ¡Sea el Señor por siempre alabado!»

Luego, cual grito escapado del corazón, el Hermano Miguel añade:

«Hábleme V. largo y tendido de la primera Comunión! Todas las noticias de ésa, sean cuales fueren, pequeñas y grandes, me interesan sobremanera. Particípeme, pues, cuanto ocurre; ansioso estoy de saberlo, porque no ignora V. que el amor patrio es tan noble que no se borrará ni aun en el cielo.»

Desde Lembeeq, como desde París, vuela a menudo el pensamiento del Hermano Miguel hacia los primeros comulgantes de Quito. Al Hermano Director de la Sagrada Familia dícele hablando de aquéllos:

«Le envío a V. algunas estampas para nuestros amados niños de primera Comunión. Repártalas, si lo tiene a bien, y dígales rueguen por mí; que si no puedo ahora dedicarme directamente a ellos, no me desintereso de una obra que ha sido el sueño de mi vida, y ruego todos los días principalmente por ellos.»

Así en Bélgica como en Francia absórbese el Hermano Miguel en la composición de diversos manuales clásicos. Sus días, enriquecidos con actos continuos de virtud, transcurren monótonos, a la verdad, pero plácidos y alegres. Los exámenes del Escolasticado y del Noviciado Menor, algunos escasos paseos por Bruselas y por los alrededores de Lembecq le proporcionan alguna distracción nunca solicitada.

Hablar aquí de lo mucho que edificó a las diversas secciones de la Casa Matriz sería repetir lo que referido queda ya en varios capítulos de este libro. Nos ceñiremos, pues, a algunas apreciaciones y hechos aislados, elegidos entre muchos.

En Lembecq hállanse congregados Hermanos de distintas naciones: franceses, belgas y españoles, alemanes, canadienses e ingleses; todos ellos viven allí en santa paz y religiosamente hermanados. Imposible fuera tamaña uniformidad y concordia sin el envidiable internacionalismo de los religiosos, quienes, a pesar de sus legítimas preferencias, se encariñan con todos los países donde los coloca Dios. El Hermano Miguel dió el hermoso ejemplo de no tildar nunca las costumbres y usos, siquiera fuesen nuevos para él, o se hallasen en pugna, en ciertos casos, con los que le eran más familiares. Muchas veces tuvo ocasión de trabar, con varios españoles, largas y acaloradas discusiones acerca de la lengua castellana. «¿No es, por ventura, anticuado tal giro, tal modismo?, le decían. Nosotros, los españoles de Europa, no los admitimos...» Pero él, siempre pacífico, exponía los argumentos en favor de su tesis, citaba autoridades en su apoyo, afirmaba su culto a los clásicos y su ojeriza a los neologismos; aun le ocurría, a veces, defender, por tradición, palabras o expresiones caídas en desuso; mas lo hacía con tanta gracia, con tan amable condescendencia, que la caridad salía siempre ilesa de aquellas polémicas.

Hase comparado, no sin razón, a los que viven juntos en el mundo o en el claustro a frágiles porcelanas que, metidas en cajas y carruajes, van por caminos pedregosos, expuestos a continuo zarandeo. La mutua caridad entre los miembros de la comunidad

es como la paja o el serrín colocado entre las muchas piezas de la remesa, para preservarlas de choques fatales. Nadie mejor que el Hermano Miguel sabía suavizar estos choques, evitando toda escabrosidad y dureza entre aquellos con quienes vivía.

Relaciones con los novicios menores y los «escolásticos».— Su constante afabilidad encantaba y atraía, cual poderoso imán, el cariño de los novicios menores. En ausencia de un profesor hubo de dar a éstos varias clases. Su modo de exponer, de interrogar, de corregir era grato, insinuante. En los exámenes trimestrales preguntaba sobre lengua castellana, cuyo estudio apenas habían empezado los niños. No manifestaba la menor impaciencia cuando le contestaban mal. Con suma habilidad conseguía hacer hablar a los más tímidos, dejando a todos contentos con él, más aún que consigo mismos.

«Los «escolásticos», escribe un Hermano, sacaban también gran provecho de la presencia del Hermano Miguel en los exámenes. No hacía alarde ninguno de vana erudición al interrogar o explicar, antes hablaba con la sencillez luminosa que todo lo dilucida, amoldándose a la capacidad ordinaria de todos. ¡Con qué respeto trataba a los jóvenes religiosos! Tan cierto es que veía en ellos a los hermanos de Jesús. Según iba interrogando desprendíase de su persona un no sé qué indefinible, la gracia de los Santos.»

En una casa donde a cada momento tiene uno trato con los Superiores del Instituto, es fácil que la costumbre de tenerlos a la vista disminuya para con ellos el respeto exterior a que son acreedores. En el Hermano Miguel no se observaba rastro alguno de tan censurable descuido. «Si daba con un Hermano Asistente o un Hermano Director, saludábalos con humildad y les cedía siempre el paso, quedando descubierto en su presencia. Las inclinaciones de cabeza demostraban muy a las claras el respeto, la veneración interior que le animaba.»

Un Hermano que residió bastante tiempo con nuestro piadoso ecuatoriano en Lembeeq resume del modo siguiente sus impresiones:

«La caridad del Hermano Miguel era delicada, ingeniosa; siempre tenía tiempo para dispensar favores, y Dios sabe cuánto llenaban, y aun devoraban sus horas todas del día, los diversos y cuantiosos trabajos que llevaba entre manos. Al ver el modo cordial y alegre cómo acogía a cuantos recurrían a él, hubiérase dicho que les estaba

agradecido. Conversé muchas veces con él, durante los recreos; no recuerdo haberle oído nunca una palabra de murmuración; opinaba que todos los Hermanos con quienes había tratado eran, sin excepción ninguna, excelentes. A menudo pasaba yo recreos a solas con él; tan pronto como decíamos: «¡Viva Jesús!...», había que empezar por hablar de la lectura del refectorio. A veces, no sin malicia, encauzaba yo la conversación sobre un punto cualquiera; al principio no parecía contrariado, antes ayudábame en la plática; pero, muy pronto e insensiblemente, me volvía a la lectura de la mesa, a los asuntos prescritos por la Regla. Tratábamos luego de otra cosa; pero aun en los asuntos que menos parecían prestarse a ello deslizaba una reflexión edificativa, sin que dejase por eso de ser amena la conversación.

»Florece en su alma una alegría permanente, que centelleaba en su semblante jovial y risueño. Activo a pesar de sus achaques, bosquejábese siempre en sus labios graciosa sonrisa, que parecía decir a todos: «¡Probad y ved cuán suave es el yugo del Señor!»

»Nunca dejó oír queja alguna. El clima húmedo de Bélgica le ocasionaba a menudo jaquecas, resfriados, calenturas; pero ni siquiera hacía mención de ello. Si alguno acaso le decía: «Le convendría a V. otro país de clima menos variable», contestaba en seguida: «*¡Sea lo que Dios quiera!*»

»— ¿Está V. muy seguro de volver al Ecuador?

»— *¡Como Dios quiera!*

»La piedad del Hermano Miguel, dice un testigo, era profunda, sencilla y suave. Estaba yo a dos pasos detrás de él, en la capilla, donde siempre me edificó su postura modesta y varonil. Jamás se sentaba durante la Oración, la Santa Misa y la acción de gracias después de la Sagrada Comunión. Más de una vez, al entrar en su cuarto, le hallé arrodillado delante de la mesa; pues con frecuencia interrumpía el trabajo para rezar una oración. Dos veces al día, por lo menos, hacía una larga visita al Santísimo Sacramento, visita de amigo que no cuenta los minutos, antes no se harta de conversar con Dios... Un día me dijo: «*Hágame la merced de leer en alta voz esta poesía del Sr. Peña a la Inmaculada Concepción.*» Supuse quería darme algunos consejos sobre el arte de leer en castellano. Según iba yo leyendo reparé que, de cuando en cuando, alzaba él al cielo los ojos bañados en suave llanto.

»El humilde Hermano Miguel se olvidaba de los servicios prestados por él al Instituto, no se envanecía de sus conocimientos lin-

güísticos y demás dotes intelectuales. Nunca se le vió ni asomos de jactancia; antes bien, distinguíase en todo por su sencillez, o mejor dicho, por su candor infantil.»

* * *

Extractos de cartas honrosas. — Su candor, más aún que sus demás virtudes y su preclaro talento, era lo que le granjeaba, como queda dicho, el intenso cariño de los antiguos alumnos del Beaterio. En 1907 tenía la dicha de ver a tres de sus discípulos honrados con el episcopado; uno de ellos, que murió siendo obispo de Loja, le escribía a Lembecq solicitando varios obreros apostólicos:

«Carísimo Hermano mío: La experiencia personal que tengo de la abnegación de los dignos hijos de San Juan Bautista de la Salle, cuyos discípulos llegan a ser sacerdotes y aun obispos, me mueve a atribuir a su querida comunidad, después de Dios y de mis padres, mi vocación al sacerdocio. He creído, pues, favorecer a mi diócesis y ayudar a mi propia salvación llamando aquí a tan benemérita Congregación, a la que tanto cariño profeso... He tenido que contraer deudas para establecer y sostener a los seis Hermanos... Aun cuando no logre con ello más fruto que el evitar un solo pecado, daréme por muy bien pagado.

Y puesto que Dios ha mandado a V. a Bélgica, le repetiré lo que decía San Francisco Javier, según creo, a San Ignacio: «¡Envíeme V. belgas!» Envíeme auxiliares para trabajar con nuestros queridos Hermanos...»

De una misiva dirigida al Hermano Miguel, en aquel mismo año, por el Ilmo. Sr. D. Ulpiano Pérez Quiñones, obispo de Ibarra, citaremos estas pocas líneas:

«Queridísimo Hermano... ya tiene V. un discípulo Obispo. Tiene por eso mismo una doble deuda para con Dios: le ha dado un hijo príncipe de la Iglesia, y para ese hijo ha de conseguir V. las gracias consiguientes a tan augusto principado...»

Expresa después el Sr. Obispo el vivo deseo de conseguir Hermanos para su ciudad episcopal y concluye:

«¡Por Dios, por la santa Iglesia y por la niñez, ayúdeme usted!
Su afectísimo discípulo, hoy su Padre en Cristo.»

Desde Roma el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel María Pólit, obispo electo de Cuenca, anuncia su próxima consagración episcopal al Hermano Miguel, en términos que evidencian su intensa gratitud:

«Como a uno de mis mejores y más antiguos amigos, anticipo a anunciarle mi próxima consagración episcopal... Será mi consagrante el Eminentísimo Cardenal Merry del Val, y se efectuará la ceremonia en la capilla del Colegio Pío Latino Americano.

¡Qué contento me causaría su presencia! Ya que eso no es posible, quedemos unidos en espíritu y de corazón, ahora más que nunca... Usted, mi carísimo Hermano, encomiéndeme a Nuestro Señor en sus fervientes oraciones para que reciba digna y eficazmente la plenitud del sacerdocio; y, a mi vez, le ofrezco una de mis primeras bendiciones...»

Los Superiores del Hermano Miguel tenían como dirigidas a su Instituto las señales de aprecio tributadas al benemérito religioso. Mejor que nadie conocían sus valiosos servicios; más que nadie también deseaban prolongar vida tan preciosa. Por eso, recelando para él los rigores de un nuevo invierno en Lembecq-lez-Hal, resolvieron enviarlo a España.

CAPÍTULO XII

El Hermano Miguel en España Últimos trabajos.—Última enfermedad y muerte (julio de 1908-febrero de 1910)



Los desastres causados en el Instituto de los Hermanos por la funesta y draconiana ley de 1904 imponían a los Superiores, no tanto la obligación de reconcentrarse o de estrechar las filas para llenar los vacíos, cuanto la de sostener el reelutamiento para asegurar el porvenir de la obra. Nada se logra al henehir el aire con estériles elamores y lamentaciones, llorando sobre las ruinas hacinadas; Dios pide a sus siervos valor y fortaleza, para volverlas a levantar con presteza y confianza. Por eso los diversos distritos de Francia dediearon todos sus esfuerzos en tan magna obra. Junto a las fronteras de la patria reconstituyeron las easas de formación, semilleros destinados a la edueación de jóvenes aspirantes a la vida religiosa y apostólica. ¿No eran acaso esas empresas las más apremiantes?

Llegada del Hermano Miguel a Premiá de Mar.— Habíase fundado en Lembecq-lez-Hal, en la nueva Casa Matriz, uno de los primeros Noviciados reorganizados. El 21 de julio de 1908, Premiá de Mar, en la provincia de Barcelona, recibió un grupo de novicios menores enviados de Bélgica. Acompañábalos el Hermano Miguel, quien, dicho se está, fué acogido por todos con el mayor regocijo. «Sin duda, pensaban, trabajará más largo tiempo en aquel clima favorable y podrá edificarnos con sus virtudes.»

Veinte años hacía que ansiaba ver a Lourdes. Su viaje a Premiá le venía, al parecer, a pedir de boca para ir a postrarse delante de la

gruta de Massabielle. Pero tampoco esta vez vió colmados sus anhelos. Y cuando alguien le preguntaba después, en Premiá, si había ido a tributar sus homenajes a la Virgen Inmaculada en el pirenaico santuario, respondía sonriente: «*En el cielo la verá!*» Con motivo de haberse trasladado a España escribe muy gozoso:



Noviciado apostólico de Premiá de Mar, a 19 kilómetros de Barcelona

«Habiendo hecho edificar nuestro querido Hermano Asistente un Noviciado Menor en Premiá de Mar, me ha enviado aquí para enseñar el castellano en la primera clase y preparar futuros maestros...

Heme, pues, en este rincón de la madre patria, en una casa muy cómoda. El edificio tiene sesenta y nueve metros de largo por diecisiete de ancho, con alegres y espaciosos corredores. La capilla es perpendicular a esta construcción.

Tenemos el Mediterráneo a pocos metros de distancia. Desde la habitación en que estoy lo veo continuamente y oigo el ruido de las olas, a veces un tanto agitadas. Esta proximidad al mar es causa de la brisa fresca que templó el calor en los meses de verano y lo hace muy soportable.»

El Hermano Miguel, poético y religioso, se deja pronto cautivar por el espectáculo que en Premiá presenta el mar. Ya espacia sus miradas por la azulada planicie, donde, como en bruñido espejo, chispean encendidos rayos; ya le halague el blando arrullo de las ondas al quebrarse en la playa, orlándola con fugaces festones de blanca espuma; ora observe, a lo lejos, las blancas velas de las lanchas pescadoras, que recortan en un fondo de purísimo cielo azul

el perfil elegante de sus alas; ora, en las plácidas y transparentes noches de verano, alce las miradas, de la contemplación del mar dormido a la del firmamento inmenso y su «joyería celeste»: en todo vislumbra y adora al inefable Artífice de tantas maravillas... Otro atractivo tiene Premiá para el buen ecuatoriano: la tierra española es casi su tierra natal, puesto que de ella salieron, en otro tiempo, los abuelos cuyo nombre lleva.

En Premiá, como en Lembecq y en Quito, es admirable su aplicación al trabajo. No parece sino que tiene el presentimiento de que se acerca ya el ocaso de su vida. Sin tregua ni descanso, da se prisa en su tarea, siguiendo el consejo del divino Maestro: «Trabajad mientras es de día, pues pronto viene la noche, durante la cual no se puede hacer nada.»

Publicación de obras didácticas. — Por mucho que le ocupase el profesorado, no descuidaba el Hermano Miguel la composición de los manuales clásicos. Libros de lectura, cursos de historia sagrada, colaboración en trabajos de cartografía española, obras de literatura, historia del Ecuador: todo lo acometía sucesivamente. Poco tiempo antes de morir decía el laborioso escritor: «*¡Quieren que componga aún una docena de manuales, pero no sé si tendré tiempo para ello!*» Habíanle pedido ya una nueva traducción española del catecismo de Pío X, la publicación de un compendio de historia eclesiástica para las escuelas primarias y otras muchas obras... No se negaba a nada de cuanto podía emprender. No es esto decir que fuera él, en el Instituto de los Hermanos, el único operario de dicha colección castellana de manuales clásicos, ni que la misma muerte pudiera imposibilitar el dar cima a la empresa; pero no cabe duda que él puso una de las piedras angulares en la realización de estos planes pedagógicos.

Lo que más campea en sus obras dándoles inapreciable valía y los convierte en modelos es el espíritu cristiano que las anima. Cuando se le objetaba que los seculares no suelen ser partidarios de los manuales en que descuella demasiado la nota religiosa, contestaba: «*Según eso, ¿quién publicará obras cristianas, sino los religiosos? ¡Si esos señores no las quieren, que las dejen!*» No admitía que se atenuase la doctrina para vender mejor la mercancía.

Con frecuencia escribe a Quito para pedir informes relacionados con las obras que tiene en preparación. A menudo se desahoga en sus cartas el corazón, y en casi todas ellas muéstrase solícito de lo

que por allá sucede. En una carta del 8 de marzo de 1909, dirigida a sus colegas ecuatorianos, leemos:

«Pasado mañana cumplirán dos años desde que dejé mi querida casa de Quito para venir a este viejo mundo. No crean Vdes. que haya olvidado mi corazón los lugares donde transcurrieron los días mejores de mi vida religiosa, en compañía de tan amables Hermanos, y donde pude trabajar algo. ¡Ojalá lo hubiese hecho siempre por Dios únicamente! Mis pensamientos vuelven con frecuencia hacia el Cebollar, y voy arriba, abajo, a la capilla, a mi cuartito... y luego a San Blas (1), que me figuro en el mismo estado en que se hallaba cuando salí. Estos recuerdos, sumamente halagüeños, son otros tantos motivos poderosos que me obligan a rogar por todos Vdes.»

A un Hermano, con quien le unen desde hace tiempo lazos de santa amistad, recuerda la recompensa celestial que se acerca:

«Pronto envejecemos! Por eso debemos santificarnos cada vez más, sirviendo a Dios con fervor en el amado Instituto en que se ha dignado colocarnos, y donde, con tanta utilidad propia y ajena, ha pasado V. ya los mejores años de su vida. ¡Qué rica cosecha le espera allá arriba! Alenémonos mutuamente para perseverar hasta el fin. Pronto iremos ambos a descansar en el amoroso regazo de los dulcísimos Corazones de Jesús y de María...»

* * *

Su profesorado en el Noviciado Menor. — En Premiá de Mar las virtudes del Hermano Miguel eran objeto de justa admiración por parte de los novicios menores y demás miembros de la comunidad. Unos y otros han encarecido, repetidas veces, la vida activa y sosegada del santo religioso mientras vivió con ellos; su espíritu de humildad, de mansedumbre, de recogimiento y mortificación; su gran amor al silencio, al retiro, a la oración. Entre tantos testimonios sólo citaremos algunos.

Complaciase el Hermano Miguel en enseñar el castellano en el Noviciado Menor. Para saber de qué manera desempeñó su magisterio oigamos a los que fueron discípulos suyos:

«Al explicarnos una regla de gramática empezaba siempre el

(1) El Cebollar es la comunidad de la «Sagrada Familia», establecida en la calle del Cebollar.—San Blas es una comunidad nueva de los Hermanos en Quito.

Hermano Miguel por escribir en la pizarra varias frases en que se hallaba aplicada aquélla. Nos ayudaba a penetrar, por medio de acertadas preguntas, dicha regla, asunto de la lección, y sólo entonces la formulaba en términos breves y clarísimos. Si alguno de nosotros no la había entendido, de lo cual pronto se cercioraba mediante ciertas preguntas o por la perplejidad de una mirada, de un gesto, repetía sus explicaciones con incansable paciencia.»

«Reprendía, aunque siempre con suavidad, a los distraídos. *«Cuando están ustedes atentos a la lección, nos decía, me siento animado y se me ocurren explicaciones en las que ni siquiera soñaba en un principio.»*

«Cuando se daba la señal de la oración, en las horas y medias horas, el Hermano Miguel suspendía inmediatamente la lección, detenía a un novicio, sin darle tiempo de acabar la respuesta, para rezar con angelical piedad las jaculatorias prescritas. Si alguno omitía santiguarse o no lo hacía bien, advertíale con bondad.»

«Escuchábamos con delicia sus explicaciones de catecismo, tan claras, tan interesantes. Había que estar con suma atención, porque a lo mejor nos cogían a descuido sus preguntas.»

«Si algún alumno faltaba a su deber, solía mostrarle el crucifijo de la clase, diciéndole: *«¿No le dice nada ese amable Señor?»* Y otras veces: *«¿Reza V. acaso tan mal para prepararse al Noviciado? En la capilla es donde se afianza o se pierde la vocación, según el modo como se reza.»*

«Si rezábamos con sobrada precipitación, sin bastante cuidado, nos preguntaba el Hermano Miguel: *«¿Están Vdes. preparando leña para el Purgatorio?»* Y mandaba repitiésemos la plegaria todos juntos, o aconsejaba que cada cual reparase el descuido en particular, durante un cambio de ejercicio.»

«Recomendábanos muy a menudo la modestia. *«Eso no cuesta mucho, y en cambio aprovecha en gran manera al alma. Si son Vdes. amigos de curiosidades y parlerías, ¿cómo quieren orar sin tener distracciones?»*

«Nuestro santo Hermano procuraba corregir a sus educandos de la desmedida afición a ciertas fruslerías, a las que atribuían algunos sobrada importancia. *«No se debe, añadía, tener apego ni aun a las estampas. a los cuadernillos recibidos como recompensa. No lleven a mal si les piden estampas para mandarlas a los niños pobres; antes denlas de buen grado.»*

«No quería, por humildad, que le besaran la mano a la usanza española.»

«El día de Navidad, cuando íbamos a felicitarle las Pascuas, nos daba a besar una imagen de Nuestro Señor Jesucristo o de la Virgen Santísima. Otro tanto hacía cuando, después de la confesión, algunos novicios iban a besar la mano al profesor de quien habían recibido alguna reprimenda durante la semana. Pero, cierto día, uno de nosotros, aprovechando la ocasión de estar de vigilancia el Hermano Miguel, se fué pausadamente y a hurtadillas a besar por respeto la manga de su manteo. El humilde Hermano, que estaba a la mira, llevó tan a mal la piadosa picardía que nadie osó repetirla en adelante.»

Si hubiésemos de pregonar aquí los incontables testimonios de la comunidad de Premiá, relativos a las virtudes del Hermano Miguel, habríamos de repetir gran parte de los múltiples elogios expresados en las páginas anteriores. Tan cierto es que este modelo de educadores fué siempre y en todas partes objeto de unánime admiración.

Caldeaba su espíritu en la fragua de la oración en cualquier sitio donde estuviese: en los corredores, en los patios y en su celda. Cualquiera que fuese el estado de su barómetro espiritual, des-empañaba con viril energía, con fidelidad escrupulosa, todos los ejercicios de la comunidad. El examen particular, las revistas semanales y los retiros mensuales: todos estos medios de renovación interior que, desde hacía cuarenta años, practicaba con indefectible constancia, fueron el sostén de su edificio espiritual hasta el fin de su vida.

Experimentaba cada día más encendido amor a Jesús Sacramentado. La comunión diaria, las visitas al Santísimo, los rezos en su cuarto unificaban su alma con Nuestro Señor. Su humildad, sobre todo, edificaba a los Hermanos y anonadábale ante sus propios ojos. Escuchemos lo que dice de él su Director:

Atestación de su Director. — «No he conocido a otro religioso tan obediente, tan humilde como nuestro santo Hermano Miguel. Era su obediencia hija de su fe, de la envidiable costumbre de no hacer nada sin permiso, sin poner a sus Superiores al corriente de cuanto ejecutaba, de modo que pudiera decir sin temor de equivocarse: «No hago mi voluntad, sino la de Dios, manifestada por las órdenes de mi Director y las prescripciones de la Regla.»

»Esta obediencia fué continua durante los dieciocho meses que edificó a la comunidad de Premiá. Solicitaba licencia para los

actos más insignificantes, como lo hubiera hecho el más ejemplar de los novicios. Para tomar un pediluvio, para remendar un vestido, escribir una carta, dar una estampa, prestar un servicio, tomar un sello de antipirina con el fin de calmar sus fuertes jaquecas; para cambiar el día en que solía afeitarse; levantarse un cuarto de hora antes que la comunidad; en una palabra: para todo requería la venia del Superior.

»Cuando se piensa en los diversos trabajos que llevaba entre manos el Hermano Miguel, tanta diligencia y delicadeza en no hacer nada sin previo permiso, nos asombran desde luego, y hasta puede haber quienes las tilden de nimiedades o escrúpulos de monja, como vulgarmente suele decirse entre ciertos religiosos que no reparan en menudencias, ni se hallan del todo desasidos de la propia voluntad. Mas, muy de otra manera piensan los fervorosos discípulos del divino Salvador, el cual, para ejecutar cada uno de sus actos, esperaba la hora señalada por su Padre celestial.

»Sus relaciones con el Director eran tan sencillas e ingenuas como las de un niño... Lamentábase de no pensar en Dios con bastante frecuencia. Sin embargo, estoy por creer que hacía tantos actos de amor divino cuantos cabe al alma más ferviente.

»El Hermano Miguel tenía temperamento muy vivo; sólo por virtud era benévolo y manso. Exasperóle, cierto día, un novicio menor durante la clase, y el Siervo de Dios desahogó su disgusto dando en la mesa un golpe fuerte que se oyó en las salas vecinas. Al salir acusóse de su arrebato, y me pidió perdón diciéndome que se le había ido la mano sin percatarse de ello.

»Recuerdo haberle advertido, al principio de su estancia en Premía, que se cansaba hablando demasiado alto al dar clase. Recibió agradecido la advertencia, y con frecuencia, desde entonces, echábase en cara su poca moderación y mesura, y me preguntaba si no tenía ningún reparo que hacerle tocante al particular.»

Feliz el hombre a quien Dios basta, a quien sólo Jesús satisface. Hállase siempre tranquilo y alegre, porque Jesús nunca le abandona. Los sucesos más imprevistos, los más terribles trastornos, las mayores catástrofes no son parte para turbar ni amenguar la paz de su alma. Varias veces, en el Ecuador, dió pruebas el Hermano Miguel de un perfecto dominio de sí mismo en las revueltas políticas; pronto iba a ofrecérsele, en España, ocasión de dar hermoso ejemplo de absoluta confianza en Dios.

* * *

Acontecimientos de julio de 1909 en Barcelona. — No es nuestro ánimo referir aquí, por menudo, los acontecimientos siniestros, los horrendos crímenes que asolaron a Barcelona en julio de 1909. Vióse entonces, de improviso, la gran ciudad condal entregada sin defensa, a merced de la saña destructora y salvaje de una pandilla de bandidos, por espacio de varios días.

La salida de la guarnición para Melilla, con el fin de vengar los ultrajes inferidos al honor de España por los indómitos naturales del Rif, pareció de perlas a los radicales y anarquistas de toda laya para soltar la presa a sus infernales odios. Por la tarde del lunes 26 de julio los agitadores empiezan a soliviantar a las sociedades obreras y declaran la huelga general en son de protesta contra la guerra de África, pero en realidad con el único propósito de llevar adelante sus criminales designios. La masa del pueblo cosmopolita, la turbamulta de foragidos, asalariada y seducida por los infames fautores de la rebelión, inunda las calles cual desbordado torrente de lodo, y, como jauría ebria de sangre, se lanza al saqueo y al pillaje, cometiendo las mayores atrocidades: aquí talan, incendian, roban y destrozan; allá levantan barricadas y se defienden con increíble tesón; más lejos descargan su furia con soeces insultos y blasfemias aterradoras en inocentes e indefensas personas consagradas a Dios. Ni se detienen ante los sepulcros; sino que, como manada de chacales, se arrojan a las tumbas, desentierran los cadáveres, bailotean con ellos, los arrastran y pasean en manifestación báquica por las calles. Barcelona entera contempla horrorizada, desde los terrados de las casas, el siniestro cordón de fuego que rodea la ciudad. Diecisiete iglesias o capillas, cuarenta y cuatro conventos, asilos o escuelas, son pasto de las llamas. Tras aquellos aciagos días de angustia empiezan a renacer, por fin, el orden y la tranquilidad, merced a la represión de la fuerza armada, que libró a Barcelona de una hecatombe.

La historia sensata e imparcial echará su fallo sobre los horrores y crímenes acumulados en aquella *Semana trágica*; la humana justicia ha condenado ya con su veredicto a los principales cabezillas responsables de tanta abominación y ruina; pero la España católica e hidalga, la que no ha renegado aún de su glorioso nombre, de su grandeza insuperable, de sus sublimes prototipos de raza,

ni de su libertad e independencia, recordará siempre con rubor, asco y pena aquella infame jornada; protestará indignada contra la vil y amañada campaña de difamación, contra la sarta de calumnias y burdas mentiras con que la presunta «Europa consciente», esto es, la Europa judío-masónico-anarquista, la chusma, el hampa social del orbe entero pretendió mancillar y vilipendiar, en aquellos días, ante el mundo civilizado, a este siempre digno, siempre noble y caballeresco pueblo español.

La Semana trágica en Premiá de Mar. — Mientras Barcelona presenciaba tan horribles escenas, ¿qué ocurría en la pacífica mansión de Premiá, donde vivía el Hermano Miguel? Veámoslo sumaria y brevemente.

Sabido es que la revolución se extendió como un reguero de pólvora a otros pueblos de Cataluña. Los primeros chispazos no tardaron en llegar a Premiá, y la agitación cundió rápidamente por todo el litoral. Obedeciendo a órdenes emanadas de las juntas revolucionarias, cerráronse todas las fábricas; los anarquistas levantaban los rieles y volaban los puentes para impedir la circulación de los trenes. Los campos se hallaban desiertos; privadas de sus graciosos penachos las chimeneas; en la playa yacían abandonadas las barcas de los pescadores. El populacho, azuzado por las arengas de algunos energúmenos; los ignorantes, que, con candidez confinante en la estulticia, creen a pies juntillas las mil y mil patrañas que se les cuentan acerca de las fabulosas riquezas de los conventos, miraban ya como codiciada presa el establecimiento de los Hermanos, donde pensaban allegar rico botín. El día 27 de julio, por la tarde, dirigen desde el pueblo un amistoso aviso al Hermano Director de la Comunidad. «No echen Vdes. a vuelo la campana, a no ser en caso de un asalto de los anarquistas. Entonces acudiremos aceleradamente en socorro de Vdes.» Como quiera que no hay arma ninguna en casa, tráncense dos fusiles; los Hermanos, entre ellos algunos antiguos soldados, sabrán contender con valor en la lucha, si es preciso defender las vidas; pero no hay, por fortuna, necesidad de cechar mano de dichas armas.

Varios centinelas armados, amigos de la casa, y algunos carabineros rondan el edificio durante toda la noche, en tanto duermen tranquilos los niños. ¡Pobrecillos, ignoran los sobresaltos, las fatigas que en breve les esperan! Al día siguiente, miércoles 28 de julio, salta a la vista el peligro con toda su espantosa realidad.

Frente al Noviciado, los amotinados, armados de picos, mazas y enormes vigas, derriban los muros que limitan la vía férrea y pegan fuego a la estación de mercancías. El incendio dura toda la tarde y aumenta el pavor de los Hermanos y de los niños, porque ¿quién puede asegurar que no harán otro tanto con el Noviciado? Aterrorizado, acongojado, sólo confía el personal de la casa en el socorro del Cielo, e implora con ardientes súplicas la protección de su celestial Patrona, Nuestra Señora del Puerto, en cuyos brazos se arroja. Delante de una estatuita de la divina Señora, colocada sobre un altar provisional en el coro de la capilla, empiezan los ejercicios de intercesión perpetua.

Algunos habitantes de Premiá se ofrecen gustosos a albergar en sus casas a varios niños; se les agradece la atención, aunque sin aceptar su generosa oferta, pues importa salvar no sólo un grupo, sino a todos los novicios. Con riesgo de su vida, algunos amigos proporcionan a los Hermanos trajes de paisano, diciéndoles: «¡Huyan, huyan presto, si no quieren perecer a manos de los sicarios!» ¿Huir? Pero, ¿adónde? ¿A Francia? Imposible: todas las vías de comunicación están interrumpidas. ¿A Barcelona, al foco del incendio? Se exponen a ser juguete de su temeridad. ¿Se esparcirán acaso por los montes circunvecinos? Pero temen caer en manos de la gentuza que se embosca en ellos y vaga, cual moro sin señor, cometiendo toda clase de fechorías.

Fe y confianza del Hermano Miguel durante la Semana trágica.—

Después de la cena los niños hacen un hatillo con algunos vestidos y provisiones, y procuran conciliar el sueño recostados encima de los pupitres de las clases. A la primera señal de alerta se encaminarán a la montaña para pasar allí la noche. «*No teman Vdes. nada, exclama el Hermano Miguel, no nos sucederá ninguna desgracia.*» A los más asustadizos los calma repitiéndoles: «*¡Ea, no haya miedo! La Virgen Santísima nos ampara.*» Antes de ir a tomar algún descanso, varios novicios rodean a su santo profesor y le preguntan cariñosos:

«Hermano, le será a V. muy difícil huir a la montaña. ¿Qué piensa V. hacer?»

— *Pues quedarme aquí.*

— ¿Quedarse aquí, solo, expuesto a la furia de los anarquistas?

— *No estaré solo, amigos míos, puesto que se quedan conmigo Nuestro Señor y la Virgen Santísima. Que me den las llaves de la capilla,*

yo guardaré al Santísimo Sacramento; por lo demás, aseguro a Vdes. que no nos ocurrirá daño alguno. Nuestra Divina Guardiania es más poderosa que todos los ejércitos juntos.»

Como no ha habido ningún sobresalto aquella noche, los Hermanos y los niños asisten, muy de madrugada, a la santa Misa, reciben la sagrada Comunión y se van a descansar. Durante el día 29 de julio llega a su auge la tormenta revolucionaria. El peligro y la angustia erecen hasta tal punto que se acude a las autoridades en demanda de amparo contra la horda invasora. En Premiá se ha constituido una junta revolucionaria; cuatro individuos de los que la integran se presentan en el Noviciado para oír la instancia. A cuantas súplicas y razones alega el Hermano Director al abogar por la causa de los niños, responden los miembros de la comisión que no está ya en su mano el poner a salvo la casa y sus moradores, y que a éstos no les queda, por tanto, sino un medio de salvación: el buscar, lo antes posible, un barco e irse al lugar más seguro, a Francia o dondequiera. Esta declaración aumenta la congoja y pone en agonías de muerte a directores, profesores y alumnos, quienes redoblan sus ruegos y, con los brazos en cruz y los ojos arrasados en lágrimas, suplican a la Virgen veneranda del Puerto no les abandone en tan amargo trance.

El Hermano Subdirector del Noviciado y el Sr. Capellán, provistos de un pasaporte expedido por los jefes del movimiento, suben a una barca: siete horas después llegan a Barcelona. La población está de luto, tétrica y sombría. Cerradas están las tiendas, paralizado el tráfico rodado. Las pocas personas que se atreven a salir llevan el dolor y el espanto retratados en el semblante. Densas columnas de fuego cubren el horizonte; más de cincuenta incendios, con su resplandor siniestro, forman en el cielo, cual otras tantas lúgubres luminarias, inmenso círculo de fuego. Después de haber sido diez veces detenidos, interrogados, registrados, como si perteneciesen al partido de la insurrección, los dos viajeros consiguen, a duras penas, avistarse con el Capitán General. Este funcionario, investido del mando supremo, dispone de tropa insuficiente para mandar un destacamento a Premiá. Remite, pues, a los solicitantes al Comandante marítimo. Conmovidó éste por el riesgo que corren los Hermanos, da orden de enviar en seguida un vaporcito y un cañonero al Noviciado para asegurar el embarque del personal.

Mientras tanto están todos en vela en la casa de Premiá. Segunda vez permanecen los niños en elase hasta media noche. Apenas

suben al dormitorio, cuando se oyen fuera disparos de revólver. Los carabineros responden de dentro a tiro limpio. Dos veces vuelven a la carga los sediciosos, y otras tantas son recibidos del mismo modo. Persuadidos, al fin, de que no se les ha de dejar asesinar a mansalva, se retiran.

A eso de la una y media de la madrugada, el remolcador *Toro* y el cañonero *Temerario* abordan a las playas de Premiá, escudriñando con sus proyectores todo el litoral antes de fondear. Los potentes conos luminosos de los reflectores son cual rayos de esperanza que alegran los ánimos abatidos. Se oye poco después el penetrante silbido de la sirena, lánzanse las lanchas al agua, y, acompañados del oficial de servicio y del equipaje en uniforme militar, el Sr. Capellán y el Hermano Subdirector saltan a tierra y entran gozosos en la casa todavía incólume.

Mas nuevas ansias y zozobras ponen en grande apretura al Hermano Director y a los profesores, antes de decidirse al embarque. ¿Qué partido será más conveniente tomar? ¿Abandonar la casa, entregándola al incendio y al pillaje, o bien quedarse en ella con grave riesgo de la vida de los profesores y de la vocación de los jóvenes? ¡Terrible contingencia, cruel perplejidad! Preciso era, con todo, tomar alguna determinación. El oficial de a bordo, viendo la indecisión, alegó las órdenes recibidas y preguntó al Hermano Director: «¿Quiere V. embarcarse, sí o no? Le doy cinco minutos para reflexionar y resolverse.» Por su parte, el teniente de carabineros retiró la promesa hecha en un principio de dejar el número suficiente de hombres hasta el restablecimiento del orden. «Amenazados como se hallan Vdes., dijo, por todos los pueblos circunvecinos, me es de todo punto imposible defender tan vasta propiedad con los pocos hombres de que dispongo; les aconsejo, pues, que aprovechen la llegada del vapor para ponerse a salvo.» El Sr. Capellán y varios Hermanos opinaron lo mismo, y, tras breves instantes de vacilación, el Hermano Director dió su doloroso consentimiento para proceder al embarque.

Salida de los Hermanos y Novicios para Barcelona. — A las cuatro y media ya están todos en la playa. Los habitantes de Premiá contemplan con tristeza aquel éxodo, que nada bueno presagia para la paz de la población. Antes de salir de su celda fija el Hermano Miguel, en la ventana que da al mar, una imagen de Nuestra Señora del Puerto, a quien confía la custodia de la casa, y endereza luego

los pasos al punto de embarque, donde marinos y profesores, con el agua hasta las rodillas, transportan los niños a las lanchas que los llevan hacia el vapor. El capitán del barco, enérgico y bondadoso a la par, los coloca con el mayor orden.

Antes de dar la señal de partida, el digno Capitán del *Temerrario* mandó que se presentasen el alcalde y el juez de la localidad; les intimó a que restableciesen el orden cuanto antes, les declaró responsables de cuanto pudiera ocurrir y acabó diciendo: «Si alguien osa tocar el convento, estaré yo aquí mañana con mis cañones.»

Con religioso respeto deposita el Hermano Miguel en el barco la valija en que se había llevado el santo Copón para preservar las sagradas Formas de cualquiera profanación posible. ¡Dase por muy feliz al verse constituido en centinela del Rey de cielos y tierra!

«Tan pronto como se acomoda en el barco, escribe un compañero de viaje, el santo Hermano abre la *Imitación de Cristo*, reza la oración de la mañana y permanece tan recogido como si estuviese en la capilla. Tiene cerca la preciosa maleta. Un joven novicio, rendido por la fatiga y la marea, apoya la cabeza, sin saberlo, en la preciosa almohada, tabernáculo de Jesús fugitivo, y se duerme. El Hermano Miguel contempla aquel bello cuadro, muy conmovido, y me dice bajito: «*Así, en la última Cena, descansaba el Apóstol amado en el Corazón del divino Salvador.*»

En cualquiera otra circunstancia, este paseo matutino, en un hermoso día de julio, habría sido un encanto para todos. La aurora mañanera extendía por el firmamento su rico manto de rosicler y oro; el sol, con imponente majestad, salía triunfante del fondo de las aguas, donde como en bruñido espejo reverberaba su faz ígnea y relumbrante. Hasta los pajarillos, con su melodiosa algarabía, y las gaviotas, con su incesante vaivén, parecían desear a los viajeros feliz éxodo, pronto y venturoso regreso. Mas no eran aquellos momentos los más propicios para dejarse mecer por los suaves arrullos de la poética naturaleza. Sólo pensaban los pobres fugitivos en orar, sobrecogidos de angustia, pues iban hacia lo desconocido, huían de un peligro para caer en otros tal vez mayores...

En los Docks. — Desembarcados en Barcelona, donde los Hermanos de las comunidades de la ciudad ignoraban los acontecimientos de Premiá, profesores y alumnos fueron conducidos, por el piloto del

remolcador *Toro*, a los Docks, o depósitos de mercancías del puerto, único abrigo seguro y disponible hasta el restablecimiento del orden. Tres veces al día, y sin salir a la calle, iban a comer a una fonda que linda con los almacenes, pasando por una escalera secreta. Por la noche, tendidos en balas de algodón, dormían en cuanto se le permitía el continuo tiroteo.

El Hermano Miguel acompañando al Santísimo. — Llegados a Barcelona, el Hermano Miguel y el Sr. Capellán de Premiá llevaron el Sagrado Copón a una casa donde recibieron piadosa hospitalidad. «...Conservo preciosamente, escribía el Sr. D. José Vivas, el 19 de mayo de 1924, el pequeño armario donde se puso entonces el Santo de los Santos, sobre un tomo de la Sagrada Biblia... Nunca se borrará de mi mente la impresión de santidad que nos causó, tanto a mí como a mi madre, el inolvidable Hermano Miguel, durante esas horas trágicas que estuvo con nosotros. ¡Qué abnegado era, muerto a sí mismo y de tan apacible serenidad, mientras el pánico se apoderaba de todos por el continuo tiroteo y el resplandor de los incendios! ¡Cómo se pasaba los momentos en un abismo de humildad, junto al Santísimo en aquel altar improvisado, alumbrado por dos velas!... Tengo, en el comedor de mi casa, un retrato y una pequeña reliquia de este prototipo del hombre sabio, humilde y profundamente piadoso, para verle siempre y para decir a mis hijos que me cupo la suerte de conocer a un Santo.» Al día siguiente, por la mañana, el Sr. Capellán comulgó y dió la sagrada Comunión a su compañero de viaje, así como a los caritativos huéspedes; luego se fué a una iglesia, donde depositó las sagradas formas restantes.

Mucho sentía el Hermano Miguel no estar en comunidad. «*No me hallo a gusto sino con mis Hermanos*, dijo al Hermano Director; *suplico a V., por favor, me permita ir con ellos a los Docks.*» Se lo conceden, y para disipar la murria que se apodera de los refugiados, muéstrase con ellos jovial, tranquilo, confiado, dispuesto siempre a referir piadosas e interesantes historias, sazonadas con gracias y donaires.

A pesar de todas las precauciones, espárcese ya por la ciudad el rumor de haberse ocultado varios religiosos en los Docks. Los propietarios de las mercancías allí depositadas temen que la presencia de los niños atraiga la malevolencia de los insurrectos. Forzoso será, pues, buscar un refugio más seguro. Pero ¿adónde irán? ¿A Cette?

¿A Marsella? El Comandante marítimo, protector de los fugitivos, busca en vano un barco con rumbo para dichos puertos.

El sábado 31 de julio anuncian que al día siguiente sale un barco para las Baleares. Tómanse en él ciento veinte pasajes para Palma, desde donde los novicios menores se trasladarán a casa de los Hermanos de Pont d'Inca; pero, por la tarde, empieza a renacer una tranquilidad parcial que modifica los planes: en Barcelona misma, en el Colegio de Ntra. Sra. de la Bonanova, es donde pedirá asilo la colonia de Premiá.

El Colegio de la Bonanova. — Preséntase entonces otra grave dificultad: ¿cómo salvarán sin peligro los siete kilómetros que separan el puerto del Colegio? Consultada la autoridad militar, ésta, siempre benévola, aconseja la travesía de la ciudad para el día siguiente, a las tres y media de la madrugada, bajo la custodia de un piquete de la Guardia civil. Durante el trayecto contemplan de trecho en trecho los estragos del incendio; artísticas fachadas ennegrecidas por el humo y las llamas; puertas y ventanas carbonizadas; solidísimas columnas hechas añicos; muros calcinados por el fuego; elegantísimos arcos ojivales derruidos. ¡Horrible visión que produce escalofríos y llena el alma de estupor!

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas poseen, en Barcelona, otras casas además de la *Bonanova*; pero varias de ellas habían sido quemadas; las demás se hallaban en barrios poco seguros; además, no habrían podido alojar a tanta gente. Hasta la *Bonanova* misma hubo de pasar por muy apurados trances. Del 21 al 27 de julio, más de doscientos Hermanos se habían congregado en ella para practicar los ejercicios del retiro anual, bajo la presidencia del Rdmo. Hermano Superior General Gabriel María y del Rdo. Hermano Asistente Luis de Poissy, encargado de las Escuelas Cristianas de España. Sabedores de lo que ocurría, no tuvieron más remedio que dispersarse para huir del peligro. Muchos hallaron asilo en casa de los alumnos de los colegios *Bonanova* y *Condal*, cuya cariñosa solicitud hizo en aquellos días verdaderos prodigios de valor. Aquellos denodados jóvenes iban por todas partes en busca de sus maestros errantes. Hasta consiguieron descubrir a uno que, arrestado por equivocación en un alboroto, se hallaba detenido en Montjuich.

Pero muchos Hermanos forasteros se habían encaminado a sus respectivas comunidades. Varios de Santa Coloma, de Sampedor,

de Manlleu, de Tarragona, no llegaron sino después de seis o siete días. ¡Y por entre cuántos peligros! Robados, maltratados, apaleados, sólo se libraron de la muerte gracias a la especial asistencia del Cielo; el Director de la Barceloneta, sobre todo, se escapó como



Colegio de Nuestra Señora de la Bonanova

por milagro de un inminente degüello. Por no menos apuros pasaron los cuatro o cinco Hermanos del Noviciado de Premiá; hubieron de emprender, a la buena de Dios, el regreso, andando por ocultas sendas y vericuetos, lo que no impidió que algunos de ellos fuesen bárbaramente atropellados, derribados al suelo y pisoteados.

El colegio de la *Bonanova* fué preservado de las hordas revolucionarias por singular protección de la Virgen Santísima, Patrona del establecimiento. Verdad es que una quincena de profesores del colegio, ayudados por cuatro o cinco Hermanos de Barcelona y dos individuos del *somatén* (1), habían constituido la defensa, velando día y noche por la seguridad común; mas, ¿cómo habrían podido resistir mucho tiempo a unas turbas feroces, sedientas de sangre y pillaje?

(1) Llámase así una milicia civil destinada a mantener el orden en pueblos y ciudades. Dicha milicia, establecida originariamente en Cataluña, se extendió en 1925 por toda España. Su patrona es Ntra. Sra. de Montserrat.

Los novicios menores en la «Bonanova». — Allí llegaron, sanos y salvos, el domingo 1.º de agosto, a las cinco de la mañana, los profesores y novicios de Premiá de Mar.

El Rdm. Hermano Superior General, el Rdo. Hermano Asistente de España, los Hermanos Visitadores de Cataluña y el Hermano Director de la *Bonanova* acogieron con los brazos abiertos a los fugitivos. En aquellos aciagos días no las tuvo todas consigo el bondadoso Director del Colegio. Hubo de poner en seguro el personal del establecimiento, intentar trazas para contraminar cualquier inopinado riesgo; mas al abrir las puertas del Colegio a la colonia premianesa pareció echar al aire todas sus inquietudes y fatigas: mandó preparar para los novicios un alojamiento que discrepaba no poco de la incómoda vivienda de los Docks. Todos agasajaban a los niños a porfía, acosábanlos a preguntas, dábanles mil plácemes por haberse sustraído a tantos peligros. Después de un rápido aseo se congregaron todos en la capilla para asistir a misa y comulgar. ¡Qué minutos aquellos de inefable conmoción, de ardiente acción de gracias!

¡Allí estaba también el Hermano Miguel! Temióse en un principio que le fuese imposible andar a pie tan largo trayecto. «Tendrá V., le dijo el Hermano Director, que volver a la casa donde le recibieron la primera vez.» A lo que se opuso el santo religioso diciendo: «*No se apure V., se lo suplico, la Virgen Santísima me dará fuerzas para ello.*» En efecto, él mismo escribió poco después: «*Pude recorrer a pie tan largo trecho, al paso de los niños, casi sin mayor cansancio que en Quito, los días de primera Comunión. ¡Bendito sea Dios!*»

Según el testimonio de cinco de sus compañeros, el Hermano Miguel se mostró, en Barcelona, tal como lo habían conocido en Premiá: tranquilo, amable, afanoso de dar gusto a todos y destinar gran parte del tiempo a la oración. «Durante la semana que pasamos en el Colegio de la *Bonanova*, dice un Hermano, tuve la suerte de estar junto a él en la capilla. Después de la sagrada Comunión quedaba en un principio absorto en plácida contemplación, como si pareciese sonreír al Huésped divino; luego desahogaba su fervor en exclamaciones ardientes: «*¡Jesús! ¡Jesús!*»

Regreso a Premiá. — Ocho días después se restablecieron las comunicaciones ferroviarias, y el Noviciado de Nuestra Señora del Puerto recuperó sus acostumbrados huéspedes. Al pisar los umbrales

echó el Hermano Miguel una mirada hacia la ventana donde había colocado la imagen de la Virgen tutelar. «Ya ven Vdes., exclamó entre gozoso y conmovido, *nuestra divina Madre sigue ahí.*» Y con indecible gracia dijo al que le acompañaba: «*Ella sola, Ella sola!* — ¿Qué quiere decir, Hermano Miguel? — *Mire V., contestó sonriendo, antes de marcharme puse a la ventana al Niño Jesús y a la Santísima Virgen. El Niño Jesús se ha caído y queda sola su Madre, como para dar a entender que Ella sola se ha encargado de la protección de la casa.*» En ausencia de los Hermanos ningún detrimento había sufrido el edificio: lo que guarda María, bien guardado está.

* * *

La estatua de Nuestra Señora del Puerto. — No estará de más relatar aquí un caso que impresionó no poco a los Hermanos, induciéndoles a creer que el Señor descendía, a veces, en favor de su siervo, el velo que oculta a los mortales los secretos del porvenir.

Con el fin de perpetuar en el Noviciado de Premiá el recuerdo de la especialísima protección dispensada por la Virgen del Puerto, dispuso el Rdo. Hermano Asistente General la erección, en la capilla, de una hermosa estatua de tan excelsa Señora, obsequio de un venerable eclesiástico de la diócesis de Clermont (Francia).

Un día, hablando con el Hermano Miguel acerca del próximo arribo de la preciosa imagen, escapóse al Rdo. Hermano Asistente General el siguiente reparo: «Sí, pero... ¿cuánto nos va a costar el honor de hospedar a María Santísima!» A lo que contestó el Hermano



Nuestra Señora del Puerto
Patrona del Noviciado de Premiá

Miguel, en tono afirmativo que excluía cualquier asomo de duda: «*España es feudo de María: nada pagará Ella al entrar en sus dominios.*»

Ya fuese fortuita coincidencia de los hechos con el augurio del santo Hermano, ya quisiese Dios realizar un vaticinio por Él mismo dictado, es lo cierto que la hermosa efigie llegó a su destino sin la enojosa condición de gravamen alguno.

El Hermano Miguel reanuda sus trabajos. — Ni aun lo más mínimo menoscabaron los sucesos exteriores de Barcelona el íntimo recogimiento del Hermano Miguel. De regreso a Premiá dióse de lleno a la vida espiritual, cual si tuviese que reparar el tiempo perdido, y reanudó con el acostumbrado ardor los trabajos interrumpidos unos días. Al paso que avanzaba hacia la muerte, su fidelidad a la Regla no parecía más exacta, sino tan fácil, tan feliz, que reverberaba en su rostro celestial serenidad, confirmación palpable de la palabra divina: «*Mi yugo es suave y ligera mi carga.*» Era esclavo de las menores prescripciones de la religiosa observancia, si bien su espíritu permanecía muy libre en medio de esta total sujeción a la divina Voluntad.

En los patios y los corredores, en clase y en el refectorio, por doquiera se ve al Hermano Miguel embebido totalmente en Dios. Según su costumbre, cuando cree estar solo, expláyase su alma en aspiraciones ardorosas, suministradas particularmente por la Sagrada Escritura, y en jaculatorias indulgenciadas, cuyo fruto satisfactorio aplica en sufragio de las benditas Ánimas.

En Zaragoza. — En octubre de 1909 los trabajos del Hermano Miguel requirieron su estancia en el Noviciado de Bugedo (provincia de Burgos) y le dieron ocasión de orar, en Zaragoza, en el célebre santuario de Nuestra Señora del Pilar. «Habiendo llegado en un tren de noche, escribe el Hermano Director de Zaragoza, manifestó deseos de ir directamente al santuario. Como le objetase yo la dificultad de hallar un coche en aquellos momentos, me contestó: «*Ya verá V. cómo me da fuerzas la Virgen Santísima para ir hasta Ella.*» Y así fué.

»A su regreso de Bugedo pudo satisfacer de nuevo su devoción para con la Madre celestial. Varias veces aplió sus labios al bendito Pilar, y oró por todos aquellos a quienes amaba. Detuvo complacido sus miradas en la bandera del Ecuador, depositada en

el santuario, y rogó también por la patria querida que ya no volvería a ver. Antes de salir dejó a la comunidad un «Himno a Nuestra Señora del Pilar» que acababa de componer. Su exquisita cortesía, su gran sencillez, la suavidad de su lenguaje, su temor de molestar, su agradecimiento por el menor obsequio, su ingeniosa habilidad para evocar en la conversación el recuerdo de la Virgen Santísima fueron otros tantos motivos de admiración para los Hermanos. Dejónos la impresión general de que habíamos recibido la visita de un gran siervo de Dios.»

De vuelta a Premiá practicó el Hermano Miguel con singular devoción los ejercicios del retiro anual. En sus resoluciones escritas el 27 de noviembre leemos:

«Resoluciones confiadas al Sagrado Corazón de Jesús por conducto de mi dulcísima Madre María... Ejecutar todos mis trabajos, literarios y escolares, en unión con Jesús, María y José, sólo por la gloria de Dios, para concurrir a la extensión y conocimiento de su santo nombre, en reparación de las injurias inferidas por mí a mi amable Jesús, y de las que le irrogan los pecadores... *Sub tuum, Ave Maria*, antes de cada acción y cada media hora... Sentimientos frecuentes de amor y confianza para con Dios, mi tierno y compasivo Padre.»

Con puntualidad tenaz muéstrase fiel a todas las prácticas de la Regla, a todas sus devociones particulares. Sus cuadernitos íntimos llevan apuntes y resoluciones de revistas semanales hasta fines de enero de 1910; también los resultados de su examen particular hasta el 2 de febrero siguiente. A fines de la cuarta semana de enero escribía:

«No juzgar ni a mis Superiores ni a mis Hermanos. No preferirme a nadie; obrar en todo por la gloria de Dios y con espíritu de apostolado...»

Al escribir estas líneas, lejos estaba de sospechar que, en breve, iba a recibir el ósculo supremo de Aquel que ha dicho: «No juzguéis y no seréis juzgados.» El Señor está muy cerca, no ha de tardar en llamar a la puerta; pero su siervo vela diligente, dispuesto a recibirle.

* * *

Última enfermedad. — En la última quincena de enero de 1910 el Hermano Miguel cogió un resfriado. La caridad fraterna le aga-

sajó con mil atenciones que le parecían a él exageradas. «¿Por qué tantos desvelos para conmigo?, decía, esto no será nada.» El 31 de enero pidió que no le trajeran ya las tisanas de costumbre. «Doy a ustedes muchas gracias; pero no quiero que se molesten más por mí. Me hallo mucho mejor, ya estoy sano.»

En la mañana del miércoles 2 de febrero le acomete de súbito, en la capilla, un violento acceso de fiebre. Mas él, siempre animoso, aguanta y sigue los actos de comunión hasta las ocho y media. Sacudido por un temblor febril, dice entonces al Hermano Director: «No sé si podré asistir a misa; tengo mucho frío.» Llévanlo con presteza a su celda, y le ayudan a acostarse.

El médico acude y diagnostica una bronquitis. «Con tal, dice, que no se declare una pulmonía, el mal no parece grave.» Al día siguiente se observa inflamación en uno de los pulmones. En vista de que los remedios no surten ningún efecto, se desazonan todos en torno del querido enfermo, y empiezan a temer por su salud. Sólo el enfermo no deja vislumbrar ninguna melancolía, antes permanece alegre y sereno hasta el último momento.

Obedece con la sencillez de un niño a los Hermanos que le cuidan. Basta que los enfermeros le digan que tome una poción, que no conteste sino por señas a los visitantes, que vuelva a abrigarse si, en el ardor de la fiebre, aparta las mantas, para que al punto lo ejecute.

Su gran preocupación es cumplir con toda perfección la Regla. A la hora de los ejercicios espirituales se une con la comunidad, recita las oraciones prescritas, reza el rosario con calma y piedad conmovedoras, ofreciendo sus últimos alientos al Dios de los fuertes.

Su resignación y santa alegría. — Recibe con semblante risueño a todos cuantos van a enterarse de su salud. «Querido Hermano Miguel, ¿cómo se halla V.? — *No muy mal, algo mejor.*» Ni prorrumpe en quejas, ni da muestras de fastidio; antes dicha celestial parece iluminar con suaves reflejos su demacrado rostro.

Así trãnescurren los primeros días de la enfermedad. A pesar de los graves síntomas, todos tienen alguna esperanza de mejoría; recellan, empero, que la ciencia, la abnegación y la caridad fraterna no logren atajar el mal, y triunfar de los gérmenes de debilidad acumulados desde mucho tiempo en ese organismo exhausto. Los trabajos, las penitencias, las enfermedades lo tienen ya tan agotado que bastará el menor soplo para apagar su vida cual lámpara en la que apenas queda combustible.

«El domingo 6 de febrero, por la mañana, escribe un Hermano, quise ver cómo comulga un santo en el lecho de muerte. Fuí, pues, al cuarto del Hermano Miguel y me coloqué enfrente de él. Nunca olvidaré la expresión de sus ojos, su gozo inefable al recibir la sagrada Forma. Antes de salir del cuarto, el sacerdote dió la bendición con el sagrado copón: el enfermo, aunque muy extenuado, se incorporó e inclinóse reverente para adorar a su divino Huésped...»

El lunes 7 de febrero, por la tarde, el médico aconseja que se le administren los últimos sacramentos. «No hay peligro inminente todavía, dijo; pero, por lo que pudiere ocurrir, bueno será tomar sin demora las precauciones oportunas; por otra parte, la debilidad del enfermo y sus antiguos achaques nos reservan tal vez alguna dolorosa sorpresa.»

Con la sencillez y los miramientos sugeridos por la caridad cristiana en semejante caso, notifican al enfermo el consejo del médico. No se conmueve en lo más mínimo ante la idea de un encuentro tan súbito con la muerte, ni alteran la paz de su alma los resplandores un tanto lúgubres que suele proyectar en el fondo de las conciencias esta mensajera de Dios. Adora la voluntad del soberano Dueño, acéptala humilde, sereno, confiado, y contesta con voz enérgica y resuelta: *«Puesto que hay peligro, que me den cuanto antes los últimos sacramentos.»*

— El Sr. Capellán está enfermo, le contestan. ¿Quiere V. ver al Sr. Vicario de la parroquia? Está en casa.

— *Con mucho gusto; que entre en seguida, ya estoy listo.»*

Cuando hubo salido el confesor, dijo el Hermano Miguel al Hermano Director: *«Le ruego encargue V. a los niños que oren mucho para que produzcan en mi alma todos sus efectos los últimos Sacramentos. Es sobremanera insigne la gracia que el Señor me concede...»*

A las ocho y cuarto de la noche, mientras los novicios menores rezaban el rosario por su venerado maestro, le traen a éste el santo Viático, aunque había comulgado por la mañana, así como en los demás días de su enfermedad. Antes de darle la Extremaunción dirige el sacerdote al Hermano Miguel algunas preguntas relativas al perdón de las injurias y a la fe en las verdades reveladas. Repetidas veces contesta: *«¡Sí, lo creo!»* con tan profunda convicción que conmueve a los asistentes. En el momento de recibir la sagrada Hostia, el enfermo, dirigiéndose al Hermano Director, le dice con humildad: *«Pido perdón a mis Superiores por todas mis desobediencias, y a todos mis Hermanos por los malos ejemplos que les he dado y por cuan-*

tas molestias les he causado. Pido perdón a los novicios por haber sido tan poco vigilante con ellos.»

Después de esta humilde confesión recibe el Hermano Miguel el santo Viático. ¡Oh, cuántas veces ha albergado en su alma al divino Maestro, desde el día bendito de su primera Comunión! Siendo niño lo recibió como al Soberano guardián de la inocencia; en su adolescencia, como al Dios Fuerte que saca vencedores a los que lidian en los largos combates por la castidad; en su vida de educador, como al Rey de los Apóstoles, único Maestro que puede dar fecundidad a los trabajos de los discípulos; en su lecho de agonía acógelo como al Triunfador de la muerte y del infierno, a la vez que consuelo y esperanza de los que en su amor mueren.

«El Hermano Miguel, escribe un testigo, siguió con admirable sosiego y humildad todas las oraciones del sacerdote, mientras le administraba éste los últimos sacramentos. No se le escapaba ninguna circunstancia. Hasta pidió el devocionario, para rezar mejor las preces litúrgicas; diósele a entender que le estaba prohibido cualquier esfuerzo.»

El martes 8 de febrero no pareció sufrir variación el estado del enfermo. «Habiéndole preguntado cómo se hallaba, refiere un Hermano, me contestó: *«Estoy como Dios quiere»*; luego, olvidándose de sí mismo, preguntó con solícita ternura por otro Hermano también enfermo: *«¿Cómo está el Hermano X...?»* Contestéle que seguía mejor, de lo que se alegró mucho el caritativo paciente.»

Desgraciadamente los temores del médico no eran infundados. El miércoles se hallaban congestionados los dos pulmones. «Sólo tiene sano el corazón, dijo el facultativo. De cien probabilidades no nos quedan ya más que dos para la curación.» Era éste el anuncio de un fin inminente. Rezaban todos con fervor, tratando de conservar aquella vida tan útil, tan edificante. Él se entregaba en manos de Dios, sin desear otra cosa que el cumplimiento de su divino beneplácito.

Como le dijera alguno: «No nos deje V.; todavía no se han concluído sus trabajos», le replicó: *«No se apure V.; el Espíritu sopla donde quiere y cuando quiere; de las mismas piedras puede suscitar hijos a Abrahán; si son útiles mis trabajos para la gloria de Dios, Él mandará obreros que trabajen mejor que yo.»* ¡Palabras humildes, henchidas de sabiduría! Obrero de la viña del Señor, deja sin pena el surco en el punto señalado por el Padre de familia, pues dista mucho de tenerse por necesario, y no duda que se ofrece-

rán obreros de manos expertas para dirigir el arado abandonado un instante.

Avisados los Superiores de la Casa Matriz, unen sus oraciones con las de la comunidad de Premiá; pero el Cielo no tiene a bien conceder la curación pedida. El enfermo, cuyo estado se agrava por momentos, hace entonces generosamente el sacrificio de su vida. «Querido Hermano Miguel, le preguntan, ¿qué hemos de decir de parte de V. al Rdo. Hermano Asistente? — *Díganle que ofrezco gustoso mi vida por la prosperidad del Instituto, por su difusión en el Ecuador y la cesación de la persecución contra la enseñanza cristiana.*»

A un Hermano que le interroga diciendo: «¿No le duele a usted el morir tan lejos del suelo patrio? — *¡No, contesta, muero con mucho gusto en España, puesto que tal es la voluntad de Dios!*» Esfuérase aún por hablar, pero sus palabras son cada vez más apagadas. «*¡Estoy débil!*, murmura, *¡estoy débil!*» Dirige luego a sus Hermanos una tierna mirada de despedida en la que parece volcar los afectos todos de su corazón. Intenta repetir sus preferidas jaculatorias, que brotan de sus labios con excesiva dificultad.

Santa muerte del Hermano Miguel. — A la una y media de la tarde el Sr. Capellán preside las oraciones de la recomendación del alma. El Hermano Miguel responde a las piadosas peticiones, y los esfuerzos que para ello hace acaban de consumirlo. Ruéganle que se una sólo con la intención a los concurrentes; entonces, dócil como siempre, calla.

«Muy resignado y con serenidad perfecta, dice un testigo, miraba habitualmente al Crucifijo que había hecho colocar delante de sí. Media horita antes del último suspiro, fijos los ojos en un determinado punto del cuarto, tuvo una sonrisa o, mejor dicho, un júbilo sobrenatural; me produjo éste tal impresión de paz e indecible felicidad, que nunca podré olvidarla. El hecho se repitió por segunda vez. ¿Qué cosa hacía sonreír así al moribundo en el umbral de la eternidad? Mi parecer, añade el que relata esta circunstancia, es que tuvo una visión celestial que precedía a la bienaventuranza eterna.»

¿Acaso vislumbraría por última vez a aquella «*linda Señora de traje blanco con manto azul*» que tan amorosamente había sonreído un día a Panchito, «*cerca del rosal*» en el ameno solar paterno?

Ya de amor místico
 El alma férvida
 Las alas fúlgidas
 Va a desplegar,
 Y al Pecho cándido
 Que tiñe en púrpura
 Sangre dulcísima
 Quiere volar.

¡María es mi Madre!
 Su amor en mi pecho.
 En llamas deshecho
 Por siempre arderá;
 Y el muro rompiendo
 De grávido barro,
 En fúlgido carro
 Al cielo se irá.

Conservó el habla hasta diez minutos antes de expirar y sus últimas palabras fueron: «*Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.*» En sus labios repercutía el eco último de toda su santa vida.



«¿Quis ut Deus?»

da paloma, a posarse en ese Corazón de Jesús, a quien había amado cual Nido déifico de sus virginales amores...

A eso de las dos, las manos del moribundo se vuelven rígidas e inmóviles, adquiere el rostro expresión eadavérica, y la respiración exhala estertores de agonía. Muchas veces durante su vida había repetido el ejercicio preparatorio a la buena muerte: «*Cuando los últimos suspiros de mi corazón inciten a mi alma a salir del cuerpo: misericordioso Jesús, acéptalos como señales de la santa impaciencia de unirme contigo*» (1). Llega, por fin, el momento del tránsito. Después de la postrera absolución y de la aplicación de la indulgencia *in articulo mortis*, con gran quietud y serenidad voló su alma, como eándida

(1) Muchísimas veces también había encomendado su alma a su gloriosísimo Patrono, el Príncipe de las celestiales milicias, con esta oración, compuesta por él en francés, así como la mayoría de sus apuntes íntimos: «*Gloriosísimo Arcángel San Miguel, amadísimo Patrono y poderoso Protector mío: Vos que os habéis distinguido, tanto por vuestra inviolable adhesión y fidelidad al único y soberano Bien, como por vuestro celo en pro de su gloria, para mantener fieles las jerarquías angélicas y oponeros, con todas vuestras fuerzas, a los ingratos y rebeldes espíritus de las tinieblas; Vos que estabais penetrado de tan profunda humildad al reconocer y proclamar que nadie es semejante a Dios: Os suplico que me alcancéis, del único Señor*

.
 ¡Oh nido de Palomas
 En donde das sin tasa
 El fuego ése que abrasa
 Sin consumir, voraz!
 Donde de amor muriendo
 Los pechos vivificas,
 Y al alma comunicas
 Ser nuevo, y Vida, y Paz.

.
 ¡Cuál sube rápida!
 ¿Podrá el relámpago
 Con vuelo ignífero
 Seguir la allá?...
 ¡Oh Amor deífero!
 ¿Quién a tus vívidas
 Alas de espíritu
 Igualará?

Contaba a la sazón el Hermano Miguel unos cincuenta y seis años de edad, de los cuales cuarenta y dos de vida religiosa.

Para él, como para otros muchos, había venido la muerte casi de improviso. Pero ¿qué importa lo repentino del lance, si anega al elegido en el océano de una dicha sin fin?

Amortajaron al querido difunto con la veneración que merece un cuerpo santificado por eminentes virtudes, acompañando el acto con oraciones y lágrimas. Junto al cadáver rezó la comunidad dos días y dos noches. ¡Qué dolor embargaba a cuantos se postraban en torno del lecho fúnebre! Pero ¿cuánto consuelo experimentaban, al mismo tiempo, al contemplar el pálido rostro del difunto, iluminado con celestiales reflejos! Por grupos fueron los novicios a rezar el rosario en el cuarto mortuorio. No les asustaba la vista de su santo profesor, porque de aquel cadáver yerto desprendíanse efluvios de santidad. Veneraron entonces aquellas manos que él les prohibía besar; imprimieron en ellas sus labios como en preciadas reliquias; pusieron en contacto con ellas diversos objetos; y algunos se atrevieron hasta cortar mechones de cabellos, que aún conservan como inestimables joyas. Celebradas las exequias con la sencillez propia de los religiosos, fué llevado el cuerpo del Hermano Miguel al cementerio de Premiá. No había flores ni coronas en torno del féretro. ¿Qué mejor diadema pueden ambicionar los verdaderos siervos de Dios que la aureola riquísima e inmarcesible con que galardona la divina Bondad las vir-

vuestro y mío: 1.º, la perseverancia en el servicio de Dios y la fidelidad a su santa gracia, a pesar de todos los ataques de los demonios; 2.º, en todo y doquier no buscar sino su mayor gloria; 3.º, mucho celo para conocerle y darle a conocer a todos los que me sean confiados, tanto para evitar el pecado como para hacerlo evitar; 4.º, la gracia de mantenerme siempre en los más profundos sentimientos de humildad; 5.º, la de no dar jamás la preferencia a los honores, placeres y riquezas sobre mi Maestro divino y Todo mío; 6.º, *en fin, la gracia de morir escoltado por Vos, para que presentéis mi alma al tribunal del Supremo Juez, encomendándola al amor y misericordia de la Reina vuestra y dulcísima Madre mía, la Santísima Virgen María.* Así sea. — En las tentaciones de orgullo repetiré con frecuencia: «*Quis ut Deus?*» ¿Quién es semejante a Vos, Dios mío?»

tudes y buenas obras practicadas en vida? Cuantos conocimos al alma privilegiada del Hermano Miguel, con sobrado motivo abrigamos la piadosa creencia de que no cerró los ojos a la luz de este mundo sino para abrirlos a la claridad eterna.

Hasta el 12 de mayo de 1925, fecha del traslado de los restos mortales del eximio finado, el número 75 de la «Vía San José», en el cementerio de Premiá de Mar, llevaba la siguiente inscripción:



Al verle ocupar tan reducido espacio en su sombrío nicho, cuando tan grande es el que ocupa en los corazones, no podía uno menos que exclamar: «Vanidad de vanidades y todo es vanidad, excepto el servir y amar a Dios!»

Intenso fué el dolor causado en el Noviciado por la rápida desaparición del Hermano Miguel. El vacío por él dejado parecía en un principio difícil de llenar. Buscábanle nuestros ojos en la capilla, en las habitaciones; creíamos a veces percibir su paso vacilante y el ligero sonido del rosario, cuyas avemarías bañaron, por tanto tiempo, de fragancias espirituales los corredores de la casa; mas ¡ay! forzoso era desengañarse: el santo religioso había huído para siempre de la tierra..., para siempre, había subido a las celestiales alturas... Con todo, su recuerdo permanecía vivo e imborrable en la memoria y en el corazón de sus Hermanos. La muerte, que oscurece tantas famas, aquilataba cada día con mayor brillo el puro metal de aquella vida, oculta con tanto esmero por la humildad. Referíanse los actos de heroica virtud cumplidos por aquel ferviente discípulo de San Juan Bautista de la Salle, y aun aquellos mismos que mejor creían conocerle descubrían en él nuevos méritos. ¡Felices hallazgos!

CAPÍTULO XIII

Después del dichoso tránsito del Hermano Miguel Homenajes póstumos



NADA prevalece contra la acción del tiempo sobre los hombres que han dejado la escena de este mundo. Con lentitud algunas veces, y siempre con justicia, en su debido puesto los coloca, por fin, conforme a su respectiva talla y medida. Desdeñando mármoles y bronces oficiales, derriba los pedestales usurpados y extiende un velo sobre el falso resplandor de ciertas vidas en demasía abrillantadas. Por otra parte, saca de la obscuridad a muchos desconocidos, para tributarles la gratitud y admiración que les pertenecen por derecho.

La obra del tiempo. — Las Congregaciones religiosas se eximen difícilmente de esta ineluctable prueba. Toda vez que en ellas no se persigue el vano fantasma de la gloria o de la dominación, sino los bienes más consistentes de la eternidad, sin duda son menos frecuentes en ellas, y sobre todo menos desconcertantes, aquellos vuelcos póstumos de las reputaciones; con todo, vense cristalizar en ellas realidades tan pasmosas como instructivas. Ciertas memorias que nimban excelsas virtudes perduran en la mente y veneración de todos; y, entretanto, dejan de ser evocados nombres que volaban en alas del aura popular.

En esta evolución de los hechos preciso es reconocer la voluntad de Dios, quien se complace en glorificar a los humildes que se han ocultado por su amor. En ella también se nos hace palmaria esta verdad de experiencia: todos los miembros de un Instituto religioso tejen algo en la trama de su historia; sólo los Santos son quienes elaboran sus partes más preciosas y duraderas.

Dar a conocer, sencilla y sencillamente, la obra de este mismo tiempo en torno de la humilde tumba, ayer aún entreabierta, del insigne religioso y maestro, en cuya inmaeulada vida no se atrevió

siquiera la ealumnia a hincar su diente mordaz: tal es el objeto de los tres últimos capítulos de la presente biografía.



El Hermano Miguel a los cincuenta y dos años

Testimonios de condolencia. —

La muerte del Hermano Miguel prooveó, tanto en Europa como en Améeria, entre sus Hermanos y amigos, sincero y vivo pesar. Y apenas el eable transmitió la infausta nueva, la Comunidad de la Sagrada Familia, en Quito, recibió un sinnúmero de eartas y tarjetas de pésame.

Los periódicos y revistas de la eapital, asimismo de Guayaquil y Cuenea, relataron muehas veees, eon emocionante eloeuencia, la carrera y las virtudes del benemérito edueador euatoriano. Calificaban su pérdida de *duelo nacional*. Toda la prensa de la República le dedicó eneomiásticos artículos neerológieos. ¡Cuán

preciosa corona fúnebre podría tejerse a la memoria del Hermano Miguel con los testimonios de propios y extraños, que se reebieron eon motivo de su llorada muerte!

Unos poeos extraetos daremos a continuación:

«...La memoria del religioso santo, del sabio académico y del eminente pedagogo queda perpetuamente inscrita entre las de nuestras más prominentes glorias nacionales, para honra particular de nuestra provineia y de la República toda... ¡Duerma en paz el ilustre Hermano Miguel, a la dulce sombra de la Cruz redentora, arrullado por el murmullo de la inocente niñez, que forma su corazón e ilustra su entendimiento en las obras eseritas por el inmortal Maestro! Y la nación toda glorifique su memoria y rinda el tributo

a que la obligan la gratitud y la justicia para con uno de sus más benéficos y abnegados ciudadanos...»

DR. MIGUEL CORDERO DÁVILA, *Revista Cuencana*

«Las letras patrias, el magisterio y sobre todo la niñez han perdido al varón justo y sabio que desde temprana juventud y por más de cuarenta años vivió en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, consagrado exclusivamente al estudio, a la enseñanza y educación de la niñez. Cuando departíamos con él en los trabajos de la Academia nos inspiraba admiración, porque en él veíamos la representación del talento y de la ciencia; imponía la estimación, porque era la afabilidad personificada, y más aún la imponía porque representaba la virtud... Descansa ya nuestro querido Hermano; pero su memoria ha de perdurar en el corazón de los buenos hijos de este suelo ecuatorial. Para el varón que llegó a ser sabio, a ser virtuoso, porque bebió la sabiduría en las puras, inagotables fuentes de la Verdad, no es el sepulcro la ruina, sino la puerta de la inmortalidad. ¡Feliz mil veces quien así ocupa y termina su existencia!»

DR. ROBERTO ESPINOSA, *de la Academia ecuatoriana*

«...Como católico, como ecuatoriano y como antiguo alumno de los Hermanos, lamento muchísimo una pérdida tan grande. El Hermano Miguel fué un religioso humilde y por eso fué un santo; fué modesto en alto grado, porque era un sabio verdadero. Él honró tanto a nuestra adorada Patria como al simpático Instituto fundado por San Juan Bautista de la Salle. El lema de él fué: *Virtud y ciencia*, divisa hermosa y bella, pero que la llevan tan sólo las almas generosas y nobles como la del Hermano Miguel...»

CARLOS A. REYES (*Guayaquil*)

«...Felicidad grande para él comenzar el descanso de las duras fatigas de la existencia; felicidad magna para él ir al seno de Dios, por cuya gloria laboró sin descanso; pero no pequeña desgracia es el fallecimiento del Hermano Miguel para sus compañeros de religión, para su patria el Ecuador, y, ¿por qué no decirlo también?, para las letras hispanoamericanas, que pierden un fecundo y laborioso cultivador. Dolorosa pérdida es, en especial, para sus amigos, que en el trato íntimo pudimos conocer el caudal de virtud, ilus-

tración e inteligencia que, sin darse cuenta de ello el poseedor, atesoraba el modestísimo Hermano Miguel...»

DR. CARLOS TOBAR, *de la Academia ecuatoriana*

«...Notabilísimos son los trabajos literarios de este santo Hermano y muy particularmente sus obras escolares. Las que se refieren a la lengua castellana y que mejor conozco tienen el altísimo mérito de hermanar el profundo conocimiento de la materia con la claridad y método de exposición. En eso se conoce mejor que en otras circunstancias el saber de un escritor, pues que para elegir y ordenar es preciso dominar perfectamente el conjunto... ¡Cuánto deseo que se emprenda la tarea muy dulce de escribir la vida de mi venerado amigo el Hermano Miguel, la cual será de grandísimo provecho para las almas buenas, que estiman la virtud modesta y el amor desinteresado de la ciencia!...»

DR. RUFINO JOSÉ CUERVO, *filólogo colombiano*

«...Tan esclarecido pedagogo, benemérito de las letras y de la virtud, descolló entre los primeros, por su vocación y ciencia, en la nunca suficientemente bien admirada Congregación de San Juan Bautista de la Salle. Dotado de los talentos, profundizó la filología de los idiomas y llegó a poseer las lenguas sabias y las lenguas vivas de las más importantes nacionalidades; cultivó varias literaturas, escribió en todos los ramos de la enseñanza primaria y en muchos de la secundaria... Fué el Hermano Miguel el escritor que más bienes hizo a su patria: su pluma merece la veneración de todo un pueblo. Escribió para educar a las masas; la mayor parte de sus obras no están dedicadas al deleite de los hombres de letras, sino a la utilidad de las multitudes; escribió la enciclopedia del niño... No alcanzamos a ver todavía quién pueda substituirlo en el estadio de la pedagogía nacional. ¡Que la madre Patria guarde las cenizas del hijo que honró la fe de sus mayores y el habla de los próceres de Castilla!...»

DR. NICANOR AGUILAR (*Cuenca*)

«...Mucho me complazco en pensar que hemos tenido los cuencanos un compatriota tan distinguido como el recomendabilísimo Hermano Miguel, autor de obras muy importantes... Puedo decir, sin temor de equivocarme, que el querido Hermano Miguel, pariente político mío, fué un santo y que no perdió la gracia bautismal: su

alma fué muy pura, y tengo la firme convicción de que es el verdadero *santo sin campanillas* que ha dado Cuenca...»

DR. ANTONIO BORRERO, *ex Presidente del Ecuador*

«...El Hermano Miguel, cuyas singulares virtudes, vasta ilustración y ejemplar perseverancia en el trabajo — volviendo irreparable la pérdida de tan ilustre maestro — deja, a la Comunidad de la que fué columna, y a la Patria de la que es gloria, las coronas con que los varones ínclitos immortalizan a los pueblos en la Historia...»

DR. JUAN ABEL EÇHEVERRÍA, *académico ecuatoriano*

«...Aprecié muchísimo a nuestro malgrado Hermano Miguel por su relevante mérito y altas virtudes que resplandecían en toda su persona y que hacían tan atractiva y grata su conversación... Mi convicción es que el venerado Hermano se ha levantado entre nosotros como la flor primera que brota en un rosal; así, habiendo sido él quien primero ingresó, de los de nuestra Patria, en el tan benéfico Instituto de San Juan Bautista de la Salle, hase arrebatado en este suelo patrio las primicias de la ciencia y la virtud que deben adornar a los hijos de esta benemérita Congregación religiosa: el Hermano Miguel es, a mi juicio, un ejemplar que el Cielo ha querido dar en el Ecuador, de lo que debe ser un verdadero Hermano de las Escuelas Cristianas...»

P. JULIO MATOVELLE, *académico y fundador de los PP. Oblatos, en el Ecuador*

«...Las almas del temple del Hermano Miguel padecen nostalgia celestial y cuando cantan son avecillas del paraíso. Ya que sólo en el cristianismo vive perpetua y pura la poesía mística; ya que el verdadero místico arde en vehementes anhelos de la posesión de Dios por unión de amor, nuestro llorado cohermano pertenece a los místicos cristianos...»

HERMANO LUIS GONZAGA, *académico colombiano*

«...¡Éste, sí, era un Santo! En el decurso de su vida toda fué venerado como tal por cuantos tuvieron la dicha de conocerle, ora entre Hermanos y discípulos, ora entre eclesiásticos y seglares. Es el Hermano Miguel una de esas almas privilegiadas suscitadas de cuando en cuando por Dios, para rutilar cual astros en el cielo de

la vida religiosa... Su excelsa virtud era maravillosamente agigantada por un celo ardiente en pro de la salvación de las almas, una abnegación incondicional al servicio de la santa Iglesia y de su amadísima Congregación, una sencillez conmovedora, un candor infantil respecto de sus superiores y cohermanos, una bondad tan inagotable como proverbial, una distinción tan amable como edificante, un recato consumado en todo su obrar y decir, una ecuanimidad inalterable; en fin, un gozo interior reflectado en el semblante cual irradiación de esa paz y delectación castísima de una alma íntimamente unida con su Dios... Conforme lo creo, nadie jamás se permitió expresar la menor palabra, el más leve juicio un tanto a desfavor de la veneración universal de que gozaba el Hermano Miguel... En sí mismo puso de manifiesto, bajo las formas más sólidas y atractivas, el avasallador espectáculo de la ciencia ataviada con todas las virtudes religiosas, muy especialmente las propias de nuestro santo estado.»

HERMANO CECILIANO, *Rosario (República Argentina)*

La *Corona de María*, de los RR. PP. Dominicos, ensalza el espíritu de oración, el amor a la Virgen Santísima, la gran humildad de este heroico imitador de San Juan Bautista de la Salle: «¡Cuántas otras virtudes, tan invisibles como acrisoladas, no guardaba adentro de sí, afanosa, como finísimas joyas en sellado cofre, esa alma privilegiada!... Vino antes de tiempo la muerte, y cortando, inexorable, el hilo de esa preciosa vida, dejó a la Patria ecuatoriana, no menos que a todo el Instituto de La Salle, sin su mejor filólogo...»

En todos los muy sentidos testimonios de condolencia recibidos o publicados, tanto en América como en Europa, campean las mismas apreciaciones: con la muerte del Hermano Miguel *la sociedad* pierde un miembro que la supo honrar; *la niñez*, un pedagogo insigne; *el Instituto de los Hermanos*, un santo religioso. y *la Patria*, un hijo esclarecido; en cambio, *todos* esperan tener un protector más en el paraíso.

Exequias y oración fúnebre. — El 29 de febrero celebráronse en sufragio de su alma solemnes funerales en la iglesia de San Francisco, de Quito, bajo cuyas doradas bóvedas había disfrutado el Hermano Miguel momentos de inefables dulzuras y consuelos en los venturosos días de primera Comunión. Los mil trescientos alumnos

de las Escuelas Cristianas de la capital, con la flor y nata de la sociedad quiteña, asistieron a la ceremonia.

Más pomposas, si cabe, resultaron las exequias celebradas en la iglesia de la Merced, gracias a la iniciativa de la ilustre Academia ecuatoriana. En la oración fúnebre el renombrado orador sagrado Dr. D. Luis R. Escalante, en presencia de S. E. el Sr. Dr. D. Juan Riera, obispo de Portoviejo, ante un selecto auditorio de sacerdotes y gran concurrencia de fieles, hizo un acabado retrato del Hermano Miguel, considerándolo como religioso, como maestro y como escritor.

Al incomparable formador de los niños de primera Comunión el Dr. Escalante aplicó la página del Evangelio en que vemos a Nuestro Señor enviando a Pedro y a Juan para aderezar la última Cena:

«...¿Quién en aquel hombre que debía arreglar el festín para la Pascua no ve la imagen perfecta del Rdo. Hermano Miguel? Solicito en preparar personalmente a los que se acercaban por vez primera a la Sagrada Mesa, no daba tregua a sus afanes, a fin de que el corazón de esos niños fuese un cenáculo debidamente dispuesto y adornado con las flores del candor, de la sencillez y de la inocencia...

»¡Ah!... ¡Con qué efusiones de íntimo placer recordamos los discípulos del Hermano Miguel los días de la infancia, transcurridos en la escuela modelo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, cuyos bancos fueron, para muchos, los primeros peldaños del honor y de la gloria!... Paréceme ver todavía el Crucifijo a la cabecera de la tribuna del Rdo. Hermano Miguel, y nosotros, traviosos pequeñuelos, escuchando los consejos sanos, las prudentes máximas que a raudales brotaban de los labios del Maestro para trazarnos el derrotero que debíamos seguir, a fin de ser útiles a Dios, a la sociedad y a nosotros mismos...

»El Hermano Miguel enseñó a muchos la justicia, porque sus labios fueron manantiales de verdad; porque practicó la virtud y la inculcó en los corazones infantiles. Enseñó la justicia, porque vivió vida de fe, de esperanza, de caridad, de humildad, de obediencia, de oración, de pureza, de penitencia, de vigilancia, de prudencia y de celo...

»...Suelo extraño vió extinguirse su preciosa vida; en ajenas playas reposan sus despojos venerandos; pero nunca olvidó su jirón de cielo azul; jamás se apagó la llama del sacrosanto amor a la

patria; antes sonreía, a la distancia, con sus glorias, o lloraba con su infortunio. No me extrañan estos fúnebres arreos, en cuyo torno se agrupan todas las clases sociales para pagar justísima deuda de amor a quien siempre nos amó con indecible ternura. La estrella se ha detenido en su carrera, se ha ocultado en el ocaso de la vida; sufrió mengua ese esplendor que no redimen lágrimas ardientes, y enlútanse las ciencias, la sociedad se conmueve y la Patria lamenta el momentáneo eclipse de esa estrella que ya no propaga la luz de la *Ciencia* y la *Virtud*. Solamente la cruz aparece radiante y majestuosa, porque en sus brazos se apoyó el Religioso y el Maestro para remontar el vuelo a las regiones de la feliz eternidad y unirse con el Amor Increado, dejando la humana vestidura.

«Al pie de esa bendita Cruz exhalemos hoy nuestros suspiros, y suban en alas de los vientos hasta el trono de Dios, que habrá ya recompensado las virtudes del Hermano Miguel con la corona de la Gloria, allá en el lugar del descanso eterno: *Requiem æternam dona ei Domine. Et lux perpetua luceat ei...*»

Dos cartas documentales. — No podemos pasar por alto la hermosísima carta escrita por el Ilmo. y Rdm. Sr. Dr. D. Manuel María Pólit Laso, entonces obispo de Cuenca:

«Qué pena tan profunda me ha causado la prematura muerte de nuestro querido Hermano Miguel! Digo prematura su muerte, por lo mucho que él habría podido servir todavía a la niñez, al Instituto de los Hermanos, a nuestra Patria y a la Iglesia; pero él ya estaba maduro para el cielo. En los últimos años sobre todo, nunca le traté, sin apartarme de su lado todo yo embalsamado con su virtud nada vulgar: me hacía la impresión de un santo religioso, y cada vez le amaba y veneraba más. Los Hermanos del Ecuador hacen una pérdida irreparable en el que era su honra y su modelo. El Instituto de San Juan Bautista de la Salle pierde a uno de sus mejores hijos, una verdadera joya. Y el Ecuador entero debe llorar al que tanto y tan bien trabajó por la educación de dos generaciones de niños, y le deja como herencia textos de enseñanza, que son pequeñas obras maestras. Diría que hemos perdido un sabio institutor y perfecto pedagogo, si no pudiera decir con entera confianza que un santo se nos ha ido al cielo.»

Al recibir la triste noticia del fallecimiento del Hermano Miguel, que le comunicó con detalles el Rdm. Hermano Gabriel María, Superior General de las Escuelas Cristianas, contestóle el Ilmo. señor

Dr. D. Ulpiano Pérez Quiñones, dignísimo obispo de Ibarra, con esta preciosa epístola:

«Ibarra, a 29 de marzo de 1910.

»Rdno. Hermano Superior General:

»Mucha razón ha tenido Vtra. Rdma. de recordar de las simpatías que tuve yo por el llorado Hermano; pues aquéllas fueron sobremañera profundas y sinceras. La inmensa impresión que me causó la noticia de su muerte ha estado en consonancia, por lo mismo, con los méritos del extinto y con los títulos que tenía para obligar al afecto y a la gratitud mi corazón.

»Múltiples son los aspectos por los cuales he podido conocer y estimar al Hermano Miguel: el resultado de estos múltiples modos de mirarlo es juzgar de él que fué un *hijo ejemplar de San Juan Bautista de la Salle, distinguidísimo maestro y religioso perfecto*.

»Cuando, en los últimos meses del año 1869 entré por primera vez a la escuela de los Hermanos en Quito, que a la sazón estaba aún formándose, una de las primeras impresiones de santidad que Dios dispuso recibiera yo en el camino de mi infancia, impresión indeleble por lo mismo, fué ver entre mis maestros al joven, modesto y fervoroso Hermano. Entonces ya se atraía las miradas de los niños, que le llamábamos *Santo*, y que observábamos cómo era respetado por sus cohermanos y venerado por ellos. Desde entonces: ya era en la escuela, más que adorno, una especie de reliquia. Desde entonces, ese criterio recto de la infancia cristiana, distinguía con su afecto al Hermano Miguel y, como por intuición, veía en él un ser excepcional; y como a tal lo mirábamos siempre, cuando le tuvimos maestro de la tercera clase, por el año de 1872, y luego como procurador, inspector, etc.

»Posteriormente vimos en él, sus discípulos, un lazo de unión y un centro adonde afluíamos con confianza, respeto y grande amor. El día que se separaba de la escuela parecía que el Hermano Miguel descendía a ser inferior de su exalumno. Pero ¡qué inferioridad! como la del Maestro de Israel que vino a servir y no ser servido: inferior parecía para seguir sirviendo, atrayendo, consolando, enseñando. Con sus discípulos sacerdotes, ¡ah! ¡qué respetuoso! ¡con qué espíritu de fe los veía!: los bancos de la escuela donde los había conocido niños ignorantes, defectuosos, se le transformaban a él en los primeros peldaños de esa misteriosa escala de exaltaciones con que Dios eleva a sus predilectas almas; él había quedado ahí

mientras sus niños habían ascendido. De sus manos los había tomado el Señor como ofrenda de grato olor, y cuando los veía en el altar, él se honraba con humildad, se gloriaba en el Señor, se humillaba al verse cooperador de tanta grandeza.

»Por lo que he observado posteriormente, mientras he ejercido el ministerio sacerdotal o prelacías en Quito, el Hermano Miguel era en su Instituto: 1.º, columna de observancia religiosa; 2.º, centro de los corazones de sus cohermanos; 3.º, lazo de unión santa y decorosa entre su familia religiosa y la sociedad; 4.º, ornamento, timbre, lumbrera que ha dado brillantez a su Instituto.

»*Digo lo primero*, porque siempre observé que el Hermano Miguel guiaba a los Hermanos con su ejemplo, con su espíritu, y ellos le consultaban y le seguían.

»*Lo segundo*, porque no se oculta que un Instituto compuesto de miembros de distintas nacionalidades; una congregación en la que se han cambiado superiores; una comunidad que en cuarenta años ha pasado por múltiples vicisitudes de esplendor, de apoyo del Estado, unas veces; de abandono, persecución, pobreza, otras; ha necesitado lazos extraordinarios de cohesión. Los extraños veíamos cambios, elevaciones y descensos: sólo el Hermano Miguel seguía el mismo.

»*Lo tercero*, porque en la vida de relaciones, ya con la Iglesia, ya con el Gobierno civil, ya con los centros sociales y con las familias, el Hermano Miguel era el adecuado para vencer todo obstáculo: él creaba relaciones cuando era necesario; las restablecía si se habían sólo resfriado. Consigno aquí un episodio personal que confirma este punto: el año 1901, cuando se trataba de los grandes festejos con que en Quito se celebró la canonización de San Juan Bautista de la Salle, al disponer la iglesia metropolitana, se habían extralimitado los artesanos que la decoraban, razón por la cual el infrascrito, en cumplimiento del cargo que entonces desempeñaba en el Cabildo, vióse en el caso de reprender y reclamar para evitar desorden en la distribución. Era el momento de intervenir el Hermano Miguel: ¡qué esquilas tan llenas de pacificadora unción! Él era el responsable, sobre él debía descargarse la indignación; y, una vez que hubo desarmado: ¡qué gratitud la suya, cómo se hallaba edificado de la bondad de los otros! ¡Verdadero ángel de paz, mediador y pacificador de ánimos!

»*Lo cuarto*, porque como pedagogo, literato, escritor, su nombre ha quedado inscrito entre las notabilidades patrias; y, si no me

han engañado las noticias, han salido sus obras a España y la América latina toda, como textos magníficos de enseñanza.

»No he de omitir aquí el recuerdo del Hermano Miguel en las primeras Comuniones. Él preparaba personalmente a los niños cada año, con preparación próxima y remota, y con una solicitud que superaba a la materna; él hacía todo, hasta multiplicarse en esos solemnes momentos, atendiendo a las almas y a los cuerpos de esas legiones innumerables del catecismo de primera comunión. Yo le he visto en los días de retiro, instruyendo, exhortando, enfervorizando a todos y a cada uno de los pequeños: lo he visto esclareciendo sus dudas, despejando sus escrúpulos, descendiendo a los pormenores de los infelices niños más pobrecillos, y me he convencido de que el Hermano habría hecho cuanto hacía, con el mismo celo, si sólo hubiera tenido un solo niño, y al más pobre de ellos. Al recordar lo que el Hermano Miguel ha hecho con las múltiples generaciones que ha educado, con las tandas sucesivas de primeras comuniones que ha preparado, comprendo perfectamente el sentido de las palabras divinas: *«Qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stellæ fulgebunt in perpetuas æternitates.»*

»Hoy lo encomiendo en mis oraciones, con el estímulo de que el maestro, el amigo, el buen compatriota no se olvidará en el Cielo de este su discípulo, obispo en la tribulada Iglesia ecuatoriana, la cual si va perdiendo sus mejores hijos va, en cambio, adquiriendo nuevos intereses en el cielo.

»Sea servido, mi Rdmo. Hermano, de aceptar las consideraciones más cordiales con que soy de Vuestra Reverencia,

»S. S. y Capellán. ✠ Ulpiano, Obispo de Ibarra.»

El «Comité Hermano Miguel» en Quito. — Acababa de fallecer el Hermano Miguel, cuando se organizó en Quito una respetable Junta compuesta por dignas personalidades, para cuya presidencia, vicepresidencia y secretaría resultaron electos, en el orden respectivo, los Sres.: *Rdmo. Dr. D. Alejandro Mateus*, meritisimo Canónigo de la Metropolitana; el ilustrado juriseconsulto *Dr. D. Luis F. Borja*, y el distinguido *Dr. D. Alfonso Rivadeneira*, notable abogado.

La Academia, el foro, la medicina, el clero, el profesorado, la juventud, las artes, el comercio, la banca y la milicia estaban muy bien representados en la reunión verificada en los salones de la «Sociedad Artística e Industrial del Pichincha», con objeto de acordar la mejor manera de honrar la memoria del esclarecido Her-

mano Miguel, según el criterio de los miembros que la componían.

«Muy justo es, manifestóse en la asamblea, que la gratitud de los ecuatorianos para el pedagogo virtuoso e inmaculado, filólogo eminente, literato y poeta duleísimo, varón justo y sabio, se haga ostensible por medio del bronce o del granito que perpetúe la memoria del Hermano Miguel a través de los tiempos y de las edades; honores, sí, merecidos por la ilustre personalidad a quien son dedicados, dignos también de un pueblo que sabe aquilatar las virtudes de sus compatriotas.

«Conviene igualmente gestionar, con la oportunidad debida, para que los venerandos restos de nuestro eximio compatriota vengan a descansar aquí en la capital de la República o en la del Azuay, en mausoleo propio, a la vez que dar principio a una colecta patriótica de fondos para la edición completa de los escritos, en prosa y verso, dejados por el Hermano Miguel, de las Escuelas Cristianas, como reguero de luz, por la senda de su tránsito a la Gloria.»

En la sesión del 13 de mayo de 1910 suscribió dicha Junta la Memoria laudatoria, que no podemos menos de transcribir literalmente, por cuanto contiene en admirable síntesis lo que se ha escrito o pueda escribirse acerca de la vida y fecunda labor del venerado religioso.

«**In memoriam.**» — «Allá, muy lejos, en un lugar de la playa que abrillanta el recuerdo de Don Jaime *el Conquistador*, próximo a la Ciudad Condal, y hasta donde llegan sumisas las ondas cerúleas del mar latino, rendía, hace poco, la jornada de la vida un ilustre ecuatoriano, obrero de la Verdad, de la Belleza y del Bien.

«¡Singulares circunstancias las de su muerte! Nacido y criado en un declive de las más excelsas montañas del globo, donde se respira casi el éter de las inenmensurables alturas, fallece en la ardiente playa de una tierra que guarda, empero, el solar de sus mayores; no tiene junto a sí, en la hora de la agonía, allegados que recojan su último suspiro, y con todo, no le falta familia, más íntima aún, que le dispute a la muerte y temple el ardor de su última fiebre. El Cristo Redentor, la imagen de universal consolación, oírá los postreros latidos de su pecho y verá en su pupila el último reflejo de esa mirada, que estuvo siempre fija en lo que hay de más santo en el cielo, Dios, y lo que hay de más sublime y tierno en la tierra. la niñez inocente.

«Y porque la muerte del dignísimo Hermano Miguel, acaecida en

Premiá de Mar de manera tan fatal e inopinada, afecta a tantos intereses sagrados de la familia, de la gratitud y del prestigio patrio, en el campo de la enseñanza, esto es, el único campo donde se prepara la suerte de los pueblos felices, aquella desaparición realizada en horas en que se espesan las tinieblas y acrece el peligro para el Ecuador, ha sido considerada como un suceso deplorable de grande magnitud.

»En homenaje a su memoria, y cumpliendo un deber indeclinable, el Comité que se honra con el nombre del virtuoso y sabio Hijo de La Salle ha invitado, pues, a una selecta porción de sus compatriotas para hacer pública demostración de aprecio a ella y de súplica fervorosa a Dios omnipotente para que conceda la plenitud de la recompensa al que fué su siervo bueno y fiel.

»¡Cuánta enseñanza de subidísimo valor se desprende de esa vida ennoblecida por la virtud y la ciencia! Hijo de familia notable, entroncada con próceres de Venezuela; despreciador voluntario de los halagos de la niñez y adolescencia; joven novicio con alma de apóstol y de asceta; profesor disertador, conocedor como nadie de las mentes y corazones infantiles; paciente investigador de los secretos del más hermoso de los idiomas en uso; pedagogo de los primeros en la difícil ciencia; autor de muchos libros que ocultan su nombre, mas no su sabiduría al alcance de todos; académico prestigioso, varón de obediencia heroica y consumado en el consejo, religioso perfecto para decirlo todo.

»¿Qué más? Amó a Dios como pocos lo han amado en estos últimos tiempos, y no con amor especulativo, que ése no es el amor de los santos, sino con caridad eminentemente práctica y difusiva, visible en obras, fecunda en resultados.

»Solicito sembrador de la buena semilla en los corazones de millares de niños, las virtudes de éstos ejercitadas en la vida social honran la mano laboriosa que las cultivó; profundo entendedor de las ciencias, luminosa pléyade de ilustrados enfoca en él los rayos de luz que de él mismo recibiera.

»Y porque amó a Dios, amó también a su Patria, a esta tierra bendita que en esta hora de prueba busca solícita a sus mejores y más ilustres hijos para que la consuelen, la defiendan y hagan valer sus preeminencias. Y por eso el duelo del preclaro Hermano Miguel, mente de sabio en corazón de niño, asocia su fúnebre matiz a la densa y oscura nube que, empañando ahora el cielo patrio, roba al sol su luz y acaso nos presagia deshecha tempestad. Mas,

vive su obra, viven sus enseñanzas. La Patria sabe que los numerosos discípulos del Hermano Miguel conservan y hacen prácticas las doctrinas que de él recibieron, respecto de los deberes para con ella, deberes por cuyo cumplimiento el sacrificio de la vida misma se despoja de lo que tiene de penoso, y alcanza la fruición de una recompensa apetecida...

«Ocultando, cuanto le fué dable, su mérito en vida, quiso pasar ignorado de los hombres; contrariando el voto del humilde Religioso, la celebridad, el interés de todo un pueblo, le pertenecen ya como en obsequio a su vida entera, consagrada a la más penosa labor, a los ejemplos que nos legó y a las letras con que nos ilustró.

«¡Hermosa vida y hermosa muerte, propia de uno de aquellos esclarecidos hijos de la Iglesia católica a quienes destina puesto de honor, para crédito de su fecundidad maravillosa y claro ejemplo de los demás!»

Quito, 13 de mayo de 1910. (Siguen las firmas.)

Primeras manifestaciones de la gratitud nacional. — Circunstancias y dificultades imprevistas impidieron la cabal realización de los proyectos del *Comité Hermano Miguel* en pro del enaltecimiento de tan insigne Maestro y ejemplar Religioso, cuya fama viene acrecentándose de día en día. Uno de sus fervientes admiradores, no obstante, pidió y logró que el «Consejo escolar del Pichincha» diese el nombre de *Hermano Miguel* a una de las escuelas oficiales de la capital; también obtuvo que el «Muy Ilustre Municipio» denominara asimismo una de las calles de Quito. Últimamente empezó a exteriorizarse la gratitud nacional, pues un busto del benemérito Educador se ostenta en el frontis del nuevo y elegante «Liceo fiscal 24 de Mayo»; y decía, poco ha, uno de los más distinguidos profesores del magisterio ecuatoriano: «Las generaciones que el sabio y santo Hermano Miguel educó le consagrarán un monumento, como la Iglesia, sin duda, ha de colocarle un día en los altares.»

Acto solemne organizado por el «Comité Hermano Miguel» en Cuenca. — Uno de los objetos primordiales que se había propuesto este *Comité*, formado a imitación del de Quito, era la colocación de una lápida que perpetuase la memoria del Siervo de Dios, en la dichosa casa donde nació, que era entonces la solariega de su familia y se halla hoy día convertida en Palacio episcopal.

Acudió en masa el pueblo de Cuenca a dar grandiosidad al acto y llenó el amplio salón del obispado, así como el extenso patio y la calle adyacente al edificio. Todas las clases sociales, sin excepción, hallábanse representadas allí, desde el señorío cueneano y los más altos personajes azuayos, hasta la numerosísima colectividad



Casa solariega de la familia del Hermano Miguel, hoy día Palacio episcopal de Cuenca

de las Escuelas Cristianas, la cual, encabezada por los maestros, formaba la gran guardia de honor del Hermano Miguel, tan amante de los niños como digno discípulo del Divino Redentor. Presidían la asamblea el Ilmo. Sr. Dr. D. Daniel Hermida, Obispo de Cuenca, y el Ilmo. Sr. Dr. D. Domingo Comín, Obispo titular de Obbo y Vicario Apostólico de Gualaquiza. Un brillante discurso, verdadera joya de elocuencia cristiana, pronunció el Dr. D. Miguel Cordero Dávila, presidente del Comité; luego, en medio de los acordes marciales del himno ecuatoriano y de las aclamaciones públicas, se descubrió la *lápida conmemorativa*: es de serpentina blanca, de las ricas canteras azuayas; mide noventa centímetros de longitud por cin-

cuenta de latitud; está rodeada de un elegante marco, y lleva la siguiente inscripción, que sintetiza la vida del amado héroe:

EN ESTA CASA NACIÓ EL SIERVO DE DIOS
FRANCISCO FEBRES CORDERO MUÑOZ
HERMANO MIGUEL, DE LAS EE. CC.
EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 1854
SU VIDA FUÉ LA DE UN SANTO Y LA DE UN SABIO
MURIÓ EL 9 DE FEBRERO DE 1910, EN PREMIÁ DE MAR
BARCELONA (ESPAÑA)

Por medio de este marmóreo recuerdo, colocado en el frontispicio, es ya inconfundible la histórica morada, en uno de cuyos aposentos de la planta baja vino a la luz del mundo el Hermano Miguel. Dicho aposento es hoy Despacho de la Colecturía Eclesiástica de la diócesis de Cuenca.

Después, en el Salón de honor de la Casa Episcopal, fué inaugurado un artístico retrato al óleo del venerado Hermano, decorado con el Iris nacional y adornado con hermosas coronas, homenaje de exquisita delicadeza de las principales matronas de Cuenca. Entonces, el niño Alberto Cordero Tamariz, alumno de las Escuelas Cristianas, declamó con juvenil maestría adecuadas e inspiradas estrofas debidas al numen de su docto padre, iniciador y organizador de esta muy lucida fiesta. Las insertamos aquí, por vibrar en ellas una mística lira que canta las acariciadas esperanzas de la piedad cuencana, y por engarzar entre finísima filigrana las dulces figuras del humilde Hermano Miguel y de la virginal Mariana de Jesús, uniendo así las suaves fragancias del Lirio de Tomebamba y de la Azucena de Quito.

¡ALBRICIAS!

«¡Qué gratos los días!
¡Cuán suaves las auras!
Los campos vestidos
de oro y esmeralda,
anuncian de un triunfo
la excelsa esperanza:
el triunfo del lirio,
en lides sagradas.

De nuestras campiñas,
que Dios adornara
con flores hermosas,
a cual más preciada
ya una descuella
de corola cándida,
que atrae del Cielo
divinas miradas.

¡La Virgen María
 quisola temprana,
 y dulce la atrajo
 apenas brotada:
 su manto tendióle
 con ternura de ala,
 y la Flor volvióse
 más pura y más blanca!

De ardores del mundo
 nunca maltratada,
 tan sólo celeste
 lumbre la besaba,
 y el ángel de Cuenca
 libróla de escarcha,
 para en los altares
 de Dios ofrendarla.

¡Jamás en su margen
 vió el Tomebamba
 elevarse Lirio
 de mayor fragancia:
 perfume de nardos
 y esencias soñadas,
 en sí resumía
 la Flor delicada!

Aun desde el fondo
 del claustro exhalaba
 aromas que se iban
 a todas las almas;
 efluvios divinos
 de celeste gracia
 que cruzan el mundo
 con divinas alas.

La Flor en la cumbre
 del monte brotaba,
 la excelsa azucena
 tan hermosa y blanca,
 que viste de albores

a toda la Patria,
 hermana es del Lirio
 que al valle engalana.

De nieve del Ande
 Dios quiso sacarlas,
 para que formasen
 divina guirnalda
 del Rey de los Reyes,
 que su Enseña Santa
 pasea hoy gloriosa
 en Bodas sagradas:

¡Pichincha, tu cumbre,
 de nieve y de llamas,
 airosa domina
 la excelsa Mariana,
 primicia de gloria,
 bendita atalaya!

Pradera de flores,
 feliz Paucarbamba;
 ¡oh Cuenca dichosa!
 levántate ufana:
 ¡Miguel tus vergeles
 glorioso embalsama!

¡Oh Rey de los Reyes!
 ¡Oh Rey de la Patria!
 La cumbre y el valle
 gozosos te aclaman.
 Lirios y azucenas
 cubren tu peana.

Mírala benigno,
 del abismo sálvala,
 ya ves cuál te piden
 Miguel y Mariana:
 dos Flores del Ande
 a cual más preciada.»

DR. MIGUEL CORDERO DÁVILA

El Himno del Azuay, tocado por las bandas, clausuró el brillante festejo del día 15 de julio de 1923, que dejará indeleble recuerdo en el corazón de cuantos lo presenciaron, no menos que en los anales de la gratitud cuencana.

CAPÍTULO XIV

Creciente fama de santidad del Hermano Miguel Proceso canónico informativo Quito. — Cuenca. — Barcelona



LEJOS de reinar el olvido alrededor del sepulcro del Siervo de Dios, fué aumentando más y más el número de sus devotos que desean y solicitan su glorificación.

«A raíz de la muerte del Hermano Miguel, escribía el Dr. D. Julio Tobar, salió espontánea y poderosa de las entrañas de la conciencia popular la voz unánime que le proclamaba digno de los homenajes que la Iglesia consagra a sus hijos más eminentes en la difícil ciencia de la santidad, que sólo se aprende en el libro secular de la Cruz. Pasó por la tierra el Hermano Miguel haciendo el bien como su Maestro, atrayendo a los niños, flor de las generaciones humanas, de las cuales depende la producción de frutos de vida o muerte para la civilización y la patria.

»Todas las naciones prestan atención predilecta a estos procesos por los cuales se publica la virtud excelsa de alguno de sus hijos y se les da la apoteosis más espléndida a que es posible aspirar, la de la santidad, lumbre indeficiente que brilla hasta la eternidad. Francia aplaudió con sublime entusiasmo patriótico la canonización de su inmortal Juana de Arco, porque sabía que los homenajes de la Iglesia son la más alta recompensa a que puede aspirar un pueblo para los varones que le han dado gloria en el estadio de la virtud y la fe.

»Nuestra patria del Ecuador no puede menos de aspirar con vivas ansias a que pronto se coronen sus ensueños de ver en el cielo de la Iglesia a Mariana de Jesús, al Dr. Fr. José María de Jesús Yerovi, Arzobispo electo de Quito, y al dulce y atractivo Hermano

Miguel: la declaración de que puede venerar a estos últimos sería un inmenso triunfo que daría mucha gloria al pueblo ecuatoriano...»

Circular del Rdm. Hermano Superior General. — Este mismo era el parecer del Instituto de los Hermanos respecto a la fama de santidad, siempre creciente, del Hermano Miguel; y desde algunos años venía premeditando las gestiones conducentes a la introducción, en Roma, del Proceso de beatificación de este insigne religioso. En 1922 juzgóse oportuna la pronta instrucción de la Causa del Siervo de Dios ante el Tribunal competente, conforme al canon 2.003 del Código de Derecho Canónico. Y el 19 de marzo el Honorabilísimo Hermano Imier de Jesús, Superior General, mandó a todas las comunidades de su Congregación la Circular n.º 232, cuyos extractos reproducimos a continuación:

«Carísimos Hermanos:

»Permanezcan siempre con nosotros la gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo!

»Entre aquellos de nuestros Hermanos que gozan en nuestro Instituto de peculiar fama de santidad, debemos mencionar al Hermano Miguel, el primer ecuatoriano ingresado en nuestra Sociedad y fallecido el 9 de febrero de 1910. Tal es su nombradía de santidad, que muchos son entre nosotros los que desean ver introducida, sin tardanza, la Causa de beatificación de este venerado Hermano nuestro.

»Bien lo sabéis, carísimos Hermanos, ninguna causa de beatificación puede ser examinada por la Santa Sede antes de haber sido, por parte del Ordinario, objeto de una información jurídica fundada en la fama de santidad de vida, virtudes y milagros del Siervo de Dios.

»Por consiguiente, una serie de Procesos deben instruirse, en los cuales los testigos que han conocido especialmente a un Siervo de



El Honorabilísimo Hermano Imier de Jesús, Superior General. Introdutor de la Causa del Hermano Miguel

Dios han de prometer con juramento que darán a conocer todo cuanto saben acerca de su vida y de sus virtudes.

»Numerosos son aún, sin duda, los Hermanos que han vivido con el Hermano Miguel. No obstante, mucho importa que sean recogidos los testimonios de cuantos le han conocido durante más tiempo y con mayor intimidad, en vista de que nos proponemos solicitar sin demora, del Ordinario competente, la instrucción del *Proceso Ordinario informativo* para la introducción de la Causa.

»Mas antes de conseguir esta introducción es preciso conste que en los escritos del Siervo de Dios nada se aparta de la sana doctrina. Así, pues, uno de los primeros actos del Ordinario será prescribir a los que poseen escritos del Hermano Miguel se sirvan remitirlos al Tribunal, el cual los mandará a Roma, donde serán minuciosamente examinados por teólogos competentes...

»Por tanto, os invitamos desde ahora a conformaros con nuestras prescripciones... Todos los escritos deberán enviarse a los veinte días después de la recepción de esta Circular...

»No dejemos, carísimos Hermanos, de rezar por el feliz éxito de esta Causa predilecta para nuestro Instituto y de provocar en torno nuestro numerosas y confiadas súplicas por intercesión del Siervo de Dios. Esperamos que el Señor se dignará glorificar su tumba; empero, a nosotros corresponde el pedirlo con fervor y merecerlo por medio de una imitación más fiel de sus virtudes.

»De nuevo suplicamos con instancia que os sirváis dirigirnos el relato detallado de todos los favores notables atribuidos a su crédito ante Dios.

»Con el más religioso afecto, Nos suscribimos de vosotros, carísimos Hermanos, humilde siervo en N. S. J. C.

»HERMANO IMIER DE JESÚS.»

Publicada esta circular, pocos días después el Rdo. Hermano Alejo-Francisco, Procurador General de la Congregación cerca de la Santa Sede y Postulador General de las causas de beatificación y canonización propias del Instituto, remitió, en nombre del Honorable Superior General, el mandato de procuración, como Vice-Postulador de la presente Causa, al Rdo. Hermano Adolfo-Alfredo, Visitador del Distrito de Moulins en aquel entonces.

Breves juicios de la prensa acerca del Proceso informativo. — «El Proceso informativo, previo a la causa de Beatificación del que-

rido Hermano Miguel, de veneranda memoria, decía el *Boletín Eclesiástico* de la capital ecuatoriana, pudo haberse principiado en la diócesis de Barcelona, en donde falleció el Siervo de Dios; pero se ha preferido hacerlo en Quito, teatro de su apostolado y lugar de su santificación, durante treinta y ocho años, en donde viven aún los testigos de las virtudes y observancia religiosa que le hicieron merecedor del calificativo de *Santo*.

«Con el interés que pide esa Causa, que significa honor y gloria para la Iglesia y la Patria, el Rdm. Sr. Arzobispo ha admitido la petición que le presentó el Hermano Vice-Postulador para que S. S. Ilma. se sirviera iniciar dicho Proceso en la Arquidiócesis.»

Toda a prensa del Ecuador, sin distinción de matices, acogió esta noticia con gran júbilo y entusiasmo, y dió cuenta del Proceso informativo del insigne Siervo de Dios.

«Y así fué, escribió el Dr. D. Ángel Polibio Chaves en un diario de Ambato, porque en el Hermano Miguel hay el Santo para los católicos, el inmaculado para los descreídos, el poeta y el escritor para los literatos, el sabio para los hombres de ciencia, el patriota para los ecuatorianos, pues honró a su país por muchos conceptos, siendo en todos sobresaliente, sin tacha y magnífico.»

«...Motivo de singular y profunda complacencia y de legítima gloria nacional, decía *El Porvenir*, de Quito, debía ser para todos la iniciación del Proceso canónico de beatificación del Hermano Miguel, flor preciosa de esclarecida santidad, que embalsamó con su perfume a nuestra Patria y lució así en el servicio de la Iglesia como en los alcázares de la ciencia.

«Si, según el autorizado criterio de Mons. Boudinhon, el punto de partida de toda causa de beatificación es la creencia difundida, en una parte de la Iglesia, de que una persona es digna de ser colocada entre los elegidos, ¿respecto de cuál de nuestros contemporáneos puede cumplirse más exactamente esa condición del *vox populi* que en cuanto al Hermano Miguel, a quien la opinión unánime, así de los doctos como de las muchedumbres, calificó como un perfecto modelo de heroica virtud?...

«El Hermano Miguel fué en el Ecuador uno de los ejemplares vivientes de la ciencia, de la fe y de la virtud: hermanas gemelas que se armonizan sin dificultad alguna, como reflejos y manifestaciones de la Verdad y la Bondad increadas... En todas partes dejó estela de luz, sin darse cuenta de ello y a pesar de su empeño en ocultarse

a las miradas de los hombres y de sustraerse a los homenajes del aplauso y de la gloria.

»Justo es, pues, que la Iglesia y la Patria le rindan, cada una a su modo, la apoteosis de que no quiso gozar en vida. La santidad es la forma más perfecta y grandiosa de la inmortalidad...»

* * *

Documentos diocesanos. — La brevedad de estas páginas no permite dar cabida a mayor número de citas laudatorias, como tampoco a la tramitación íntegra de tan importante Proceso. Con todo, los principales edictos episcopales y algunos datos peculiares no dejarán de interesar al lector acerca de la marcha progresiva de esta simpática Causa, primero en Quito, luego en Cuenca y Barcelona. Terminaremos la exposición de estos documentos con la presentación del Proceso informativo en Roma y la traslación de los restos del Siervo de Dios.

Auto y Edicto arzobispal con que se inicia el Proceso informativo sobre la vida y virtudes del Hermano Miguel, religioso del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. — «Nos, Dr. D. Manuel María Pólit Laso, por la gracia de Dios y la Santa Sede Apostólica Arzobispo de Quito.— Hace trece años cabales, en un día de esta misma fecha de hoy, en Premiá de Mar, pequeña ciudad cercana a Barcelona, a orillas del Mediterráneo, moría con la muerte de los justos un religioso humilde y lleno de virtudes. Los que en Europa y América habían vivido íntimamente con él durante los últimos años de su vida, exclamaron entonces sin recelo y a porfía: *Era un santo*. Esta fama de santidad, lejos de disminuir, se ha afirmado y propagado por varios países, una vez conocida la existencia de este siervo de Dios, para quien parece llegado el tiempo de que la Iglesia entable el primer proceso informativo concerniente a su persona, hechos, palabras y escritos, sus virtudes y méritos, así como los favores que se atribuyen a su intercesión, de tal manera que, si a Dios pluguiere, se introduzca después su causa de beatificación ante la Santa Sede Apostólica.

»Este religioso no es otro que el Hermano Miguel, profeso del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fundado por San Juan Bautista de la Salle. ¿Quién no conoce en el Ecuador, siquiera de nombre, al muy querido Hermano Miguel? Nacido en

Cuenca el 7 de noviembre de 1854, y llamado Francisco en el bautismo, tuvo por padre a D. Francisco Febres Cordero, hijo de uno de los próceres de la independencia de Guayaquil, y por madre a D.^a Ana Muñoz y Cárdenas, persona piadosísima que supo inculcar en su hijo tierno los sentimientos de la piedad más viva. Asegúrase que en su infancia el niño, por desgracia tullido de las piernas desde su nacimiento, fué favorecido con una visión sensible, en que miró a la Virgen Santísima que le llamaba cariñosamente, y desde entonces comenzó a andar, si bien conservó siempre la penosa lesión de sus pies. A los catorce años de edad, por vocación irresistible y venciendo toda clase de obstáculos, ingresó en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, recién establecido en el Ecuador por el gran Presidente García Moreno.

»Durante más de ocho lustros debía el Hermano Miguel permanecer en este Instituto, santificándose más y más cada día, y alcanzando a ojos vistas un grado tal de perfección religiosa, a veces heroica, que provocaba no sólo la atención y estima, sino la admiración de cuantos le podían contemplar de cerca. Para todos, en efecto, presentábase, sin quererlo, el modesto Hermano como acabado ejemplar de un verdadero hijo de San Juan Bautista de la Salle. Joven angelical cuando se vistió de la tosca sotana negra, su mayor anhelo fué el de guardar y aumentar en su alma la *caridad*, que nace de un corazón puro, de una buena conciencia y de fe no fingida, como dice el Apóstol (1). Esmeróse en evitar todo pecado, aunque leve, y cumplir perfectísimamente la ley de Dios y de la Iglesia, los consejos evangélicos y la santa Regla, que había profesado con tanto amor. Aunque encontrase sus delicias en la oración, la comunión y las frecuentes visitas al Santísimo Sacramento, se entregó por obediencia a la educación de los niños y a la composición de libros de texto para ellos destinados, con toda la capacidad extraordinaria de que el Cielo le había dotado y con todo el ardor de la juventud; así es que puede resumirse su vida entera en estas dos palabras: *Oración y trabajo*. No anotaremos aquí sino de paso su clara inteligencia, el considerable caudal de doctrina que logró atesorar, su gran talento de literato y pedagogo, y el inestimable valor de sus libros. Nada era todo esto en comparación de su inflamado amor a Dios y a las almas de los niños que se le confiaban, para cuyo servicio y honra consumía gustoso todas sus facul-

(1) I Ep. a Timoteo, I, 5.

tades, aptitudes y esfuerzos. Su obra predilecta fué la de preparar a los niños, por tandas sucesivas, durante muchos años, para la primera Comunión; y sólo Dios sabe, y acaso también los ángeles de la guarda, lo que trabajó el Hermano Miguel para hacer conocer y amar a Nuestro Señor por centenares de jovencitos, en quienes infundió suave y eficazmente para siempre el amor de Jesús y les grabó en el pecho su divina imagen. La obra del virtuoso Hermano fué como aplicación viva y anticipada de las enseñanzas del Santo Pontífice Pío X a este respecto. Catequista modelo, comprendía que ésta era su misión principal, y durante todo su magisterio se desvivió por inculcar, del mejor modo posible, la doctrina de Jesucristo, tal como la enseña la Iglesia católica, en la mente y voluntad de los niños. ¿Qué diremos de su celo en formar a los novicios de su Instituto, que más de una vez le fueron confiados? Aunque su humildad profunda le impidiese decir con el Apóstol: *Sed imitatores míos, como yo lo soy de Cristo* (1), esto es lo que de hecho resultaba, porque esos jóvenes, aun antes de escuchar el precepto o consejo, ya lo habían visto realizado en su virtuoso maestro.

»De la biografía del querido Hermano Miguel, publicada en francés y en castellano por Hermanos suyos de religión, con vista de documentos auténticos y datos fidedignos, aparece ya claramente, y no dudamos que, mediante el proceso canónico, resaltará aún con mayor evidencia que él fué un perfecto religioso, en el sentido que sabiamente explica San Bernardo, de que no dejó nunca de tender a la perfección, cuyo ideal divino, aunque inaccesible, nos lo propone Jesucristo mismo en el Evangelio (2). Entonces se verá en qué altísimo grado poseyó él todas las virtudes, así las teologales como las cardinales; cómo le animó desde un principio el espíritu de fe viva, y le hizo adelantar maravillosamente en el amor de Dios y del prójimo; con cuánto esmero y delicadeza de conciencia cumplió sus votos religiosos y observó su santa Regla; qué piedad tan tierna y comunicativa sintió para con Jesús, María y José. No se hallarán en la vida del Hermano Miguel hechos extraordinarios y ruidosos; pero éstos no son necesarios, ni en ellos consiste la santidad, que sólo constituyen la guarda perfecta de los mandamientos, la conformidad perfecta con la voluntad divina y la caridad perfecta. Como que Dios, admirable en sus santos, ha querido mos-

(1) I Ep. a los Corintios, IV, 16.

(2) Ev. de San Mateo, V, 48.

trarnos en este su siervo la eficacia de la vida religiosa, aun la más modesta y escondida, para santificar por completo al hombre; y al mismo tiempo la alteza de la vocación, el mérito singular y la corona de gloria propia del *educador cristiano de la niñez*. Esto, por lo demás, ya lo profetizó el gran profeta Daniel, al decirnos, en nombre de Dios, que los que hubiesen enseñado a muchos la justicia, esto es, la virtud, brillarán como estrellas del firmamento por toda la eternidad (1).

»El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas ha tenido, pues, mucha razón y pleno derecho de dar a conocer a este hijo insigne de San Juan Bautista de la Salle, y desear que la Iglesia misma averigüe su vida, sus virtudes y méritos, no menos que los favores que al parecer empiezan ya a obtenerse por su intercesión. Para tal averiguación están determinados todos los trámites que deben seguirse por el Código de Derecho Canónico. «Cualquier cristiano, cualquier asociación legítima de fieles puede pedir que se instruya la causa de un Siervo de Dios ante el tribunal competente» (canon 2.003): en nuestro caso es el mismo Instituto el que nos lo ha pedido, por medio de su Vice-Postulador, el Rdo. Hermano Adolfo-Alfredo. Mas, como, según el canon 2.039, el Ordinario competente para iniciar el proceso informativo es «el Ordinario del lugar donde falleció el Siervo de Dios, o se obraron milagros» por su intercesión, Nos dudamos acerca de nuestra competencia al respecto y se consultó a la S. Congregación de Ritos, la que, por rescripto del 10 de noviembre de 1922, nos ha autorizado explícitamente para comenzar este proceso, por cuanto el Siervo de Dios pasó la mayor parte de su vida religiosa en nuestra ciudad arquiepiscopal, y aquí residen los más de los testigos que pueden declarar en esta causa.

»En esta virtud, Nos admitimos el conocer esta causa del Hermano Miguel, religioso profeso del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y a fin de cumplir lo prescrito en el canon 2.040, tenemos por bien organizar el *Tribunal* que conozca de dicha causa, al cual presidiremos personalmente para instalarlo, y luego por medio del Rdmo. Sr. Canónigo Maestrescuela de nuestra Santa Iglesia Metropolitana, D. Alejandro Mateus, que será nuestro *Juez Delegado ad hoc*, y le acompañarán como *Conjueces* los Rdmos. señores Canónigos de la misma Metropolitana, D. Luis

(1) Daniel, XII, 3.

González Páez y D. Leonidas M. Baquero López. Para que actúe como *Promotor de la Fe* nombramos al Rdmo. Sr. Canónigo Magistral, Dr. D. León Amable Buendía, persona muy competente, que cuidará de la legalidad del proceso y de que no falte nin-



Tribunal del Proceso informativo en Quito (1923)

guno de los requisitos exigidos por el Código de Derecho Canónico. Asimismo nombramos de *Notario de Primordialibus* al Secretario de nuestra Curia Metropolitana, Rdo. Presbítero D. José Ignacio Jarrín, y de *Notario Actuario* al Rdo. Presbítero D. Amador Sánchez, Capellán de la Escuela católica de la Sagrada Familia. Hará de *Anunciador o Receptor* el Rdo. Hermano Octaviano, de las Escuelas Cristianas. A todos los arriba nombrados se les pasarán los respectivos nombramientos oficiales.

»Designamos como día en que se ha de instalar el Tribunal y prestarse el juramento de ley por todos los que hubieren de tomar parte en el proceso, el día miércoles de Témporas, 21 de los corrientes; y esta sesión pública se tendrá en nuestra Capilla Arzobispal, a las dos de la tarde. Testigos de honor en esta sesión, que sean el Rdmo. Sr. D. Delfín Cevallos, Arcediano y Presidente de nues-

tro Cabildo Metropolitano, el Rdo. Hermano Gerberto María, Visitador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y el Sr. D. Alejandro Ordóñez Muñoz, emparentado con la familia a que perteneció el Siervo de Dios, Hermano Miguel, del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

«En el décimotercero aniversario de su preciosa muerte nos es muy grato, después de invocar las luces del Espíritu Santo, dar principio a este proceso sobre la fama de santidad, la vida, virtudes y milagros de este insigne Siervo de Dios: proceso que esperamos sirva de sólida base para el apostólico y para la introducción de la causa de beatificación ante la Santa Sede. No solamente el Instituto de los Hermanos, por tratarse de uno de sus mejores hijos, sino el Ecuador entero, patria del Hermano Mignel, una de sus glorias más puras, y todos los católicos ecuatorianos, deben interesarse en el feliz éxito de esta causa y suplicar por ello de continuo a Dios Nuestro Señor, que ensalza a los humildes y glorifica a sus fieles servidores.

«Y como el proceso constará de tres partes, según el canon 2.038, a saber: la colección de todos los escritos del Siervo de Dios; la información acerca de su fama de santidad, virtudes y milagros; la constancia de que no ha recibido ningún culto público: a fin de llevar a cabo esta triple averiguación, están obligados todos los fieles a declarar bajo juramento cuanto supieren, sean ellos citados como testigos o no lo sean, si acaso poseen noticias importantes. Deben además entregar los escritos que tuviesen del Siervo de Dios, conforme al canon 2.043, esto es, las obras impresas o inéditas, las cartas y apuntes personales; y esta entrega se hará de los originales, o de copias debidamente autenticadas. Mandamos, por lo tanto, bajo santa obediencia, que se haga esta entrega al Tribunal de la causa. Y en cuanto a las declaraciones informativas, ordenamos que comparezcan los que fuesen llamados como testigos, sean sacerdotes o religiosos, o seculares de ambos sexos; y cualquiera que supiese algo en pro o en contra de la fama de santidad del Siervo de Dios, aunque no sea llamado como testigo, escriba al Ordinario sobre el particular, o comuníquesele por medio de su confesor, o si es persona que no sepa escribir, decláreselo con toda verdad a su respectivo párroco, el cual lo transmitirá al Ordinario. Exhortamos, pues, a todos nuestros diocesanos a que cumplan estrictamente con esta grave obligación de conciencia.

«A su debido tiempo, por letras deprecatorias, rogaremos al

Ilmo. y Rdm. Sr. Obispo de Cuenca, lugar del nacimiento del Siervo de Dios, Hermano Miguel, de las Escuelas Cristianas, que entable un proceso complementario, que se anexará al principal y será remitido con él a Roma.

«Publíquese este Auto y Edicto en todas las iglesias parroquiales y conventuales de nuestra Arquidiócesis, leyéndose en una misa dominical de mayor concurrencia y fijándose también un ejemplar impreso en la puerta del templo.

«Dado en el Palacio Arzobispal de Quito, a 9 de febrero de 1923, fiesta de San Cirilo Alejandrino, Obispo y Doctor de la Iglesia.

✠ MANUEL MARÍA, *Arzobispo de Quito*

«Por mandato de S. S. Ilma. y Rdma.,

José Ignacio Jarrin, Secretario.»

Apreciaciones sobre la primera sesión pública del Proceso informativo.—Al hablar del Acto inaugural del Proceso en Quito, el *Boletín Eclesiástico* sintetizaba sus impresiones en los siguientes términos: «...Importante, severa como aderezada a fin tan extraordinario entre nosotros, fué la reunión en que el Ilmo. y Rdm. Sr. Arzobispo, después de apropiada alocución, instaló el Tribunal que ha de formar el proceso para solicitar la Beatificación del querido Hermano Miguel, de las Escuelas Cristianas. ¡Qué motivos de sensación indefinible! ¡El proceso informativo sobre la vida y virtudes de un ecuatoriano para quien se ha de pedir la gracia de colocarlo en los altares! Y ese ecuatoriano, humilde religioso pedagogo, aunque hombre de letras insigne; amigo desinteresado y tierno de los niños, aunque su puesto era entre académicos; ecuatoriano modesto, pero maestro de la verdadera civilización; ecuatoriano a quien conocimos, gloria de su patria por la santidad... ¡Quiera Dios que ese proceso se tramite con la prontitud y el éxito que anhelamos como es de esperarse de la actividad y del celo del idóneo Tribunal!»

El Derecho, valiente defensor de los intereses católicos, añadía: «... El proceso se inició bajo muy buenos auspicios y mereció, como magnífica recomendación, aquel *Auto arzobispal* que, por sí, es una brillante apoteosis de las grandes virtudes del Hermano Miguel...»

* * *

Antecedentes del Proceso informativo complementario en Cuenca.
—Habiéndose recibido numerosas declaraciones de los testigos pre-

senciales de la vida y de las virtudes del venerado Siervo de Dios, se entablaron en Quito las gestiones de la iniciación del Proceso complementario en su misma ciudad natal.

El Ilmo. Metropolitano expidió los respectivos documentos, los cuales fueron confiados al Hermano Vice-Postulador, quien llegó a Cuenca el día 8 de junio de 1923. En medio del entusiasmo general habíase constituido ya una Junta de respetables caballeros, denominada también *Comité Hermano Miguel*, con el fin de ensalzar más aún, si fuere posible, la memoria del tan cariñosamente llamado «paisanito santo».

El Progreso tuvo a bien dedicar un selecto número extraordinario a la memoria del Hermano Miguel. La primera hoja ostenta el retrato del preclaro educador en el centro de una portada emblemática, trabajo del artista D. A. Sarmiento; al pie del hermoso diseño se lee:

«A la gloria del Siervo de Dios, Hermano Miguel, de las Escuelas Cristianas, cuya vida fué la de un sabio y la de un santo: Cuenca, su tierra natal, consagra devotamente estas páginas.»

De ellas citamos el primer artículo:

Público homenaje a la memoria del Hermano Miguel. — «Con áurea pluma quisiéramos trazar estos renglones, en que el afecto y admiración de Cuenca se pusiesen de relieve, para con el Hijo excelso que de excepcional manera la honra, divinizando el laurel que engalana la frente de esta tierra querida, encerrada en el corazón de los Andes, es verdad, pero abierta a todas las altezas de la virtud y a todos los estímulos del talento: a todo lo grande y a todo lo bello.

»Francisco Febres Cordero y Muñoz, la humilde florecilla brotada a orillas del Tomebamba, con la pureza del lirio, la fragancia del nardo y la modestia de la violeta, reservado estaba para proyectar sobre su suelo nativo esplendentes fulgores de extraterrena luz.

»Como una luciérnaga buscó la obscuridad del claustro para ocultar lo distinguido de su cuna, los destellos de su inteligencia y las nobles prendas de su corazón; pero la luz de su cerebro y la magnitud de su noble espíritu lo delataron, irradiando en torno suyo fúlgidos lamos, que, al iluminar las mentes, cautivaron simultáneamente los corazones.

»El inocente niño, que buscó la humildad y el retiro como las mejores joyas de su tesoro de virtudes, en breve plazo, por un im-

perativo inexcusable del Cielo, llegó a ser el maestro docto, el literato, el científico, el sabio.

»El modesto religioso, que en las dulzuras de la vida conventual quería gustar de la postergación y acaso del olvido, acendrada miel para los espíritus supraterrénos, pretendiendo ser el último, fué siempre el primero: porque tuvo la sabiduría de la santidad y la santidad de la verdadera sabiduría!

»¿Quién puede ignorar hoy en el Ecuador el nombre del incomparable *Hermano Miguel*, de las Escuelas Cristianas? Sí, aun fuera de nuestro país la fama ha pregonado ese grato nombre, rodeándolo de afectos y de admiraciones, a cual más merecidos, como homenaje a sus talentos y acatamiento a sus virtudes.

»Su vida recorrió paralelamente la escala del sabio y la del santo, unificando con divina lazada los sufrimientos y el laborar incesante del mundo con las aspiraciones inefables del cielo.

»Oró con el trabajo y trabajó con la oración!

»Incomparable modelo de pedagogos, su enseñanza mezcló siempre lo útil a lo dulce, y al ilustrar la mente formó diestramente el corazón, haciendo de sucesivas generaciones pléyades de ilustrados y virtuosos ciudadanos, para bien de la Iglesia y de la Patria.

»Lo arduo de la faena agotó las fuerzas del infatigable operario del bien, y antes que llegase la verdadera tarde de la vida su frente doblóse al sueño del sepulcro, para iniciar la vida genuina de la gloria, allá, en tierra de nuestra tierra, en la madre Patria española.

»La silueta del adolescente que ayer abandonó sus nativos lares ha vuelto hoy a nosotros agigantada:

»Francisco Febres Cordero y Muñoz es el *Siervo de Dios, Hermano Miguel, de las Escuelas Cristianas*, que mediante la voluntad del Cielo ha de encumbrarse mañana a los altares.

»Cuenca, amante como la que más de la gloria de sus eximios varones, debe al Hermano Miguel los más altos y señalados honores, como que es ya el mayor timbre de inmarcesible gloria para una ciudad católica e ilustrada.

»Enáltézcase la memoria de tan sabio y santo conterráneo nuestro, difúndanse sus escritos, perpetúese su recuerdo, y manifiéstese, de todas maneras, que la tierra natal del Hermano Miguel lo ama como a la mejor prenda de su lucido joyel.

»Por nuestra parte, aunando nuestros sentimientos de reverente acatamiento a los de la digna Redacción de este benemérito diario católico, contribuimos con un modesto aporte a la glorificación de

nuestro bienaventurado conterráneo: luz de nuestro cielo, perfume de nuestro valle y gloria indisputable de la Patria.»

EL COMITÉ HERMANO MIGUEL

Auto y Edicto Episcopal con que se inicia el Proceso informativo complementario sobre la vida y virtudes del Hermano Miguel, religioso profeso del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. — «Nos, Dr. D. Daniel Hermida, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Cuenca. — Llenos de santo entusiasmo hemos recibido los «Documentos para la Beatificación del Siervo de Dios, Hermano Miguel», enviados por nuestro Ilustrísimo Metropolitano de Quito, para que se forme aquí el Proceso complementario sobre la vida, virtudes y fama de tan admirable hijo de San Juan Bautista de la Salle.

«Rebosa nuestra alma de alegría espiritual al escribir estas líneas bajo los techos de la misma casa que fué testigo del nacimiento, infancia y adolescencia de aquella violeta que, tal vez después de poco, perfumará los altares. Catorce años pasó el Hermano Miguel en esta casa, que ahora sirve de albergue al Obispo Diocesano, santificándola con el buen ejemplo de sus virtudes, que le hicieron dechado de los niños del Azuay.

«A los catorce años de edad el niño Francisco Luis Florencio Febres Cordero,* hijo legítimo del Sr. D. Francisco Febres Cordero y de la Sra. D.^a Ana Muñoz Cárdenas, entró, guiado por el Divino Espíritu, al renombrado Instituto de la Salle. Allí se entregó al estudio de tal manera, que ahora, a pocos años de su muerte, se trata seriamente de su canónica beatificación. El Hermano Miguel, sea en su cargo de Maestro de novicios, sea en su preferida labor, la de preparar a los niños para la primera Comunión, pudo decir siempre a los suyos lo que el Divino Maestro decía a sus discípulos: *Exemplum dedi vobis*. Las múltiples generaciones de niños preparados por él para la primera Comunión son ahora su inmarcesible corona de azucenas.

«El Hermano Miguel, a semejanza del Maestro Divino, pasó haciendo el bien por este mundo; ¡ah! cuántos ejemplos de virtud daría a sus compañeros en su adolescencia en esta ciudad: decidlo los que aún vivís, y ya no como simple narración, sino para la beatificación de vuestro compañerito de entonces.

«Padres y madres de familia del hogar cuencano, alegraos de corazón, porque en un hogar parecido al vuestro, bajo cuidados

paternales semejantes a los vuestros, creció una flor purísima de los cielos, que más tarde, si Dios lo quiere, será el timbre y gala, no sólo del Ecuador, sino de la América toda. ¡Gloria a Dios en las alturas y gloria a Cuenca, genitora de tan excelso Siervo de Nuestro Señor Jesucristo! ¡Oh! buen Hermano Miguel, alcanza de Dios para los padres y madres de familia de tu patria las virtudes que adornaron a tus progenitores; y aqueste favor será un mérito más en bien de tu causa.

»La muerte es el eco de la vida. *¡Era un Santo!*, decían todos los que habían conocido y tratado íntimamente al Hermano Miguel acá y allá de los mares, cuando su generosa alma dejó hace trece años la cárcel del cuerpo, en Premiá de Mar, ciudad cercana a Barcelona, a orillas del Mediterráneo. Y no dudamos de la justicia de esta aclamación, puesto que la vida del Hermano Miguel fué un tejido de estudio y de oración.

»Mediante la oración iluminó su corazón con luz divina y se hizo hombre de sacrificio, que durante larguísimo años, a pesar de sus achaques, dolencias y enfermedades, no bajó nunca de la cruz de su deber, el aula de cientos y cientos de niños de la capital.

»Mediante el estudio de tal manera iluminó su mente, que fué dueño y señor de la Gramática y Literatura españolas, autor de textos de primera y segunda enseñanza y dignísimo miembro correspondiente de la Real Academia Española. Como de las aguas de purísima fuente beberán muchas y muchas generaciones de la ciencia del Hermano Miguel.

»Pero, en donde hemos de admirarle más a nuestro Hermano es en su vida íntima de religioso. El verdadero religioso es ciertamente la imagen viva de Jesús Crucificado: no tiene donde reclinar su cabeza. El voto de Obediencia le quita la propia voluntad; el de Pobreza, el dominio de los bienes materiales, y el de Castidad le consagra totalmente a Dios Nuestro Señor. El verdadero religioso nada tiene; mas, en cambio de este total desposeimiento, Dios y su santa gracia son su riqueza; por esto, mientras más vacío de sí mismo está el siervo de Dios, Dios más le llena de su gracia.

»Nuestro Hermano, que amó hasta el fin el difícil género de vida que abrazara, nos da el consuelo de ver en él al perfecto religioso; nos da el consuelo de ver en su vida, reproducida la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Noble por su elevada alcurnia, se hace pequeño por el voto de obediencia; nacido de padres no pobres de bienes de la tierra, se abraza y desposa con la pobreza; y, dadas sus apti-

tudes morales, no obstante los halagos del mundo con sus pompas y vanidades, consagra su corazón al culto de la Pureza, virtud que hace ángeles de los hombres. Trueca, pues, el Hermano Miguel todo lo que pudiera tener en este mundo, con el celestial don de la vida mortificada y oculta en el claustro. Se crucifica voluntariamente, da su vida por el bien de las almas. No cabe dudarlo; el Padre celestial habrá encontrado, en la expresión de San Pablo, la imagen de su Hijo Santísimo en el alma del Hermano Miguel, y le habrá dicho: *Euge serve bone, in pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam.*

»Es de creer que este lirio de los valles de Cuenca del Ecuador ha sido trasplantado al Cielo. Razón tiene, pues, el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de que se averigüen las virtudes, vida y fama de santidad de tan esclarecido varón. Nos, en virtud de la petición del Rdo. Hermano Adolfo-Alfredo, Vice-Postulador en la causa de Beatificación del Hermano Miguel, admitimos el conocimiento de ella, en la parte para la cual hemos sido llamados, indudablemente con declaración de la Sagrada Congregación de Ritos, a fin de que se libren las Letras deprecorias por el Ilmo. Metropolitano de Quito. Por tanto, en conformidad a lo estatuído en el canon 2.040, establecemos el *Tribunal* que ha de conocer en la causa de Beatificación del Hermano Miguel, en esta forma: Nos mismo presidiremos la instalación del susodicho Tribunal, y luego actuará como *Juez Delegado ad hoc* el Rdm. señor Canónigo D. Isaac de M. Peña, y como *Conjueces*, los reverendísimos Sres. Canónigos Abelardo A. Ortega y Daniel Muñoz. Nombramos *Promotor de la Fe* al Rdo. P. Esteban Maret, Rectorista, quien cuidará de la legalidad del proceso y de que no le falte ningún requisito; de *Notario de Primordialibus* al Rdo. señor Prosecretario de la Curia Diocesana, Pbro. D. Isaac A. Ulloa; de *Notario Actuario* al Rdo. Sr. Pbro. D. Leopoldo Cordero León, y de *Cursor o Anunciador* al Hermano Gerardo. En conformidad a la precedente designación se pasarán los nombramientos respectivos.

»Señalamos el día viernes, veintidós del presente mes, para la inauguración del Tribunal y para el Juramento canónico, que han de prestarlo, junto con Nos, todos los que lo forman y toman parte en el Proceso. A esa sesión asistirán, como testigos de honor, el Rdm. Sr. Deán, Dr. D. Gregorio Cordero, el Rdm. Hermano Imónís, antiguo Visitador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en el Ecuador, el Sr. D. Antonio Moscoso Cárdenas, los Sres. Dres. Mi-

guel y Gonzalo Cordero D., el Sr. D. Guillermo Vega Muñoz y todos los demás próximos parientes del Hermano Miguel. La sesión se verificará el día preindicado, a la una de la tarde, en nuestra Santa Iglesia Catedral.

»Cuenca, dichosa ciudad nativa del Hermano Miguel, pida a Dios Nuestro Señor por el feliz éxito de esta causa que redundará



Tribunal del Proceso informativo en Cuenca (1923)

en gloria suya y también en favor de la Beatificación del Siervo de Dios. ¡Ojalá haga el Cielo que el Proceso informativo complementario que se va a formar en esta Diócesis sirva para el Proceso Apostólico y para la introducción de la causa de Beatificación ante la Santa Sede!

(Sigue el dispositivo, reproducido del Auto del Ilmo. Sr. Arzobispo de Quito.)

»Publíquese este Auto y Edicto en todas las iglesias parroquiales y conventuales de nuestra diócesis, leyéndose en una misa dominical de mayor concurrencia y fijándose también un ejemplar impreso en la puerta del templo.

»Dado en el Palacio Episcopal de Santa Ana de Cuenca, a 15 de junio de 1923. — ✠ DANIEL, *Obispo de Cuenca*. — Isaac A. Ulloa, Prosecretario.»

Tramitación del Proceso complementario. — El Ilmo. Dr. Hermita, dignísimo obispo de la diócesis, y su muy respetable clero, conocedores de la mucha trascendencia del asunto, facilitaron acuciosamente la práctica de las respectivas diligencias; y así fué cómo en la Santa Iglesia Catedral, en la que recibió el bautismo el *Siervo de Dios* — 15 de noviembre de 1854 —, abrióse solemnemente la sesión con que inauguraba su tarea el Tribunal canónico de Cuenca, el día 22 de junio, con asistencia de inmenso gentío de todas las clases sociales, que llenaba los ámbitos del venerando templo.

Después el Tribunal Eclesiástico emprendió sus trabajos con admirable laboriosidad, y al cabo de dos meses cerró su tramitación con las declaraciones de más de treinta testigos, las cuales confiamos influirán grandemente por su importancia. Varios de los honorables declarantes fueron condiscípulos o compañeros de infancia del niño Francisco Febres Cordero Muñoz, medio siglo ha; unos, parientes y amigos que le trataron muy de cerca desde la escuela; otros, cohermanos suyos en el Instituto. ¡Con qué admiración viéronse a dos de éstos emprender desde Cariamanga, en la frontera del Perú, *un viaje de siete días a caballo*, para venir afanosamente a testimoniar acerca de las excelsas virtudes de aquel esclarecido formador de almas, que les había iniciado a la vida religiosa como Maestro de novicios!

Las disposiciones del Derecho fueron estrictamente cumplidas, en la sesión clausural del Proceso complementario de Cuenca, y se entregó todo el expediente cerrado y sellado al Hermano Vice-Postulador, para que lo remitiera al Tribunal de Quito. Una copia auténtica de cuanto se tramitó en la capital del Azuay, igualmente legalizada por el Prelado, quedó depositada en los Archivos de la diócesis de *Cuenca en las Indias*.

En Quito prosiguióse con interés y constancia dignos del asunto la tramitación de todo lo relacionado con el Proceso informativo. A mediados de noviembre se procedió a la copia de toda la documentación y a su cotejo con el original. Cuando el Rdmo. Tribunal declaró publicado el Proceso, una nota reproducida por la prensa del Ecuador dió a conocer que, con dicha publicación, quedaba levantado el juramento prestado por los venerables miembros de

los Tribunales y los declarantes, que habían tomado parte en el Proceso informativo de la Arquidiócesis de Quito y la Diócesis de Cuenca.

*

Conclusión del Proceso informativo en el Ecuador. — Creemos oportuno e interesante dar a conocer la relación del *Boletín Eclesiástico*, de Quito, respecto a la conclusión del Proceso:

«Un centenar de testigos que conocieron, trataron y muchos de ellos vivieron cerca del Siervo de Dios han sido examinados con severísima escrupulosidad, conforme a las disposiciones canónicas que se han observado hasta en sus mínimos detalles, a fin de evitar que alguna negligencia cualquiera sirviera de óbice a la aceptación del proceso en el Tribunal de Roma. Esa circunstancia de ser los testigos de vista, el número crecido de ellos, la uniformidad respecto de la bondad de la vida que apreciaron personalmente y la prolija severidad con que se ha tramitado el proceso, son motivos de peso para esperar la glorificación del Siervo de Dios. Merced a la actividad del Postulador se hizo proceso igual en Cuenca, el cual, conforme en todo a las prescripciones del Derecho canónico, se ha agregado al principal seguido en Quito, de manera que el asunto está terminado en esta República, en la cual nació, creció y se santificó el Hermano Miguel, cuyo nombre anda ahora de boca en boca, acreditado por los favores que mediante su intercesión vienen alcanzando muchos que los han solicitado.

«El 20 de diciembre de 1923, con gran solemnidad y en medio de selecta concurrencia, compuesta de sacerdotes y caballeros distinguidos, el Tribunal eclesiástico, presidido por el Ilmo. Metropolitano, celebró la *sesión de clausura*.

«El Notario actuario leyó el acta e hizo entrega del voluminoso Proceso, que consta de 1.250 páginas, y de sus copias al Rdmo. señor Arzobispo, quien, informado de la autenticidad de dichos documentos y de que las copias habían sido cotejadas con el mayor esmero posible, llevado hasta la escrupulosidad, con anuencia del Tribunal, nombró portador de tan preciosos documentos, para que sean entregados a la Sagrada Congregación de Ritos en Roma, al Rdo. Hermano Adolfo-Alfredo, Vice-Postulador de la Causa. Después que éste hubo prestado juramento, el Ilmo. Dr. D. Manuel María Pólit y el Tribunal le remitieron las copias del Proceso, cerradas con el sello arzobispal.

«Pronto partirá el Hermano Postulador llevando la joya de

ese proceso a la diócesis de Barcelona, donde murió el Siervo de Dios, para adjuntarlo a la información que allí se haga relativa a los últimos días de la vida del *Santo*, calificativo con que el pueblo distingue a su compatriota Hermano Miguel.

»Esperamos confiadamente que la Santa Sede, asistida siempre del Espíritu Santo, reconociendo la santidad de vida y las virtudes del Hermano Miguel, le elevará a la dignidad de los altares, cumpliéndose en él lo que dijo el divino Maestro: «*El que se humilla será exaltado.*»

* * *

Proceso informativo en la diócesis de Barcelona. — La sesión inaugural de la tercera etapa del Proceso informativo se efectuó en la capilla del palacio episcopal de Barcelona, el 30 de mayo de 1924.

Edicto episcopal. — «Nos, Dr. D. Ramón Guillamet y Coma, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Barcelona, con uso de Sagrado Palio, etc. Hacemos saber: Que a instancia del Hermano Adolfo-Alfredo, como Vice-Postulador — con las necesarias y oportunas facultades —, y en nombre del Postulador General Hermano Alejo-Francisco, se ha incoado en esta Curia Eclesiástica el proceso complementario de Beatificación del Siervo de Dios *Hermano Miguel*, del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fallecido en Premiá de Mar el día 9 de febrero de 1910; y en su virtud hemos nombrado *Tribunal delegado* que entienda en la causa, constituido por el *Juez Presidente ad hoc* Muy Ilustre Sr. Licenciado D. Pascual Llópez y Pomares, Deán de esta Santa Catedral Basílica; *Jueces adjuntos*, los Jueces sinodales reverendos Dres. D. Pedro Vallés y Valls y D. Delfín Ribas y Carné; *Promotor de la Fe*, el Rdo. Licenciado D. José Viader y Malla; *Notario Actuario*, el Rdo. Dr. D. Esteban Niqués y Calonge, y *Cursor*, el Hermano Adolfo-José (1). Mas estando prescrito por los Sagrados Cánones que, una vez abierto el proceso de Beatificación, se proceda a la búsqueda de cuantos escritos sean o se atribuyan al Siervo de Dios que se intenta beatificar, para que sean remitidos a la Santa Sede, disponemos:

»Primero. Que todos los fieles que posean algún escrito del Siervo de Dios *Hermano Miguel*, impreso o inédito, redactado de propia

(1) Nombróse además, como *Cursor suplente*, al Hermano Herene de Jesús.

mano o mandado redactar a otro por el mismo Siervo de Dios, lo entreguen a dicho Tribunal nombrado o al Promotor de la fe, o por lo menos lo exhiban ante los mismos para sacar copia auténtico del escrito.

»Segundo. Que el fiel que tenga noticia de la existencia de algún escrito, no entregado o exhibido, del dicho Siervo de Dios, sea en



Tribunal del Proceso informativo en Barcelona (1924)

poder de particulares, sea en bibliotecas o archivos públicos, dé cuenta de ello, de palabra o por escrito, al mismo Tribunal o al Promotor de la fe.

»Además, siendo un deber sagrado para todos los fieles que tuvieron relaciones o familiaridad con el Siervo de Dios, o que puedan aportar algo al proceso de beatificación contra las virtudes o milagros que al Siervo de Dios se atribuyan, dar noticia de ello y declarar ante el Tribunal instructor de la Causa, disponemos asimismo:

»Tercero. Que cuantos fieles cultivaron en vida del Siervo de Dios su amistad o trato, lo manifiesten al Tribunal o al Promotor de la fe, por carta o de palabra, para que puedan ser citados como testigos.

»Cuarto. Que los que conozcan algún hecho particular, favorable o adverso a la fama de santidad, virtudes o milagros de dicho Siervo de Dios, remitan a Nos o al Promotor de la fe un relato breve del hecho, firmado por el remitente y con las señas de su domicilio.



Colegio Condal, dirigido por los Hermanos en Barcelona

»Quinto. Que los fieles que tengan algo que exponer en este proceso, según lo dicho en las disposiciones tercera y cuarta, y no sepan escribir, lo manifiesten al propio párroco, quien a su vez dará cuenta, como antes queda expresado.

»Sexto. Que los religiosos o religiosas que se hallen en las circunstancias anteriores remitan las cartas en que den cuenta, cerradas y selladas, a Nos o al Promotor de la fe, o las entreguen al propio confesor, que cuidará de remitirlas.

»Mandamos, finalmente, que este Edicto se inserte en el *Boletín Eclesiástico* del Obispado, se lea en el ofertorio de la Misa mayor de un día de precepto en la parroquia de Premiá de Mar — en cuyo pueblo residió desde julio de 1908 hasta su muerte, acaecida el 9 de febrero de 1910 —, se fije un ejemplar del mismo en los tablones

de la Curia, en el lugar acostumbrado de la eitada parroquia, y se divulgue por las Casas de dicho Instituto de Hermanos de las Escuelas Cristianas; advirtiéndose a los fieles que, a fin de no demorar inútilmente el resultado de la Causa, señalamos el término de



Procesos y escritos del Siervo de Dios

treinta días, contaderos desde el 31 de los corrientes, para que sean cumplidas las disposiciones aquí enumeradas.

»Exhortamos a todos a que eleven sus preeces y oraciones a Dios Nuestro Señor para que se eumpla su santa voluntad en este negocio, que es de la mayor importancia para su gloria y para la de la Iglesia.

»Dado en Barcelona a 30 de mayo de 1924. — RAMÓN, *Obispo de Barcelona*.

»Por mandato de S. E. Rdma. el Obispo, mi Señor, *Dr. Juan Boada y Camps*, Canónigo, Secretario.»

La capilla del Colegio Condal fué señalada como lugar sagrado para la audición de los testigos que vinieron de Bélgica, Francia y España. Con tanta diligeneia actuaron todos los dignísimos miembros del Tribunal, que en la Sesión clausural del 16 de dieiembre pudo entregarse al Vice-Postulador toda la documentación referente

a los tres Procesos complementarios que se hicieron en Barcelona: *el informativo, el de los escritos y el de «super non cultu».*

Datos sintéticos. — Desde el principio del Proceso hasta el momento de remitirlo a Roma celebráronse 128 sesiones; 124 testigos fueron oídos y examinados, a saber: 66 en Quito, 35 en Cuenca y 23 en Barcelona; a 2.548 llegaron las declaraciones referentes a los 243 artículos de la Postulación, sin tener en cuenta las provocadas por los *interrogatorios* de los Promotores de la fe, en cada uno de los tres Tribunales constituidos.



Su Santidad Pío XI

Presentados los escritos del Siervo de Dios, formaron un conjunto de 10.775 páginas (7.550 impresas y 3.225 manuscritas); el extenso curso de religión, de puño y letra del Hermano Miguel, que consta de 6.872 preguntas y respuestas, mereció, desde el año de 1907, el *Imprimatur y aprobación laudatoria* del maestro del Sacro Palacio, en el Vaticano. Estos sucintos datos evidencian la ardua labor realizada y el celo desplegado por cuantos instruyeron tan compleja Causa.

Presentación del Proceso informativo en Roma. — El 14 de enero de 1925 la documentación íntegra del proceso, que constituía un voluminoso legajo de unos 30 kilos, fué entregada a la Sagrada Congregación de Ritos por el Rdo. Hermano Postulador General y el Portador delegado.

Los respectivos Rescriptos solicitados para la apertura y el estudio canónico de todos los documentos fueron benévola y prontamente concedidos. Hay más: Su Santidad Pío XI tuvo a bien bendecir la Causa del Hermano Miguel, y se dignó nombrar como Ponente de ella al Emmo. Cardenal Aurelio Galli. Otra prueba del paternal y augusto patrocinio del Sumo Pontífice fué la concesión del traslado de los restos mortales del Siervo de Dios a la Capilla

del Noviciado apostólico de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Premiá de Mar; concesión fundada en razones especialísimas, manifestadas al Papa por el Emmo. Cardenal Antonio Vico, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y benemérito Protector del Instituto de San Juan Bautista de la Salle.



Su Eminencia el Cardenal Antonio Vico
Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos

un acto solemne y singularmente emocionante, que puso de manifiesto una vez más la verdad de las palabras que encabezan esta sencilla relación.

No obstante ser día laborable, había gran movimiento en aquella pacífica villa. Muchos forasteros, venidos de los pueblos circunvecinos y hasta de Barcelona, llenaban las calles, principalmente la hermosa y sombreada avenida que conduce desde Premiá al cementerio. ¿A qué obedecía, pues, tanta animación? ¿Por qué estaban cerradas hasta las fábricas y transitaban los obreros por toda la población? Sencillamente: iba a celebrarse un entierro en sentido contrario a todos los entierros. El difunto, en vez de ser llevado desde la casa mortuoria al campo santo, había de ser trasladado, quince años después de su muerte,

Traslación de los restos. — «*El que se humilla será ensalzado.*» En Premiá de Mar (Barcelona) se realizó el martes, 12 de mayo de 1925,



Su Eminencia el Cardenal Aurelio Galli
Ponente de la Causa del Hermano Miguel

del campo santo a la casa donde vivió y murió, para permanecer definitivamente en ella, con singular agrado de los Hermanos y novicios de las Escuelas Cristianas.

Por la mañana, a las nueve, estaban reunidas en el cementerio todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares de la villa, y



Exhumación de los restos mortales del Hermano Miguel

con ellas médicos, notarios, el subdelegado provincial de Medicina, un representante del Sr. Alcalde de Barcelona, numeroso clero, un grupo de superiores provinciales y locales del Instituto de los Hermanos, guardias de seguridad con uniforme de gala, venidos para asegurar el servicio de orden, el subjefe de ceremonial del Ayuntamiento de Barcelona, fotógrafos y periodistas, con una muchedumbre que llenaba por completo el campo santo y parte de sus alrededores.

Frente al nicho fúnebre número 75 de la vía de San José detúvose la respetable e imponente presidencia. *En virtud de una autorización pontificia de la Sagrada Congregación de Ritos y de una R. O. de Su Majestad (q. D. g.), se había de proceder a la exhumación de los restos mortales de Francisco Febres Cordero Muñoz, insigne siervo de Dios, llamado en religión Hermano Miguel, del Instituto de las Escuelas Cristianas, fallecido en Premiá y sepultado a 9 de febrero de 1910.*

Abierto el ataúd, fué reconocido por los médicos y notarios el cadáver entero, semimomificado, conservado el pelo y también los hábitos, pero un tanto alterado el color de la ropa.

Invirtieronse más de dos horas, ya para el desfile de la numerosa muchedumbre delante del féretro abierto, ya para depositarlo en doble caja de roble y de cine, soldar ésta, y luego de colocado en ella un tubo de cristal lacrado, conteniendo dos ejemplares autenticados, uno del auto-edicto arzobispal de Quito, otro del auto-edicto episcopal de Cuenca del Ecuador, un ejemplar del decreto del Sr. Obispo de Barcelona, dos folletos biográficos del Hermano Miguel y un retrato suyo.

Acto seguido, aunque con gran dificultad por la ingente concurrencia, pudo organizarse la grandiosa comitiva que había de acompañar los restos venerandos a la iglesia parroquial. Entierro semejante nunca se había visto, ni en la población ni en toda la comarca.

Por delante del coche fúnebre iba la cruz alzada, acompañada de unos doce monaguillos del Noviciado apostólico, muchos señores sacerdotes con hábito de coro, presididos por el Rdo. Sr. Párroco. A continuación, formados en dos filas, seguían los numerosos alumnos de la Escuela gratuita de los Hermanos, el noviciado menor, los novicios mayores y los escolásticos o estudiantes de la Congregación. Formando un nutrido coro, todos cantaban las preces litúrgicas propias de los entierros, con una afinación y religiosidad de veras impresionantes.

Rodeaban el féretro los portantes de hachas y los guardias de honor. Detrás del coche, presididos por el M. Iltrc. Dr. Llópez, Vicario general y Deán del Excmo. Cabildo Catedral de Barcelona, representante y delegado del Sr. Obispo de la diócesis, estaban las autoridades de Premiá, el representante del Sr. Alcalde de Barcelona, el Hermano Adolfo-Alfredo, Vice-Postulador de la causa de beatificación y canonización del Hermano Miguel, los superiores provinciales y locales del Instituto residentes en Cataluña, muchos Hermanos, Rdos. Sres. Sacerdotes y un crecido número de representantes de todas las clases sociales, muchos de ellos antiguos alumnos de las Escuelas Cristianas.

El público que desde el lejano cementerio hasta la iglesia ocupaba ambos lados del largo camino, como también los que veían el paso de la manifestación desde los balcones y las azoteas, todos visiblemente emocionados, daban muestras inequívocas de edificante religiosidad y singular respeto.

En el centro de la iglesia hallábase un modesto catafalco, donde fué depositado durante la ceremonia fúnebre el cadáver del Siervo de Dios. El Noviciado apostólico interpretó admirablemente la misa de Réquiem a cuatro voces, de Haller.

Al final del oficio el M. Ptre. Sr. Vicario general cantó solemne responso y acto seguido se organizó nuevamente la comitiva, en



Lápida de la nueva sepultura

igual forma que al venir del campo santo. Al atravesar la población repitióse el mismo conmovedor espectáculo que antes de la misa de difuntos, hasta llegar al Noviciado, sito en las afueras de la villa, junto a la playa y de cara al mar.

Al entrar en la extensa finca, por la puerta principal, siguiendo la anchurosa y sombreada avenida, se sentía uno conmovido al pensar que, más de quince años después de su muerte de predestinado, volvía el venerado difunto a la misma casa donde pasó la última etapa de su vida fecunda, y nuevamente estaría en aquella bendita morada donde, medio año antes de morir, le sorprendieron, como también a toda la Comunidad, los luctuosos acontecimientos de la sangrienta semana trágica, a fines de julio de 1909.

Los cantos litúrgicos, las oraciones y el orden perfecto, que no se habían interrumpido ni un momento durante tan largo trayecto, daban a la manifestación un suave ambiente de piedad, que jamás podrán olvidar los testigos del acto tan conmovedor de todo un

pueblo que se levanta como un solo hombre para rendir espontáneamente homenaje a las excelsas virtudes de un humildísimo religioso, a la sazón muy conocido y altamente apreciado en la América latina, pero casi desconocido en Europa.

Después de un último responso en la hermosa capilla del Noviciado fué colocado el féretro en la tumba preparada dentro de las paredes del templo, adornada con lápida. En losa de mármol, cercada por artístico marco, un epitafio recuerda al egregio varón, honra de su Instituto, por sus esclarecidas virtudes y por el lustre de su privilegiado talento.



Tumba del Siervo de Dios en la capilla del Noviciado de Premiá de Mar

Eran las catorce aproximadamente cuando se dió por terminado el traslado; duró unas cinco horas, sin que diera el público muestras de cansancio.

Descansen en paz los restos mortales del preclaro Hermano Miguel, en la capilla del Noviciado apostólico de Premiá de Mar, en compañía del Señor Sacramentado, tan amado y glorificado por el esclarecido religioso, principalmente durante los treinta años que trabajó para preparar, en Quito, con un celo y un acierto insuperables, a muchos miles de niños para la primera Comunión, mientras fué ya profesor, ya director de aquella célebre escuela del Beaterio, cuyo promedio anual de matriculados no bajaba de unos mil quinientos escolares.

Diariamente, en lo sucesivo, muchos Hermanos de las Escuelas Cristianas y centenares de aspirantes a la vida religiosa rezarán

muy fervorosos delante de su tumba, y con fundamento se espera que el proceso de beatificación y canonización, tan bien iniciado, seguirá adelante con rapidez, pues son muchos y muy notables los señalados favores alcanzados ya del Cielo por mediación del *Hermano Miguel*, llamado en el mundo *Francisco Febres Cordero Muñoz*.

Nos es grato dar al Ecuador cordial y bien merecida enhorabuena, por contar entre sus hijos más esclarecidos al eminente Hermano que tanto le honró en vida y, tal vez, mayor gloria le ha de dar ahora después de su muerte.

El dignísimo Sr. Cónsul general del Ecuador en Barcelona vióse imposibilitado, muy a pesar suyo, de asistir al traslado, según consta por la siguiente carta. La copiamos con especial agrado para que cierre dignamente esta sencilla relación de un hecho memorable.

Consulado General de la República del Ecuador. Núm. 212

Barcelona, 11 mayo 1925

Rdo. Hermano:

Convaleciente aún de la enfermedad que me ha retenido en cama estos días, no podré asistir mañana, como son mis deseos, a la solemne traslación de los restos mortales del Siervo de Dios Hermano Miguel, que en vida fué el ilustre académico ecuatoriano D. Francisco Febres Cordero y Muñoz, del cementerio de esa ciudad al lugar dispuesto en la capilla del Noviciado que V. S. tan digna y merecidamente dirige.

De todos modos, quiero que conste mi más profundo y sincero agradecimiento a V. S. por el honor que me ha dispensado, invitándome bondadosamente a este solemne acto, que me enorgullece como ecuatoriano, por tratarse de un *santo, sabio y meritisimo compatriota*, que supo practicar el bien toda su vida y cuyas altas y cristianas virtudes le granjearon el respeto y cariño de todos.

Si algún diario de la localidad diese cuenta del acto de referencia, espero de la gentileza de V. S. que se sirva enviarme unos ejemplares, para llevar a conocimiento de mi Gobierno el honroso homenaje tributado a la memoria de tan esclarecido ecuatoriano.

Sírvome de la oportunidad para asegurar a V. S. el testimonio de mi más alta y respetuosa consideración personal.

EL CÓNsul GENERAL DEL ECUADOR, Barcelona

CAPITULO XV

Favores atribuidos a la mediación del Siervo de Dios



AL publicar esta obra tenemos a la vista más de ciento cincuenta relatos de curaciones, hallazgos de alhajas y otros objetos, muertes sosegadas y edificantes, conversiones de almas apartadas desde mucho tiempo del camino de la salvación eterna, gracias espirituales y otros prodigios alcanzados por intercesión de este Siervo de Dios, así en el Ecuador y varias Repúblicas de la América latina como en España, Francia y Bélgica. Sin duda, muchos de los hechos admirables y de orden sobrenatural que se deben a su crédito ante Dios permanecen aún desconocidos o no han llegado a nuestras manos

Así y todo, agradecer debemos a la divina Munificencia este haz de maravillas, suficiente para iluminar con un reflejo supraterrestre la «eucarística figura» de este Religioso Educador y ratificar las alabanzas que en vida y después de muerto le tributara esa *voz popular* que le apellidaba *Santo*. Sólo falta que la autoridad y decisión infalible de la Iglesia sancione esta común creencia; entonces el elogio no será ya meramente voz del pueblo, sino también *voz de Dios*.

En los capítulos IX y X hemos relatado ciertos hechos que los agraciados atribuían a la valiosa intervención del Hermano Miguel durante su peregrinación mortal. Ahora daremos a conocer *algunos* de los múltiples favores (1) que tanto estimulan la confianza, los cuales se alcanzaron por intercesión del Siervo de Dios, especialmente desde el principio del Proceso informativo sobre su fama de santidad y sus excelsas virtudes.

(1) Dejamos a estos relatos la expresión sencilla e ingenua con que ordinariamente nos son comunicados o que reproducimos de diversas publicaciones.

Despiértense en unos, acreciéntense en otros, y avíense en el corazón de todos, esa misma confianza y esa fe que consiguen los mayores milagros. ¡Sea todo para la mayor gloria de Dios, la pronta exaltación de su humilde Siervo y la santificación de las almas!

Intervención oportuna en Valparaíso y en Lima. — En el número 1.215 de *El Porvenir*, diario católico de Quito, con fecha 8 de diciembre de 1923, leemos los hechos extraordinarios siguientes, en los cuales, según *declaración juramentada* de un testigo presencial, intervino visiblemente el venerado Siervo de Dios:

«Tres días después de un fuerte terremoto, en *Valparaíso (Chile)*, por el año de 1914, estaba durmiendo el Sr. D. *Antonio Carvajal Rivera*. Su mujer, enfurecida, iba a destrozarle a hachazos, cuando al mismo instante sus dos hijos Andrés y Antonio, de seis y diez años respectivamente, enfermos de viruela negra, impulsados por una visión, se levantaron de repente y despertando a su padre le gritaron: «¡Papá, te mata mamita!...»

«Entonces apareció el Hermano Miguel, que detuvo la mano homicida. Espantada la mujer arrojó el hacha al suelo. Reconoció el Sr. Carvajal a su antiguo y amado maestro, a quien prestaba humildemente todos los servicios de limpieza en la capilla de la Escuela, y que le preparó con tanto esmero para la primera Comunión, en el *Beaterio* de Quito.

«Habiéndoles reprendido fuertemente la visión, oyeron al fin estas palabras: «¡Que vivan bien casados como Dios manda, o que se separen!...» A lo que objetó el Sr. Carvajal que no se separaba de su compañera por motivo de los niños. Díjole entonces el Siervo de Dios: «Los dos niños van a morir; en cuanto a la niña Juanita, en estado más grave que tus hijos, ella vivirá para hacerte compañía.»

«Y sucedió tal cual, desde el día inmediato.

«Poco después trasladáronse a la *capital del Perú* para regularizar más fácilmente su matrimonio y se establecieron en el barrio de Malambo, en la parroquia de San Francisco de Paula.

«Un día asistían a un almuerzo, dado por la mencionada familia, la Sra. D.^a Hortensia Rivera, hermana del Sr. Carvajal, otro convidado y la niña Juanita, cuando estalló una acalorada discusión en la cual la Sra. D.^a Filomena Algarote, chilena de nacimiento, hija de un protestante español y compañera del susodicho Carvajal, dijo que no estaba dispuesta a casarse eclesiásticamente, porque deseaba conservar su libertad y no quería confesarse, prefiriendo más bien acuchillar a su consorte o separarse de él dejándole la niña.

«En lo más acalorado de la riña entró en la salita el Hermano Miguel, sin tocar el suelo, y se sentó a la mesa con gran sorpresa y susto de los concurrentes, llegando a desmayarse el Sr. Carvajal. Pero volvió el Siervo de Dios a insistir en que habían de casarse por la santa Iglesia. Contestaron

inmediatamente que así lo harían; y, arrodillándose ambos ante el Hermano Miguel, se abrazaron, prometiendo cumplir sin tardanza con su promesa.

»Después del rezo de un *Padrenuestro* y *Avemaría* desapareció en una brillante luz el Siervo de Dios, mientras quedaban vivamente impresionados los circunstantes.

»Al día siguiente, en la piadosa capilla de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, de Lima, bendijo el matrimonio el Rdo. P. Mott, redentorista, y cumularon los nuevos esposos.

»Desde entonces, completamente cambiado su modo de vivir, este matrimonio es modelo de vida cristiana, comulgando frecuentemente la mujer y diariamente el marido.

»La Sra. D.^a Hortensia Rivera (Quito, carrera Ambato, núm. 146), que presenció la segunda aparición en Lima y asistió al cristiano casamiento, reconocida como matrona fidedigna, y que vive frecuentando los sacramentos, *declara bajo juramento* ser verdad este relato, hecho al Vice-Postulador de la Causa del Hermano Miguel, en presencia del Dr. D. Esteban Cortés, cura propio de la parroquia de Chillogallo, y del Visitador auxiliar de las Escuelas Cristianas, en Quito, a 31 de octubre de 1923.»

Leyendo la vida del Siervo de Dios. — En 1917 la niña *María Beatriz*, hija del respetable caballero quiteño Sr. D. Juan José Mena, cayó enferma con fiebre de mal carácter. Al mejorarse de ella se le produjo un panadizo en el dedo pulgar de la mano derecha.

Viendo los médicos la ineficacia de sus medicamentos ordenaron se tuviese todo listo para una operación quirúrgica, que consistía nada menos que en amputarle el dedo a la delicada niña, quien se desesperaba con los dolores, sin que hubiese modos de sosegarla.

La señora madre de la desconsolada niña, dirigiéndose al Sr. Mena que *estaba leyendo la vida del Hermano Miguel*, le dijo bañada en lágrimas: «Tú, que eras tan amigo del santo Hermano, pídele que sane a nuestra hija o que a lo menos la alivie de sus intensos dolores.»

Entonces el Sr. Mena rezó un *Padrenuestro* en honor del Siervo de Dios, ofreciéndole hacer celebrar una misa, con tal de que les concediese el favor solicitado.

Desde aquel momento, que serían las tres o cuatro de la tarde, la enferma dejó de quejarse y se durmió tranquilamente, hasta el otro día, en que al llegar los médicos con los instrumentos para la operación quedaron asombrados al comprobar que la niña estaba ya curada.

Desaparición de un reumatismo crónico. — En *Bédarieux (Hérault-Francia)*, la Sra. D.^a M. Maistre, de 72 años de edad, declaró: que después de haber hecho una novena al Hermano Miguel no adolecía ya de los *per-*

tinaces dolores reumáticos que le impedían, desde hacía diez años, dedicarse a sus diarias tareas, ni le permitían siquiera andar por dentro de casa.

Tres años después de dicha curación, esto es, en 1925, muy agradecida al Siervo de Dios, la favorecida daba nuevo testimonio de su salud perfecta y duradera ante su hermano, quien, a la sazón, era Visitador de las Escuelas Cristianas en Barcelona.

Autógrafo doblemente precioso. — El 4 de mayo de 1922 el Sr. D. Carlos Aguilar, Director del *Colegio Mercantil*, de Quito, cayó gravemente enfermo, y el médico que lo asistía declaró que no respondía por la vida de su cliente.

Sentía éste una punzada agudísima y continua, que como cuchilla le atravesaba el pecho y la espalda.

En tal extremidad acordóse el paciente de que en su cartera tenía guardada cuidadosamente una tarjeta autógrafa del Hermano Miguel.

Aplicársela con fe, desaparecer por completo el dolor al cabo de algunas horas, y continuar la mejoría, todo fué para causar admiración al facultativo, tanto como a la familia del Sr. Aguilar.

Veinte años de padecimientos. — El Sr. D. Benigno Ojeda, hermano del presidente del Iltre. Concejo municipal de Cariamanga (provincia de Loja), daba con firma de tres testigos, el 22 de octubre de 1922, la siguiente atestación:

«Certifico: que después de haber invocado al piadoso Hermano Miguel he sido curado de un mal de estómago que me aquejaba hacía ya más de veinte años, de resultas de un golpe que recibí. Según examen de los facultativos tenía yo lesionados gravemente el hígado y la vejiga, pues supuraron durante unos dos años. El dolor de estómago y vómito me impedían digerir, por lo cual me iba consumiendo poco a poco.

«El Director de la Comunidad de Cariamanga me insinuó pedir mi curación, suplicándola al Hermano Miguel, y con tal objeto me dió un retrato con reliquia del Siervo de Dios; desde entonces llevo la estampa siempre conmigo. Lleno de confianza, recé la oración que está en el reverso de la estampa, y a los pocos días me sentí completamente curado. Ahora puedo alimentarme y trabajar.

«Un médico que pasó por aquí y me examinó dijo que no tengo lesión alguna en el órgano que me había hecho padecer por tanto tiempo...»

En estado agónico. — En la misma localidad la Sra. Leideña, madre de un niño agraciado por el Siervo de Dios, declaraba el 28 de noviembre del mismo año, con cuatro testigos, lo que sigue:

«Certifico: que mi hijo Carlos Carrión, habiendo caído gravísimamente enfermo con pulmonía, y hallándose ya en estado agónico, conforme certifican los testigos que firman conmigo, momentos antes de disponer que re-

cibiese el Santo Viático, fui a casa de los Rdos. Hermanos y pedí un retrato y reliquia del querido Hermano Miguel, de quien había oído decir que era un santo, y se lo apliqué al enfermo, que parecía tener sólo para unas horas de vida. Pocos instantes después de haber recibido los últimos sacramentos, y habiéndole aplicado la reliquia, el niño volvió en sí y, con admiración de todos mis vecinos, pudo comer; pronto desapareció todo peligro y recobró la salud. Llena de reconocimiento hacia este santo Hermano, y sobre todo por devoción a él, conservo la estampa con veneración en testimonio de gratitud.»

Dos huérfanos infelices. — Pocos días después del suceso anterior una señora llamó al Hermano Director de la misma ciudad de Cariamanga. Llorando de gozo le refirió que el Hermano Miguel acababa de conseguirle un gran favor. «*Mi esposo, díjole la señora, se negaba a recibir, en nuestra casa, a dos huérfanos infelices.*

«Entonces fui a oír misa, tomé en mis manos la estampa-reliquia del Hermano Miguel y le dije: Oigo decir, Hermano Miguelito, que haces muchos milagros; te pido, pues, que muevas el corazón de mi marido en favor de aquellas criaturas sin amparo, y te prometo comulgar en acción de gracias si me alcanzas este favor. Hecha esta súplica regresé a casa, y ¡oh sorpresa! of a mi esposo decirme: «Comasión tengo de estos huerfanitos, a quienes no he querido recibir hasta ahora; ¡haz que vengan y vivan con nosotros desde hoy en adelante!»

Dos quintales de manteca. — En junio de 1923 la Sra. Carmen Martínez, de la ciudad de Cañar, en el Sur del Ecuador, refirió al Hermano Director y a la Comunidad el hecho siguiente: «Tenía para vender, dijo ella, *dos quintales de manteca*, y un día destapé el recipiente, observando que se hallaba en completa descomposición, hasta ser insoportable el mal olor que desprendía. Llena de angustia, llamé la atención sobre el particular a los miembros de mi familia y a dos vecinas, que se condolieron por mi desgracia. En tal ocurrencia invoqué al Hermano Miguel, de quien había oído hablar que obraba prodigios, prometiendo dar una limosnita si me auxiliaba. Tres días después volví al cuarto donde había hecho deponer dicha manteca; y, con grande admiración y alegría, noté que el mal olor había desaparecido y toda la pasta estaba completamente blanca como si acabara de solidificarse, lo que fué también comprobado por varios testigos. Vendí esta manteca al mejor precio cotizado en la plaza; ¡bendito sea Dios y su piadoso Siervo!»

Un demente en Cuba. — Un negociante en sombreros, Sr. D. Miguel P.... de treinta y cinco años de edad, natural de Cuenca (Ecuador), salió el 20 de enero de 1923 para Méjico.

En el golfo del mismo nombre hubo un fuerte ciclón, que duró cuarenta

y ocho horas y que puso al barco en gravísimo peligro de zozobrar, causando la consiguiente angustia a la tripulación y al capitán, que no había visto temporal semejante en diez y siete años. El amago de un terrible naufragio parecía seguro, de modo que murió de espanto un acaudalado extranjero que se hallaba a bordo.

Sin embargo, salvóse el barco mediante el amparo de la santísima Virgen de los Dolores, la serenísima Estrella de los mares, a la que se habían encomendado los angustiados navegantes; y el 21 de marzo los pasajeros desembarcaron en el *puerto de Tampico*.

Al revisar el equipo, un socio del Sr. P... se cercioró de que una caja de este señor estaba muy averiada y que en ella faltaban *catorce docenas de sombreros panamá*. La noticia de esta importante pérdida acabó de trastornar el cerebro del Sr. P..., dando principio a una grave perturbación de sus facultades.

Tres semanas permaneció en el puerto con la idea fija y vehemente de regresar a Cuenca, sin querer adherirse al parecer contrario de sus consocios; salió, pues, solo en el *vapor Antonio López*, procedente de Veracruz, y llegó a la Habana el 1.º de mayo.

Por el estado singular que notaron todos en el pasajero, el oficial médico del puerto envió al Sr. D. Miguel P... al *Hospital de las Ánimas*; pero, agravándose el estado del enfermo, el Sr. Director de dicho establecimiento púsole aparte para la diagnosis respectiva, en el *hospital Calixto García*.

El 25 de mayo se notificó a la familia que D. Miguel padecía de enajenación mental, y que de conformidad con la Ley de Inmigración, muy severa en Cuba, se había decretado el reembarque del pasajero al puerto de su procedencia, a costa del barco que lo trajo, el cual debía además pagar las dietas durante la permanencia del enfermo en el hospital.

Por varias circunstancias, y a pesar de la intervención del Cónsul del Ecuador, no pudo embarcarse el 4 de junio, como lo había pedido la Empresa española para evitar un recargo de gastos, y sólo pudo salir en el *vapor Patricio de Sadrústegui*, el 18 de junio.

Ahora bien: en aquella misma fecha se dió principio en Cuenca, en casa de la familia del paciente, en el Noviciado menor de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y entre personas amigas, a una fervorosa novena al Siervo de Dios Hermano Miguel, para alivio y curación del enfermo.

El mismo día en que terminaba dicha novena, el Sr. D. Lizardo Jaramillo, hermano político del desgraciado demente, recibió un cable de Méjico, expedido por un socio del Sr. P..., y que decía: «Miguel P... regresó; está bien, y en compañía nuestra.»

La familia, aunque un tanto consolada, empezó, sin embargo, una segunda y fervorosa novena, por temor de que el cable transmitido fuese sólo para tranquilizarla. El día en que se concluyó esa segunda novena, dos cables de la Habana llegaron a Cuenca, en los que se confirmaba la buena nueva. Pero al mismo tiempo, una carta dirigida por un amigo a Cuenca

daba tristísimos pormenores del estado grave en que se había encontrado D. Miguel *«como loco furiosísimo, a quien habían tenido que amarrar y encerrar»*.

Por eso, y con fundado temor, volvió la familia a hacer con devoción una tercera y otra cuarta novena.

Al terminarse éstas llegó a manos de la esposa del Sr. P... una carta de su puño y letra (con fecha correspondiente a la primera novena), dando minuciosas noticias de sus negocios, de los gastos de viaje, indicándole además con perfecta lucidez a quiénes debía cobrar, en la misma plaza de Cuenca, para las necesidades domésticas, etc., y esto a personas que efectivamente tenían cuenta deudora con él.

Respecto de su salud añadía...: *«ahora estoy bien, después de mi larga enfermedad en la Habana...»*; pero sin darse cuenta del lamentable estado de locura que él había padecido...

Debe consignarse también que la esposa del Sr. P... estaba a punto de dar a luz, y el trastorno producido en ella por lo ocurrido púsola en estado doblemente peligroso. Pero la confianza de la señora en el Hermano Miguel, a quien atribuyó la singular curación de su marido, le hizo acudir muy esperanzada a la mediación del Siervo de Dios, oyendo numerosas misas en pro de su glorificación. Y con no poca alegría de la familia toda, nació, sin peligro de la madre ni menoscabo de la criatura, un robusto niño a mediados de agosto.

Y mayor júbilo hubo todavía en el hogar y entre los numerosos amigos de Miguel P... cuando regresó a Cuenca, completamente curado, en el mes de noviembre del mismo año.

Llenos de reconocimiento, los miembros de la familia P... comunicaron al Vice-Postulador de la Causa del Siervo de Dios estos favores, por los que dan rendidas gracias a Dios y a su insigne Siervo el santo Hermano Miguel.

Último recurso. — «¡Bendito sea Dios en sus santos!

«...A consecuencia de una cox de caballo, recibida en el estómago, padecía de atroces sufrimientos físicos y morales... y quizás por otras causas desconocidas para mí *«encontrábame, desde hacía cosa de tres años, gravísimamente enferma, con síntomas tan alarmantes y varios, que eminentes médicos no supieron diagnosticar mi enfermedad, mi rara enfermedad, mucho menos curarme.*

«Todo, todo me causaba peoría: los remedios, los alimentos, las impresiones fuertes, las tareas de la casa, en suma, hasta el agua que tomaba. Frecuentemente me venían cólicos tan espantosos, que yo misma me sentía morir, en medio de las más desesperadas contorsiones; de tal forma, que sólo le pedía a Nuestro Señor un poquito de calma, para arreglarme, a fin de presentarme ante su inexorable juicio... Después quedé con disenteria agudísima, con todos los dolores e incomodidades anexos a tan terrible enfermedad...

«No tenía apetencia; mis noches las pasaba en el más desesperante

insomnio; estaba inutilizada para mis necesarias faenas de *madre de familia de trece hijos*. Si salía a la calle o a la iglesia, regresaba malísima... había envejecido en tres años, como si hubieran sido veinte años pasados sobre mí... Mi piel se encontraba adherida a los huesos... causaba lástima y compasión a mis amigos y parientes... en resumen, mi vida se reducía a una lenta y dolorosísima agonía.

»No tengo expresiones para ponderar mi sufrimiento moral...; había momentos en que la muerte misma hubiera sido pequeña manifestación del estado de mi ánimo... y hasta llegué a desearla... Jamás tuve un instante de calma, ni salud.

»Por supuesto, cuando podía, elevaba mi espíritu a Dios, para suplirle «pasara de mí este cáliz», y de ser lo contrario a su santa voluntad, me lo tuviera en cuenta para descuento de mis pecados...

»En tan amargo y angustioso trance acudí al Hermano Miguel, haciendo por su mediación una novena al Sagrado Corazón de Jesús y rezándole la oración que está al pie del retrato. Con gran fe pedía a Dios se dignara concederme la salud, poniéndole como abogado al Hermano Miguel, cuya glorificación le imploraba patentizase con este gran favor. Durante los días de la novena sentí tal peoría, que apenas con dolores inauditos, y sentada, por no poder arrodillarme, podía rezar las oraciones...

»Pero mi santo cuencano había obtenido ya la gracia. Cuando concluí la novena me encontré sana, sin rezago alguno de enfermedad, como si jamás hubiera estado enferma... Quería publicar ese mismo día el favor; pero dudaba aún de lo que yo misma sentía; así es que comencé otra novena al Santísimo, por mediación del mismo Hermano.

»Han pasado algunos días; mi salud es completa; estoy desempeñando a maravilla mis faenas domésticas, que a la verdad son pesadas; me siento con nueva vida y hasta con fuerzas para sobrellevar los azares y penalidades de mi triste y penosa existencia.

»Hago, pues, mil votos por la pronta canonización del Hermano Miguel y hago extensiva mi gratitud al Hermano Vice-Postulador, por el aprecio que ha manifestado a mi familia, rogándole no se olvide delante de Dios.»

»Cuenca, agosto 29 de 1923.

»ÁNGELA L. Y C. DE CORDERO.»

Curación de un diabético. — *En Chordeleg, cerca de Gualaceo, el Sr. don Samuel Lafebre* venía padeciendo de una fuerte *crisis de diabetes*. Invocó al Siervo de Dios, haciendo una novena con la familia y sus dos hijos, hoy novicios menores en Cuenca, y quedó curado, conforme lo manifestaron así la Sra. D.^a Dolores Neira, madre del agraciado, como sus señoritas hermanas.

La joya perdida. — Una hermana del mismo favorecido, *Srta. Leonor Lafebre*, atestiguó al propio tiempo que, habiéndosele caído un precioso zarcillo en el río Gualaceo, buscólo largo tiempo sin hallarlo; rogó entonces

por intercesión del Hermano Miguel, y al instante, en el primer puñado de tierra que sacó ella del agua, dió con *la joya perdida*.

Medicina eficaz. — *La Srta. Mariana de Jesús Solís* sufría, desde hacía un año, de *violentos dolores de estómago*, sin que varios médicos de Quito, de pareceres distintos respecto del diagnóstico, pudiesen aliviarla. Aconsejaronle fuese a los baños de Tesalia, luego a Latacunga y por último a la ciudad de *Ambato*. Pero, habiéndosele agravado la dolencia, temióse un desenlace fatal.

En tal situación, el Rdo. Sr. D. Manuel Sánchez, párroco de Picauhua, le envió una imagen y reliquia del Hermano Miguel. Aplicóselas la paciente, rogando con fe y entera confianza en el Siervo de Dios. ¡Cosa admirable! desapareció el malestar y no tardó la Srta. Solís en recuperar la deseada salud; favor que ella misma quiso comunicar reconocida al *Pensionado de la Salle*, en 1923.

Renace la calma. — El distinguido caballero cuencano Sr. D. Guillermo Ordóñez comunicaba al Dr. D. Remigio Astudillo, muy celoso por la glorificación del *santo paisanito*, la siguiente carta, fechada el 1.º de diciembre de 1923:

«...El día martes, 20 del próximo pasado, se esperaba de un momento a otro la muerte de *Luz María*, a causa de la *grave bronconeumonía*, que la llevó hasta la puerta del sepulcro; día en que le administraron los santos óleos, después de haber recibido antes el Viático.

»Desaluciada mi esposa por varios médicos de los más notables del lugar, creyeron que pronto moriría irremediablemente. En tales circunstancias sentí en mi amargura vivos deseos de encomendar el desesperado caso al Hermano Miguel; y acto continuo una buena amiga me proporcionó el retrato del mentado Hermano, con su reliquia, y yo lo apliqué al pecho de Lucita, encomendándome a él con viva fe, y ofreciéndole publicar el portento si se realizaba.

»Desde entonces comenzó a mejorar la enferma, y se salva prodigiosamente; no menos que ayer, 30 de noviembre, se levantó de la cama, y se encuentra en plena convalecencia.

»Parientes y amigos creían que iba a morir, pero, yo en medio de tanto dolor, no perdía mi fe y clamaba al divino Corazón de Jesús por intercesión de su Siervo, lo que constó a todos los micubros de familia que entonces se hallaban a la cabecera de la enferma.

»El gran prodigio debe ser publicado en Quito y Cuenca, y lo ratificaré en cualquier forma que se ofrezca, cumpliendo así la promesa que tengo hecha y la profunda gratitud que debo al Hermano Miguel.»

Accidente de automóvil. — «El día 18 de febrero de 1923 *mi hijo* *Santiago Rivera*, de nueve años de edad, de un temperamento e imaginación demasiado ardientes y, en consecuencia, sumamente travieso, se había sus-

pendido detrás de un automóvil. Mas como éste retrocediera, el niño cayó desgraciadamente bajo las ruedas del auto, *quedando rota*, a causa del movimiento de las ruedas. *la pierna derecha* en la parte superior de la ingle: fractura que los médicos declararon de suma gravedad y de fatales consecuencias para el niño.

»Yo, mujer cristiana, viéndome en tan desesperada situación, reconocí que no había otro médico a quien recurrir que al Todopoderoso. Levanté mis plegarias al cielo, puse al niño en sus divinas manos, mandé avisar a los Hermanos del «Cebollar» el terrible trabajo en que me hallaba, suplicándoles que las preces de los niños inocentes de la Escuela, compañeritos del pobre lisiado, alcanzaran de la misericordia de Dios la pronta mejoría del infeliz hijo mío.

»Comenzó entonces el Rdo. Hermano Profesor de mi Santiago, en compañía de sus alumnos, una novena al santo Hermano Miguel y tuvo la bondad de mandarme una estampita con la reliquia del Siervo de Dios, advirtiéndome que la colocara sobre la pierna enferma.

»¡Oh prodigio de la divina Bondad, que derrama sus gracias por medio de su santo Siervo! Las cicatrices de las heridas se curaban a los pocos días sin complicación ninguna; después se le soldaba el fémur, pudiendo andar casi como si no hubiera sufrido accidente alguno, llegando, en fin, a perfecta curación.

»Reconozco, pues, muy agradecida a Dios y a su santo Siervo, que este gran beneficio se debe al muy querido Hermano Miguel, que tanto amó a los niños en vida y de quienes nunca se olvida.

»Quito, octubre 18 de 1923.

»V. CASTILLO, CARMEN FLOR, JOSÉ M. BALAREZO.»

En grave peligro. — Publicóse en el *Boletín del Distrito del Ecuador*, el 1.º de noviembre de 1923, el hecho siguiente, que firmaron el Dr. D. José Ponce, el Superior del Seminario Menor, Rdo. P. Ivo M. Le Meur, el Rdo. Hermano Visitador auxiliar y el Director de la Escuela de San Blas, recientemente titulada *Escuela Hermano Miguel*:

El 14 de mayo próximo pasado, *el niño José Calahorrano* cayó por las gradas de piedra, al salir de la clase, a las diez y media de la mañana; y el golpe tan fuerte que se dió en el cráneo privóle de sentido. Con un abundante derrame de sangre por el oído, presentáronse los alarmantes síntomas de *una lesión cerebral*.

Requerido con urgencia, el Dr. D. José Ponce acudió con presteza al Establecimiento, declarando, después de minucioso examen, que el caso era gravísimo y podía haber peligro de muerte. Al efecto, se llamó a un sacerdote para que administrase al enfermo los auxilios de la Santa Iglesia. Llegaron inmediatamente el Superior del Seminario Menor y el venerable Párroco con los santos óleos. Y mientras se prodigaban al herido los cuida-

dos de la ciencia, el Hermano Director le aplicaba en la llaga un retrato del venerado Hermano Miguel con una partícula de su vestido.

El doctor alentaba al niño: «¡Ánimo!, le decía, el Hermano Miguel le ha de curar; tenga confianza.» Y José recobró el conocimiento, pudo confesarse muy bien, según testimonio del Superior del Seminario, quien le administró también la Extremaunción, en presencia del Rdo. Hermano Imonis y de la desconsolada madre, que había acudido. Pero, después de la administración de los sacramentos, el enfermo volvió al estado inconsciente primitivo. No encontrándose disponible una camilla para el traslado del enfermo, la madre salió en busca de un cargador, quien lo condujo en hombros, con buenas condiciones y sin llamar tanto la atención, hasta el Hospital, donde fué recibido por la Madre Superiora, merced a la recomendación que llevaba. Allí le prodigaron todas las asiduas e inteligentes atenciones requeridas por la gravedad del herido.

En cada una de las siete clases de la Escuela, con la fe y fervor que despiertan acontecimientos semejantes, habíase principiado una novena al Hermano Miguel, en la que se pedía a Dios Nuestro Señor la glorificación de su Siervo, con la perfecta curación del niño, sin que quedase vestigio alguno del accidente, así en las facultades anímicas como en el cuerpo del doliente.

Al día siguiente el Rdo. Hermano Visitador con el Hermano profesor del niño fueron a visitarle en el Hospital. Y ¡cuál fué su sorpresa!: le encontraron en un pasillo, había completamente reaccionado y quería regresar a la Escuela para dar los exámenes bitrimestrales que se efectuarían el 16 de mayo. Por prudencia fué preciso obligarle, en cierto modo, a quedarse algunos días en la Casa de las Hermanas de la Caridad. El domingo 20 de mayo, José Calahorrano regresaba a la Escuela sano y bueno, devolviendo a todos, con su presencia, la tranquilidad tan turbada en alumnos y profesores. Continuóse la novena en hacimiento de gracias por el gran favor obtenido tan pronto, mediante la intercesión del Siervo de Dios, el piadoso Hermano Miguel.

Relato de un Rdo. P. Redentorista. — Desde el Convento de San Alfonso de Ligorio, en Cuenca, el Rdo. P. Jorge Káiser publicaba el siguiente relato, que el diario quiteño *El Porvenir* reprodujo en su núm. 1.239:

«En el mes de octubre de 1923 un cuencano llamado *Miguel Miller*, alfarero de oficio, yacía postrado en cama, con la enfermedad *bronconeumonía*, que reinaba como epidemia en la ciudad. El enfermo estaba tan grave que, en una consulta, cuatro médicos desesperaban curarle. Otro facultativo que visitó al paciente declaró terminantemente que el pobre obrero no se salvaría de la muerte sino mediante un milagro.

»Después de recibir los sacramentos de la Santa Madre Iglesia, el piadoso enfermo se resignó a la voluntad de Dios, despidióse de su esposa y de sus cinco hijos; y por medio de repetidas oraciones empezó a pedir la gracia de una buena muerte.

«Mientras tanto, uno de los religiosos de la Congregación del Santísimo Redentor que había acudido a auxiliar al enfermo, viendo que ninguna medicina era eficaz para combatir la enfermedad, exhortó a la afligidísima familia de Miguel Miller a que implorase el auxilio del cielo. Persuadióles a que llenos de fe solicitaran el patrocinio del Hermano Miguel. Todos consintieron en ello, y el mismo día comenzaron la novena. ¡Cosa admirable! Solicitado por tantas preces, el Siervo de Dios mostróse benignísimo para con sus conciudadanos; pues la dolencia disminuyó poco a poco, de tal manera, que en el último día de la novena no había ni vestigio de la enfermedad.

«Vuelto a la salud, Miguel Miller, lleno de agradecimiento, no cesa de pedir que el Hermano Miguel sea elevado a los honores de los altares.»

«**No estamos en tiempo de milagros...**» — «Para gloria de Dios certifico que, durante el mes de octubre de 1923, mi hermana *María Mercedes Flores* tuvo una fuerte gripe de la que se mejoró; pero, como triste consecuencia de haberse levantado de la cama antes de convalecer suficientemente, le dió bronconeumonía, que pronto se complicó de pulmonía doble. El estado de mi hermana se agravó hasta tal punto, que todos los señores facultativos, como otras personas amigas que tenían la caridad de prestarme auxilio, no me ocultaron que el caso era de suma gravedad y urgía administrar los últimos sacramentos a la paciente, lo que hicimos.

«Todos presagiaban que el fatal desenlace era inevitable y próximo. porque a la gravedad de la pulmonía se juntaba la mala constitución de mi querida hermana. Hasta me exhortaban a la conformidad con los designios divinos y a tener preparados el ataúd y los funerales.

«Como seguía yo pidiendo algo de confianza al facultativo recibí por respuesta que *«ahora no estamos en tiempo de milagros»* y que se habían acabado los pulmones de María Mercedes.

«El venerable Sr. Párroco volvió a visitarla y dióle la última absolución.

«Informada la muy digna y distinguida matrona Sra. D.^a Dolores Cueva de Díaz de mi justa aflicción, tuvo la caridad de prestarme el retrato del Siervo de Dios, por cuya intercesión ella había sido curada de la fiebre tifoidea pocos meses antes, y principiamos, mi hermana, nuestras amigas y yo, a implorar la intervención del Hermano Miguel.»

«También visitó a mi querida hermana el Rdo. P. Jorge A. Káiser, religioso redentorista, quien le sugirió deseos del cielo, actos de amor de Dios; etc., y antes de despedirse nos dijo con insistencia que principiáramos al instante una fervorosa novena al Hermano Miguel. Así lo hicimos y se inició la mejoría, lenta, pero progresiva, de la desahuciada.

«Durante varios días me repitió el médico: «Esto es incomprendible. Es cosa sorprendente. Estos casos son fatales, tanto más si se tiene en cuenta la mala constitución de María Mercedes... ¿Cómo puede librarse de la muerte...? No lo comprendo.»

»Mi hermana, sin ser robusta, que nunca lo ha sido, se encuentra en un estado de salud que le permite entregarse suavemente a los quehaceres domésticos.

»A Dios la gloria y nuestra ferviente gratitud al Hermano Miguel, quien se ha dignado atender nuestras humildes y confiadas súplicas.

»Firmo en Cuenca, a 28 de enero de 1924, y lo testifican las personas que reconocieron el inminente peligro de mi hermana.

»ROSA FLORES DE VÁZQUEZ, AMALIA DÍAZ, VICENTE P. ARGUDO, VICENTE SERRANO, ELOY GALARZA.

»*Factis dicta consonant.* (F.) *Georgius A. Káiser*, C. SS. R.»

Salvada de la muerte. — «Habiendo caído gravísimamente enferma de *fiebre tifoidea* la niña *Blanca Ocampo*, en agosto del año próximo pasado, y siendo el caso ya desesperado, pues estaba desahuciada por el médico, Sr. Dr. D. Luis Cueva, que la asistía, la familia de la niña acudió al Cielo, por intercesión del gran Siervo de Dios, el Hermano Miguel, de las Escuelas Cristianas, cuyos favores eran ya bien conocidos en Cariamanga.

»Cuando parecía que la niña ya expiraba aplicábasele el retrato del Siervo de Dios, y entonces recobraba algún movimiento y daba señales de vida.

»Animada con esto, la familia seguía pidiendo con más confianza y fervor, considerando que humanamente no había remedio. A esto se añadió una grande hinchazón en el pecho, que producía la consiguiente sofocación de la enfermita y ponía en inminente peligro su vida. El estado de la niña se agravó de tal modo en la tarde, que el facultativo aseguró a la familia que la enferma no amanecería.

»*La caja mortuoria estaba ya lista* y se aguardaba de un momento a otro el desenlace fatal.

»Aquella noche pasó una tía de la niña, aplicándole la reliquia. Con grande admiración de todos la niña pareció recobrar nueva vida, y las personas que acompañaban a la familia veían la prodigiosa mejoría de la enferma. Más asombrado quedó por la mañana el médico al ver que todo peligro había desaparecido y que la criatura entraba en un período de franca convalecencia.

»Es de notar además que después de la curación no ha quedado consecuencia alguna de tan terrible enfermedad y la niña Ocampo goza hoy de completa salud.

»Aseguramos ser verdad el relato precedente, en fe de lo cual firmamos, llenos de reconocimiento para con Dios, siempre admirable en sus santos.

»Firmas: ZOILA REGINA SALAZAR C., BELÉN CUEVA, ALBERTO JIMÉNEZ, JESÚS BERRÚ, CELINA DE J. BACA R.

»Marzo 4 de 1924.»

Lejos de todo socorro. — «En el mes de abril de 1923 mi esposo cayó enfermo de *gripe*. A los dos días de estar en cama se puso de gravedad y comenzó a arrojar sangre.

»Me desesperaba el verme en tan grande trabajo y desprovista de todo remedio por estar nuestra residencia en la hacienda *Ichubamba*, de la que es administrador mi esposo. Mucho había oído hablar acerca de los favores que está haciendo el Hermano Miguel. Pedí entonces a este Siervo de Dios la mejoría de mi esposo; pues si moría dejaba en la orfandad y desamparo a mis hijitos. Con fe viva, firme confianza y llena de lágrimas pedí su curación.

»Fué cosa rara, y un favor visible alcanzado por el Hermano Miguel, pues en seguida se cortó la pulmonía; desaparecieron por completo los esputos de sangre y fué notable la reacción que le vino a mi esposo.

»Cuando llegaron los remedios que mandé traer de Riobamba, consultando con un médico, ya no hubo necesidad de que los tomara, pues estaba completamente curado.

»Llena de gratitud, escribo esto y deseo se publique para que sepan todos el favor del Siervo de Dios, a fin de que se engrandezca su nombre y tengamos los ecuatorianos la honra y gloria de venerarle en los altares.

»(F.) ALEJANDRINA DE BUCHELI.»

Imagen resplandeciente. — «Me encontraba sufriendo, con la enfermedad de *tisis al pecho*, durante el tiempo de ocho años; y en el último año me empeoré bastante, porque tenía dolores al pulmón, de día y de noche: al escupir arrojaba sangre, no podía dormir y al acostarme sentía un fuerte ahogo; no tenía ánimo para nada.

»Al saber mis dolencias, el Rdo. P. Káiser me aconsejó que hiciera una novena al Hermanito Miguel, de las Escuelas Cristianas. Principié la novena y desde el siguiente día empecé a mejorar poco a poco, hasta quedar restablecida y completamente sana.

»Durante la mejoría noté que de la estampita que tengo del Siervo de Dios, a la cabecera de mi cama, como a las tres de la mañana salía una luz cual la del sol, semejante a un foco luminoso, estando la pieza a oscuras, lo que avivó mi confianza grande que tengo a mi paisanito.

»También dos sobrinitos míos, llamados *Mauvo* y *Víctor Mora*, cayeron enfermos de gravedad de fiebre tifoidea; y, ya desahuciados de los médicos, me encomendé al Hermano Miguel, di a los niños a besar la imagen y sanaron pronto, rezando antes un Padrenuestro y un Credo. Mucho agradezco estos favores y estoy pronta a declararlos cuando se ofrezca.

»Cuenca, junio 7 de 1924.

»ROSA MATILDE PIEDRA.»

Curación extraordinaria. — Diez personas de la alta sociedad de Quito atestaban y firmaban, el 24 de julio de 1924, el suceso que transcribimos

con su prodigioso desenlace, y que publicaron la prensa y numerosas revistas hispanoamericanas y francesas:

«En la tarde del 18 de marzo de 1924 *el joven Jorge Humberto Gálvez*, de dieciséis años de edad, hallábase paseando en bicicleta por la ciudad, cuando en la carrera Olmedo iba a chocar con una carreta de cerveza tirada por dos caballos, uno de los cuales estaba encabritado; entonces hizo un violento esfuerzo para desviar, sin advertir que la bicicleta estaba sin freno y era retropedal; de ahí que todo el esfuerzo para contenerla sirvió para darle mayor impulso, y, en consecuencia, fué a estrellarse contra el muro del Hotel Americano, carrera Venezuela, intersección Olmedo, dándose al mismo tiempo contra el poste. La bicicleta quedó completamente despedazada y el joven totalmente inerte; la multitud que se hubo agrupado ante acontecimiento tan desgraciado contaba horrorizada que había muerto instantáneamente; al oír el alboroto los unos, y ver la agrupación de gente los otros, compañeros del Colegio Mejía acudieron precipitadamente y, al reconocer a Gálvez, con excesiva caridad y cariño fraternal lo tomaron en brazos y lo condujeron a la «Botica Inglesa», donde manifestaron que todo auxilio era ineficaz, pues hasta entonces no volvía en sí. Lleváronlo al consultorio médico más inmediato; le prodigaron mil atenciones, y luego varias inyecciones y otros procedimientos que no obtuvieron ningún resultado favorable. Después de un prolijo examen el médico manifestó que el estado del paciente era de suma gravedad, que se había formado el derrame cerebral, que tenía algunas luxaciones, especialmente en la clavícula, en el brazo y en los dedos de las manos, y que la rotura de la cabeza detrás de la oreja no le alarmaba tanto. Más tarde su mamá, al saber lo acontecido, lo hizo trasladar a su casa, donde ella, su familia, los compañeros de colegio y un sinnúmero de personas de buena sociedad rodeaban incesantemente el lecho del enfermito, quien permaneció como muerto durante seis días: tenía una respiración lenta, sin movimiento, completamente inerte. El médico, que le asistía con asiduidad, siempre declaraba la imposibilidad de darle vida, sin más curación que un gorro de hielo permanente.

«Al séptimo día despiértase como de un sueño natural, pide su ropa, pretende levantarse, pide alimento, pues siente hambre, se sorprende de cuanto le rodea, indaga la causa de verse en ese estado, habla con el médico, a quien le asegura no haberle visto ni oído; lo propio sucede con todos los que le hablan. Se trata entonces de hacerle las reducciones de las luxaciones, mas ¡oh sorpresa! todo, ¡todo desaparece! y queda desde ese instante completamente sano, andando, y a muy pocos días vuelve a sus estudios y tareas cotidianas, con el mismo afán y facilidad de antes.

«Esta resurrección milagrosa se la debe a la intercesión del Hermano Miguel, a quien su mamá invocaba continuamente con gran fe y confianza, y cuya imagen tenía colocada debajo de la cabeza del enfermito.

«Sirva la relación de este hecho para acrecentar la confianza de los nece-

sitados en la valiosa intercesión del piadoso Siervo de Dios Hermano Miguel, a quien esperamos ver en breve colocado en los altares por la voz infalible del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo.»

Oyendo referir favores. — Certificábase, el 31 de agosto de 1924, en Gualaceo, el relato siguiente, firmado por el Sr. D. Honorato Cevallos, marido de la favorecida:

«No hace mucho tiempo, en el vecindario de este lugar, una pobre mujer llamada *Mercedes Iníiguez*, desahuciada por tres facultativos, que le pronosticaban pocos días de vida, recibió con cristiana piedad los últimos sacramentos. La infeliz moribunda sufría, desde hacía tres meses, de *cólicos hepáticos*, sin que lograsen aliviarla de sus indecibles dolores los varios y violentos medicamentos que le aplicaban.

«Entre los caritativos visitantes interesados por mitigar los dolores de la enferma se encontró uno que refirió algunos de los favores alcanzados por intercesión del Hermano Miguel. Oír la familia el relato y encomendarse de corazón al Siervo de Dios, todo fué uno: acto continuo el esposo en persona fué en busca del Hermano Director de la Comunidad para pedirle una estampa de aquel de quien esperaba obtener la pronta mejoría de la paciente. Apenas principiada la novena empezó a sentir alivio, y cuando la hubieron concluído se halló completamente curada. Al presente goza de perfecta salud, entregada por completo a los quehaceres domésticos.

«La cuñada de la enferma, empeñada más que nadie en alcanzar el milagro, por medio de ardientes súplicas, refiere que se le apareció en sueños el Hermano Miguel, asegurándole que la persona por quien rogaba sanaría de la enfermedad, pero que era necesario que padeciese un tanto.

«Noticiosos de tan inesperada curación, muchos de los pobladores de esta comarca rivalizan en ardor por extender la bien merecida fama de aquel que llaman *otro San Vicentio Ferrer*.»

Un alumno del Colegio de la Bonanova (Barcelona). — En la revista *Bonanova*, que publica mensualmente este importante Colegio de los Hermanos, leemos con fecha del 1.º de febrero de 1925:

«A la educación de niños y jóvenes dedicó el santo Hermano su vida entera, con un celo y sobrenatural cariño que parecen insuperables. Por esto, sin duda, permite Dios que las numerosas mercedes alcanzadas por su intercesión sean principalmente en bien de la niñez y de la juventud.

«Nuestro colegial *Francisco Comas Comps*, natural de Barcelona, de ocho años de edad, se sintió herido de *pulmonía grave*, por la noche de Navidad de 1924, poco después de salir de la iglesia de Montesión. A los pocos días el niño, muy débil por temperamento, se halló con tanta postración que aconsejó el doctor médico de cabecera se le diesen los últimos sacramentos.

«Los Hermanos, advertidos por la familia del estado gravísimo del niño, a la par que le fueron preparando para el santo Viático y la Extremaun-

ción, invitaron a Francisco y a sus señores padres para que hiciesen, en unión con la comunidad de Hermanos de la Bonanova, una novena para alcanzar la curación, si fuera del agrado del Señor, poniendo por medianero al insigne Siervo de Dios Hermano Miguel, cuyo proceso de beatificación está ya incoado en Roma.

»Francisco tuvo constantemente a la vista, por espacio de nueve días, el retrato del Hermano con una reliquia de sus vestiduras. Después de recibidos los santos sacramentos de los moribundos con perfecta serenidad y angelical fervor, diariamente ofrecía sus oraciones por intercesión del gran Siervo de Dios, y con él rezaban igualmente sus señores padres, otros parientes y los Hermanos todos del Colegio.

»Cuando menos se podía esperar en lo humano realizóse un cambio total en el desarrollo de la enfermedad y desapareció el peligro de muerte.

»Hoy (a D. g.) Francisco Comas Comps está del todo restablecido y da gracias al Cielo y a su Protector el Hermano Miguel, por cuya intercesión le fué devuelta la salud.»

Ante la tumba del Hermano Miguel. — La redacción de *El Eco de Belén* — revista destinada a fomentar en las familias la devoción al Santísimo Niño Jesús — decía en su número 25 de abril de 1925:

«Del centro docente de «Barcelona-Bonanova» nos envían el relato de la curación del niño de cinco años *Antonio Escala Armengou*, atribuida al Hermano Miguel. La relación, cuyos principales párrafos vamos a copiar, está escrita por la propia madre del favorecido. — «El 26 de diciembre de 1923 empezaron a manifestarse en mi hijito los síntomas de *septicemia fímica, con localizaciones pleuropulmonares* que, durante más de medio año, lo han tenido a él postrado en el lecho, y a toda la familia en continuo sobresalto, temiendo que, como el médico recelaba, la dolencia degenerase en meningitis tuberculosa, que suele acabar en pocos días con la vida de los que la padecen...»

»Aprovechando una leve mejoría, y siguiendo indicaciones del doctor, salí de Barcelona y me fui a vivir en Premiá de Dalt, pueblo de la costa del Mediterráneo, para que Antoñito tomara baños de sol en un pinar de aquel lugar...

»Llegó mientras tanto el mes de octubre de 1924, y fui al Colegio de la Bonanova para acompañar a mis otros dos hijos mayores que Antonio. Hablando con uno de los profesores, le hube de contar el estado en que se hallaba mi pequeñuelo y las pocas esperanzas que había de que curase. Entonces el Hermano me aconsejó que hiciese una novena al Siervo de Dios Hermano Miguel, y me dió una estampa-reliquia de dicho santo Hermano. Puse la estampa en el cochecito en que yacía mi Antoñito, y al día siguiente, nosotros en casa y el Hermano profesor con sus discípulos en clase, empezamos la novena. El día último fuimos a pie, o llevándome a veces en brazos a la pobre criatura, hasta Premiá de Mar, para terminar

la novena ante la tumba del Siervo de Dios. A pesar de lo largo de la caminata no fué posible registrar en el enfermito ni una décima de fiebre. Desde entonces dejó el cochecito en que estuvo año y medio, y no sólo puede andar, sino que apenas si nota el cansancio. El doctor que lo examinó después de esta portentosa curación me aseguró que lo hallaba en estado perfectamente normal. Me complazco en publicar este hecho en señal de agradecimiento a Dios y a su Siervo, y todos los días, después del santo rosario, rezamos en familia la oración para la pronta glorificación del Hermano Miguel...—PILAR ARMENGOU.»

De Igualada (España). — *El R. P. Fr. Marcos de Ipiales, Capuchino*, desde el Convento de Igualada (Barcelona) comunicaba lo que sigue a la Casa del Noviciado apostólico de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Premiá de Mar, el día 30 de noviembre de 1924:

«...Cumpro con un deber participando un favor obtenido por intercesión del Hermano Miguel. Hace dos semanas que sufría mucho dolor en la parte baja del asiento, por motivo de una infección. A la tercera noche de ésta me acordé de invocar al Hermano Miguel, rezándole *tres Padrenuestros*, pidiéndole me obtuviera la salud, y, a la vez, me mitigara las dolencias. Al amanecer, el día siguiente, *me encontreé completamente curado y sin rastro alguno de la infección. Todo lo que testifio es verdad...*»

Y el día 14 de junio de 1925, Fr. Marcos vino a Premiá de Mar para orar delante de la nueva sepultura del Hermano Miguel, en la Capilla del Noviciado apostólico de los Hermanos, y dar las gracias al Siervo de Dios por su curación completa y duradera. Al hablar con los Superiores de la Casa les refirió que durante la noche, en que fué curado de un modo tan singular como rápido, sintió, por dos veces, golpes repetidos en la puerta de su celda. Levantóse y miró por el pasillo, sin ver a nadie; pero oyó distinta y suavemente una voz que le decía: «*Amiguilo, amiguilo, ¡qué bueno es orar también por los difuntos!*» «Y así hacía yo, dijo entonces Fr. Marcos, pues al recibir la imagen-reliquia del Hermano Miguel, que me envió del Ecuador un hermano mío religioso del Instituto de San Juan Bautista de la Salle, y para alcanzar mi curación, rezaba la plegaria que pide la glorificación del Siervo de Dios con *tres Padrenuestros*, al propio tiempo que añadía, cada vez, un *De Profundis* y un *Miserere* para las almas del Purgatorio.»

En el Colegio de los Hermanos de Madrid. — La interesante revista *Perseverancia*, del Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas, publicó en abril de 1925 la relación que transcribimos aquí:

«Por centenares se cuentan ya los favores con que el Hermano Miguel ha favorecido a muchas personas que en sus necesidades han acudido a él. *En nuestro mismo Colegio de Maravillas* hemos podido apreciar cuán valiosa sea ante Dios su intercesión, siendo el favorecido *el alumno interno Germán Rueda*, del cuarto año de Comercio.

«Nada anormal se había notado en él hasta el lunes de Carnaval. Se

acostó en ese día a la hora de costumbre, pero a la una de la madrugada empezó a quejarse y a sentir fuertes dolores en el lado izquierdo. Inmediatamente, con toda precaución, se le trasladó a la enfermería, aplicándole con urgencia los remedios que se creyeron más oportunos.

»En seguida se avisó a su familia, que reside en Segovia, la que se trasladó al punto a Madrid para estar al lado del ser querido.

»Desde el primer momento los facultativos que le visitaron aseguraron que el muchacho padecía *una bronconeumonía complicada con el funcionamiento anormal del corazón*. A pesar de todos los cuidados que se le prodigaban, los padres de Germán veían con inmenso dolor, aunque con admirable resignación cristiana, que la vida de su querido hijo se acababa por momentos. En la noche del jueves al viernes el enfermo empeoró, perdió el conocimiento y el delirio fué continuo.

»El viernes por la mañana empezó la comunidad una novena al Hermano Miguel para obtener la curación, pues se había perdido casi toda esperanza humana de poderle salvar. Algunas clases unieron sus oraciones a las de los Hermanos. Al mismo tiempo se puso a la vista del enfermo una estampa con la reliquia del Siervo de Dios, la cual se aplicó repetidas veces sobre el pecho y corazón del paciente; lejos de mejorar, se agravó más aún, hasta el punto de que el domingo, 1.º de marzo, teniendo de un momento a otro el fatal desenlace, por indicación de los padres se le administró la Extremaunción en las primeras horas de la mañana. En el mismo estado, poco más o menos, pasó hasta las seis de la tarde, en que le sobrecogió un profundo sueño, lo que extrañó a todos. Pocas veces se despertó durante la noche; pero al hacerlo al día siguiente, a las cuatro de la mañana, pidió a su madre, que le había velado toda la noche, que le diese un poco de agua; complacido su deseo, volvió a quedarse dormido hasta bien entrada la mañana, en que despertó de nuevo con pleno conocimiento.

»Cuando pocas horas más tarde le visitaron los médicos que le asistían, vieron con gran extrañeza que, contra toda su esperanza, se había operado en el enfermo un cambio muy notable; la temperatura había bajado de 40 a 38 grados; el corazón funcionaba con bastante normalidad, y el paciente estaba muy reposado; conocía perfectamente a cuantos le visitaban, y contestaba con acierto a las preguntas que se le dirigían.

»Al día siguiente los médicos comunicaban a la familia que el niño seguía muy bien, y que de la enfermedad no le quedaba apenas otra cosa que la debilidad en que le habían sumido la postración y la calentura. Tan rápidos progresos hizo la mejoría, que antes de terminar la novena el enfermo pudo levantarse, y tres días después, con el consentimiento de los facultativos, pudieron sus padres llevarlo a casa para pasar en ella el período de la convalecencia, que fué brevísima.

»Todos bendicimos al celestial bienhechor y sentimos acrecentarse más y más en nuestros corazones la confianza en la poderosa intercesión del Hermano Miguel.»

Y el día 2 de julio de 1925, al acabarse el curso escolar, celebróse en *Las Maravillas* una solemne misa de acción de gracias, en la cual el favorecido y su familia comulgaron. Entonces quiso el joven Germán Rucda que una preciosa estatua de la *Milagrosa*, ofrecida por él mismo para la enfermería del Colegio, perpetuara su gratitud por el gran favor recibido del Siervo de Dios, tan devoto siempre de la Santísima Virgen María.

Curación de una meningitis aguda. — El *Boletín de la Asociación de Antiguos Alumnos*, de Beauregard-Longuyon-Hachy, publicaba en su número de enero de 1926 la siguiente curación de un alumno del importante Colegio que dirigen los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Hachy (Diócesis de Namur, en el Luxemburgo belga):

«El viernes 23 de octubre de 1925, *Víctor Walster*, de once años de edad y alumno de la 8.^a clase, empezó a sentir intensos dolores de cabeza. Al amanecer del día siguiente, después de un detenido examen, el doctor reconoció la meningitis aguda y pidió consulta urgente con otro médico. Al propio tiempo un parte telegráfico avisaba a la familia, en Lorena, acerca del estado gravísimo del enfermo. Con rapidez desarrollóse la terrible enfermedad, y el niño entró en el coma a primeras horas de la tarde.

«Llamado para cumplir con su santo ministerio, el celoso Capellán del Establecimiento atestigua, bajo juramento, que a su llegada encontró al niño absolutamente imposibilitado para pronunciar palabra alguna ni exteriorizar la menor seña.

«En tal apuro pidió que en alemán, lengua materna del paciente, se le excitase a la contrición; pero, estas piadosas sugerencias, así como la misma voz del profesor, quedaron sin efecto. El sacerdote le renovó la absolución y le dió la Extremaunción con la indulgencia *in articulo mortis*.

«Después de la administración de los Santos Sacramentos, en el mismo cuarto del moribundo y en presencia de varios profesores, el Hermano Director leyó la oración aprobada por el Ordinario de Malinas, para la glorificación del Hermano Miguel; entretanto se empezaba una novena al Siervo de Dios, en la cual tomaron parte los maestros y alumnos del Colegio, para pedir la curación del enfermo.

«A las seis del día siguiente, domingo 25 de octubre, quedaba el niño en el mismo estado; pero una hora después Víctor rezó muy distintamente, en francés, el acto de contrición, manifestando piadosos sentimientos. Entonces el ministro del Señor aprovechó esta inesperada oportunidad para reiterarle la absolución, llevarle el Santo Viático e imponerle el escapulario.

«Los padres del niño llegaron en ese momento de breve lucidez y aprovecharon de ello para asistir a la misa de los colegiales.

«De regreso encontraron a su hijo recaído nuevamente en el coma. Temiendo un desenlace fatal, el padre, que había traído su aparato fotográfico, se apresuró a sacar el retrato de Víctor, para poderlo guardar entre los recuerdos de familia.

»Luego llegaron el Dr. Nieves y el facultativo de Arlón, Sr. Ed. Gergerius, para examinar minuciosamente al enfermo: todos los síntomas graves de la meningitis aguda fueron confirmados, y al redactar el boletín medical autorizaron el traslado inmediato del estudiante al domicilio de sus padres. Llevado en un auto de ambulancia, en compañía de éstos y del Hermano enfermero, llegó sin percance al hogar paterno, villa de «Petite Roselle» (Moselle).

»El lunes el médico de casa, Dr. Walter, diagnosticó también meningismo tuberculoso, por haber notado puntos pleuréticos en el pulmón derecho. La noche fué muy agitada; pero desde la mañana del martes 27 de octubre la fiebre, que subía, la víspera, a 39°,4, había completamente desaparecido.

»Víctor manifiesta alegría, expresa el deseo de comer, afirma que se siente curado, quiere levantarse y volver cuanto antes al Colegio. No obstante, los padres juzgaron prudente obligarle a guardar cama hasta el domingo.

»Desde el martes el padre había participado al Hermano Director que no cifraba más esperanzas sino en el beneplácito divino y la oración. Y el viernes, lleno de alegría, tiene la dicha de anunciarle que la novena al santo Hermano Miguel ha producido ya feliz resultado.

»El domingo 1.º de noviembre era el día último de la novena, y es precisamente en esta festividad de Todos los Santos cuando el niño se levanta, escribe, lee, dibuja y se entretiene, sin sentir la menor molestia, desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la tarde.

»Desde entonces el niño, sano y contento, no suspira sino por su pronta vuelta a su amado Internado; mas, este regreso quedó aplazado hasta el día 14. A su llegada, Víctor es recibido con entusiasmo y felicitado por sus maestros y compañeros como verdadero favorecido del Cielo. Y el domingo inmediato, al acabar las Vísperas, cantóse un solemne *Te Deum* en acción de gracias por tan señalada merced.

»Tan pronto como supo el perfecto y rápido restablecimiento del enfermo, el médico del Colegio no ocultó su sorpresa y con gusto entregó el siguiente atestado, de gran valimiento en cuanto al carácter de esta curación:

«Yo, el infrascrito, Dr. Nieves, Juan Pedro, médico en Habay-la-Neuve, CERTIFICO: haber visto y examinado, el 24 de octubre de 1925, a Walster Víctor, alumno del Colegio San José, en Hachy, y declaro haber comprobado que presentaba síntomas de meningitis aguda: Cefalalgia intensa, gravativa, sobre todo frontal; vómitos; sin paralelismo del pulso ni de la temperatura; contracturas; signo de Kernig; trastornos psicicos, apatía, indiferencia, somnolencia; gemidos nocturnos, constipación; y vista la gravedad del caso, haber solicitado con urgencia una consulta, que se efectuó por la mañana del 25 de octubre, en la cual, practicada una inyección intramuscular de sérum meningocócico — no habiéndose practicado la punción lumbar, a consecuencia del traslado inmediato del enfermo al domicilio

de sus padres —, *declaro además que el pronóstico era muy grave, y que la curación inesperada y sobrevenida muy rápidamente no puede explicarse científicamente por el tratamiento médico, casi nulo, habido en este caso.*»

»Habay-la-Neuve, a 15 de noviembre de 1925.»

Desde entonces acrecentóse considerablemente, en el susodicho Colegio, la confianza en el poder del Hermano Miguel y consiguiéronse otros muy apreciables favores.

LAUDATE DOMINUM IN SANCTIS EJUS;

LAUDATE EUM IN FIRMAMENTO VIRTUTIS EJUS!

¡Alabado sea Dios en sus santos:

alabado sea en el firmamento de su omnipotencia!

(Ps. CL, 1.)

EPILOGO

CARÍSIMO HERMANO MIGUEL

Vos decíais: «Los muertos han menester, no elogios, sino sufragios.»

Con la íntima confianza de que vuestras virtudes os han merecido hallar gracia ante el Maestro, de quien fuisteis enamorado imitador y enardecido apóstol, al depositar sobre vuestra vívida tumba el místico florilegio de estas páginas imploramos, por vuestros méritos, la divina Misericordia.

Y siendo así que los vivos necesitan ejemplos santos que los animen, tened a bien bendecir nuestra humilde labor. Las múltiples enseñanzas de vuestra fecundísima vida producirán, bajo el rocío de la gracia y el calor del nublado Sol eucarístico, opímos frutos perennes en las generaciones presentes y venideras: así se realizará, con creces inmensurables, el más divino de vuestros ensueños.

En esta peregrina vida jamás hubierais consentido el ser alabado. Mas ahora, enmudecidos vuestros cándidos labios, canta vuestra alma el Magnificat eternal de aquella «linda Señora de traje blanco y manto azul...».

¡Pluguiese al inefable Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, «Rey inmortal de siglos y naciones», que vuestros ejemplos, germinando más y más en los sureos de la santa Iglesia católica, apresuren la regeneración eristiana de esa Juventud que amasteis hasta el heroísmo, y fomenten numerosos seguidores de vuestra obra, en ese Instituto que os llevó, de los brazos maternos, por entre tiernos rebaños predilectos, hasta las playas de la Paz inmutable en la Luz perpetua!

A los devotos del Hermano Miguel

No está permitido invocar públicamente al Siervo de Dios hasta que la Santa Sede lo haya autorizado; *privadamente* sí se puede pedir al Señor por su intercesión. Supliquemos, pues, al Cielo que no tarde en glorificar, por la voz infalible de la santa Iglesia, al Hermano Miguel: mucho lo anhelan en la patria de García Moreno, en América y Europa, todos sus devotos, muy especialmente los apóstoles de la enseñanza católica, y más que nadie los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Se ruega a las personas que obtuvieren nuevas mercedes por su mediación, se sirvan notificarlas al Rdo. Hermano Vice-Postulador de la Causa.

Dirección: Noviciado apostólico. — Premiá de Mar (Barcelona).

ORACIÓN

PARA PEDIR LA GLORIFICACIÓN DEL SIERVO DE DIOS

(Puede rezarse a manera de novena)

Señor Dios, que prometisteis ensalzar a los humildes y hacer brillar como estrellas en perpetuas eternidades a los que enseñaren a muchos la justicia; dignaos glorificar a vuestro siervo el *Hermano Miguel*, haciendo ilustre su nombre entre los de vuestros Santos. Multiplíquense vuestras gracias, Señor, a favor de los fieles que os las pidan, haciéndoos presentes las virtudes que él practicó en la tierra, y concedednos que algún día le veamos propuesto por vuestra santa Iglesia como un nuevo modelo a quien imitar y un protector más que nos asista en los trabajos y aficciones de esta vida, ayudándonos a conseguir la bienaventuranza eterna. Amén.

Récese un *Avemaria*.

ÍNDICE DE GRABADOS

PÁGS.

El Siervo de Dios Hermano Miguel (fuera de texto, frente a la portada).	2
Vista de Quito. — El Panecillo (altitud: 3.140 metros).....	5
General León Febres Cordero.....	7
Gabriel García Moreno, Inmortal Presidente del Ecuador.....	10
Ilmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Ordóñez, Arzobispo de Quito.....	13
El Chimborazo (altitud: 6.310 metros).....	20
D. Bernardo Muñoz, abuelo materno del Hermano Miguel.....	22
D. ^a Ana Muñoz, madre del Hermano Miguel.....	22
D. Francisco Febres Cordero, padre del Hermano Miguel.....	23
Catedral de Cuenca, donde fué bautizado el Hermano Miguel.....	25
Interior de la casa natal, donde apareció la «Señora de manto azul».....	29
Modesto local de la Escuela de Cuenca en 1863.....	37
Seminario de Cuenca.....	39
Francisco Febres Cordero Muñoz a los catorce años.....	39
Palacio de Gobierno en Quito.....	54
El Hermano Miguel, novicio.....	59
Plaza Mayor de Quito (Plaza de la Independencia).....	65
Vista parcial de Quito.....	67
El Hermano Miguel a los veinte años.....	81
Convento de San Francisco en Quito.....	89
Plaza de San Pedro (Roma).....	92
Iglesia de la Compañía (Quito).....	101
Interior del templo de San Francisco.....	103
San José presentando los niños a la primera Comunión.....	107
Capilla de San José, en el «Beaterio» (1888).....	115
Vista parcial de Quito.....	141
Miembros de la Academia ecuatoriana en 1892.....	145
D. Belisario Peña, ilustre poeta colombiano.....	147
La Dolorosa del Colegio de Quito.....	149
Santa Teresita del Niño Jesús.....	153
El Hermano Miguel a los cuarenta y dos años.....	167
El divino Infante «Flor del campo y Lirio del valle».....	168
Jesús Crucificado abrazando a San Francisco de Asís.....	173
Cristo, Rey de las naciones y de los hogares cristianos.....	190
San Juan Bautista de la Salle.....	202
Inmaculada de Murillo.....	206
«Ite ad Joseph».....	216
Escuela de la «Sagrada Familia».....	217
La Escuela de «San José» en la ciudad natal del Hermano Miguel.....	226
Casa generalicia de «San José» en Lembecq-lez-Hal (Bélgica).....	235
Noviciado apostólico de Premiá de Mar.....	249
Colegio de Nuestra Señora de la Bonanova.....	251
Nuestra Señora del Puerto, Patrona del Noviciado de Premiá.....	258
El Arcángel San Miguel: «Quis ut Deus?».....	260
Nicho núm. 75 del Cementerio de Premiá de Mar.....	262
El Hermano Miguel a los cincuenta y dos años.....	275
Casa solariega de la familia del Hermano Miguel.....	279
El Honorabilísimo Hermano Imicr de Jesús, Superior General.....	286
Tribunal del Proceso informativo en Quito (1923).....	294
Tribunal del Proceso informativo en Cuenca (1923).....	298
Tribunal del Proceso informativo en Barcelona (1924).....	299
Colegio Condal, dirigido por los Hermanos en Barcelona.....	300
Procesos y escritos del Siervo de Dios.....	301
Su Santidad Pío XI.....	302
Su Eminencia el Cardenal Antonio Vico.....	302
Su Eminencia el Cardenal Aurelio Galli.....	303
Exhumación de los restos mortales del Hermano Miguel.....	305
Lápida de la nueva sepultura.....	306
Tumba del Siervo de Dios en la capilla del Noviciado de Premiá de Mar.....	306

ÍNDICE DE MATERIAS

	PÁGS.
AL LECTOR.....	V
PRÓLOGO	IX

CAPÍTULO PRIMERO

Ojeada por el Ecuador Fundación de las primeras escuelas de los Hermanos

Conquista del Ecuador por los españoles. — La ciudad de Quito. — Conquistadores e indígenas. — Levantamiento e independencia del Ecuador. — El general León Febres Cordero. — García Moreno entabla negociaciones con la Santa Sede. — El Presidente solicita Hermanos de las Escuelas Cristianas. — Salida y viaje de los primeros Hermanos. — De Guayaquil a Quito. — Alojamiento en el «Beaterio». — Enfermedad, muerte y funerales del Hermano Albanus, primer Visitador.....	1-17
---	------

CAPÍTULO II

Familia e infancia del Hermano Miguel

La ciudad de Cuenca. — Los padres del Hermano Miguel. — Nacimiento y primera infancia. — La «Señora de traje blanco y manto azul». — Incidentes diversos. — Piedad y edificación. — Francisco en la escuela de los Hermanos. — Virtudes precoces. — Francisco «monito». — Primeras señales de vocación.	18-33
--	-------

CAPÍTULO III

Vocación del Hermano Miguel al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas

Oposiciones de la familia. — Francisco en el Seminario. — Francisco vuelve con los Hermanos. — Luchas y pruebas. — Consentimiento de la madre. — Toma de hábito. — El Hermano Miguel enviado a Quito. — Tentativas del padre. — Negociaciones diversas. — Reconciliación. — Muerte del Sr. Febres Cordero	34-51
---	-------

CAPÍTULO IV

El Hermano Miguel en Cuenca (1869) Las Escuelas Cristianas en el Ecuador (1869-1888)

Comienzos del Hermano Miguel en las clases de Cuenca. — Bases de su vida espiritual. — La escuela de Quito; su expansión. — García Moreno pide más Hermanos. — Protección del Gobierno. — Muerte del Hermano Aulín, Visitador. — Popularidad de los Hermanos.....	52-63
---	-------

CAPÍTULO V

El Hermano Miguel en Quito El educador

Sus tareas y destinos. — Su ideal. — El profesor; preparación de sus clases. — Su modo de enseñar. — Sus lecciones de lengua española. — El Hermano Miguel, examinador. — El vigilante. — Bondad y mansedumbre para con los alumnos. — Testimonios varios. — Su reserva y serenidad. — El catequista. — Las «reflexiones» del Hermano Miguel. — El Hermano Miguel, apóstol de los congregantes. — Su celo y diferentes industrias. — Las vocaciones sacerdotales y religiosas. — Testimonio de un antiguo alumno...	64-87
---	-------

CAPÍTULO VI

El Hermano Miguel en Quito
El catequista de la primera Comunión
El Director del Noviciado

PÁGS.

Viaje del Hermano Miguel a Roma. — Durante veintiséis años el Hermano Miguel prepara a los niños para la primera Comunión. — Sus catecismos. — Sus breves exhortaciones. — Desvelos individuales. — Cómo fomentaba la devoción a San José. — Las dos urnas. — Retiro espiritual de primera Comunión. — El gran día. — Recuerdos de retiro escritos por los niños. — Dos triduos. — En el Externado o Instituto de la Salle. — Un hermoso discurso del Hermano Miguel. — El Hermano Miguel en comunidad. — La catástrofe de 1895 y las clases de Quito. — El Hermano Miguel, Maestro de novicios. — Dirección, enseñanzas y ejemplos. — El Hermano Miguel, Director de la Sagrada Familia.....	88-122
---	--------

CAPÍTULO VII

El Hermano Miguel en Quito
El escritor. — El académico

Algunas obras del Hermano Miguel. — Su mérito como escritor. — Su reputación. — Gusto literario del Hermano Miguel. — Gusto cristiano. — Cómo acoge la crítica. — El Hermano Miguel, poeta. — Sus cánticos. — El Hermano Miguel, académico. Su elección. — Su recepción en la Academia. — Su discurso. — Contestación al discurso. — Apreciaciones. — El Hermano Miguel, D. Belisario Peña y D. Rufino Cuervo.....	123-151
--	---------

CAPÍTULO VIII

El Hermano Miguel en Quito
Virtudes y devociones

Retrato físico del Hermano Miguel. — Cualidades intelectuales y morales. — La fe del Hermano Miguel. — Respeto sobrenatural a la autoridad. — Amor a la Sagrada Escritura. — La esperanza del Hermano Miguel: su fundamento y firmeza. — Su confianza en Dios. — Su gozo sobrenatural. — Su amor a Dios. — Su conformidad con la divina voluntad. — Horror al pecado. — Pureza de intención. — La piedad del Hermano Miguel. — Espíritu de oración. — El combate espiritual y su examen de conciencia. — Amor a Jesucristo. — Devoción al Santísimo Niño Jesús. — Devoción a Jesús Crucificado. — Devoción a la Sagrada Eucaristía. — Sus intenciones al oír la Santa Misa. — Devoción al Sagrado Corazón.....	152-174
--	---------

CAPÍTULO IX

El Hermano Miguel en Quito
Virtudes y devociones
(Continuación)

Su benignidad y afabilidad. — Su condescendencia y caridad. — Su dulcedumbre para con los alumnos. — Su caridad para con las Ánimas. — Su heroica ecuanimidad y paciencia. — Su ardor apostólico. — Observancia de los santos votos. Pobreza. — Castidad. — Recato y modestia. — Luchas íntimas. — Obediencia. — Aprecio a su santa vocación. — Observancia regular. — Amor al Instituto. — Devoción a San Juan Bautista de la Salle.....	175-191
---	---------

CAPÍTULO X

El Hermano Miguel en Quito
Virtudes y devociones
(Continuación)

Expresiones de humildad en sus Notas íntimas. — Anhelos de ser guiado y advertido. — Su desprecio de las alabanzas. — Su paz inalterable en las humillaciones. — Humildad en el ejercicio de la autoridad. — Su religiosa sencillez. — Espíritu de mortificación. — Dos formas de la mortificación del Siervo de Dios. — Su amor filial a María Inmaculada. — Notas y fechas marianas. — Consagraciones. — Poesías. — Manifestaciones de su candorosa devoción a San José. — Fama de santidad en Quito.....	192-213
---	---------

CAPÍTULO XI

El Hermano Miguel en Europa
París y Lembecq-lez-Hal
 (abril de 1907 - julio de 1908)

PÁGS.

La persecución religiosa en 1904. — El Hermano Miguel sale del Ecuador. — Hacia París. — Llegada a París. — Estancia en la casa de la calle de Sèvres. — El Hermano Miguel en Lembecq-lez-Hal (Bélgica). — Edificación dada en la Casa Matriz. — Relaciones con los novicios menores y los «escolásticos». — Extractos de cartas honrosas..... 214-233

CAPÍTULO XII

El Hermano Miguel en España
Últimos trabajos. — Última enfermedad y muerte
 (julio de 1908 - febrero de 1910)

Llegada del Hermano Miguel a Premiá de Mar. — Publicación de obras didácticas. — Su profesorado en el Noviciado Menor. — Atestación de su Director. — Acontecimientos de julio de 1909 en Barcelona. — La Semana trágica en Premiá de Mar. — Fe y confianza del Hermano Miguel durante la Semana trágica. — Salida de los Hermanos y Novicios para Barcelona. — En los Docks. — El Hermano Miguel acompañando al Santísimo. — El Colegio de la Bonanova. — Los novicios menores en la «Bonanova». — Regreso a Premiá. — La estatua de Nuestra Señora del Puerto. — El Hermano Miguel reanuda sus trabajos. — En Zaragoza. — Última enfermedad. — Su resignación y santa alegría. — Santa muerte del Hermano Miguel. 234-260

CAPÍTULO XIII

Después del dichoso tránsito del Hermano Miguel
Homenajes póstumos

La obra del tiempo. — Testimonios de condolencia. — Exequias y oración fúnebre. — Dos cartas documentales. — El «Comité Hermano Miguel» en Quito. — «In memoriam.» — Primeras manifestaciones de la gratitud nacional. — Acto solemne organizado por el «Comité Hermano Miguel» en Cuenca. 261-277

CAPÍTULO XIV

Creciente fama de santidad del Hermano Miguel
Proceso canónico informativo
Quito. — Cuenca. — Barcelona

Circular del Rdm. Hermano Superior General. — Breves juicios de la Prensa acerca del Proceso informativo. — Documentos diocesanos. — Auto y Edicto arzobispal con que se inicia, en Quito, el proceso informativo sobre la vida y virtudes del Hermano Miguel. — Apreciaciones sobre la primera sesión pública del Proceso informativo. — Antecedentes del Proceso informativo complementario en Cuenca. — Público homenaje a la memoria del Hermano Miguel. — Auto y Edicto episcopal con que se inicia, en Cuenca, el Proceso informativo complementario sobre la vida y virtudes del Hermano Miguel. — Tramitación del Proceso complementario. — Conclusión del Proceso informativo en el Ecuador. — Proceso informativo en la diócesis de Barcelona: Edicto episcopal. — Datos sintéticos. — Presentación del Proceso informativo en Roma. — Traslación de los restos..... 278-307

CAPÍTULO XV

Favores atribuidos a la mediación del Siervo de Dios

Epílogo. — A los devotos del Hermano Miguel..... 308-331

Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01290 3482

